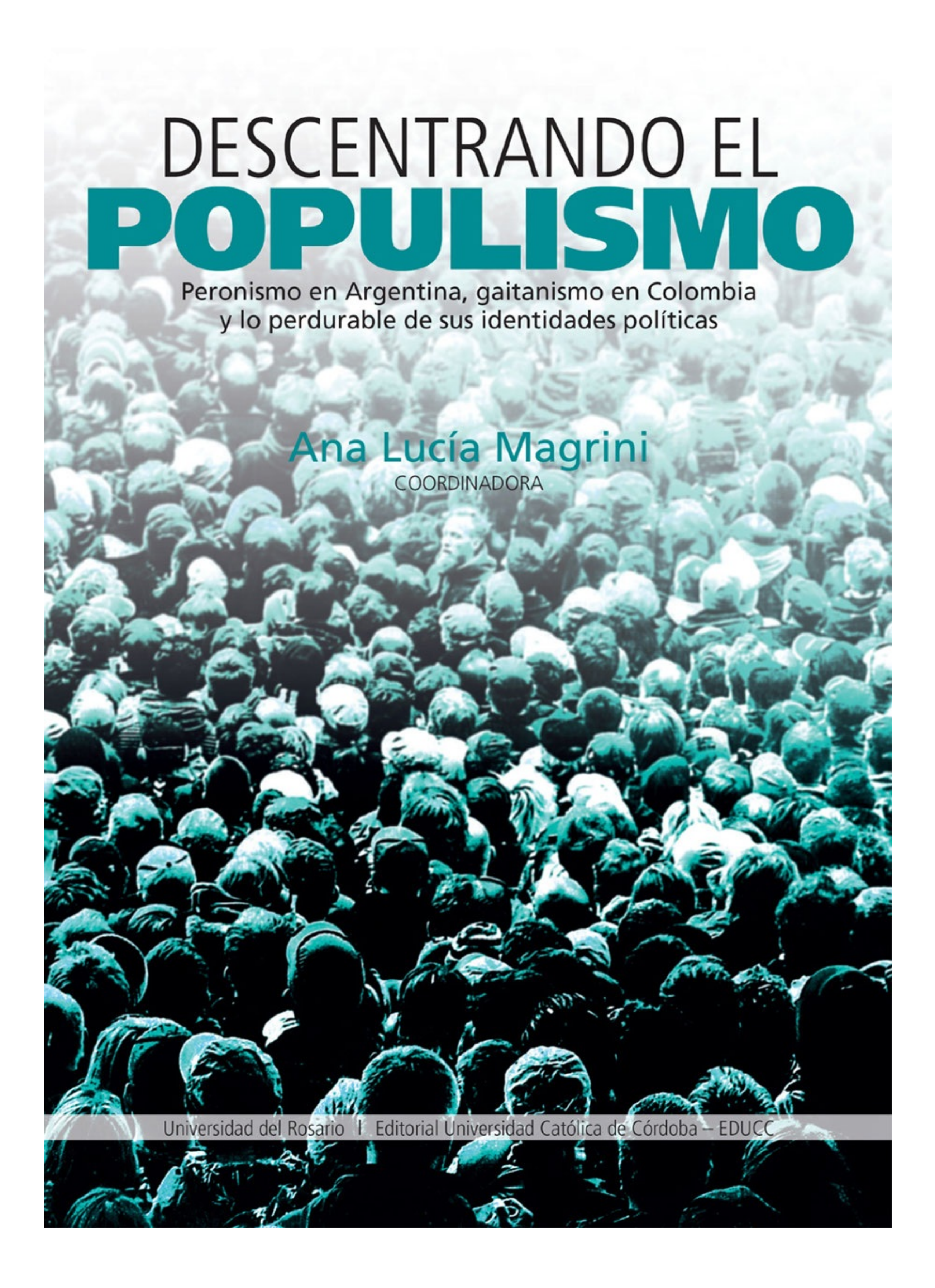
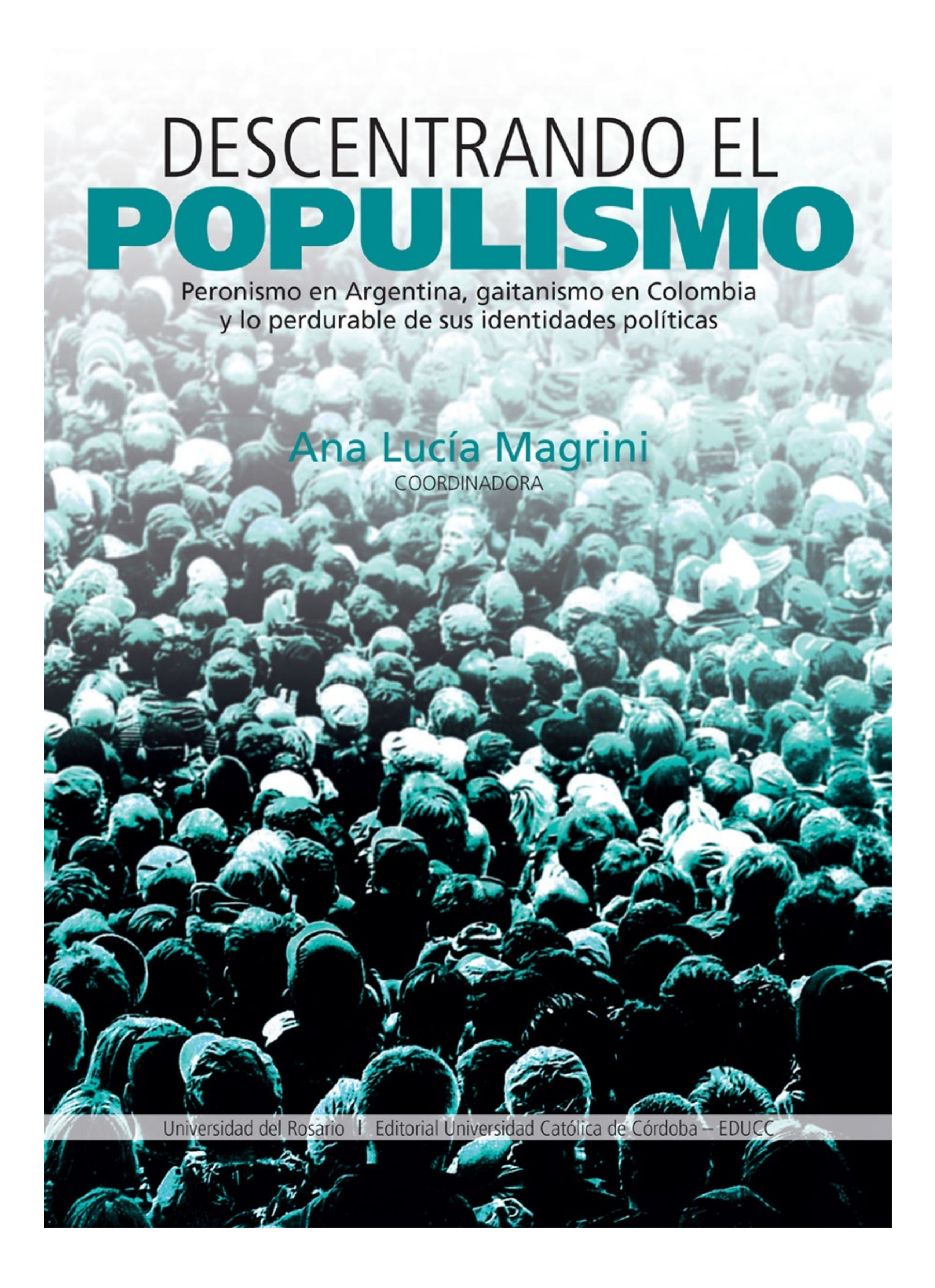

DESCENTRANDO EL
POPULISMO
Peronismo en Argentina, gaitanismo en Colombia
y lo perdurable de sus identidades políticas
Ana Lucía Magrini
COORDINADORA
Universidad del Rosario | Editorial Universidad Católica de Córdoba – EDUCC


DESCENTRANDO EL
POPULISMO
Peronismo en Argentina, gaitanismo en Colombia
y lo perdurable de sus identidades políticas
Ana Lucía Magrini
COORDINADORA
Universidad del Rosario | Editorial Universidad Católica de Córdoba – EDUCC





LibrosUCC
UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CÓRDOBA



Descentrando el populismo

Descentrando el populismo. Peronismo en Argentina, gaitanismo en Colombia y lo perdurable de sus identidades políticas

Reseña

Pensar y discutir «la cuestión populista» hoy se asemeja al eterno trabajo de Sísifo: cargar la roca de reflexión del populismo una y otra vez, frente a la pendiente inalcanzable de los lugares comunes. Como la de Sísifo, la nuestra es una labor —a todas luces— interminable. Por ello, este libro no pretende saldar o cerrar el debate, sino alivianar un poco la roca de reflexión; más que descifrar la naturaleza del populismo, nos proponemos pensarlo como una categoría analítica operativa y productiva para el estudio de procesos histórico-políticos particulares tales como el peronismo argentino y el gaitanismo colombiano. Y para estos fines, este libro colectivo recoge y ofrece distintas indagaciones sobre una perspectiva sobre los populismos que llamamos «descentrada». El primer descentramiento que proponemos, pone de relieve a las experiencias políticas concretas a la hora de hablar de los populismos (en plural) y toma distancia de los modelos arquetípicos en clave anómala producidos a propósito de dos de ellas. El segundo, coloca en primer plano la pregunta por el papel que ocupan los procesos de constitución y de redefinición identitarios en los populismos latinoamericanos. El tercero, se relaciona con un particular modo de introducir el enfoque histórico en el estudio de los populismos, pues no se intenta buscar en el pasado un momento originario o esencial de constitución de una identidad popular sino visibilizar, en el transcurso del tiempo, distintos momentos de constitución del peronismo y del gaitanismo; momentos que, ciertamente, fueron resignificados o intervenidos en sus respectivos países desde la emergencia de los populismos hasta nuestros días.

Palabras clave: populismo, ciencia política, gobierno, peronismo, Argentina, gaitanismo, Colombia, América Latina, siglo XX.

Decentering populism. Peronism in Argentina, Gaitanism in Colombia, and the long-lasting nature of their political identities

Abstract

Thinking about and discussing “the populist question” today resembles the endless work of Sisyphus: carrying the rock of reflection on populism time after time, facing the impossible slope of commonplaces. Like Sisyphus’s work, ours is—clearly—interminable. For this reason, this book does not aim to settle or close the debate, but to make the rock of reflection a bit lighter. Rather than deciphering the nature of populism, we propose to think of it as an operative and productive analytical category for the study of specific historical-political processes such as Peronism in Argentina and Gaitanism in Colombia. To the effect, this collective book gathers different inquiries about what we call a “decentered” perspective on populism. The first decentration that we propose highlights concrete political experiences when talking about populisms (in plural) and, in relation to two of them, distances itself from the anomalously produced archetypal models. The second one places in the foreground the role of the processes of identity constitution and redefinition in Latin American populisms. The third is related to a particular way to introduce the historical approach in the study of populisms, since the idea is not to seek in the past an initial or essential constituting moment of a popular identity, but to make visible, over the course of time, different constituting moments of Peronism and Gaitanism; moments that, certainly, have been resignified or intervened in their respective countries from the emergence of populisms to the present day.

Keywords: populism, political science, government, Peronism, Argentina, Gaitanism, Colombia, Latin America, 20th century.

Citación sugerida / Suggested citation

Magrini, Ana Lucía (coord.). Descentrando el populismo. Peronismo en Argentina, gaitanismo en Colombia y lo perdurable de sus identidades políticas. 2021. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario - Editorial Universidad Católica de Córdoba. https://doi.org/10.12804/urosario9789587846256

Descentrando el populismo

Peronismo en Argentina, gaitanismo en Colombia y lo perdurable de sus identidades políticas

Ana Lucía Magrini

—Coordinadora—

Descentrando el populismo. Peronismo en Argentina, gaitanismo en Colombia y lo perdurable de sus identidades políticas / Ana Lucía Magrini, coordinadora. – Bogotá: Editorial Universidad del Rosario, Editorial Universidad Católica de Córdoba, 2021.

ilustraciones

Incluye referencias bibliográficas.

1. Populismo – América Latina – Siglo xx. 2. Ciencia política – Argentina – Colombia. 3. Peronismo – Argentina. 4. Gaitanismo – Colombia. 5. Argentina – Política y gobierno – Siglo xx. 6. Colombia – Política y gobierno – Siglo xx. I. Magrini, Ana Lucía. II. Universidad del Rosario. III. Título.

320.5 SCDD 20

Catalogación en la fuente – Universidad del Rosario. CRAI

DJGR Junio 28 de 2021

▪

Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

Editorial Universidad Católica de Córdoba

Obispo Trejo 323 X5000IYG

Córdoba, Argentina

Tel: (+54) 351 4286171, (+54) 9 3512 08-0432

librosucc@ucc.edu.ar

Editorial Universidad del Rosario

Carrera 7 No. 12B-41, of. 501

Bogotá, Colombia

Tel: (+571) 2970200 Ext. 3112

editorial.urosario.edu.co

Primera edición: Bogotá D. C., 2021

ISBN (Colombia): 978-958-784-623-2 (impreso)

ISBN (Colombia): 978-958-784-624-9 (ePub)

ISBN (Colombia): 978-958-784-625-6 (pdf)

ISBN (Argentina): 978-987-626-464-8 (impreso)

https://doi.org/10.12804/urosario9789587846256

Coordinación editorial: Editorial Universidad del Rosario

Corrección de estilo: Juan Fernando Saldarriaga Restrepo

Diseño de cubierta: César Yepes y Luz Arango

Diagramación: Precolombi EU-David Reyes

Conversión ePub: Lápiz Blanco S.A.S.

Hecho en Colombia

Made in Colombia

El contenido de este libro fue sometido al proceso de evaluación de pares, para garantizar los altos estándares académicos. Para conocer las políticas completas

visitar: editorial.urosario.edu.co

Contenido

Un prólogo atiborrado de interrogantes

Sebastián Barros

Cuando el populismo parece estar en el centro de la atención académica en las ciencias sociales y de los discursos políticos en el mundo, nos encontramos con un libro que propone su descentramiento. Sin embargo, no es esta la única instancia en la que los textos que vamos a leer nos "descentrarán" como lectores.

En el sentido común proferido por los medios de comunicación y las redes sociales respecto del populismo, toda experiencia política es pasible de quedar bajo el paraguas protector de un concepto que cobija básicamente cualquier cosa: desde el Movimiento al Socialismo–Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos de Bolivia, pasando por el Partido de la Justicia y el Desarrollo en Turquía, Podemos en España, el Partido Republicano en Estados Unidos, el Movimiento 5 Estrellas en Italia, Morena y el cardenismo en México, el peronismo y el yrigoyenismo en Argentina, el varguismo en Brasil, Gaitán y Rojas Pinilla en Colombia, entre muchos otros.

En cierta medida, la producción académica no transita por avenidas muy diferentes. Los intentos por analizar los fenómenos mencionados se esfuerzan por diferenciar tipologías, pero sin poder quitar del centro de la escena su carácter "populista". Así, encontramos distinciones entre populismos inclusivos o excluyentes, de izquierda o de derecha, populismos a secas o populismos atemperados, etc. Puede variar la evaluación normativa que cada uno de estos análisis lleva adelante, pero su atención sigue centrada en el punto que condensa la homologación de todos estos fenómenos políticos bajo un mismo rótulo: "populista". Es que, fundamentalmente, toda experiencia política que se desvía de la media de los discursos que proponen como objetivo el consenso entre élites y se sostienen en una racionalidad instrumental ligada al funcionamiento del mercado global es pasible de ser tratada como una anomalía populista.

Desde su inicio mismo de este libro, con el capítulo 1 de María Virginia Quiroga y Ana Lucía Magrini, los textos que siguen descentran el populismo contraponiendo tres ideas al sentido común: en primer lugar, quitan del centro de

la discusión la posibilidad de entender el populismo como una anomalía de la política. Eso permite a los autores alejarse del rótulo fácil del "hecho maldito" o de la "experiencia fallida". Pensar al populismo "en plural" y apuntar a sus experiencias concretas, lejos de normalizarlo ubicándolo como punto necesario de algún tipo de teleología histórica, permite focalizar en la pluralidad y la heterogeneidad de las experiencias antes que en la homogeneización forzada por la utilización de un concepto.

De este modo, el peronismo y el gaitanismo fueron experiencias históricamente distintas y con resultados considerablemente diferentes, pero al mismo tiempo compartieron formas discursivas y lógicas articulatorias que nos permiten compararlas. Este primer descentramiento quita el foco de atención de la necesariedad de los procesos históricos y sitúa a los populismos como una forma posible más de identificación política.

El segundo descentramiento se desprende del primero. La heterogeneidad de las experiencias peronista y gaitanista, así y todo, nos deja ver una forma de identificación con ciertas características particulares. Una de sus marcas es la perdurabilidad, en tanto oportunidad de identificación para una multiplicidad de discursos diversos en momentos históricos distintos. Esto nos muestran varios de los capítulos que siguen cuando analizan los vínculos entre el gaitanismo y el discurso de Rojas Pinilla, o con la izquierda posterior a la Revolución cubana, o la particular forma de articulación que suponen las redes sociales en la experiencia de la juventud al interior del kirchnerismo. De este modo, la mirada propuesta se corre de la equiparación entre populismo e identidad política. No toda identidad política supone populismo. Por el contrario, los populismos, en plural, se definen como una especie acotada de identificación política. Su rasgo fundamental es, como bien afirma ya la introducción de esta obra, "la persistencia, iteración y constante resemantización de las identidades populares".

El tercer descentramiento se refiere a los cambios que esas identificaciones pueden sufrir a lo largo del tiempo. Los populismos dejan de ser entendidos como regímenes de identificación plenamente constituidos e inalterables, para ser captados como "momentos populistas", que son siempre resignificados o intervenidos. Este tercer descentramiento tiene una consecuencia teórica importante: nos deja ver que dichos momentos populistas nunca son iguales a sí mismos. Los sucesivos capítulos de este libro encaran la tarea de mostrarnos esas variaciones, esas heterogeneidades que habitan a cada uno de los discursos analizados y que impiden su cierre definitivo en algún tipo de identificación

reificada. Por ende, las identificaciones populistas estarán siempre marcadas por tensiones entre aquellas heterogeneidades, “micro o subfronteras políticas” al interior de los procesos identificatorios —según las define el primer capítulo—, que les son constitutivas.

El conjunto de textos aquí reunidos dirige su mirada hacia las tensiones entre los elementos heterogéneos que habitan toda identificación y ello es una de las razones que ameritan su lectura. Una razón, por otra parte, central para dar precisión a aquello que venimos llamando “populismo”, ese concepto que siempre nos lleva a comenzar nuestras reflexiones con la consabida y repetida salvedad de las dificultades para su definición. Asimismo, enfatizar en las tensiones entre esas heterogeneidades es de importancia vital para un análisis preciso de los procesos identificatorios.

Los diferentes trabajos que constituyen este libro nos dejan ver distintas caras de la construcción populista de cierta unidad entre esas heterogeneidades: las tensiones entre las particularidades que habitan la identificación gaitanista o peronista, entre esas particularidades y el momento unificador del liderazgo, o las tensiones provocadas por la novedad que suponían procesos de subjetivación sorprendentes y desestructurantes. Todas ellas son tensiones que dejaron su trazo y operan aún hoy como restos que vuelven a aflorar como tradiciones políticamente disponibles y recuperables. De modo similar, también encontramos, en los sucesivos capítulos, los intentos por negar dichas tensiones y añorar una sociedad reconciliada consigo misma, ya sea a través del olvido o de los usos de la violencia.

¿Qué nos deja ver este libro sobre las tensiones antes mencionadas? Los estudios identitarios complejizan algunos presupuestos básicos de una teoría de la hegemonía que se sostiene en el análisis político del discurso. Dicha teoría plantea que los procesos que articulan identificaciones particulares se desenvuelven a través de lógicas. Como señalan Jason Glynos y David Howarth, una lógica “comprende las reglas o la gramática de una práctica como también las condiciones que hacen a la práctica tanto posible como vulnerable” (2007, 136). Estos autores mencionan tres lógicas posibles para esos procesos de articulación: la lógica social, la política y la fantasmática. La que me interesa destacar en este prólogo es la lógica política, en la que, siguiendo a Laclau y Mouffe (1985), incluyen a la lógica de la diferencia y de la equivalencia. Estas dos lógicas serían las dos caras de la moneda que estructuran el carácter, la intensidad y la extensión del vínculo entre las diferencias.

Ahora bien, si volvemos a la lectura de este libro, encontramos que la pregunta más general que lo atraviesa es sobre el carácter del lazo político en procesos que hacen equivalentes una pluralidad de posiciones discursivas heterogéneas que cobran nuevos sentidos en la práctica articulatoria. De este modo, la obra añade complejidad al análisis desde la teoría de la hegemonía y deja ver, desde mi punto de vista, la necesidad de reconocer que existe una pluralidad de lógicas que actúan en un proceso identificatorio y que no se limitan a la dualidad equivalencia-diferencia.

En cada capítulo leeremos modulaciones diferentes del lazo político, que dependían de una multiplicidad de factores: de las diferencias que, a pesar de compartir un espacio identitario, mantienen un grado de autonomía que hace difícil analizar su ubicación precisa en la práctica articulatoria (las figuras de José Antonio Osorio Lizarazo y Cipriano Reyes, en el capítulo 2, de Magrini); de la emergencia de nuevas diferencias (como muestra el capítulo 3, de Mercedes Vargas, Juan Manuel Reynares y Mercedes Barros, sobre las cartas a Perón); de la existencia de un espacio de representación intensamente antagónico en el que se produce el proceso identificatorio (como propone el capítulo 4, de Nicolás Azzolini); de la inestabilidad identificatoria que supone la reformulación constante del nosotros y de la alteridad (como lo hace el capítulo 6, de Cristian Acosta Olaya) y de la permanencia de ciertas identificaciones y su disponibilidad como oportunidad identificatoria (como se desprende de los capítulos 5, 7 y 8, de Aarón Attias Basso, de Adriana Rodríguez Franco y de José Abelardo Díaz Jaramillo, respectivamente, sobre el peronismo y el gaitanismo).

Desde ya, habría que decir que tranquilamente podríamos hacer una lectura estandarizada de estos trabajos y detenernos en la simplificación del campo identitario que los populismos generan, o centrarnos en rastrear las relaciones de equivalencia y diferencia entre las posiciones discursivas, o destacar la persistencia de cierta tendencia a la polarización política en las experiencias populistas, o mostrar cuáles eran los significantes que operaban como puntos nodales de ciertas articulaciones.

Pero ¿no radica la relevancia del análisis del capítulo sobre las cartas a Perón, por ejemplo, en las formas novedosas en las que se cuelan nuevos sujetos que hasta ese momento no contaban como diferencias políticamente articulables? ¿No hay en el delicado trabajo de desempolvar casi arqueológicamente los sentidos políticos de esas nuevas subjetividades algo más que la equivalencia y

la diferencia? Estas dos lógicas, ¿nos dicen algo sobre la emergencia de esas nuevas diferencias, su carácter y del tipo de lazo político que esta facilita?

Del capítulo de Vargas, Reynares y Barros se desprende que la manera de gestionar la tensión que supone la emergencia de nuevas subjetividades está abierta a distintas posibilidades articulatorias. Una de ellas es la posibilidad populista, que les otorga ciertos rasgos que nos permitirían distinguirlas de otras. En el caso del peronismo, y de otras experiencias en los populismos latinoamericanos, esas nuevas subjetividades emergen al campo de una representación simbólica desplazada que —en ese desplazamiento— expande los límites del demos legítimo.

Las demandas en esas cartas por ser escuchadas por el Estado y exigir en pie de igualdad a un peronismo que no parecía llegar a todos los rincones con la misma potencia igualadora, ¿no expanden los límites de una formación política a través de las dos premisas institucionales que definen a la democracia, la isonomía y la isegoría? ¿Ayuda a entender mejor y precisar su análisis disponer de dos lógicas que destacan esos vínculos, sin mirar a su novedad ni a los efectos más amplios que ella produce sobre la comunidad política? La lectura más estandarizada es quizá lo que no permite dilucidar claramente que los llamados "populismos" parecen transitar en Europa la avenida opuesta: desplazan diferencias hacia fuera del campo de representación simbólica, "heterogeneizan" ciertos elementos que hasta ese momento aparecían como diferencias articulables a través de muros, campos de refugiados y deportaciones masivas. En estos casos, los límites del demos se restringen antes que expandirse.

En simultáneo a la expansión del demos, esas mismas diferencias novedosas, como las que analiza Magrini en las figuras de Reyes y Osorio Lizarazo, mantienen un grado de heterogeneidad entre sí, que impide su total inclusión en un "nosotros" definitivo. La inestabilidad del demos no es una novedad para una teoría que sostiene que los cierres hegemónicos nunca son plenos ni perfectamente suturados. Sin embargo, el análisis que brinda Magrini de las trayectorias de Reyes y Osorio nos plantea el interrogante sobre cómo precisar los vínculos al interior de la identificación populista misma. La autora sostiene que se requiere un análisis procesual del conjunto de actos identificatorios y señala la persistencia de tensiones internas a la unificación populista del demos. Debemos preguntarnos teóricamente por las lógicas que atraviesan esas tensiones y que no parecen agotarse en la equivalencia y la diferencia.

Azzolini sostiene, en las consideraciones finales de su capítulo, que la nominación política es una forma de “dar identidad” y de “distribuir o redistribuir lugares sociales”. Me gustaría arriesgar que la nominación teórica también. En un análisis político que se precie, la precisión en el estudio empírico debe ir de la mano con la precisión teórica. Los capítulos de Acosta Olaya, de Rodríguez Franco y del mismo Azzolini nos dejan ver esta cuestión, que de igual modo puede leerse paralelamente a la emergencia de nuevas subjetividades y los efectos que esto genera en el demos. Los tres capítulos mencionados nos muestran los efectos que producen esas demandas que reclaman ser escuchadas por un espacio del poder que las niega o las evade.

El capítulo de Acosta Olaya ilustra que la relación entre gaitanismo y violencia política fue tensa, y que se resolvió discursivamente a favor del procesamiento de la alteridad mediante las urnas, aunque de una manera “beligerante”. La beligerancia, se desprende de la lectura, quedaba denotada en el uso intermitente de la amenaza de la potencial explosión violenta de lo popular.

En este caso, podríamos detenernos en la relación amigo-enemigo que el bipartidismo colombiano disparaba y el populismo exacerbaba; es decir, podemos retornar a la mirada estandarizada que resalta la dicotomización y simplificación del campo político que generan los populismos respecto de su alteridad. Sin embargo, esto nos dice poco sobre los efectos que la beligerancia tenía sobre la conformación del lazo político en Colombia y el carácter del discurso gaitanista.

Lo que aparece claramente en el texto de Acosta Olaya es que la condición de posibilidad del gaitanismo, para funcionar como el discurso que tenía la llave maestra para abrir o cerrar las esclusas de contención de la violencia, era la presencia amenazante de un pueblo descrito como una “fuerza ciega”. Frente a la estabilidad institucional que podía ofrecer el bipartidismo, la figura del pueblo era presentada como el elemento que resistía el orden impuesto y se salía del lugar que debía ocupar en la política colombiana.

Acosta Olaya encuentra que el líder liberal jura vengar las muertes de sus seguidores con un triunfo electoral que traería “los fueros de la paz y la justicia en Colombia”. La condición de posibilidad de los desplazamientos entre la venganza, que en un contexto de violencia política como el colombiano no significaba otra cosa que tomar represalias, y el triunfo democrático popular, ¿no es también la aparición de un sujeto popular descrito como una “simple fuerza

ciega”? Si la particularidad del discurso gaitanista es un regeneracionismo beligerante, porque la beligerancia era la modalidad que encausaba la violencia política por medio de la amenaza, ¿cuál es la condición de esta última si no el sobrevuelo de una presencia espectral, ciega e irracional que se encarnaba en esas nuevas subjetividades movilizadas alrededor de la idea de pueblo?

Como bien marca Acosta Olaya, son la inestabilidad y la reconstrucción constante del demos legítimo, provocadas por este sobrevuelo, lo que le dio un carácter particular al gaitanismo. Para dar cuenta de ese sobrevuelo, necesitamos revisar la manera en que procesamos teóricamente los efectos de la dislocación producida por la emergencia de nuevas demandas y subjetividades, hasta ese momento inexistentes como diferencias políticas significativas.

En este sentido, muchos de los elementos constitutivos del discurso de Gaitán, que toma Acosta Olaya, coinciden con algunos hallazgos del capítulo escrito por Rodríguez Franco. Los desafíos a los que el populismo se enfrentó en Colombia, señala la autora, fueron, por un lado, la desconfianza de las élites hacia a la organización y la movilización de los sectores populares, masas “catalogadas como irracionales”, y, por otro, el bipartidismo, que obstaculizaba la aparición de oportunidades identificatorias alternativas.

Rodríguez Franco identifica con precisión los elementos que sostienen el vínculo entre la identidad gaitanista y la rojista, entre los cuales se destacan las iniciativas por actualizar el discurso político antioligárquico. La manera teórica de encarar estas continuidades podría resaltar el antagonismo como constitutivo de toda identificación y desprender de allí las lógicas diferenciales y equivalenciales que se produjeron a partir de la emergencia de esas masas irracionales. Sin embargo, cabe preguntarnos también sobre la permanencia de la identificación gaitanista y su disponibilidad como oportunidad identificatoria. Quizás en la respuesta a este interrogante resida la precaución que Rodríguez Franco menciona en el cierre de su capítulo. La pregunta sobre la permanencia de la experiencia populista como oportunidad identificatoria contribuiría a repensar ciertos contenidos de la historiografía colombiana (y podríamos extender esto a la argentina), que, de no hacerlo, no alcanzarían a dar cuenta de la capacidad histórica de organización y expresión de las identificaciones populares.

La permanencia de las oportunidades identificatorias que ofrecen estas experiencias de populismo en Colombia y Argentina también es una de las

cuestiones que atraviesa el capítulo de Azzolini. Su trabajo se orienta expresamente a revisar las marcas y los efectos políticos de la emergencia del populismo sobre las articulaciones políticas posteriores al golpe militar que derrocó al peronismo. Dichos efectos operaron de forma directa sobre la distribución de lugares sociales a las que dio lugar la articulación peronista de toda una serie de identificaciones, ya existentes o novedosas, como veremos en el capítulo de Vargas, Reynares y Barros, o el de Rodríguez Franco, y el de Díaz Jaramillo para el gaitanismo. Y de nuevo podemos entrever la manera en que el análisis empírico desnuda a la teoría y la fuerza a apropiarse de nuevas herramientas que permitan dar cuenta de aquello que la desafía.

Una de las preguntas que levantan los hallazgos de Azzolini es sobre el carácter del olvido en los estudios identitarios. Más específicamente, el punto que me interesa resaltar es el de los usos del olvido y su dimensión instituyente. ¿Se trata el olvido solo de una forma que pueden adquirir los discursos en pos de privilegiar la idea de diferencia o la lógica equivalencial? Si el uso del olvido es instituyente, ¿no opera también como un diluyente de ambas lógicas? De ser así, ¿cuál es la lógica que opera sobre el vínculo entre diferencias?

Azzolini muestra que "lo olvidable" de la cuestión peronista son precisamente los efectos de la inclusión de esas nuevas identificaciones y subjetividades que mencioné en el principio de este prólogo. El olvido aparecía como condición de la desperonización de ese nuevo sujeto y se encarna institucionalmente en las amnistías, como un recurso normativo, a la vez que operaba también como recurso identitario. El olvido es instituyente, porque muestra el conflicto acerca de la existencia de un escenario para la vida común, por lo cual es central para los estudios identitarios. Decir "olvido instituyente" implica que el borramiento que el olvido supone, en el mismo movimiento tiene que hacer lugar a una nueva ficción que reinstituya ese escenario y los sujetos que pueden ocuparlo.

La perdurabilidad de algunos contenidos identitarios es lo que les permite funcionar como oportunidad identificatoria. Esta premisa, trabajada en los capítulos de Díaz Jaramillo y Attias Basso, abre un interrogante interesante, que no ha sido muy elaborado desde los enfoques teóricos en los que nos situamos. Sabemos que la hegemonía requiere una expresión positiva, a pesar de que la totalización parcial de la comunidad que edifica se define en torno a las exclusiones que postula. En la experiencia del kirchnerismo en Argentina y en la condición de objeto de disputa de la figura de Gaitán en la nueva izquierda colombiana, se resignifican una serie de experiencias para ponerlas en sintonía

con contextos novedosos. Por lo tanto, estas identificaciones perdurables, como las del peronismo y el gaitanismo, tienen que pasar necesariamente por procesos de olvido, como señala Azzolini, y por momentos instituyentes de nuevas ficciones, que les permita ser una ausencia presente en los espacios identitarios que ellos mismos dislocan. ¿Cómo podemos precisar el análisis de las maneras en que cada identificación "hereda", por decirlo de algún modo, las modulaciones de los discursos disponibles a los que apela? En otras palabras, ¿cuál es la lógica que habilita la perdurabilidad y estructura la herencia? Creo que la idea de Ernesto Laclau de relativa estructuralidad se acerca a una respuesta que puede ayudarnos a precisar el análisis empírico.

Por último, quisiera remarcar otro efecto importante que tienen las articulaciones populistas y que se deja ver en todos los capítulos del libro. En ellos puede percibirse que, cuando ciertos significantes, como "justicia social", "pueblo", "oligarquía", etc., comienzan a adquirir centralidad en el discurso político y a funcionar como puntos nodales de ciertas articulaciones, rápidamente disparan reminiscencias a los populismos. Cuando eso sucede, además, la formación política se desestabiliza, como puede percibirse en la seguidilla de golpes de Estado en Argentina, el alejamiento o acercamiento al bipartidismo en Colombia, como consecuencia de un aumento en la intensidad de la polarización. Es decir, la reactivación de las demandas identificadas con ciertos contenidos populistas, en el caso del peronismo y el gaitanismo, desestabilizan los límites del demos e intensifican la polarización y el antagonismo.

En definitiva, el interés por este libro parte de las preguntas que incita el excelente análisis de la multiplicidad de procesos que abarca la constitución de identificaciones políticas. Estos análisis nos ayudarán sin duda a complejizar teóricamente las lógicas políticas que atraviesan a toda práctica hegemónica y a todo proceso identificatorio. Un libro que despierta todos estos interrogantes no puede ser sino un libro que merece ser leído. Mi total agradecimiento a Ana Lucía Magrini por la invitación a escribir sobre él.

En mi caso, además, este libro guarda una fuerte afinidad afectiva. Mi propia formación como investigador se ha nutrido durante muchos años de diálogos e intercambios con buena parte de quienes escriben aquí. Estos textos no hacen sino continuar esas conversaciones atravesadas por aquello con lo que nos identificamos: la práctica generosamente colectiva y colaborativa de crear conocimiento.

Referencia

Glynos, Jason y David Howarth. 2007. Logics of Critical Explanation in Social and Political Theory. Londres: Routledge.

A modo de presentación: Sísifo y el problema del populismo

Ana Lucía Magrini

Cristian Acosta Olaya

La falta de un consenso conceptual frente al término “populismo” es la advertencia siempre presente al inicio de todo estudio sobre experiencias tipificadas como “populistas”. Dicha discrepancia ha llevado a creer que la palabra misma y el juicio valorativo desde la que es emitida devela per se su contenido y significado. Incluso, se ha convertido actualmente en el vocablo más conveniente para “mentar al demonio”, bautizando la ignominia acerca de un “deber ser” de la política y la democracia contemporáneas.

Dos ejemplos ayudan aquí a ilustrar lo anterior. El primero es la viralizada frase del expresidente argentino Mauricio Macri, quien en medio de la multicrisis global de carácter inédito, signada por la actual pandemia, sostuvo que el populismo era más peligroso que el corona-virus.[1] El segundo, más reservado al ámbito académico, es la constante insistencia en pensar al populismo como una amenaza a la democracia moderna. Ya sea como lo expusieron Ghita Ionescu y Ernest Gellner en la frase de apertura de su conocida compilación sobre el populismo: “Un fantasma se cierne sobre el mundo: el populismo” (Ionescu y Gellner 1970 [1969], 7),[2] o bien como lo propuso Margaret Canovan, quien, retomando los postulados de Michael Oakeshott, considera al populismo como un fenómeno inherente a la democracia: esta tendría dos dimensiones o dos caras (una pragmática y otra redentora) en permanente tensión, y es en la brecha entre dichas facetas democráticas que emerge “un constante estímulo para la movilización populista” (Canovan 1999, 3).[3]

Aunque producidas en contextos de discusión muy diferentes, estas definiciones sobre populismo refuerzan los sentidos convencionales del término, el cual devino en un insulto que remite a toda clase de anatemas políticos, que comienza por la idea de manipulación, cooptación, demagogia, reificación; pasa por el señalamiento de la heteronomía obrera (o ausencia de conciencia de clase de los trabajadores que sustentaron los populismos clásicos), y va hasta las perspectivas

más recientes, como la de Canovan, que intentan “normalizar el concepto”, mostrando su condición de interioridad a la democracia, pero sin dejar de enfatizar que, al fin de cuentas, el populismo es su propia sombra o, lo que es lo mismo, una práctica política contraria a la democracia liberal.

Para entender esto, antes de presentar nuestro argumento, conviene hacer un pequeño paréntesis y precisar de manera sucinta algunos momentos clave que han atravesado las diversas definiciones sobre populismo en América Latina. No sin estar conscientes de la multiplicidad de estudios sobre el tema, así como de los problemas políticos e intelectuales a los que este concepto ha estado asociado, los distintos esfuerzos por sistematizar las variantes de investigación en torno al populismo han coincidido, en cierto modo, en la existencia de tres perspectivas de pensamiento y tres momentos del debate latinoamericano, que dieron vida al populismo como un significante del cual científicos, intelectuales y académicos podían echar mano para explicar el pasado y comprender el presente en nuestras sociedades.[4] Agregamos aquí un cuarto momento, que describe el estado actual de las discusiones sobre el tema, en el que, como veremos a continuación, conviven, se yuxtaponen, contaminan y mezclan una multiplicidad de teorías, métodos y enfoques muy diversos.

Las primeras formulaciones del populismo, en clave científica, se produjeron de la mano de la renovación de la sociología a mediados de los años cincuenta. Las teorías de la modernización y la estructural-funcionalista fueron los principales enfoques que alimentaron conceptualizaciones ciertamente peyorativas sobre los procesos populistas. A grandes rasgos, desde estas teorías, el populismo era definido como un fenómeno propio de sociedades en proceso de modernización,[5] de países subdesarrollados o en vías de desarrollo, producto de la rápida transición de una sociedad tradicional a una moderna, donde las masas “en disponibilidad” eran persuadidas por movimientos y líderes políticos con una fuerte ideología anti statu quo (Di Tella 1973 [1965]; Germani 1962; Stein 1980). Desde este clivaje analítico, el populismo era básicamente un proceso social anómalo y un desvío de otro (tomado como parámetro de normalidad): el modelo de integración de las masas en Europa durante el siglo xix. Para estas teorías, el problema radicaba en que la matriz modernizadora europea no habría de tomar entidad en América Latina, por lo que se supondría que sus élites, influidas por el nuevo clima histórico del siglo xx, manipularon a “las masas recién movilizadas por sus propios objetivos”; la mentalidad de dichas masas, por ende, se caracterizaría “por la coexistencia de rasgos tradicionales y modernos” (Laclau 1986 [1977], 174).

Un segundo momento de producción de las definiciones de populismo, que también se alimentó de connotaciones peyorativas, fue el enfoque de la dependencia y sus diversos vínculos con la perspectiva marxista. Si bien la llamada “teoría de la dependencia” no es en efecto una teoría unificada y homogénea, sino una hipótesis que permeó casi todo el pensamiento social latinoamericanista durante la década de los setenta, podemos sintetizar sus principales caracterizaciones sobre el populismo, como: 1) una alianza desarrollista y, en este sentido, una respuesta limitada al problema de la dependencia en la región (Cardoso y Faletto 1971 [1969]); 2) como una etapa de la contradicción capitalista que surge con la crisis del año 1929 (Ianni 1972), y 3) un producto de la crisis de la hegemonía conservadora y el surgimiento de una alianza de diversos sectores sociales, donde la lucha de clases como tal es obliterada (Murmis y Portantiero 1971; Torre 1989; Weffort 1968).

Lo que resaltan estas diversas posturas es el entendimiento del populismo como un fenómeno que solo puede ser analizado si se lo encuadra en una época determinada y en condiciones sociales, culturales, políticas y económicas específicas, donde hechos como la crisis oligárquica de principios del siglo xx y las tradiciones sindicalistas, entre otros, son la condición sine qua non para el surgimiento del populismo. En el discurso dependentista, el populismo primordialmente es entendido como período específico del capitalismo periférico y condicionado especialmente por este.

Un tercer momento de la discusión es el propiciado por el análisis político del discurso, de la ideología y por la denominada “perspectiva no esencialista del populismo”, propuesta por Ernesto Laclau. Su pensamiento tuvo, a su vez, varios giros, comenzando por su ensayo seminal sobre populismo, publicado en 1977, hasta su última obra más sistemática sobre el tema, del 2005.[6]

Básicamente, para Laclau, el populismo adquiere el carácter siempre precario y contingente de un discurso que, en principio, divide a la sociedad en dos campos antagónicos, “los de abajo”, el pueblo, y “los de arriba”, la oligarquía. La perspectiva sobre el populismo propuesta por el autor ha sido con frecuencia presentada como no esencialista, por varias razones: en primer lugar, porque el populismo es aquí una forma y no un contenido; una lógica, un tipo de discurso que se basa en la configuración de “un pueblo”. En segundo término, porque los contextos son relevantes, pero no determinantes, pues los procesos populistas no pueden definirse apriorísticamente o sin tener en cuenta sus condiciones de posibilidad, pero tampoco pueden ser disueltos en ellas. Al definirse al

populismo como una lógica de lo político, se requiere analizar en cada coyuntura y en cada circunstancia concreta, si estamos o no ante una esa forma o lógica política, más allá de los contenidos con que esta pueda manifestarse (políticas económicas de corte keynesiano, desarrollistas o neodesarrollistas, tipos de liderazgo carismáticos, entre otros). Y en tercer lugar, si el populismo remite a una forma más que a una serie de características inmutables y reducidas a un espacio-tiempo específico, entonces este es, en definitiva, un proceso flexible y constantemente disputado, es decir, contingente.

Ciertamente, el debate sobre el populismo no terminó allí y está lejos de ser “saldado”. Numerosos investigadores retomaron algunos supuestos formulados por Laclau y críticas muy diversas realizadas a su teoría,[7] para nutrir y enriquecer este enfoque. Estas disquisiciones produjeron como principal resultado el surgimiento de perspectivas no peyorativas en torno a algunos procesos populistas concretos de nuestra región.

Por último, hablamos de un cuarto momento del debate sobre el populismo, al que asistimos actualmente. Este, nuestro tiempo, es uno signado por la convivencia de todas estas perspectivas, teorías, corrientes de pensamiento, axiomas y valoraciones, juntas. La pluralidad de enfoques hoy disponibles y la lúcida intervención de las perspectivas discursivas no han contribuido a depurar las valoraciones más elementales. Es que, en definitiva, la pregunta sobre qué es el populismo resulta ser tan engorrosa, que parece preferible tomar atajos valorativos: ya sea como modo o forma general de la política o de lo político, para decirlo en términos de su autor (Laclau 2005), o como un estilo de hacer política con rasgos similares al autoritarismo (Weyland 2004, por ejemplo). Estamos remotamente distantes de haber contrarrestado los sentidos comunes que todavía prevalecen en investigadores, periodistas, actores políticos y la ciudadanía en general.

Si no resulta errado sostener que hoy el tema ha estallado a un punto casi estrafalario, llegándose a producir “manuales” sobre el populismo a nivel global,[8] resulta también cierto afirmar que la amplitud del término ha conducido a cierta abdicación de la especificidad misma del fenómeno. Asiduamente se encuentran “nuevas definiciones” que utilizan, sin reparos, eclécticos mix en los que confluyen rasgos formulados por autores clásicos (como Germani, Di Tella, Ípola, Laclau, entre otros), los cuales luego son utilizados para sostener conclusiones diametralmente distantes a las tesis centrales de dichos autores. No se trata de que las definiciones y teorías no sean susceptibles de

“complementarse”; lo que señalamos es que asistimos a un uso irreflexivo de los recursos y las herramientas disponibles. Frente a este dilema, algunos investigadores han optado por esquivar el término; sin embargo, cuando se trata de analizar procesos harto pensados a través del lente del populismo (como el peronismo, el varguismo, el cardenismo, entre otros), sus trabajos no pueden sino desarrollar concienzudos esfuerzos por decir lo mismo —que “populismo”— sin pronunciarlo.

En contraste con la descalificación —o su revés, la apología— y el renunciamiento definitivo al uso del concepto, otros tantos investigadores sociales provenientes de campos disciplinares muy diversos han venido destacando que el populismo puede resultar sumamente productivo para la comprensión de acontecimientos y procesos históricos y políticos de variada índole. De manera reciente, por caso, la llamada “nueva historia intelectual” y la historia conceptual han proporcionado algunos aportes para comprender los contextos de debate y las discusiones político-intelectuales concretas mediante los cuales el populismo —como concepto político polivalente— ha emergido en distintos países desde hace ya más de una centuria.[9] Asimismo, desde ciertas miradas socioculturales, se han realizado valiosas contribuciones para la comprensión de las dimensiones simbólicas y afectivas involucradas en los procesos populistas.[10] Por último, algunos trabajos producidos actualmente en América Latina han marcado desde un comienzo su posicionamiento a “contracorriente” de las miradas canónicas —muchas de ellas peyorativas— sobre las experiencias populistas en la región y han llamado la atención respecto a establecer un diálogo entre los estudios históricos y sociológicos y las disquisiciones propias de la teoría política.[11]

En este contexto de discusión, nuestra tarea (debemos decirlo) se asemeja al eterno trabajo de Sísifo: cargar la roca de reflexión del populismo una y otra vez, frente a la pendiente inalcanzable de los lugares comunes. Como la de Sísifo, la nuestra es una tarea —a todas luces— interminable.[12] Por ello, no pretendemos aquí saldar o cerrar el debate, sino alivianar un poco la roca de reflexión; más que descifrar la naturaleza del populismo, nos proponemos pensarlo como una categoría analítica operativa y productiva para el estudio de procesos histórico-políticos particulares como el gaitanismo colombiano y el peronismo argentino. Y para estos fines, este libro colectivo recoge y ofrece distintas indagaciones acerca de una perspectiva sobre los populismos que, en esta presentación, llamamos “descentrada”.

Tres descentramientos. Una apuesta analítica

Este libro propone revalorizar al populismo como una categoría analítica plural, contingente y que logra aprehender la heterogeneidad propia de las experiencias históricas que busca auscultar. Claramente, ello supone modificar los ejes centrales (teóricos y epistemológicos) con los que el concepto ha sido construido en América Latina. A continuación especificamos los argumentos, aún dominantes, en torno al populismo, que lo asumen como forma anómala y desviada de la política en la región, y los tres descentramientos conceptuales y analíticos que se despliegan en los capítulos que siguen.

Lejos de haberse construido deductivamente —como podría en apariencia pensarse—, el concepto de populismo fue producido como en un “gran cajón categorial”, dentro del cual se colocó una multiplicidad de rasgos, intencionadamente seleccionados, de algunas experiencias políticas concretas. Por caso, el peronismo constituye uno de los referentes históricos que aportó gran parte de esos aspectos que luego se generalizaron en las definiciones de los llamados “populismos clásicos”. En cambio, el gaitanismo ha funcionado como ejemplo contrafactual, que permitió reafirmar la anomalía del populismo latinoamericano en un país en donde este proceso no se habría producido acabadamente, cuestión de la que podían advertirse sus consecuencias.

Cada una de estas experiencias dio vida a conceptualizaciones “ejemplares” —al decir de Acha y Quiroga (2012)— y arquetípicas del populismo latinoamericano. Ciertamente, el peronismo ha servido como uno de los principales referentes para construir una definición del populismo como un hecho anómalo, “maldito”[13] y edificado desde el Estado. Esta tipología ha sido usada con frecuencia como parámetro para medir (por similitud o por contraste) cuán populistas han sido otros procesos políticos, tanto en la región como en la Argentina misma.

Por su parte, el gaitanismo es el principal caso utilizado para nutrir una conceptualización del populismo no acontecido, “fallido” o incompleto, pero, al fin y al cabo, tan anormal y amenazante como el argentino. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, cuando se esperaba que fuese el siguiente presidente de

Colombia, dio pie a la construcción de un concepto de populismo que, sin perder su connotación de desvío histórico, colocó al país andino en el escenario latinoamericano como uno marcado por la excepción de no haber atravesado una “verdadera” experiencia populista, o bien, de haber experimentado un populismo a mitad de camino. El gaitanismo ha sido erigido, además, como el drama causal de una Violencia (en mayúscula inicial)[14] e insistentemente ha sido vinculado a la emergencia de guerrillas de izquierda radicalizada durante los años sesenta y setenta en Colombia. Dicho de otro modo: las cuestiones irresueltas que dejó un gaitanismo trunco habrían marcado las huellas inaugurales del conflicto reciente.

El populismo, entonces, en su acepción peyorativa acontecida y fallida, hace parte de esa construcción del peronismo y del gaitanismo como un asunto acechante, que es imprecada como cuestión explicativa de los problemas del presente en cada comunidad política. Y esto se relaciona con el primer descentramiento del populismo que este libro propone, pues pone de relieve estas dos experiencias políticas concretas a la hora de hablar de los populismos (en plural) y toma distancia de los modelos arquetípicos en clave anómala producidos a propósito de ellas. En este orden de ideas, cuando decimos que queremos hablar de los populismos en plural y con relación a sus experiencias concretas —el peronismo y el gaitanismo—, lo hacemos porque cada uno de estos procesos sirvió de base y dio origen a una interpretación “ejemplar”, peyorativa, teleológica y aún persistente del populismo latinoamericano.

El segundo descentramiento conceptual y analítico que este libro ofrece tiene que ver con colocar en primer plano la pregunta por la función que desempeñan, en los populismos, los procesos de constitución y de redefinición identitarios. Aunque el capítulo 1 de este libro se aboca de lleno al tema, adelantamos aquí que pensamos las identidades como procesos constitutivamente históricos, eminentemente políticos, contingentes y signados por diversas formas de heterogeneidad. Lo anterior, en efecto, supone que no es posible definir de manera inmutable (ni esencial) aquello que una identidad política fue en el pasado o es en el presente, ya que dicha identidad se compone de sucesivos modos, actos, prácticas, acciones identificatorias de sujetos individuales y colectivos. Esto abarca no solo movimientos o grupos, sino también actores provenientes de sectores diversos, trayectorias individuales de mandos medios, militantes, “segundas, terceras o cuartas líneas” de liderazgo al interior de los movimientos políticos, figuras mediadoras entre arenas políticas, culturales e intelectuales, “hombres y mujeres de a pie”, entre otros múltiples actores.

Como advertíamos antes, es a partir de contribuciones teóricas recientes, producidas desde revisiones críticas a la perspectiva analítica de Ernesto Laclau, que argumentamos que las experiencias populistas pueden ser pensadas como un tipo específico de gestión de identidades políticas y populares. Como lo han destacado algunos trabajos producidos por los llamados “estudios poslaclausinos” (Aboy Carlés 2001; Aboy Carlés, Barros y Melo 2013; Barros 2002; Groppo 2009; Stavrakakis, 2007, entre otros), lo que nos permite hablar aquí de “lo popular” no tiene que ver con una condición de clase, estrato social o el estatus de los sujetos o de los colectivos de un campo identitario determinado; tampoco remite siquiera a la recurrente evocación del significante “pueblo” en una discursividad particular (en realidad, como es sabido, casi todas las identidades políticas modernas apelan al “pueblo” de alguna u otra manera). Lo que “convierte” en populares a las identidades políticas se vincula con cómo llevan a cabo operaciones de sentido orientadas a dislocar un orden establecido (Aboy Carlés 2013). Lo propio de las identidades populares es, pues, que apelan al sujeto popular para desnaturalizar el orden vigente, la vida pública, la cotidiana y el sentido común, mostrando su condición de miembros no plenos de la comunidad, negativamente privilegiados o simplemente excluidos (material o simbólicamente) de la vida comunitaria (Barros 2013).

Como se verá en algunos capítulos de este libro, apelamos a la tipología sobre las identidades políticas propuesta por Gerardo Aboy Carlés (2001; 2013) para caracterizar a los populismos como un tipo de identidad popular con pretensión hegemónica, esto es, como un proceso de constitución identitaria que busca realizar una eventual agregación, inclusión y articulación de las alteridades a la solidaridad propia. Los fenómenos populistas, por ende, no pueden equipararse a toda construcción identitaria de la política (Laclau 2005), ni mucho menos pueden ser caracterizados como una constitución de solidaridades políticas de tipo autoritario o totalitario. Dicho sin ambages: en este libro, los populismos son un tipo bastante acotado y particular de constitución discursiva de identificaciones políticas.

¿Lo anterior implicaría, entonces, que es posible considerar como procesos populistas algunas experiencias históricas que, por diversas razones, no alcanzaron el Poder Ejecutivo? Nuestro enfoque abocado a lo identitario no podría sino responder afirmativamente a este interrogante. Aquí, por lo tanto, marcamos otro descentramiento (puntual) respecto de los “modelos ejemplares” del populismo: nuestra caracterización no tendría como condición sine qua non experiencias que ocupen un lugar específico en el poder político del Estado,

pues, con o sin solio presidencial, es la persistencia, la iteración y la constante resemantización de las identidades populares el elemento decisivo para comprender a los populismos de nuestra región. Colombia y el gaitanismo son un ejemplo ilustrativo de este punto.

El tercer descentramiento de los populismos que planteamos se relaciona con un particular modo de abordar la dimensión de la temporalidad. Y es aquí donde el enfoque histórico se vuelve crucial para el estudio de los populismos, no para buscar en el pasado un momento originario de constitución de una identidad popular (peronista o gaitanista en este caso) que haya permanecido inalterada a lo largo tiempo, sino para visibilizar, en el transcurso del tiempo, distintos momentos de constitución de estas propuestas identitarias; momentos que, ciertamente, fueron resignificados o intervenidos en sus respectivos países. En suma, y sin perder de vista el interés teórico y la indagación de las experiencias históricas y políticas concretas, el presente libro, en sus diversos capítulos, brinda aproximaciones analíticas que destacan la contingencia propia en la temporalidad de dos populismos latinoamericanos.

Así pues, la obra se divide en tres partes. La primera está conformada por dos textos que, sin la pretensión de comparar de manera exhaustiva o sistemática el peronismo y el gaitanismo, invitan a leer estas experiencias —ciertamente singulares y diversas— en contrapunto, esto es, tomando a cada una de ellas como un punto de comparación con la otra. Esta aproximación metodológica (que se encuentra en especial argumentada en el capítulo 2 y que recuperamos en el epílogo) fue construida para analizar experiencias políticas disímiles o no evidentemente homólogas, prestando especial atención a las formas de producción social de sentidos en torno a la política, más que a los contenidos de cada proceso histórico-político en sí.[15] La segunda parte reúne tres trabajos que realizan análisis específicos sobre algunas dimensiones significativas en el proceso de constitución y redefinición de las identidades peronistas. La tercera y última se ocupa, por su parte, de lo propio en torno al gaitanismo y a la experiencia colombiana.

El capítulo 1 reconstruye los hilos argumentales en torno a las identidades políticas y a los populismos desde dos clivajes que atraviesan transversalmente toda la obra: una perspectiva no sustancialista en torno a las identidades políticas y un enfoque no esencialista y no peyorativo sobre los populismos. Con ese interés teórico, María Virginia Quiroga y Ana Lucía Magrini afinan ambos conceptos, al tiempo que especifican y ejemplifican la productividad analítica y

metodológica del tipo de operaciones que esta perspectiva —no sustancial y no esencial— de los populismos y de los procesos identitarios brinda para la comprensión de las experiencias peronista y gaitanista.

En el capítulo 2, Magrini propone un análisis en contrapunto entre dos actores controversiales, segundas líneas y figuras mediadoras (entre los campos político e intelectual) del peronismo y el gaitanismo, al momento en que estos últimos se constituyeron como movimientos a gran escala. Focalizado en las trayectorias individuales y en los procesos identificatorios de Cipriano Reyes y José Antonio Osorio Lizarazo, el texto se propone ilustrar el carácter constitutivamente heterogéneo de los movimientos, en coyunturas precisas.

El capítulo 3, y que inaugura la segunda sección en torno a la experiencia peronista, explora dos registros analíticos que han dado forma a este fenómeno social y político argentino: los estudios sobre populismo y los abordajes historiográficos. El texto de Mercedes Vargas, Juan Manuel Reynares y Mercedes Barros establece un juego intertextual entre ambas tramas argumentales (como los autores las denominan) y brinda una mirada atenta a la complejidad histórica de los procesos de identificación política, como también al tipo de lógica populista que estructuró el espacio comunitario durante el primer peronismo.[16] Finalmente, los autores realizan un análisis del peronismo "desde abajo" y en clave local, tomando como eje los modos de identificación política de personas comunes o "sujetos de a pie".

El capítulo 4, escrito por Nicolás Azzolini, profundiza en los usos del olvido y los efectos que la emergencia del populismo peronista imprimió en las articulaciones políticas posteriores a su derrocamiento en 1955. El autor especifica cómo la dislocación que produjo el peronismo durante sus primeros años y el modo en que se constituyó el antagonismo, entre las identidades peronistas y antiperonistas, signaron de manera contundente las formaciones comunitarias venideras. Para mostrar esto, Azzolini se vale de un minucioso análisis de las amnistías de 1955 y 1958, así como de las políticas de olvido con las cuales se buscó gestionar, borrar o trascender la "cuestión peronista" en ese período.

La segunda parte del libro finaliza con el capítulo de Aarón Attias Basso dedicado al análisis de los desplazamientos identitarios del peronismo durante los años kirchneristas. El autor indaga una serie de símbolos y prácticas de movilización social mediante los cuales una organización kirchnerista específica

(La Cámpora) resignifica e interviene el peronismo en tanto tradición política heredada.

Respecto a la experiencia gaitanista, la tercera parte del libro comienza con el trabajo de Cristian Acosta Olaya (capítulo 6). El investigador colombiano rastrea las complejas relaciones entre gaitanismo, populismo y violencia, entre 1946 y 1948. En contraste con posturas que sostienen que el movimiento gaitanista significó una simple prolongación del enfrentamiento bipartidista y desde el estudio de las identidades políticas, el autor argumenta que el gaitanismo se erigió como dique inestable frente a un contexto de violencia, dada la prelación que dicho movimiento les atribuyó a los procesos electorales y a la integración de pretéritos adversarios en esos años. Específicamente, el estudio sugiere que la función del dique —esto es, la reconducción de la violencia a través de la amenaza— es una dimensión constitutiva de los populismos latinoamericanos de mediados de siglo xx.

En el capítulo 7, Adriana Rodríguez Franco analiza cómo se forjó el vínculo identitario entre dos de las experiencias más importantes de identidad popular en Colombia durante el siglo xx, el gaitanismo y el rojismo. La autora hace un seguimiento a la vigencia que tuvo una de las demandas propias del populismo gaitanista en el discurso y la práctica política del Gobierno de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), a través de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil (Sendas), y puntualiza el papel que desempeñó el periódico gaitanista Jornada en la redefinición de la identidad de este grupo luego de la muerte de Gaitán y en los años rojistas.

El tercer apartado finaliza con un trabajo abocado al estudio de las resemantizaciones del gaitanismo en la “nueva izquierda” colombiana entre 1948 y 1969. El capítulo de José Abelardo Díaz Jaramillo precisa cómo diversas organizaciones, distantes del Partido Comunista y bajo la influencia de la Revolución cubana, asimilaron, se identificaron, a la vez que construyeron su propia interpretación del movimiento gaitanista. El autor argumenta que la condición de objeto de disputa del gaitanismo condujo al surgimiento y la articulación de múltiples formas de identificación, así como a desplazamientos (y redefiniciones) al momento de representarlo en un contexto político bastante posterior a la desaparición física de Jorge Eliécer Gaitán.

A modo de cierre, se incluye un epílogo metodológico que recoge algunas ideas clave trazadas a lo largo del recorrido propuesto. El texto se detiene

especialmente en la productividad analítica de la ruta metodológica emprendida (el contrapunto y la lectura cruzada entre peronismo y gaitanismo), al tiempo que identifica aspectos e interrogantes que deberán profundizarse en futuras pesquisas.

Esbozado el contenido del libro, finalmente queremos hacer una breve mención a la trastienda de la investigación y a la artesanal y al colaborativo proceso de producción de este trabajo colectivo. Esta labor fue posible gracias a la activa participación de los autores aquí reunidos, a la intensa discusión interna de versiones preliminares de los textos en un workshop sobre populismos e identidades políticas realizado en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internaciones de la Universidad Católica de Córdoba, el 9 y 10 de octubre del 2019, y a la contribución de varios colegas e investigadores que oficiaron de lectores y comentaristas de borradores de todos los capítulos.

Agradecemos, igualmente, el imprescindible apoyo del Fondo para la Investigación Científica y Tecnológica (FONCYT-Argentina), que financió el Proyecto de Investigación Científica y Tecnológica (pict 2017-3955)[17] en el que se enmarca esta iniciativa; a los investigadores nacionales, internacionales y externos que participaron en todas las actividades e instancias que nos permitieron concluir el libro, y a los miembros del Grupo Colaborador del pict.[18] A los evaluadores anónimos de la obra y a las casas editoriales de la Universidad del Rosario (Colombia) y de la Universidad Católica de Córdoba (Argentina) queremos agradecerles, por supuesto, por darle vida a este libro.

Referencias

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens.

______. 2004. “Repensando el populismo”. En Releer los populismos, Kart Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, 79-125. Quito: Centro Andino de Acción Popular.

______. 2013. “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 17-40. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Aboy Carlés, Gerardo, Sebastián Barros y Julián Melo. 2013. Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Acha, Omar y Nicolás Quiroga. 2012. El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo. Rosario: Prohistoria.

Acosta Olaya, Cristian y Ana Lucía Magrini. 2017. “‘Palabras malditas’: gaitanismo, violencia y populismo en Colombia”. Papel Político 22 (2): 279-310.

Aibar Gaete, Julio. 2013. “La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño”. En Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica, coordinado por Julio Aibar Gaete, 31-62. Avellaneda: UNDAV Ediciones.

Arditi, Benjamín. 2004. “El populismo como espectro de la democracia: respuesta a Canovan”. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales, 47 (191): 105-120.

Barros, Sebastián. 2002. Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991. Córdoba: Alción.

______. 2013. “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 41-64. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Bushnell, David. 2004. Colombia: una nación a pesar de sí misma. Bogotá: Planeta.

Cadahia, Luciana, Valeria Coronel y Franklin Ramírez. 2018. Introducción a A contracorriente: materiales para una teoría renovada del populismo, compilado por Luciana Cadahia, Valeria Coronel y Franklin Ramírez, 9-18. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Canovan, Margaret. 1999. "Trust the People! Populism and the Two Faces of Democracy". Political Studies 47: 2-16.

Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto. 1971 [1969]. Dependencia y desarrollo en América Latina. Ensayo de interpretación sociológica. México: Siglo XXI.

Cooke, John William. 2010 [1972]. Peronismo y revolución: el peronismo y el golpe de Estado. Informe a las bases. Buenos Aires: Papiro.

Devoto, Fernando. 2002. Historia de la inmigración en la Argentina. Buenos Aires: Sudamericana.

Di Tella, Torcuato. 1973 [1965]. "Populismo y reformismo". En Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica, Gino Germani, Torcuato Di Tella y Octavio Ianni, 38-82. México: Ediciones Era.

Germani, Gino. 1962. Política y sociedad en una época de transición. Buenos Aires: Paidós.

______. 2003 [1978]. Autoritarismo, fascismo y populismo nacional. Buenos Aires: Temas.

Grimson, Alejandro. 2019. ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina. Buenos Aires: Siglo XXI.

Groppo, Alejandro. 2009. Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María: EDUVIM.

Ianni, Octavio. 1972. A formacão do Estado populista na América Latina. Río de Janeiro: Civilizacão Brasileira.

Ingerflom, Claudio. 2017. El revolucionario profesional. La construcción política del pueblo. Rosario: Prohistoria.

Ionescu, Ghita y Ernest Gellner. 1970 [1969]. Populismo. Sus significados y características nacionales. Buenos Aires: Amorrortu.

Kalmanovitz, Salomón. 1985. Economía y nación. Una breve historia de Colombia. Medellín: Siglo XXI Editores, CINEP, Universidad Nacional de

Colombia.

Laclau, Ernesto. 1986 [1977]. Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo. Madrid: Siglo XXI.

______. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

López-Alves, Fernando. 2003. La formación del Estado y la democracia en América Latina (1830-1910). Bogotá: Norma.

Mackinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone. 2011 [1998]. Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta. Buenos Aires: Eudeba.

Magrini, Ana Lucía. 2018. Los nombres de lo indecible. Populismo y violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia). Buenos Aires: Prometeo.

______. 2019. “Populismo y revolución en México: reflexiones en torno a los lenguajes políticos en América Latina durante los años setenta”. Revista Historia Autónoma (14): 195-212.

Modonesi, Massimo. 2012. “Gobiernos progresistas y desmovilización. ¿Revoluciones pasivas en América Latina?”. Anuari del Conflicte Social (2): 1367-1384.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero. 1971 [2011]. Estudios sobre los orígenes del peronismo. Buenos Aires: Siglo XXI.

Ostiguy, Pierre. 2009. “The High and the Low in Politics: A Two-Dimensional Political Space for Comparative Analysis and Electoral Studies”. Working Papers (360). https://kellogg.nd.edu/documents/1670

______. 2014. “Exceso, representación y fronteras cruzables: ‘institucionalidad sucia’, o la aporía del populismo en el poder”. POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 19 (2): 345-375.

Oszlak, Oscar. (1999). La formación del Estado argentino. Orden, progreso y organización nacional. Buenos Aires: Planeta.

Palacios, Marco. 2003. Entre la legitimidad y la violencia. Colombia entre 1875 y 1994. Bogotá: Norma.

Palacios, Marco y Frank Safford. 2002. Colombia: pais fragmentado, sociedad dividida. Bogotá: Norma.

Pécaut, Daniel. 2001. Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930-1953. Bogotá: Norma.

Portantiero, Juan C. y Emilio de Ípola. 1988 [1981]. “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”. En El Estado periférico latinoamericano, compilado por Juan Carlos Rubinstein, 203-214. Buenos Aires: Eudeba.

Rabotnikof, Nora. 2018/2019. “Populismo: conceptos, vocabularios y experiencias”. Diánoia 63 (81): 3-22. https://doi.org/10.22201/iifs.18704913e.2018.81.1571

Rosanvallon, Pierre. 2020. Le Siècle du populisme. Histoire, théorie, critique. Paris: Seuil.

Rovira Kaltwasser, Cristóbal, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy, eds. 2017. The Oxford Handbook of Populism. Oxford: Oxford University Press.

Sánchez, Gonzalo. 1983. Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia. Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán.

Stavrakakis, Yannis. 2007. Lacan y lo político. Buenos Aires: Prometeo-UNLP.

Stein, Steve. 1980. Populism in Perú. Wisconsin: University of Wisconsin Press.

Svampa, Maristella. 2016. Debates latinoamericanos. Indianismo, desarrollo, dependencia y populismo. Buenos Aires: Edhasa.

Torre, Juan Carlos. 1989. “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”. Desarrollo Económico 28 (112): 525-548.

Torre, Juan Carlos y Elisa Pastoriza. 2002. “Capítulo 5: La democratización del bienestar”. En Nueva Historia Argentina. Tomo VIII: Los años peronistas (1943-1955), dirigido por Juan Carlos Torre, 257-313. Buenos Aires: Sudamericana.

Weffort, Francisco. 1968. “O Populismo na Política Brasileira”. En Brasil: Tempos Modernos, editado por Celso Furtado, 49-75. Río de Janeiro: Paz e Terra.

Weyland, Kurt. 2004. “Clarificando un concepto cuestionado: ‘el populismo en el estudio de la política latinoamericana’”. En Releer los populismos, Kart Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, 9-50. Quito: Centro Andino de Acción Popular.

[1]Redacción Clarín. “Mauricio Macri: ‘El populismo es mucho más peligroso que el coronavirus’”. Clarín, 4 de marzo de 2020. https://www.clarin.com/politica/mauricio-macripopulismo-

peligroso-coronavirus-_0_LinBbvjM.html

[2]Nos referimos al libro compilado por los autores, titulado Populismo. Sus significados y características nacionales. Como sabemos, esta es una clara reminiscencia al inicio del Manifiesto comunista de Marx y Engels. De manera similar, Julio Aibar Gaiete inicia su muy sugestivo texto sobre el populismo afirmando que “un fantasma recorre Latinoamérica: el populismo” (2013, 31).

[3]No podríamos dejar de mencionar la crítica a Canovan de Benjamín Arditi (2004), quien, haciendo una lectura derridiana, considera al populismo ya no como una sombra, sino como un “espectro” de la democracia; para el autor paraguayo, algunas de las manifestaciones del fenómeno populista pueden llegar a ser contraproducentes para las democracias mismas. Pese a sus diferencias analíticas, tanto Arditi como Canovan analizan cómo el populismo —in toto o parcialmente— puede minar el régimen democrático liberal.

[4]Recuperamos, en nuestra caracterización de las perspectivas y corrientes de pensamiento en los estudios sobre populismo, el aporte de Moira Mackinnon y Alberto Petrone (2011 [1998], 11-55).

[5]Esta es la tesis central de Gino Germani (1962; 2003 [1978]), quien formuló la primera explicación científica del populismo en Argentina. Para Germani, el populismo es un proceso de integración autoritario (aunque efectivo) de las

masas en contextos de sociedades en transición y de industrialización acelerada. Una perspectiva receptora de esta y que profundizó aspectos puntuales del populismo (como su ideología y relación líder-masa, entre otros) fue la de Torcuato Di Tella. Conforme con este autor, el populismo designa "un movimiento social complejo, multiclasista y socialmente heterogéneo, sostenido en un liderazgo heterónomo proveniente de las clases medias y altas y con apoyo popular hacia un proyecto de tipo reformista" (Di Tella 1973 [1965], 44).

[6]Sobre el particular, invitamos a leer el capítulo 1 de este volumen.

[7]Señalamos solo algunas críticas célebres, como la de Juan Carlos Portantiero y Emilio de Ípola (1988 [1981]). Estos autores consideraron errónea la línea de continuidad que Laclau establecía entre populismo y socialismo, sosteniendo que este último se basa en una concepción pluralista de la hegemonía, la cual se diferencia de manera radical del proceso populista. En palabras de los autores, los populismos "realmente existentes" parten de una concepción organicista de la hegemonía (en oposición a la concepción de hegemonía pluralista del socialismo) y procesan las demandas nacional-populares desde lo nacional-estatal, con lo que generan una suerte de "fetichización del Estado", por la cual "lo nacional-estatal" usurpa "lo nacional-popular" (Portantiero e Ípola 1988 [1981], 205). Esta crítica sería replicada recientemente por Modonesi (2012) y Svampa (2016), por ejemplo. Para estos autores, el populismo representaría una "revolución pasiva" que, pese a sus esfuerzos progresistas, no logra transformar radicalmente la sociedad. Como resulta evidente, el parámetro de comparación de estas posturas es una idea particular de revolución socialista, prisma desde el cual se desestiman experiencias políticas populistas tanto clásicas como —según estos autores también— contemporáneas.

[8]Como The Oxford Handbook of Populism (Rovira et al. 2017). Esta extensa obra recoge tres abordajes teóricos sobre populismo, para luego plantear análisis empíricos que abarcan regiones, períodos y temáticas muy diversas alrededor del globo.

[9]Es común colocar el origen del concepto a fines de siglo xix en Rusia, contexto en el cual emergió una corriente filosófica y política que proponía a los intelectuales "descender" hasta la base social: "ir hacia el pueblo" (Narodnichestvo). A la vez que se venía produciendo el llamado narodnik en Rusia, durante el siglo xix, en Estados Unidos, también se identificaba como populista al Partido del Pueblo ("People's Party"), el cual contaba con una fuente

de apoyo de sectores agrícolas del sur y medio oeste del país. En su libro más reciente, titulado Le Siècle du populisme, Pierre Rosanvallon (2020) añade, a la trayectoria anterior, el ingreso de Francia al debate sobre el populismo, hacia 1929, a través de la literatura, y advierte el carácter inconexo entre estos tres contextos de discusión (Rusia, Estados Unidos y Francia). Entre los estudios que han realizado contribuciones significativas desde la "nueva historia intelectual" y la historia conceptual se encuentran: el libro de Claudio Ingerflom (2017), centrado en el pensamiento leninista y en el papel que en él ocupa el concepto de populismo; el artículo de Nora Rabotnikof, "Populismo: conceptos, vocabularios y experiencias" (2018/2019), y algunos trabajos de Magrini (2018; 2019).

[10]Posiblemente la mirada más sistemática de este enfoque se encuentra en los trabajos de Pierre Ostiguy (2009; 2014), quien autodenomina a su teoría del populismo como "relacional-cultural".

[11]Hacemos aquí alusión al libro compilado por Luciana Cadahia, Valeria Coronel y Franklin Ramírez (2018), titulado A contracorriente: materiales para una teoría renovada del populismo. Dicho trabajo propone tomar distancia de "los típicos abordajes sobre el populismo", los cuales, por lo general —según sus autores—, "oscilan entre un historicismo o sociologicismo positivista demasiado apegado a los hechos y una teoría formal poco proclive a mancharse con los procesos políticos realmente existentes" (Cadahia, Coronel y Ramírez 2018, 14).

[12]El debate en torno a la constante definición (o indefinición) del término "populismo" puede caracterizarse por tres personajes literarios o épicos: la Cenicienta, Penélope y Sísifo. Como lo sugirieron Mackinnon y Petrone (2011 [1998]) al retomar las reflexiones de Isaiah Berlin, el populismo adolece del "complejo de la Cenicienta"; en analogía al cuento de hadas, sus múltiples reenvíos conceptuales hacen del "populismo" un término que deambula, como el príncipe y su zapato de cristal, en búsqueda de una experiencia política pura con la cual "calzar". Posteriormente, Gerardo Aboy Carlés (2004) ha descrito el dilema conceptual del populismo como uno semejante al de Penélope. En similitud a la tarea propia de ese personaje de la Odisea de hacer y deshacer un tejido como estrategia para prolongar un desenlace, para Aboy Carlés, en las usuales definiciones sobre el fenómeno se suele soslayar precisamente el "inestable juego entre el borramiento y la reinscripción de su propio origen", lógica primigenia del populismo como tal (Aboy Carlés 2004, 121). Más modestamente aquí, por nuestra parte, sugerimos que el interminable dilema conceptual que enfrenta el populismo es muy parecido al eterno y abrumador

castigo de Sísifo en la mitología griega: el de cargar por una pendiente cuesta arriba una pesada roca, que antes de llegar a la cima, vuelve a rodar hacia abajo.

[13]La idea de "hecho maldito" asociado al peronismo ha tenido una potencia simbólica significativa no solo en el discurso político, sino también en el académico. John William Cooke, activista político e intelectual de la denominada "tradición nacional y popular argentina", sostuvo que el peronismo había sido "el hecho maldito de la política argentina" (2010 [1972], 103). En un magistral estudio historiográfico sobre peronismo, Acha y Quiroga argumentaron que "[l]a frase [de Cooke] ya no tiene referencia, ya que ha abandonado su momento de enunciación para ganarse un lugar en los manuales peronistas, posee […] una impronta que puede introducirse en las melodías académicas" (Acha y Quiroga 2012, 12). Recientemente, Alejandro Grimson (2019) ha proporcionado lúcidas interpretaciones sobre la actual vigencia de esta idea en Argentina. Parafraseamos aquí la famosa frase para visibilizar que el populismo —en su acepción generalizada— ha servido como vehículo conceptual y explicativo de esa suerte de maldición asociada a la experiencia peronista. Sobre este punto, véase también Acosta Olaya y Magrini (2017).

[14]En alusión al 9 de abril como mito fundacional de la Violencia. El magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, producido el 9 de abril de 1948, ocasionó un gran levantamiento popular, en el que se produjeron disturbios, saqueos, destrozos e incendios, principalmente en Bogotá, aunque también en el resto del país. Luego los enfrentamientos entre liberales y conservadores se radicalizaron y adoptaron nuevas dinámicas. De allí que la Violencia (en mayúscula inicial) remite a un período histórico y a un proceso bastante específico en Colombia. Sobre el debate por la nominación del acontecimiento como "Bogotazo" o "9 de abril" y los sucesos desarrollados en el interior del país, remitimos al conocido trabajo de Gonzalo Sánchez, Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia (1983). Otras referencias sobre el tema se encuentran en los capítulos 1 y 8 de esta obra.

[15]Las operaciones de lectura intentan, así, sortear comparaciones vis a vis entre presencia y ausencia de variables frecuentemente referenciadas en el ámbito de las ciencias sociales sobre cada experiencia histórica. Los argumentos generalmente esgrimidos por investigadores y académicos para marcar las distancias y a veces el carácter incomparable entre cada comunidad son: 1) la mayor diversificación cultural y fragmentación territorial que presenta Colombia; 2) la temprana formación de un Ejército nacional en Argentina y la

temprana inclusión del Estado en el ideario moderno; 3) la presencia de movimientos migratorios masivos de origen europeo en Argentina, en especial hacia la segunda mitad del siglo xix; 4) la temprana formación del sistema bipartidista en Colombia; 5) la mayor presencia e injerencia política de las Fuerzas Armadas en Argentina; 6) la escasa presencia de golpes de Estado en Colombia; 7) la relativa integración de demandas sociales de sectores populares en el seno del Estado argentino a mediados del siglo xx, la emergencia del populismo y sus consecuencias venideras, y 8) el carácter fallido o inconcluso del populismo en Colombia y la herencia de esta frustración en el conflicto armado interno. Remitimos a algunas de las principales referencias bibliográficas a partir de las que construimos esta breve sistematización. Entre los estudios históricos sobre Colombia, se encuentran: Bushnell (2004), Kalmanovitz (1985), Palacios (2003), Palacios y Safford (2002) y Pécaut (2001). Sobre Argentina, valen mencionar los trabajos de Devoto (2002), Oszlak (1999), Torre y Pastoriza (2002), y la investigación comparada de López-Alves (2003), en cuanto allí se realiza un análisis del proceso de formación del Estado en Argentina, Colombia, Paraguay, Uruguay y Venezuela, a través del método de la analogía profunda y el de las mayores diferencias.

[16]En alusión al llamado “peronismo histórico” o al período que comprende los dos primeros gobiernos de Perón (1946-1955), aunque en ocasiones la expresión abarca también a algunas transformaciones sociales producidas durante el proceso de emergencia del movimiento (entre 1943 y 1945).

[17]Proyecto titulado “Populismos, identidades políticas y violencia(s) en Argentina y Colombia”, financiado por el FONCYT de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Investigadora responsable: Ana Lucía Magrini.

[18]Aarón Attias Basso, Cristian Acosta Olaya, David Santos Gómez, Juan Ignacio González y María Virginia Quiroga.

PARTE 1

(PRE)TEXTOS PARA UN CONTRAPUNTO ENTRE PERONISMO Y GAITANISMO

1

Identificaciones populares y articulaciones populistas

Apuntes teóricos para el análisis de experiencias latinoamericanas en el siglo XX

*

María Virginia Quiroga

Ana Lucía Magrini

Introducción

En América Latina asistimos a un uso cada vez más frecuente de la categoría de "identidad" y a la presencia de sentidos un tanto ambiguos para definirla. Identidad de los trabajadores, de las mujeres, de los pueblos originarios; identidades de clase, étnicas, biológicas, culturales, políticas; modos identificatorios; identidades colectivas, disidentes, subalternas, son algunas de las tantas expresiones que solemos encontrar en el vocabulario académico sobre el tema.

En general, es posible advertir el predominio de enfoques sustancialistas en los estudios identitarios, los cuales buscan dar cuenta de la esencia-fundamento sobre la que se define o construye una identidad determinada. Estas interpretaciones exhiben algunos presupuestos básicos, entre los que resultan recurrentes: 1) que las identidades constituyen un punto de llegada homogéneo y muchas veces estático; 2) que las mismas se encuentran sustentadas por una serie de principios que las autodefinen; ejemplo de ello es el caso de las identidades nacionales, que suelen delimitarse desde atributos tradicionales como la historia común, la música, la lengua, el territorio, entre otros; y 3) generalmente no se establece un análisis capaz de dar cuenta de las dimensiones conflictivas y

simbólicas de los procesos de constitución y reconstitución identitarios, esto es, de la lucha por la definición de las identidades en sí mismas.[1]

Frente a ello, numerosas perspectivas contemporáneas (desde el campo del psicoanálisis, las teorías políticas posfundacionalistas,[2] la sociología posestructuralista, los estudios culturales, entre muchos otros) han advertido la necesidad de comprender las identidades desde abordajes no sustancialistas, a partir de reconocer su carácter conflictivo, relacional e incompleto. Nos centramos aquí en uno de estos enfoques, la teoría política del discurso, de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe,[3] precisamente porque, en ella, la construcción identitaria remite a procesos no esenciales y eminentemente disputados. Al mismo tiempo, dicha perspectiva postula una especial e interesante vinculación entre el abordaje de las identidades políticas y populares, y el análisis del populismo como lógica de articulación política.

La preocupación central de este capítulo gira, entonces, en torno a dos asuntos o interrogantes clave: ¿de qué modo podría relacionarse una noción no sustancialista de las identidades políticas con una conceptualización no esencialista ni peyorativa del populismo? Y ¿qué aportes puede proporcionar este enfoque para el estudio de dos experiencias latinoamericanas concretas, el peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia?

Dichas preguntas ofician de guía para los apartados que componen este capítulo. La primera parte está centrada en recoger y sistematizar los aportes de la teoría política del discurso para la compresión de la mutua imbricación entre la cuestión identitaria y la cuestión populista. La segunda proporciona algunos elementos que permiten profundizar el abordaje de las identidades, las identificaciones populares y las articulaciones populistas. En tercer lugar, se ensayan algunos ejercicios analíticos sobre las dinámicas específicas del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia, a partir de las disquisiciones teóricas introducidas en los apartados previos. Por último, incorporamos una breve conclusión, que retoma los aspectos destacados del escrito y abre posibles sendas de indagación en torno a las identidades y los populismos en general.

En definitiva, las líneas que se despliegan a continuación procuran trazar una suerte de mapa de problemas y operaciones analíticas en torno a la constitución y la redefinición de las identidades peronista y gaitanista, que luego se desarrollan con mayor especificidad a lo largo del libro. Con ello se pretende

contribuir a los estudios identitarios en el campo de las ciencias sociales, subrayando una idea central: que la constitución y la redefinición de las identidades remiten a procesos eminentemente políticos, relacionales, históricos y contingentes. Es desde ese entendimiento que se hace posible emprender el análisis de experiencias políticas concretas, resguardando su complejidad, heterogeneidad y dinamismo.

Aproximaciones teóricas para un abordaje no esencialista de las identidades políticas y los populismos

Conforme con los aportes de Laclau y Mouffe, un grupo social o político particular no "adquiere" una identidad única a partir de la presencia de rasgos universalmente compartidos como el género, la clase, la edad o la etnia. Por el contrario, las identidades se construyen a partir de procesos de disputa por los sentidos que esos rasgos (biológicos, sociológicos, demográficos, etc.) asumen. Ello supone que las identidades no se conforman de manera autónoma, sino que siempre están configurándose en interacción con otras; son procesos constitutivamente relacionales y políticos. En esa línea, Laclau (2000) se refiere a las "identidades políticas" como la fijación parcial de una configuración discursiva resultante de una práctica articulatoria que implicará la construcción de lazos de solidaridad y pertenencia común, como también el establecimiento de vínculos de oposición y antagonismo (operaciones que, en el lenguaje teórico laclausiano, se denominan como "cadenas de equivalencia" y "de diferencia").

Estas premisas en torno a la cuestión identitaria y su carácter político son de suma importancia para la comprensión de los populismos desde un abordaje no esencialista ni peyorativo; es decir, tomando distancia del hiato entre nociones "apocalípticas e integradas".[4] Mientras que los primeros enfoques entienden el populismo como sinónimo de demagogia, de clientelismo político o como desvío de la democracia, los segundos reivindican el fenómeno como un proceso per se capaz de expandir los canales de participación. A contravía de estas caracterizaciones, que suponen axiomas previos al análisis de las experiencias concretas, la teoría política del discurso resalta la imposibilidad de definir de modo preestablecido el contenido de un proceso político. Habrá que indagar, para poder comenzar a analizarlas, cómo las experiencias políticas se

constituyeron, qué condiciones las hicieron posibles, cuáles las limitaron, qué transformaciones, virajes, sedimentaciones, innovaciones y desplazamientos (entre otras posibilidades) se produjeron.

En esa senda, las primeras enunciaciones que Laclau desarrolló en su ensayo seminal, publicado en 1977,[5] procuraron analizar el populismo dejando de lado el reconocimiento de características sustanciales establecidas de antemano. Para Laclau, el populismo designaba un tipo de discurso, caracterizado por construir

> […] a los individuos como sujetos desde formas de interpelación bajo las cuales los sectores dominados no se identifican a sí mismos en tanto clase social, sino como "lo otro", "lo opuesto" al bloque de poder dominante, como los de abajo. (1980 [1977]: 220)

Desde la publicación de aquel polémico texto, la definición propuesta por Laclau fue variando. Básicamente, la conceptualización anterior había sido pensada para el análisis de experiencias políticas concretas, con énfasis en las dimensiones ónticas de los fenómenos populistas; mientras que en el abordaje del populismo propuesto por el último Laclau (el de 2005, con la obra La razón populista), el término remite a una forma o lógica de lo político, esto es, a una ontología política específica, basada en la construcción de un pueblo. En consecuencia, el populismo carece de especificidad histórica (no refiere a un período determinado del desarrollo capitalista), de especificidad geográfica (no es propio de los países del llamado "Tercer Mundo", por ejemplo) y de especificidad sociológica (no está asociado exclusivamente a una clase, a un grupo social o a una ideología en particular).

Ahora bien, más allá de este desplazamiento —de lo óntico a lo onto-lógico—, tres elementos subsisten en la primera y en la última definición propuesta por el autor. Se trata de nudos centrales de su argumentación, que permiten tomar distancia de lecturas canónicas que procuraron identificar la esencia o el fundamento de los populismos latinoamericanos a partir de vincular su emergencia con ciertos estilos de liderazgo, el apoyo de determinadas bases sociales, o el impulso de un modelo económico preestablecido en el marco de una etapa específica de desarrollo del capitalismo.[6]

Entonces, en primer lugar, las definiciones que Laclau elaboró en 1977 y en el 2005 comparten el hecho de no anticipar una caracterización axiológica de los populismos sin analizar sus modos de constitución y sus efectos políticos concretos; por lo tanto, inicialmente, el populismo no es un fenómeno eminentemente peyorativo. En segunda instancia, persiste en estas disquisiciones la idea de que no existe una esencia capaz de definir de manera unívoca al populismo, ya que su especificidad se encuentra en el plano del discurso; de ahí que no podría producirse al margen de los procesos de construcción y de lucha social por los sentidos. Por último, los populismos guardan una especial relación con las identidades políticas, pues son fundamentalmente modos de construirlas.

Laclau se detiene a explicar el proceso de constitución de identidades políticas, y especialmente de identidades populares, en los discursos populistas, a partir de dos operaciones que ya mencionamos: la construcción de equivalencias y el trazado de fronteras políticas. La lógica de la equivalencia alude a la solidaridad que se teje entre una pluralidad de demandas diversas, pero comúnmente insatisfechas; mientras que la frontera política representa la diferenciación de esas demandas con aquello que las niega, la institucionalidad que no les hace lugar y es responsable de su insatisfacción. En consecuencia, el espacio social se dicotomiza: por un lado, el campo de la institucionalidad excluyente, el lugar de los poderosos; por el otro, el lugar de los excluidos, “los desamparados”, los que no obtienen respuesta, figuras que Laclau resume en la idea de “los de abajo” (underdogs).[7] Llegados a esta instancia, estaríamos frente a la presencia de dos de las precondiciones del populismo: una articulación equivalencial de demandas y una frontera interna antagónica (Laclau 2005, 102).

El tercer requisito refiere a la consolidación de la cadena equivalencial, mediante la construcción de una identidad popular, que es cualitativamente algo más que la suma de los lazos equivalenciales. El pueblo —diferente de la masa— supone la existencia de una particularidad con pretensiones hegemónicas; es decir, una parcialidad que aspira a recomponer un orden social que califica como injusto. El populismo es precisamente el nombre de esa operación tropológica por la cual se construye, de manera discursiva, un pueblo en tanto identidad popular.

Como hemos anticipado, las identidades (individuales, colectivas, políticas, populares) no designan, para este prisma teórico, un “punto de llegada” ni la “cara detrás de toda máscara” (Arditi 2009), es decir, no son un núcleo duro ni un ethos común que subsiste a pesar de las apariencias y de los cambios circunstanciales. Aunque ciertamente tampoco se alude a una constante

fluctuación, en la cual no hay ningún elemento al que aferrarse, al menos parcialmente y en momentos y circunstancias específicas.

La noción de identificación podría contribuir a zanjar ese dilema entre el permanente dinamismo y la parcial fijación de las identidades. La identificación supone el autorreconocimiento en algo, en alguien, o en algún elemento que ese algo o alguien represente, es decir, designa el momento específico de "enganche" con algún rasgo que reconocemos como propio (Navarrete-Cazales 2015). Son las sucesivas identificaciones las que estarían en la base de un proceso de construcción identitaria. Dicho en otras palabras, la pregunta por la identidad solo podría responderse a partir de las sucesivas identificaciones que nos constituyen en un momento particular y específico, y que variarán con el tiempo y en función de las diferentes circunstancias históricas y contextuales.

De modo que los actores que componen un colectivo social determinado pueden apelar a diversas identificaciones de acuerdo con el escenario en el que se desenvuelven. Por ejemplo, un movimiento u organización social podría identificarse con algún rasgo en particular (podrían reconocerse como mujeres, mestizas, ecologistas u obreras), dependiendo de las relaciones de equivalencia y alteridad que se vayan trazando. A su vez, alguno de estos clivajes podría sobredeterminar, amarrar o anudar a otros (el género femenino, por ejemplo), identificación que será "bandera" del accionar del grupo (la lucha por la igualdad en contra del sistema patriarcal), y que primará, parcialmente, sobre el resto de los atributos (la raza, la clase, la edad, entre otros posibles).

Los denominados "estudios poslaclausianos"[8] han contribuido a esclarecer y especificar esta cuestión. Siguiendo los supuestos básicos de la teoría política del discurso, estos abordajes toman distancia de la búsqueda de un fundamento o esencia capaz de explicar "la identidad" de un grupo, al tiempo que no renuncian al reconocimiento de algunos —varios y cambiantes— elementos capaces de articularse en un proceso identitario y, en ciertas condiciones contextuales, en un discurso populista. La clave se halla en dar cuenta de las relaciones de poder específicas que inciden en que un elemento, rasgo o característica particular logre erigirse como un universal que pueda definir —temporal y parcialmente— la identidad de un sujeto político, ya sea un actor, un colectivo, una organización, un movimiento, entre otros.

En consecuencia, las sucesivas identificaciones (o procesos identificatorios), que están en la base de las identidades políticas, van estableciendo no solo cierta

coherencia discursiva (que se hace visible en una serie de demandas y repertorios compartidos), sino también un “investimento o apego afectivo” (Schaufler y Passerino 2014), una “ jouissance” (Mouffe 2009),[9] que se traduce en imágenes de sí mismo y del mundo, en proyecciones y “fantasías”[10] capaces de movilizar acciones y emociones.

Ahora bien, como venimos señalando, el correlato lógico de los procesos de identificación es la diferenciación con algo más. Es decir, reconocernos en algún elemento-rasgo-característica de algo o alguien, supone también desconocernos en otros elementos-rasgos-características, al tiempo que tomamos distancia y trazamos fronteras políticas respecto de los mismos. De allí que todo proceso identificatorio es, a la vez, un proceso de desidentificación, que supone la expulsión de aquello que no somos, con el fin de constituirnos (Laclau 2005).

En esta línea de entendimiento, los estudios poslaclausianos han procurado abarcar tanto los procesos de identificación como de desidentificación que se ponen en juego en la constitución y redefinición de las identidades políticas. Ello quedaría en evidencia en las propuestas de diversos autores que, inspirados en la perspectiva laclausiana, procuran operacionalizar la categoría de “identidades políticas”. De allí que establecieron dimensiones y claves de análisis que facilitaron y, en efecto, promovieron numerosos estudios empíricos. En ocasiones, dichas disquisiciones permitieron ir “más allá” de los postulados iniciales de Laclau, al profundizar y especificar asuntos y problemas no del todo explícitos en la teoría; entre ellos, las posibles o eventuales diferenciaciones entre la lógica del populismo, la de lo político y los modos de constitución de un pueblo. En la siguiente sección avanzamos sobre estos temas; aquí nos centramos en sistematizar la operacionalización de los procesos identitarios de dos investigadores formados con Laclau y que intervinieron su perspectiva.

La propuesta de Aboy Carlés (2001; 2007) incluye tres dimensiones a tener en cuenta para estudiar las identidades políticas: en primer lugar, la dimensión representativa que implica toda identidad; es decir, el proceso de construcción de equivalencias de demandas diversas en torno a un significante que subvierte su contenido particular para asumir la representación de un universal que las amarra, anuda o aglutina. En segunda instancia, la dimensión de la alteridad frente a otras identidades; esto es, la diferenciación radical (el trazado de una frontera) con un otro excluido. Finalmente, la dimensión de las tradiciones, que alude al contexto-horizonte que enlaza el presente de la identidad con un pasado y un porvenir.

En sintonía con esta formulación, Barros (2002; 2017) ha destacado cuatro elementos centrales para estudiar la constitución y la redefinición de las identidades políticas: relativa estructuralidad,[11] contenido particular, promesa de plenitud y otredad. El primero de estos factores remarca el carácter incompleto de toda estructura discursiva e identitaria, ya que la única posibilidad de un cierre, aunque precario y contingente, deriva de la presencia de un "exterior constitutivo" (Laclau 2005); como la estructura nunca termina de completarse, resulta incapaz de determinar al sujeto en forma absoluta y solo lo haría parcialmente. El segundo elemento alude a la propuesta y la reivindicación específica que una identidad representa, es decir, su contenido, en tanto respuesta a una demanda insatisfecha. En relación con ello, emerge un tercer factor, ya que todo contenido particular lleva dentro de sí una promesa de plenitud más amplia, que trasciende la demanda concreta para asumir un carácter más general. En cuarto lugar, la otredad supone la existencia de algo de lo cual diferenciarse, para establecer la propia identidad. Ese "otro" genera tensiones constantes y cumple dos papeles paradójicos: impide la plena constitución de la identificación a la que se opone, pero, a su vez, es parte de sus condiciones de existencia (Laclau 2000). Es decir, bloquea la identidad plena/cerrada, pero permite su constitución de modo parcial/precario.

Los elementos mencionados por Barros se vinculan estrechamente con las dimensiones presentadas por Aboy Carlés para los estudios identitarios. Así, la relativa estructuralidad se contempla en la dimensión de las tradiciones; mientras que el contenido particular y la promesa de plenitud se acercan a la dimensión representativa; y, por último, la otredad remite a la dimensión de la alteridad. Vale subrayar la especial importancia de tales procesos para analizar la trama de relaciones en que se inscriben las identidades, las regularidades que logran afirmar —al menos parcialmente— y las rupturas de esas sedimentaciones a partir de la emergencia del conflicto.

Los aportes de Jacques Rancière (1996; 2004) —especialmente recuperados en los trabajos de Barros (2006; 2010; 2017)— destacan, justamente, la implicancia mutua entre las nociones de conflicto y de desacuerdo, y los procesos de identificación política. Esa profunda vinculación se expresaría, al menos, en tres sentidos fundamentales: primero, la constitución de una identidad política supone la diferenciación y la negación de un nombre impuesto por otro, esto es, el distanciamiento de aquellos lugares y roles a los que "naturalmente" estaríamos destinados ("las mujeres para la vida privada en el hogar", "los indígenas para las labores del campo", "los 'cabecitas negras' para el trabajo

manual", por mencionar algunos ejemplos). En palabras del autor, se trata de resistir a la lógica policial que marca "la asignación de las personas a su posición y su trabajo" (Rancière 2004, 30).

En segundo término, la identificación/desidentificación marca la diferenciación con un "otro" al que los sujetos dirigen sus demandas. Ello se produce aun cuando ese otro es quien niega la legitimidad de dichas demandas para tomar parte en la definición de lo público. Así, por ejemplo, identificarse como un movimiento social o político determinado implicaría desidentificarse del Estado, que muchas veces se presenta como el principal demandado y, a la vez, como responsable de que las demandas de ese colectivo permanezcan insatisfechas.

Tercero, todo proceso de identificación política muestra su carácter imposible, explicitando algo que se es, pero que, al mismo tiempo, no se logra ser. Por ejemplo, me declaro como "obrero y ciudadano argentino", pero ¿puedo serlo cuando las desigualdades socioeconómicas me impiden un ejercicio pleno de mis derechos civiles?; o, en otro caso hipotético, me declaro "argentina y perteneciente a un pueblo originario, o afrodescendiente y colombiana", pero ¿puedo serlo cuando en la experiencia histórica nacional se pretendió invisibilizar esas identidades mediante un proyecto de nación homogénea y mestiza?

En consecuencia, lo interesante es que las identificaciones y desidentificaciones —que estabilizan en forma parcial una identidad— podrían, en determinados contextos, enlazarse de un modo polémico, esto es, de manera que cuestionen los lugares "naturalmente" asignados —y los disloquen—,[12] explicitando el carácter desigual de la comunidad y, fundamentalmente, al inscribir esa crítica en una posibilidad de transformación. Es esa potencial capacidad dislocatoria de las identidades políticas la que cobra especial relevancia a la hora de pensar en las identidades populares (y en los populismos). A continuación ahondamos en esta línea de análisis.

Profundizaciones y disquisiciones analíticas para el estudio de identidades populares y articulaciones populistas

La pregunta clave que atraviesa este capítulo —y que, a su vez, se despliega a lo largo del libro— en torno al vínculo entre las ideas precedentes sobre las identidades y los modos identificatorios con la cuestión de los populismos requiere algunas precisiones. De ellas nos ocupamos en seguida.

Desde algunas contribuciones más recientes que han avanzado sobre los postulados de la teoría política del discurso, se ha advertido una posible limitación en la obra de Laclau, pues en ocasiones se equiparan nociones centrales de la teoría, como las categorías de lo “popular”, el “populismo” y la “política”.

En un libro colectivo titulado Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo (2013) se detuvieron en abordar las vinculaciones y distinciones entre las identidades populares y los populismos. La tesis que atraviesa dicha obra y que cada autor indaga de manera distinta, afirma que las identidades populares, en tanto identidades políticas específicas, no necesariamente suponen procesos populistas, pues habría diversas posibilidades articularias de “lo popular”. En otros términos, los populismos son una posibilidad articulatoria más entre otras alternativas ciertamente infinitas, pero de las cuales conviene comenzar a indagar, precisar e investigar.

Conforme con los señalamientos de Aboy Carlés (2013), las identidades populares básicamente designan un

[…] tipo de solidaridad política que emerge a partir de cierto proceso de articulación y homogenización relativa de sectores que, planteándose como negativamente privilegiados en alguna dimensión de la vida comunitaria, constituyen un campo identitario común que se escinde del acatamiento sin más y la naturalización de un orden vigente. (Aboy Carlés 2013, 21)

Estas identidades, que no son per se mayoritarias ni objetivamente subalternas, se caracterizan por su oposición a un orden establecido, ya sea político, social, sexual, económico o de otra índole.

El autor ensaya tres formas o tipos posibles de las identidades populares: totales,

parciales o con pretensión hegemónica.

Las identidades populares totales se caracterizan por aspirar a un tipo reducido de unidad política; una unidad que no deja de ser un universal, pero en esa aspiración no hay espacio posible para algún tipo de intercambio con el “otro” antagonista o con los adversarios, pues estas identidades se autopresentan como “el todo comunitario”. Un ejemplo característico mencionado por el autor para explicitar el procesamiento “total” de las alteridades es la estrategia delineada por Frantz Fanon en Los condenados de la tierra (1965 [1961]), una obra de amplia difusión en América Latina, África (especialmente en Argelia) y en el denominado “Tercer Mundo” durante las décadas de los sesenta y los setenta. En su libro, Fanon argumentó el exterminio o la expulsión de los colonizadores por medio del uso de la violencia como un método legítimo (y necesario) para emprender una lucha anticolonial a gran escala. De modo que la estrategia de Fanon podría entenderse como la constitución de una identidad popular, en la cual una parte del pueblo, la plebs (en este caso, todos los excluidos y explotados por el orden colonial), “buscaron intransigentemente convertirse en populus”[13] (Aboy Carlés 2013, 29). Ciertamente, otras experiencias totalitarias como el nazismo, el estalinismo, las operaciones de limpieza étnica de la antigua Yugoslavia, entre tantas otras, entrarían también en esta caracterización (p. 29).

Las identidades populares parciales son la contracara de las anteriores, pues en ellas prima una suerte de “encierro endogámico” en sus reivindicaciones particulares, elemento que les impide articularse con otras y aspirar a producir alguna forma de unidad política. Nótese que la ausencia del recurso de la violencia no constituye aquí un elemento fundamental; la violencia puede o no estar presente, ya que lo sustancial en estas identidades “es que no hay conversión de la plebs en populus” (Aboy Carlés 2013, 30). Entre los ejemplos señalados por el autor se encuentran diversas experiencias “obreras, étnicas, sindicales y campesinas” que construyeron solidaridades estables, que se definieron por su enfrentamiento al poder establecido, pero que no pretendieron “representar más que su propio espacio” (p. 31). Podrían ubicarse aquí algunos casos como el Partido Socialista argentino durante su fundación (1896) e identidades segregativas como las Panteras Negras en Estados Unidos, por mencionar dos ejemplos especialmente distintos que estarían alcanzados por esta dinámica identitaria.

Por último, Aboy Carlés distingue las identidades populares con pretensión hegemónica, las cuales comparten, con las totales, la aspiración a representar el

todo comunitario, pero, a diferencia de estas, el tipo de unidad que buscan no es reducida, pues intentan negociar su propia reivindicación particular con sus adversarios o con parte de ellos (2013, 34-40). Claramente, las identidades con pretensión hegemónica son el tipo de identidades que se ven involucradas en los procesos populistas. Y este es precisamente el elemento característico de los populismos, su regeneracionismo o constante búsqueda (no necesariamente amistosa ni por completo violenta) de negociar su propia identidad, al tiempo que intentan representar una universalidad o un tipo de comunidad relativamente amplia. Se trata, en efecto, de una tensión constitutiva de los populismos, de un mecanismo pendular —dice Aboy Carlés—, en el que en circunstancias precisas alguno de los dos momentos del péndulo (exclusión-inclusión) puede primar sobre el otro; pero lo relevante es que los populismos nunca renuncian a esta dinámica (2014, 40).

El autor se detiene a mencionar algunas experiencias latinoamericanas en las que es especialmente perceptible la inconmensurable tensión entre la particularidad de la plebs y la universalidad del populus; entre ellas se encuentran: el yrigoyenismo[14] y el peronismo en Argentina,[15] el varguismo en Brasil[16] y el cardenismo en México.[17] Si bien estos casos podrían, superficialmente, ser definidos como identidades totales (como buena parte de los estudios sobre populismo lo ha hecho), para Aboy Carlés, “esa apariencia totalizante está lejos de constituir una marca definitoria” (2013, 38), pues los intentos de los populismos de cubrir el espacio comunitario se ven rápidamente signados “por la presencia de fuertes oposiciones que demuestran su irrevocable carácter de parcialidad” (p. 38).[18]

Los procesos políticos que se abordan en este libro (esto es, el peronismo y el gaitanismo) también aportan interesantes ejemplos que pueden contribuir a ilustrar la tensión entre plebs y populus en los populismos latinoamericanos.

En Argentina, en vísperas de las elecciones de 1946, se incorporaron al entonces Partido Laborista —plataforma electoral que llevó a Juan Domingo Perón a la presidencia y que pronto fue desmantelada por él mismo— miembros de un sector de sus adversarios, los radicales renovadores (Unión Cívica Radical – Junta Renovadora). Algo similar ocurrió en el seno del gaitanismo, cuando Jorge Eliécer Gaitán se constituyó como jefe único del Partido Liberal, en 1947, y el movimiento comenzó a incorporar a sus filas a militantes anteriormente adversos (como los liberales que se opusieron a Gaitán en la contienda electoral de 1946, que finalmente llevó a la presidencia al Gobierno conservador de Ospina Pérez).

Este tipo de incorporaciones no se produjeron sin tensiones. Al respecto, en el capítulo 2 de este libro, Ana Lucía Magrini da cuenta de cómo la requerida amplitud de los movimientos peronista y gaitanista, en contextos de nacionalización y de construcción a gran escala de los mismos, produjo férreos enfrentamientos con militantes “de primera hora”, como los laboristas y los gaitanistas más intransigentes. Desde estos sectores internos a cada movimiento (y particularmente críticos), los líderes fueron duramente señalados por su desvío ideológico y por la repentina inclusión de pretéritos adversarios. De modo que estos actores no perdieron del todo su carácter particular y pusieron en discusión articu laciones y solidaridades construidas por el peronismo y el gaitanismo, al mismo tiempo que estos movimientos asumían procesamientos de las alteridades propios de las identidades populares con pretensión hegemónica y de los movimientos populistas.

En una dirección analítica similar, en el capítulo 6, Cristian Acosta Olaya se detiene en precisar cómo operó la lógica pendular entre inclusión y exclusión de los adversarios en el movimiento gaitanista entre 1946 y 1948. A contravía de una tendencia generalizada en los estudios sobre el populismo colombiano, centrados en hacer del gaitanismo un causante del violento enfrentamiento entre liberales y conservadores que siguió al asesinato de Gaitán en 1948, el texto muestra que el movimiento se erigió como un dique inestable frente a un contexto de violencia previa.

Retornando a la pregunta que inaugura este apartado, Barros (2013) ensaya una respuesta adyacente a la formulada por Aboy Carlés, aunque focaliza en otras dimensiones. El autor discute la asimilación sin más entre populismo, lo popular y lo político, cuestión que, como anticipábamos, no logra saldar la obra de Laclau. Para decirlo en los términos del investigador, “lo popular” remite a algunos rasgos —varios de ellos en coincidencia con los mencionados anteriormente por Aboy Carlés (2013; 2014)— que caracterizan a las identificaciones populares en tanto identidades políticas con capacidad para subvertir un determinado orden de cosas. Los atributos que señala Barros no son generalizables ni exhaustivos, pero sí resultan recurrentes a la hora de establecer un análisis de experiencias políticas concretas.

Entre esas notas características de las identificaciones populares sobresale, en primer lugar, el cuestionamiento de los papeles socialmente asignados, tema que hemos introducido en el apartado anterior y que ha sido abordado por la historiografía de los populismos latinoamericanos como la denominada “quiebra

de la deferencia social”.[19] Para Barros, el cuestionamiento de los roles social o culturalmente asignados tiene un sentido especialmente disruptivo en los procesos de identificación popular que involucran los populismos, pues esos mismos cuestionamientos habilitan un reordenamiento de las posiciones sociales. Este reordenamiento vendría aparejado a un autorreconocimiento con “orgullo”, “gallardía” —como suele aparecer en algunos testimonios de militantes peronistas, por ejemplo— o estima-de-sí. Conforme con el autor, estas expresiones no pasaron desapercibidas para los estudios sobre los populismos latinoamericanos, pero fueron “tomadas literalmente […] como muestra de la exclusión que caracterizaba a las crisis de participación previas a dichas experiencias” (Barros 2014, 332). A contramano, Barros argumenta que estos testimonios pueden ser leídos de otro modo, como un verdadero efecto de dislocación de la deferencia habitual (y naturalizada, por cierto) de la vida comunitaria.

Un segundo rasgo de las identificaciones populares remite al propio reconocimiento de la capacidad (no necesariamente nueva, pero sí públicamente visible) de “poner el mundo en palabras” (Barros 2013; 2014). En esa toma de palabra, nos interesa especificar un elemento característico en torno a los modos de decir y de tramar aquello que se cuenta, pues los testimonios, los relatos del yo, las autobiografías y las memorias por lo general apelan a estructuras narrativas similares, como la épica y el romance.[20] Las historias personales son introducidas en historias más grandes, en las cuales cada experiencia individual adquiere un carácter heroico. Un heroísmo que, lejos de mitificar las vivencias propias alrededor de un líder, lo que hace es revalorizar el lugar que cada sujeto tiene, al reconocerse (a sí mismo) como “trabajador, peronista, gaitanista, poeta, narrador, escritor popular”, entre muchas otras posibilidades.

En tercer lugar, esas transformaciones en la estima-de-sí respaldan la demanda por ser escuchada o escuchado, lo cual supone una obligación de escucha para las instituciones públicas, los líderes o el Estado. Dos ejemplos que hacen parte de la experiencia peronista permitirían iluminar “desde arriba” (esto es, desde una mirada más oficial) y “desde abajo” (a través de la enunciación de “sujetos de a pie”) esta cuestión —y de alguna manera también el segundo de los rasgos mencionados—. El primer ejemplo remite a la famosa autobiografía de Eva Perón, La razón de mi vida,[21] relato en el que se advierte un modo de contar el mundo que habilitó el peronismo a través de la enunciación de una figura y una líder política clave. El segundo ejemplo recoge parte del análisis que se encuentra en el capítulo 3 de este libro, centrado en la enunciación de hombres y

mujeres comunes, muchas veces anónimos, cuyos testimonios visibilizan modos de contar, representar y exigir “desde abajo”.

Mucho se ha dicho sobre el escaso contenido político del libro de Eva Perón, sobre la imprecisión de ciertos hechos históricos, la omisión de su origen familiar o su dudosa autoría. Sin embargo, más allá de estos debates y cuestionamientos que exceden nuestro trabajo, creemos que su testimonio permite ilustrar cómo un relato autobiográfico posicionado como “fanáticamente peronista” (como ella misma se definía) es narrado desde una trama épica y romántica particular: el melodrama.[22] Lo interesante del testimonio de Eva Perón es que, lejos de presentarse como un elemento “cursi”, las angustias y el dolor de los humildes, las historias personales de los desposeídos y de los pobres se tratan como un objeto de denuncia y como una verdad históricamente desoída. Y es allí donde el peronismo se construye narrativamente como una expresión política de la justicia y la reparación, frente a una serie de daños y perversidades infringidas en la vida cotidiana de las personas pobres. El papel del Estado es, entonces, para Eva Perón, responder a reivindicaciones realizadas por la gente común, por medio de soluciones universales (políticas asistenciales y de conciliación entre patrones y empleados, por ejemplo), ya que dichas demandas, por más personales que se manifiesten, remiten a reales derechos incumplidos.

Luego, algunos pasajes del presente libro permiten ilustrar “desde abajo” cómo sujetos de a pie, que se identificaban como peronistas, tomaron la palabra para demandar, contar e intervenir en su entorno inmediato. En el capítulo 3, Mercedes Barros, Juan Reynares y Mercedes Vargas subrayan un testimonio, entre los muchos que circularon en cartas enviadas a Juan y a Eva Perón, durante sus dos primeros gobiernos, desde diversos rincones del país. Como se verá en profundidad en ese capítulo —en el apartado titulado “Hacia nuevas tramas para el análisis del peronismo desde abajo y en clave local”—, aquella demanda de escucha estatal es perspicazmente analizada por los autores en una solicitud enviada por una santiagueña oriunda de la localidad de La Banda, doña Emilia, quien, apelando a las políticas emprendidas por el Gobierno nacional en Buenos Aires, exige “pie de igualdad” ante los derechos que si bien el peronismo promovió, todavía faltan en Santiago del Estero.

Finalmente, conviene precisar que el elemento específicamente populista de estos rasgos o características de los modos de identificación popular se encontraría en la forma de articularlos en un discurso. Articulación a la que asistimos, dice Barros, cuando estamos en “presencia de un discurso que pone un

nombre al carácter excluyente del orden comunitario y crea retroactivamente una nueva comunidad legítima” (Barros 2013, 55). Es notorio de nuevo aquí el aporte de Rancière. Es “en nombre del daño que las otras partes le infringen” al pueblo, en tanto parte no privilegiada (plebs), que esta “se identifica con el todo de la comunidad” (populus o pueblo en tanto conjunto pleno de ciudadanos) (Rancière 1996, 23). Lo significativo de los populismos es que la disrupción que supone la emergencia de las identificaciones populares no puede pensarse como una simple ampliación de la ciudadanía, porque lo que queda al desnudo es la necesidad de desarticular las relaciones hegemónicas y de configurar una nueva comunidad (Barros 2013; 2014).

En definitiva, más que a contenidos inalterables, los populismos estarían refiriendo a formas o lógicas de articulación política que, en determinados contextos, pueden ser habilitadas por identidades o identificaciones populares que buscan modificar la distribución de roles y lugares en un orden social determinado.

Ejercicios analíticos para repensar los populismos durante el siglo xx en Argentina y Colombia

Conviene considerar algunas precauciones sobre las disquisiciones teóricas que venimos señalando, pues la aplicación automática o irreflexiva de la operacionalización propuesta en torno a las identidades o identificaciones populares y las articulaciones populistas podría suscitar algunos problemas a la hora de emprender análisis de situaciones y de experiencias políticas concretas. Como advierte Barros, “no puede preverse una secuencia temporal del tipo, ‘primero emerge una identidad popular [y] luego aparece el discurso populista que la articula’”, ya que la “dislocación que provocan los conflictos por la distribución de lugares y que lleva a la necesidad de nuevas identificaciones puede tener orígenes diversos” (2013, 5). Este resguardo no se orienta simplemente a evitar periodizaciones de cierto tipo, sino que el privilegio de una secuencia lineal entre emergencia de identidades populares y articulaciones populistas pone de manifiesto un problema más profundo, de orden teórico, al que en ocasiones se asiste en algunos estudios empíricos producidos desde la teoría laclausiana. Esa dificultad deriva del tratamiento divorciado entre

procesos identificatorios o identitarios y prácticas articulatorias, cuando en efecto ambas instancias se encuentran íntimamente imbricadas.

Tomemos las experiencias políticas que nos convocan como ejemplos para explicitar este tema y para mostrar el posicionamiento de los análisis que circulan a lo largo de este libro. Si utilizáramos la operacionalización de las identificaciones populares propuesta por Barros, en una "versión lineal", presentaríamos al peronismo como una identidad popular que emergió el 17 de octubre de 1945 y que se articuló de manera populista cuando Perón llegó a la presidencia en 1946. En 1955, el populismo fue derrocado, restablecido en 1973 y, luego de la última dictadura militar, se rearticularía sucesivamente hasta abarcar experiencias, no exentas de debates, como los Gobiernos menemistas y los kirchneristas. Si bien esta afirmación no es del todo equívoca, deja entrever varios asuntos problemáticos que pretendemos explicitar.

La primera dificultad deriva de suponer que en la coyuntura de 1945 se produjo la emergencia de una identidad popular unívocamente peronista. Una profusa literatura se ha ocupado de mostrar cómo el 17 de octubre[23] fue posible gracias a una multicausalidad de factores para nada previsibles,[24] y que de ese acontecimiento no emergió "la identidad peronista" como entidad homogénea.[25] El capítulo 2 repara en esta cues-tión, al interrogar las tensiones internas al movimiento, como un nivel específico de heterogeneidad que se ve involucrado en las identificaciones populares al momento de articularse en un discurso populista.[26] Dicho en otras palabras, el análisis allí desplegado por Magrini no se concentra en la necesaria, pero no única, dimensión de la alteridad, marcada por las fronteras políticas y las desidentificaciones que se producen con los adversarios, sino en las micro o subfronteras políticas que pueden reconocerse al interior de un mismo proceso identitario y que, en definitiva, hablan del carácter constitutivamente heterogéneo de las identidades populares.

Hecha esta salvedad respecto a la emergencia del peronismo como identidad homogénea en un momento fundacional de su constitución, nos encontramos con el segundo problema: el de suponer que esa identidad se articuló de manera populista en el Estado durante las dos primeras presidencias de Perón. Algunos argumentos que circulan en el capítulo 3 muestran que si bien la dislocación que produjo el peronismo tuvo un carácter inédito hacia octubre de 1945, el peronismo (en el Estado) habilitó nuevas formas de identificación popular que dislocaron los roles socialmente asignados. De ese modo, algunas políticas sociales emprendidas durante los dos primeros años de gobierno, e incluso antes

de la primera presidencia de Perón —como las medidas adoptadas por la entonces Secretaría de Trabajo y Previsión: el estatuto del peón, vacaciones pagas, aguinaldo, tribunales laborales, entre otras—, pueden ser vistas como dislocaciones en sí mismas y como prácticas articulatorias que permitieron la emergencia de nuevos procesos de subjetivación popular.

La tesis aludida recupera y avanza sobre un argumento expuesto por Alejandro Groppo en un lúcido trabajo comparativo entre peronismo y varguismo. Allí, Groppo argumentó que el peronismo habilitó una operación “de nominación o nombramiento de un sujeto que nunca antes había sido nombrado de esa manera”, y que este proceso fue posible porque “el Estado explícitamente [asumió] como suyos intereses de un sector marginado, simbólica o realmente, de la sociedad” (Groppo 2009, 41).[27] La dislocación que supuso ese disruptivo proceso de nominación fue parcialmente “suturada” gracias a una segunda operación política, “la producción de un concepto o una visión no condicionada de justicia social, esto es, una idea de justicia social que es presentada independientemente de cualquier predicación condicionante” (p. 41). En consecuencia, el carácter disruptivo de las identificaciones populares también se produjo durante los procesos articulatorios, de modo que más que a operaciones de emergencia-causa y articulaciones-consecuencias, asistiríamos aquí a lógicas marcadas por la simultaneidad y la yuxtaposición entre dislocaciones y suturas.

Si es evidentemente problemático reconocer linealidades entre dislocaciones primigenias y posteriores suturas institucionales durante los primeros años peronistas, con el derrocamiento de Perón y los sucesivos avatares, desplazamientos y retornos que esta identidad atravesó entre 1955 y la actualidad, el asunto se complejiza aún más. Y ello nos conduce al tercer problema, el de suponer gruesas líneas de continuidad de un fenómeno, rotundamente persistente, pero del que conviene trazar, delimitar, precisar y profundizar cómo vuelve y se reactualiza, es decir, ¿cómo retorna el peronismo en determinada coyuntura política? ¿Qué elementos se borran o se intentan borrar de él y cuáles perduran? ¿Qué proyectos de país están en la base de esas “borraduras” o de esos retornos de una identidad que se resignifica y se resemantiza iterativamente? ¿En qué contextos de discusión vuelve el peronismo, qué usos se hace de él?

Esas inquietudes resultan clave para que, sin perder de vista la característica laxitud del peronismo, este, a su vez, no “se aplane” al punto de equiparar procesos y coyunturas muy diversas como el neoliberalismo menemista de los

años noventa o el neodesarrollismo kirchnerista del siglo XXI. En este sentido, el texto de Nicolás Azzolini, capítulo 4 de este volumen, contribuye a iluminar este punto en una coyuntura específica, el complejo período que se ubica entre 1955 y 1958, es decir, entre la denominada "Revolución Libertadora" y el Gobierno de Arturo Frondizi. El autor focaliza momentos en que la pluralidad de identificaciones populares producidas bajo el extenso arco del peronismo se vio especialmente amenazada y condicionada por las prácticas y los sentidos que intentó imprimir un sector no menos heterogéneo que el peronista, el antiperonista.

En diálogo con esta línea argumental, el capítulo 5, de Aarón Attias Basso, precisa algunos usos del pasado nacional, en una organización militante kirchnerista específica, La Cámpora. El texto particulariza cómo, por medio de símbolos y soportes materiales concretos, el peronismo (en tanto tradición heredada) fue resemantizado e intervenido por la organización y por los y las militantes camporistas, al tiempo que construyeron su identidad política.

Si lo anteriormente señalado vale para el peronismo, también lo hace para un sinnúmero de procesos políticos latinoamericanos. En analogía con el ejercicio anterior, desde una aplicación "directa" de la teoría laclausiana, el gaitanismo podría presentarse como una identidad popular que emergió entre 1928 y 1944, con la actividad y los diversos cargos públicos que ocupó Jorge Eliécer Gaitán durante la hegemonía liberal. Entre 1933 y 1935, el gaitanismo experimentó un proyecto revolucionario y popular al margen del liberalismo, la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria, movimiento que fue disuelto por el líder, en 1935, cuando este retornó a las filas del Partido Liberal. Luego, la identidad gaitanista tuvo su momento de mayor articulación popular entre 1944 y 1948, y finalmente, el 9 de abril de ese año, cuando Gaitán fue asesinado, aquellas articulaciones habrían quedado fracturadas como consecuencia del Bogotazo,[28] acontecimiento signado por la brutal represión a las multitudes movilizadas, y cuyo saldo para el proceso político del país sería la frustración, la incompletitud, el carácter fallido o imposible del populismo en Colombia. Y ese yerro del populismo explicaría, al fin de cuentas, una Violencia (en mayúscula inicial) sin precedente, que se extendería hasta nuestros días.

De nuevo, no todo lo expresado en el párrafo previo resultaría una interpretación forzada, pero algunos elementos de esa lectura, dominante en los estudios sobre gaitanismo, son, por cierto, problemáticos. Este libro propone algunos entendimientos alternativos sobre esos puntos. Inicialmente, como referimos

para el caso del peronismo (o “los peronismos”), resulta necesario matizar la idea de emergencia homogénea de la identidad gaitanista. Dicho proceso no debería ser reducido a la biografía de Gaitán, sino analizado desde una multiplicidad de intervenciones en las que, si bien el líder ocupó un papel protagónico, su trayectoria no explica en forma exclusiva la del movimiento. De modo que para dar cuenta del proceso identificatorio del gaitanismo, con Gaitán en vida, deberíamos indagar, entre otras cosas,[29] la trayectoria de diversos actores, algunos de ellos mediadores, que intentaron intervenir en el sentido que el movimiento tenía, que cuestionaron duramente al líder, y que no por ello simplemente “se pasaron al bando opositor”.

Operaciones analíticas de este tipo se despliegan en el capítulo 2, a través de la controversial figura de José Antonio Lizarazo, por ejemplo.

Otra dimensión a considerar para sortear aquella representación homogeneizante de la identidad gaitanista refiere a la antes aludida lógica pendular de inclusión y exclusión de los adversarios en el seno del gaitanismo, pues ello también contribuye a dar cuenta del carácter no reducido de la unidad o articulación política que por momentos produjo el movimiento. Este análisis está argumentado en el ya mencionado capítulo 6 de este libro.

Quizás el punto de mayor contraste entre la imagen del gaitanismo esbozada en las líneas anteriores y la comprensión que esta obra colectiva ofrece se vincula con la consecuencia argumental que se desprende del 9 de abril, esto es, la gruesa continuidad entre populismo y violencia. En este sentido, los trabajos incluidos en este volumen continúan con una tesis ya introducida por conocidos estudios históricos,[30] que desde hace ya varias décadas vienen insistiendo en que el clima de violencia, los asesinatos y las masacres no emergieron del 9 de abril, sino que precisamente el asesinato de Gaitán fue un síntoma de violencias que venían perpetrándose con anterioridad.

Ahora bien, nos interesa precisar aquí un aspecto crucial del vínculo entre populismo y violencia: los diversos usos del eventual “fracaso” del populismo gaitanista. Por un lado, la lectura en clave fallida del populismo parecería diluir (en su consecuencia argumental) su carácter esquivo, ya que sería el carácter incompleto del populismo o la imposibilidad del gaitanismo de edificarse en el Estado, lo que finalmente explicaría la Violencia. Por otro lado, no es menos cierto que esta mirada sobre el populismo no fue en absoluto dominante en Colombia. En efecto, algunas interpretaciones no dudaron en señalar las

bondades que supuso para Colombia no haber atravesado por una “verdadera” experiencia populista.[31] De modo que no primaron lecturas “democratizantes” del populismo gaitanista,[32] sino una interpretación de su fracaso como causante del enfrentamiento armado, primero bipartidista y, hacia los años sesenta y setenta, según esta mirada peyorativa del populismo, la identidad gaitanista habría mutado a una identidad guerrillera y de izquierda radicalizada.

Frente a esos enfoques, este libro propone explicaciones mucho menos generalizables y más contextualizadas. En efecto, el capítulo 7, de Adriana Rodríguez Franco, repara precisamente en el debate sobre el gaitanismo sin Gaitán, en los años posteriores al 9 de abril y en la coyuntura del Gobierno del general Rojas Pinilla, un proceso que ha sido con frecuencia calificado como un populismo efectivo (en oposición al “fallido de Gaitán”), porque llegó al Estado y compartiría algunos rasgos propios de los populismos si los entendemos en clave esencialista y peyorativa (líder carismático y miembro de las Fuerzas Armadas, políticas públicas orientadas a la protección del mercado interno, tradición nacionalista, entre otras características que suelen incluirse).

Distanciándose de este clivaje sobre el rojismo y el gaitanismo, la autora sigue el rastro a las trayectorias de los gaitanistas durante el rojismo. Algunas ideas explayadas en ese texto permiten responder: ¿cómo volvió el gaitanismo durante esos años? ¿Cómo hicieron sus militantes, especialmente los nucleados en Jornada, para sobrevivir a los avatares del proceso político colombiano luego de la muerte de Gaitán? ¿Qué tomó y resignificó el rojismo del gaitanismo?

Finalmente, el capítulo 8, que cierra este libro, se aboca por completo a la apropiación del gaitanismo en la nueva izquierda colombiana. Creemos que las contribuciones allí desplegadas por José Abelardo Díaz Jaramillo permiten complejizar la peligrosa mirada, al extremo continuista, entre populismo, violencia y lucha armada.

Palabras finales

Asumir una perspectiva no sustancialista de las identidades y una mirada no esencialista de los populismos supone, en primer lugar, tomar distancia de

algunas lecturas canónicas que vincularon exclusivamente la constitución de las identidades con el apego a un rasgo en particular o a una situación contextual específica, y que procuraron explicar la emergencia de los populismos a partir de ciertos atributos característicos que definían una suerte de "esencia populista". En otras palabras, los argumentos que se desarrollan a lo largo de este capítulo ponen en cuestión aquellos abordajes con pretensión objetiva que buscaron identificar la naturaleza última del populismo, mediante una serie de características inalterables orientadas a sostener una conclusión (definida a priori): la anomalía de los procesos populistas, su dimensión autoritaria, su rechazo a las instituciones, la demagogia intrínseca en sus medidas económicas y sociales, entre tantos otros atributos que harían del populismo siempre un desvío de la democracia.

En segundo lugar, el reconocimiento del populismo como un modo específico de articulación política, especialmente vinculado con las identidades populares, hace eco en las implicancias de entender los procesos identitarios a partir de su carácter relacional, histórico y conflictivo. Cuando decimos que las identidades son constitutivamente históricas, no nos referimos a ellas como un "hecho del pasado" (en sentido esencial), sino a que se construyen de manera procesual, en determinados contextos, y que estos son susceptibles de transformaciones y cambios. Conviene señalar también que cuando hablamos del carácter eminentemente conflictivo del populismo nos referimos a que, en definitiva, los discursos populistas se producen desde la disputa entre diversos sentidos e identidades en juego. Por último, la politicidad de las identidades está dada por su constitución relacional, por lo que no es posible definir una identidad colectiva o individual sin alusión a otras; relaciones que, a su vez, están mediadas por el poder.

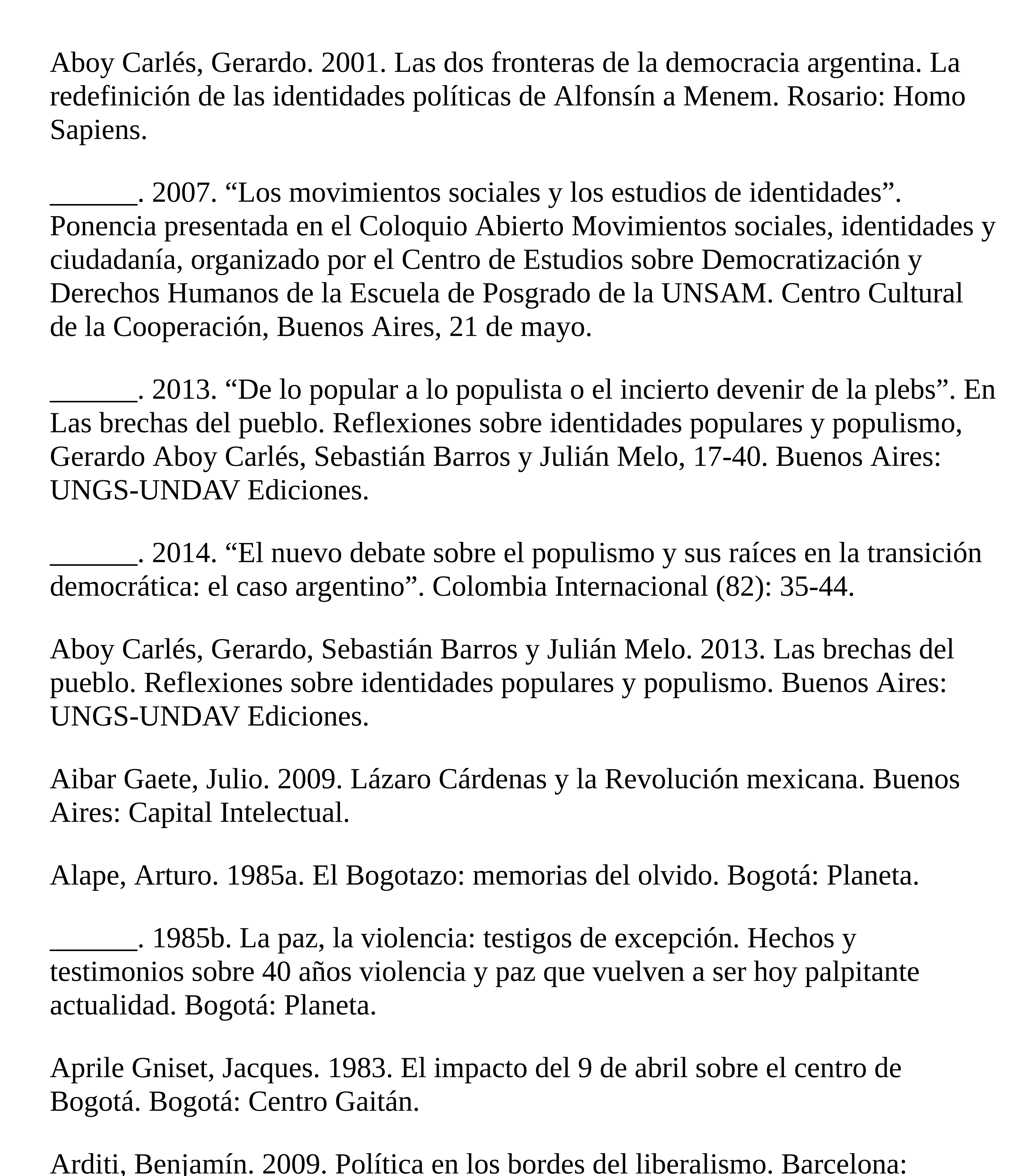
Desde el punto de vista explayado en este capítulo, (pre)ocuparnos por la constitución y la redefinición de experiencias y procesos populistas supone plantear inquietudes e interrogantes (que hacen parte de problemas de investigación propios o colectivos de los autores que confluyen en este libro) y que remiten a la dimensión identitaria de la cuestión: ¿cómo emerge una identidad popular que amalgama múltiples demandas diversas? ¿Qué condiciones habilitan u obstaculizan esos procesos? ¿Cuáles son las experiencias y los sentidos que se ponen en juego cuando actores, sujetos o colectivos se identifican como parte de un "pueblo"? ¿Cómo es que una identidad, desde los márgenes de un discurso, logra trastocar un orden previamente sedimentado? ¿Cómo y por dónde transitan, se recepcionan, intervienen, resignifican y mutan

dichas identificaciones populares? O, en otras palabras, ¿cómo logran perdurar? Estas, entre otras preguntas, circulan en los capítulos que siguen. Si bien se ensayan allí algunas respuestas, queremos resaltar el valor de los interrogantes en sí, pues ellos abrevan en la pregunta mayor en torno a la conformación de las identidades populares y su posible articulación populista, procurando evitar generalizaciones, miradas universalizantes y homogeneizantes. Bajo esa pretensión, se analizan dos experiencias políticas claramente singulares, pero iluminadoras (cada una respecto de la otra), tomando distancia, o descentrándolas, de las interpretaciones dominantes en cada comunidad académica y política.

Entre las conclusiones preliminares que se desprenden de ese descentramiento se encuentra la idea de que no existe tal cosa como una identidad peronista y gaitanista, sino identidades y modos identificatorios en plural. El segundo asunto, especialmente crucial para el gaitanismo, es que el hecho de que se trate de un proceso que no llegó a producir articulaciones políticas desde un gobierno nacional, no hace de este una experiencia fallida, incompleta, ni una “no populista”, como con frecuencia se ha argumentado. De ello da cuenta su carácter perdurable, pues con la desaparición física del líder, las “promesas incumplidas” del gaitanismo se recuperaron y resignificaron reiteradamente (y de diversas maneras) a lo largo del siglo xx.

Luego cabe advertir que tanto el peronismo como el gaitanismo están marcados por la iteración de su retorno, cada uno a su modo. De allí que no puedan ser definidos de una vez y para siempre, son procesos constitutivamente históricos. En efecto, debemos aproximarnos a ellos de manera contingente y cuidadosa, abordando resignificaciones, sedimentaciones y recepciones de actores y tradiciones políticas muy variadas que los recuperaron e intentaron intervenirlos. El peronismo es un proceso peculiar, pero no único; como veremos en este libro, muchos de sus rasgos se pueden encontrar en una experiencia tan disímil como la gaitanista. El gaitanismo es singular, pero no incomparable; su latencia y sus promesas de plenitud inconclusas pueden también alertarse, aunque de manera distinta, en algunas coyunturas políticas que atravesó Argentina sin Perón.

Referencias



Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens.

______. 2007. “Los movimientos sociales y los estudios de identidades”. Ponencia presentada en el Coloquio Abierto Movimientos sociales, identidades y ciudadanía, organizado por el Centro de Estudios sobre Democratización y Derechos Humanos de la Escuela de Posgrado de la UNSAM. Centro Cultural de la Cooperación, Buenos Aires, 21 de mayo.

______. 2013. “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 17-40. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

______. 2014. “El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino”. Colombia Internacional (82): 35-44.

Aboy Carlés, Gerardo, Sebastián Barros y Julián Melo. 2013. Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Aibar Gaete, Julio. 2009. Lázaro Cárdenas y la Revolución mexicana. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Alape, Arturo. 1985a. El Bogotazo: memorias del olvido. Bogotá: Planeta.

______. 1985b. La paz, la violencia: testigos de excepción. Hechos y testimonios sobre 40 años violencia y paz que vuelven a ser hoy palpitante actualidad. Bogotá: Planeta.

Aprile Gniset, Jacques. 1983. El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá. Bogotá: Centro Gaitán.

Arditi, Benjamín. 2009. Política en los bordes del liberalismo. Barcelona: Gedisa.

Ayala, César, Óscar Casallas y Henry Cruz, eds. 2009. Mataron a Gaitán: 60 años. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Ayala Diago, César Augusto. 2013. Democracia bendita seas: Gilberto Alzate Avendaño, liberado. 1950-1960. Bogotá: Fundación Gilberto Alzate Avendaño.

Barros, Sebastián. 2002. Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991. Córdoba: Alción.

______. 2006. “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista”. Estudios Sociales año XVI (30): 145-162.

______. 2010. “Terminando con la normalidad comunitaria. Heterogeneidad y especificidad populista”. Studia Politicae (20): 121-132.

______. 2013. “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 41-64. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

______. 2014. “Momentums, demos y baremos. Lo popular en los análisis del populismo latinoamericano”. POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 19 (2): 315-344.

______. 2017. Elementos para una teoría de la (des)identificación. Manuscrito inédito para investigación. Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia, Comodoro Rivadavia.

______. 2018. “Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos (67): 15-38.

Braun, Herbert. 2008 [1985]. Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia. 2.a ed. Bogotá: Aguilar.

Buenfil, Rosa Nidia. 1994. Cardenismo. Argumentación y antagonismo en educación. México: DIE-CINVESTAV-CONACYT.

Eco, Umberto. 1968. Apocalípticos e integrados ante la cultura de masas. Barcelona: Palabra en el Tiempo.

Fanon, Frantz. 1965 [1961]. Los condenados de la tierra. México: Fondo de

Cultura Económica.

Gaitán, Gloria. 2020. “El ‘fenómeno Gaitán’”. Cambios y Permanencias 11 (1): 39-215.

Grimson, Alejandro. 2019. ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina. Buenos Aires: Siglo XXI.

Groppo, Alejandro. 2009. Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María: EDUVIM.

Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. 2005 [1962]. La violencia en Colombia. Tomos I y II. Bogotá: Taurus.

Habermas, Jürgen. 1999. Teoría de la acción comunicativa. Tomo I. Racionalidad de la acción y racionalidad social. Madrid: Taurus.

James, Daniel. 2004. Doña María: historia de vida, memoria e identidad política. Buenos Aires: Manantial.

Laclau, Ernesto. 1980 [1977]. Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo. Madrid: Siglo XXI.

______. 2000. Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

______. 2002. Misticismo, retórica y política. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

______. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 1987 [1985]. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Madrid: Siglo XXI.

Lorio, Natalia y Mercedes Vargas. 2015. “Sujeto y deseo”. En Sujeto: una categoría en disputa, Emmanuel Biset et al., 169-202. Buenos Aires: La Cebra.

Luna, Félix. 1971 [1969]. El 45. Crónica de un año decisivo. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

Magrini, Ana Lucía. 2018. Los nombres de lo indecible. Populismo y violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia). Buenos Aires: Prometeo.

Marchart, Oliver. 2009. El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Melo, Julián. 2013. “La frontera invisible. Reflexiones en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946-1949)”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 65-90. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Milne, Natalia y Cristian Acosta. 2018. “Yrigoyenismo, gaitanismo y los populismos latinoamericanos de la primera mitad del siglo xx”. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos (67): 95-118.

Mouffe, Chantal. 2009. En torno a lo político. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

______. 2018. Por un populismo de izquierda. Buenos Aires: Siglo XXI.

Navarrete-Cazales, Zaira. 2015. “¿Otra vez la identidad? Un concepto necesario pero imposible”. Revista Mexicana de Investigación Educativa 20 (65): 461-479.

Oquist, Paul. 1978. Violencia, conflicto y política en Colombia. Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca Banco Popular.

Palacios, Marco. 1971. El populismo en Colombia. Bogotá: Siuasinza.

Plotkin, Mariano. 1993. Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1954-1955). Buenos Aires: Ariel.

______. 2007. El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octubre. Buenos Aires: Sudamericana.

Quiroga, María Virginia. 2017. Identidades políticas y movilización social. Un estudio comparado de la CTA en Argentina y del MAS-IPSP en Bolivia en la transición del siglo XX al XXI. Villa María: EDUVIM.

Quiroga, María Virginia y Ana Lucía Magrini. 2014. “La constitución de un concepto iterativo en América Latina. Tensiones y polémicas en torno al populismo”. Fundamentos en Humanidades año XV (2): 27-40.

Rancière, Jacques. 1996. El desacuerdo. Política y filosofía. Buenos Aires: Nueva Visión.

______. 2004. “Política, identificación, subjetivación”. Metapolítica 8 (36): 26-32.

Rawls, John. 1994. Liberalismo político. Buenos Aires: Paidós.

Sánchez, Gonzalo. 1983. Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia. Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán.

Sánchez, Gonzalo y Ricardo Peñaranda, comps. 1986. Pasado y presente de la Violencia en Colombia. Bogotá: Editorial CEREC.

Schaufler, María Laura y Leila Martina Passerino. 2014. “Identificaciones políticas y subjetividad: discurso, imaginario y afectividad para una relación con lo cultural”. Revista Sujeto, Subjetividad y Cultura (7), 5-14.

Stavrakakis, Yannis. 2007. Lacan y lo político. Buenos Aires: Prometeo-UNLP.

Torre, Juan Carlos. 1990. La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo. Buenos Aires: Sudamericana, Instituto Torcuato Di Tella.

______, comp. 1995. El 17 de Octubre de 1945. Buenos Aires: Ariel.

Urrutia, Miguel (1991) “On the absence of economic populism in Colombia”. En The macroeconomics of populism in Latin America, editado por Rudiger Dornbusch y Sebastian Edwards, 369-391. Chicago: University of Chicago Press.

Žižek, Slavoj. 2003. El sublime objeto de la ideología. Buenos Aires: Siglo XXI.

*Agradecemos las valiosas observaciones y recomendaciones realizadas por

Juan Manuel Reynares y Cristian Acosta Olaya a una versión preliminar de este texto.

[1]Ejemplos ampliamente referenciados en el campo académico podrían encontrarse en las perspectivas marxistas ortodoxas, que entienden la identidad como un derivado de la posición de los actores en la estructura económica, esto es, como variable dependiente de la condición de clase; o en los enfoques de la llamada "democracia deliberativa" que, desde John Rawls a Jürgen Habermas, parten de la comprensión de los actores como sujetos racionales e igualmente capacitados para un intercambio codificado en torno a la definición de los principios de justicia (Rawls 1994) o la delimitación de la esfera pública (Habermas 1999).

[2]Este término ha sido acuñado por Oliver Marchart (2009) para caracterizar un conjunto de perspectivas recientes en la teoría política contemporánea, como las reflexiones de Alain Badiou, Chantal Mouffe, Ernesto Laclau, Jacques Rancière, Jean Claude Nancy, Judith Butler, Slavoj Žižek (entre otros), que se ubicarían entre dos posturas extremas, la fundacionalista y la antifundacionalista. El fundacionalismo, propio de la narrativa moderna, afirma la posibilidad de establecer fundamentos últimos de lo social, mientras que el antifundacionalismo, característico del posmodernismo "vulgar" (como el autor lo define), anuncia la ausencia de todo fundamento. Es, entonces, entre estos dos extremos que se dirime el posfundacionalismo, el cual postula una crítica a ambas narrativas, debilitando el estatus ontológico de "los fundamentos últimos", aunque afirma la posibilidad de construir fundamentos relativos, precarios y contingentes.

[3]En el presente capítulo se subrayan los puntos en común y las líneas de investigación compartidas entre ambos autores, sustancialmente explayados en la obra Hegemonía y estrategia socialista (1987 [1985]). No obstante, cabe reconocer los singulares aportes de cada uno de ellos en el campo de estudios sobre las identidades, el populismo, la ciudadanía y los movimientos sociales. Laclau se ha mostrado centralmente preocupado por el análisis del populismo como una peculiar lógica política basada en la construcción de un pueblo; en ese sentido, trabajó sobre nociones clave como dislocación, antagonismo y hegemonía. Por su parte, Mouffe se enfocó en la perspectiva agonal de la política, el rechazo a la pospolítica, la reivindicación del feminismo y las luchas sociales como bases para un populismo de izquierda. Sobre este último punto, remitimos a la obra más reciente de la autora (Mouffe 2018).

[4]Parafraseando a Umberto Eco (1968).

[5]Nos referimos a Politics and Ideology in Marxist Theory: Capitalism, Fascism, Populism. La obra fue editada por primera vez, en inglés, hacia 1977. En 1978, la editorial Siglo XXI publicó la primera versión en español, en Madrid.

[6]El modelo arquetípico de esta mirada son los postulados de la sociología de la modernización de Gino Germani y el estructural-funcionalismo de Torcuato Di Tella, dos perspectivas de profusa difusión en América Latina. Para ampliar las referencias a algunas interpretaciones esencialistas y peyorativas sobre el populismo, y su particular distinción con la obra Laclau, puede revisarse Quiroga y Magrini (2014).

[7]En otros escritos hemos apelado también a la figura de las “víctimas del daño”, de Jacques Rancière (1996), para distinguir a quienes justamente se sienten dañados por un orden comunitario que consideran injusto y que no hace lugar a sus demandas (Quiroga 2017). Para una profundización de los posibles vínculos entre la teoría laclausiana y la perspectiva del autor francés, véanse los trabajos de Sebastián Barros (2006; 2010).

[8]Dentro de la vasta bibliografía sobre el tema, producida por los estudios poslaclausianos, nos interesan aquí en particular los trabajos de Benjamin Arditi (2009), Gerardo Aboy Carlés (2001; 2013), Sebastián Barros (2002; 2010; 2013; 2017) y Yannis Stavrakakis (2007). Los textos de Aboy Carlés y de Barros son especialmente sugestivos, en cuanto operativizan la teoría política del discurso mediante la imbricación de la reflexión en torno a las identidades, los modos de identificación política y la lógica de los populismos. En una perspectiva adyacente, Stavrakakis propone repensar los cruces entre el psicoanálisis lacaniano y la noción de identidad en Laclau. Los aportes de Arditi son importantes para tomar distancia del entendimiento esencialista de las identidades, como del relativismo absoluto; en ese sentido, el autor incorpora la noción de identificaciones metaestables.

[9]Si bien el tema no es objeto de este escrito, conviene precisar que hay un estrecho vínculo entre las consideraciones de la teoría política del discurso en torno a los procesos de identificación y subjetivación política, y los aportes del psicoanálisis lacaniano. Siguiendo a Lacan, Laclau (2000) argumenta que el sujeto se constituye como sujeto de una falta. Falta o vacío de un fundamento último, de un origen esencial o primario sobre el cual los procesos de

subjetivación emergerían. Sin embargo, si la falta constituye un límite para toda constitución plena del sujeto, esta es al mismo tiempo aquello que tracciona al sujeto a la constante búsqueda (siempre imposible) por suturarla. Para decirlo en términos psicoanalíticos, el radical vacío de la falta motoriza el deseo o la búsqueda siempre errática del sujeto por cerrar su identidad de una vez y para siempre. Para una profundización de las dimensiones afectivas y el papel del deseo en los procesos de subjetivación política, remitimos al trabajo antes referido de Stavrakakis (2007) y al texto de Lorio y Vargas (2015).

[10]Nuevamente, aquí es perceptible la recepción de la teoría lacaniana, pues la fantasía no opera como un mero "enmascaramiento de la realidad", sino como un mecanismo, ideológico y sintomático, que la hace posible. "El nivel fundamental de la ideología […] no es el de una ilusión que enmascare el estado real de las cosas, sino el de una fantasía (inconsciente) que estructura nuestra propia realidad social" (Žižek 2003, 61). En otros términos: "la operación distorsiva consiste precisamente en crear esa ilusión, es decir, en proyectar en algo que es esencialmente dividido la ilusión de una plenitud y auto-transparencia que están ausentes" (Laclau 2002, 17; resaltados propios).

[11]La relativa estructuralidad supone el fracaso de la constitución plena de toda estructura, es decir, ni total indeterminación ni total determinación estructural, sino estructuralidad fallida.

[12]Se utiliza la expresión "dislocación" como cambio de posición o lugar, es decir, para mostrar una ruptura o fisura con el orden vigente y una proposición alternativa. Véase el tratamiento especial de esta noción en Laclau (2000).

[13]Conviene precisar que en la obra colectiva de Aboy Carlés, Barros y Melo (2013) que aquí estamos siguiendo, los autores recuperan dos figuras o acepciones del término "pueblo" precisadas por Jacques Rancière (1996): plebs y populus. De acuerdo con el filósofo francés, esa distinción remite a una doble valía del vocablo: el primero refiere al pueblo como una parte de la comunidad, parte que además se presenta como excluida o dañada, la parte que no ha sido contada en el todo comunitario, "los menos privilegiados", "los pobres", "las víctimas del daño", "la multitud", "el populacho", "los postergados", entre otras figuras posibles. Mientras que el segundo sentido, el populus, remite al pueblo como el cuerpo de ciudadanos o conjunto de miembros de una comunidad.

[14]Para un estudio comparado entre yrigoyenismo y gaitanismo, que recupera las

formulaciones de Aboy Carlés, véase: Milne y Acosta (2018).

[15]Retomando parte de estas reflexiones teóricas, Julián Melo se detuvo en formular algunas preguntas y ensayar respuestas plausibles, en torno a si es posible observar “en un determinado campo de disputa política la lucha entre varias formas de populismo” (Melo 2013, 75). El autor analiza allí la especial porosidad de las fronteras políticas del peronismo durante los primeros años de emergencia y advirtió más de un campo identitario con rasgos populistas en competencia.

[16]Remitimos al lector al libro de Alejandro Groppo, Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano (2009), una obra receptora de la teoría laclausiana, que realiza un estudio comparado entre varguismo y peronismo.

[17]Para un interesante análisis del cardenismo y la recepción del discurso revolucionario mexicano en su proyecto educativo, referimos al trabajo de Buenfil, Cardenismo. Argumentación y antagonismo en educación (1994). Sobre las articulaciones políticas en torno al cardenismo, véase también Aibar Lázaro Cárdenas y la Revolución Mexicana (2009).

[18]Nótese aquí el aporte de la perspectiva posestructuralista, y de la teoría política del discurso en particular, al subrayar la diferencia entre el rasgo totalitario y el hegemónico como vía para indagar la potencialidad y el límite de las experiencias históricas analizadas. Agradecemos esta pertinente observación a Juan Manuel Reynares.

[19]En el capítulo 2 de esta obra se encuentran referencias específicas sobre este asunto en los estudios sobre peronismo y gaitanismo.

[20]Es ineludible la mención del trabajo de Daniel James (2004) sobre este punto. Para el investigador británico, una forma “épica implica la identificación del individuo con la comunidad y sus valores, y deja poco lugar a la expresión de la identidad individual. Este modelo básico se complementa con la presencia de otra estructura narrativa, la del romance, por medio de la cual puede contarse una historia más específicamente individual del yo” (p. 166).

[21]Se trata de un texto ampliamente difundido durante los años peronistas, publicado por primera vez en 1951 por Peuser, reeditado por la misma editorial en 1952 y 1954, y establecido como lectura obligatoria en las escuelas en los

días próximos a la muerte de Eva Perón. Luego de la caída del peronismo, el libro fue censurado.

[22]Para una profundización sobre la cuestión narrativa y su vínculo con los populismos, remitimos a otro trabajo propio (Magrini 2018) y al capítulo 2 de este volumen.

[23]El 17 de octubre de 1945 se produjo una multitudinaria movilización popular y obrera, que se concentró en Plaza de Mayo, para exigir la liberación del entonces coronel Perón, quien había sido detenido y apartado de sus cargos de secretario de Trabajo y Previsión, y vicepresidente y ministro de Guerra, funciones que ejercía en el marco de la Revolución de Junio (Gobierno de facto). Vale subrayar que la denominación y el sentido del acontecimiento son objeto de un profuso debate político e intelectual en la Argentina, debate que por su extensión y diversidad de posicionamientos no podemos abarcar aquí. No obstante, conviene adelantar que el 17 de octubre fue representado por el discurso oficial del peronismo (el justicialismo) como "el día de la lealtad" del pueblo y de los trabajadores a Perón, y que ese sentido fue cuestionado entre 1946 y 1947 por un sector inicialmente articulado al movimiento y posteriormente desplazado (el laborismo). Por otra parte, desde el arco de los antiperonismos, los sucesos del 17 de octubre también fueron objeto de cuestionamiento y, en efecto, algunas interpretaciones antiperonistas llegaron a negar que Perón se encontrara recluido, y a significar a Perón y al pueblo movilizado bajo figuras especialmente peyorativas del pueblo. Para un análisis historiográfico de las interpretaciones sobre el 17 de octubre y las figuras del pueblo en contrapunto con las representaciones sobre el 9 de abril en Colombia, véase Magrini (2018). Para los lectores interesados en el tema, remitimos a dos textos históricos sobre el 17 de octubre como mito fundacional del peronismo: Mariano Plotkin, Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1993) y del mismo autor, El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de Octubre (2007). Un trabajo que cuestiona algunas ideas desarrolladas por Plotkin, en las que se imbrican dimensión simbólica, ritualidad y manipulación durante el primer peronismo, es el libro de Groppo (2009) antes referido. Otros aportes valiosos son el clásico libro de Félix Luna, El 45. Crónica de un año decisivo (1971 [1969]); el trabajo de Juan Carlos Torre, La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo (1990), y la obra compilada por el autor que recupera diversas miradas sobre el acontecimiento, El 17 de Octubre de 1945 (1995).

[24]Entre esos factores se encuentran el apoyo de gremios autónomos a Perón, la masiva espontaneidad de miles de trabajadores y trabajadoras que se plegaron a la movilización para llegar a Plaza de Mayo, el papel no protagónico, aunque sí decisivo, de la Confederación General del Trabajo, que "sirvió para comunicar [el paro] a los sindicatos que estaban en estado de alerta […], y a los trabajadores, en general" (Torre 1990, 136); y si bien hubo represión por parte del Gobierno de facto, contribuyó al éxito de la extensa jornada el hecho de que, en las horas decisivas del 17 de octubre, la acción represiva no derivó en un feroz enfrentamiento con las multitudes, como sí sucedió en Colombia durante el 9 de abril, por ejemplo. Esta es precisamente la hipótesis contrafáctica sobre el 17 de octubre que recientemente ensayó Alejandro Grimson (2019).

[25]En la obra de Grimson (2019, 13-14) se remarca la pertinencia de pensar al peronismo en plural, como "los peronismos", dado que este no podría entenderse sin dar cuenta de sus matices y variaciones en diferentes situaciones históricas y en permanente vinculación con su contrario: los antiperonismos. Otras referencias a estudios recientes en torno al arco opositor al peronismo se encuentran en el capítulo 4 de este libro.

[26]Siguiendo la distinción de diversos niveles de heterogeneidad propuesta por Barros (2018).

[27]En adelante, los resaltados (cursivas) de las citas son nuestras.

[28]La expresión "Bogotazo" circuló inicialmente en la prensa nacional e internacional en la coyuntura del magnicidio de Gaitán y es el sentido que, hasta nuestros días, ha tenido mayor difusión mediática dentro y fuera de Colombia. Sin agotar la multiplicidad de aspectos que se discuten cuando en Colombia se habla del 9 de abril, del Bogotazo y del día en que mataron a Gaitán, conviene precisar que las primeras representaciones sobre el levantamiento popular estuvieron sobredeterminadas por las figuras del "pueblo monstruo", "pueblo chusma" y el "pueblo turba". Dichas representaciones, especialmente peyorativas, que circularon en libros, ensayos, testimonios, artículos periodísticos y discursos públicos de la época y que fueron formuladas, entre 1948 y 1953, por actores asociados al antigaitanismo, no desaparecieron por completo en el transcurso de los años, sino que permearon y se fundieron con las construidas por las ciencias sociales (Magrini 2018, 229-275). En los años ochenta, de la mano de la renovación científica producida por los estudios sobre las violencias, los sucesos del 9 de abril fueron reinterpretados y algunas ideas

bastante sedimentadas (como la supuesta reducción de los hechos de abril de 1948 a la capital del país) fueron objeto de revisión. De la abundante bibliografía sobre el tema, para los lectores interesados, remitimos a los siguientes trabajos: los libros de Arturo Alape que reconstruyen polifónicamente los sucesos del 9 de abril: El Bogotazo: memorias del olvido (1985a) y La paz, la violencia: testigos de excepción (1985b); los trabajos de Jacques Aprile Gniset, El impacto del 9 de abril sobre el centro de Bogotá (1983) y de Gonzalo Sánchez, Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia (1983); el libro de Herbert Braun, Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia (2008 [1985]), y la compilación de Sánchez y Peñaranda, Pasado y presente de la Violencia en Colombia (1986), que reúne diversas interpretaciones sobre el 9 de abril y la violencia. Una publicación que recoge aportes recientes en torno al 9 de abril es el libro editado por César Ayala, Óscar Casallas y Henry Cruz, Mataron a Gaitán: 60 años (2009). Para una perspectiva crítica respecto al uso que en Colombia se le da a la expresión “Bogotazo”, véase el trabajo de Gloria Gaitán (2020).

[29]Entre las diversas dimensiones que contribuyen a entender la trayectoria del movimiento se advierten estudios recientes sobre el arco opositor al gaitanismo y las derechas en Colombia, el nacionalismo católico y el llamado “populismo conservador”. Ejemplo de ello es el extenso trabajo de César Ayala (2013), aunque el concepto antes referido no ha sido profundizado por el autor.

[30]Braun (2008 [1985]), Guzmán, Fals Borda y Umaña (2005 [1962]), Oquist (1978) y Sánchez (1983), entre muchos otros.

[31]Un ejemplo de esta postura es el trabajo de Urrutia (1991), donde se establecen algunos argumentos sobre lo beneficioso que fue para los colombianos no haber gozado del populismo.

[32]En alusión al ensayo pionero de Marco Palacios, El populismo en Colombia (1971). Conforme con Palacios, el gaitanismo constituía una expresión democrática del populismo en Colombia. No obstante, aquello que el autor identificaba como propiamente democrático de la experiencia gaitanista solo era posible, en su argumento, como un potencial, en realidad perceptible de manera contrafáctica. El supuesto implícito que sustentaba la mirada del historiador sobre el gaitanismo puede formularse del siguiente modo: “el populismo gaitanista podría haber sido un modo de integración populista-democrático de las masas en la vida política colombiana, si hubiese llegado al poder” (Magrini

2018, 266). El juego de sentidos y de resignificaciones que, en esos años, realizaba Palacios inauguraba, al fin de cuentas, una conceptualización del populismo en Colombia a tono con el tinte peyorativo que el concepto tenía en el Cono Sur.

2

Populismos en los puntos de cruce de Cipriano Reyes y José Antonio Osorio Lizarazo como figuras mediadoras del peronismo en Argentina y del gaitanismo en Colombia

*

Ana Lucía Magrini

Populismos en clave identitaria, heterogénea y en contrapunto

Los estudios sobre populismos latinoamericanos parecen caer con insistencia en algunos lugares comunes y presupuestos no del todo explícitos: como la idea que sostiene que estudiar a los líderes (sus trayectorias, sus acciones y sus intenciones) es sinónimo de analizar los movimientos; que solo es posible (o pertinente) comparar casos homólogos; que los populismos se definen por una comunicación directa (o sin mediaciones), en la que participan necesariamente tres actores: el líder, el pueblo y sus enemigos;[1] y que los populismos tienden a homogeneizar las identidades políticas.

A contramano de estas tendencias, aquí proponemos mostrar que dos experiencias políticas disímiles, como la peronista y la gaitanista, compartirían ciertos rasgos propios de los populismos, entendiendo estos como discursos caracterizados por construir un tipo de identidades políticas contingentes (Laclau 2005). En nuestro caso, abordamos la constitución identitaria como un proceso histórico, inestable y constitutivamente heterogéneo.

Cuando decimos que los populismos son discursos que construyen identidades constitutivamente heterogéneas, no solo queremos señalar la tensión —ya introducida por Ernesto Laclau— entre la tendencia a la homogeneidad interna y a la diferenciación externa[2] en los procesos identitarios, sino especialmente la heterogeneidad que se produce internamente en las identidades frente a las

múltiples tensiones que las habitan al momento de articularse en un discurso populista. Para visibilizar esto, retomamos dos aportes de los estudios poslaclausianos que han avanzado en el tratamiento de las diversas maneras en que opera la heterogeneidad[3] en los populismos latinoamericanos: las consideraciones de Gerardo Aboy Carlés (2010; 2013; 2014) sobre el carácter pendular de las identidades y las reflexiones de Sebastián Barros (2013; 2014) acerca de los procesos de emergencia de las identificaciones populares.

La cuestión de la heterogeneidad ha sido clave para profundizar algunas ideas introducidas por Laclau, aun cuando esta dimensión permanece poco explorada en su propia teoría; por ejemplo: ¿es posible establecer diferenciaciones entre identidades políticas e identidades populares? ¿Hay distinciones entonces entre "lo popular" y "lo político", o ambas lógicas son equivalentes? Si asumimos que los populismos constituyen modos de articulación política, ¿qué características tendría esta lógica articulatoria en contraste con otras posibles? Tanto Aboy Carlés como Barros van a proponer que los populismos son un tipo específico de articulación de identidades populares, las cuales solo en determinados contextos podrían articularse "de manera populista".

Para Aboy Carlés, la heterogeneidad no se reduce a aquello que queda fuera de una articulación populista,[4] sino que remite a la tensión entre "particular y universal" que atraviesa al espacio articulatorio en los discursos populistas o con pretensión hegemónica (Aboy Carlés 2010). En su definición de populismo, el autor parte de distinguir tres tipos de identidades populares: las parciales (o sin pretensión hegemónica, en las que priman las reivindicaciones particulares del propio campo identitario), las totales (que aspiran a la conformación de una unidad política homogéneamente dominada por estas, ya que en ellas no hay negociaciones posibles con los antagonistas) y las identidades con pretensión hegemónica.[5] Estas últimas son las que habilitan la emergencia de los populismos, precisamente porque su lógica de constitución identitaria busca la negociación constante de su "identidad como la conversión de los adversarios" al propio campo identitario (Aboy Carles 2013, 34).[6]

Claramente, ello no supone que los intentos de conversión de los adversarios se realicen siempre a través del diálogo y de amistosas negociaciones. El autor señala que distintas experiencias "recurrieron a variadas formas de represión selectiva del espacio opositor" (Aboy Carlés 2014, 40). Sin embargo, lo significativo de estas identidades es que "su estrategia nunca se redujo a la conversión forzada" (p. 40). Por el contrario, los populismos se caracterizan por

un mecanismo pendular más complejo: un modo de negociar la “tensión entre la ruptura y la conciliación del espacio comunitario, consistente en la a veces alternativa, a veces simultánea, exclusión-inclusión del oponente del demos legítimo” (p. 40). Por ello, los límites que trazan las fronteras políticas en los discursos populistas son siempre porosos, pues no solo las fronteras son susceptibles de desplazamientos, sino que además “permiten una importante movilidad a través de ellos” (Aboy Carlés 2013, 36), haciendo que nuevos sectores se integren al campo identitario, que otros antes incluidos queden por fuera, entre otras tantas posibilidades.

Por su parte, Barros prefiere hablar de “identificaciones populares” para enfatizar el carácter contingente, conflictivo y relacional de todo proceso identitario (2010; 2013). En términos del autor, estas identificaciones se caracterizan (entre otros rasgos) por su potencial capacidad dislocatoria, por medio del cuestionamiento de los papeles socialmente asignados. Esta cuestión ha sido especialmente estudiada por la historiografía del peronismo y de los populismos latinoamericanos en general, como la denominada quiebra de la “deferencia social”.[7]

Para Barros, esa quiebra de la deferencia no se reduce a la mera denuncia de una exclusión material y simbólica de la parte del pueblo no reconocida legítimamente, los menos privilegiados o el pueblo en tanto plebs, sino que, además, dicha denuncia puede (en determinados contextos de relativa estructuralidad discursiva) producir un reordenamiento de las posiciones sociales. De ahí su relevancia para el estudio de los populismos.[8]

En una dirección analítica similar a la de Aboy Carlés, Barros argumenta que lejos de constituir una teoría sobre la homogeneidad de las identidades políticas (como en ocasiones erróneamente se la presenta), la perspectiva de Laclau sobre el populismo propone un abordaje de lo heterogéneo, que va desde una “heterogeneidad radical (dos entidades que no comparten un espacio común de representación) hasta el resto de heterogeneidad ineliminable que constituye la distinción de toda particularidad (su pérdida supondría la desaparición de la diferencia)” (Barros 2018, 28).

El autor distingue diversos niveles de heterogeneidad, que estarían presentes en la teoría laclausiana del populismo. Un primer nivel de heterogeneidad remite a la exterioridad constitutiva, la cual está dada “por la frontera antagónica que constituye una cadena de equivalencia” y “algo externo a ella que al mismo

tiempo niega su plenitud y es condición de su existencia". Un segundo nivel es el de las diferencias, que "reside en el resto de particularidad persistente entre las propias diferencias articuladas en una cadena equivalencial determinada". Y un tercer nivel, radical, refiere a "los elementos que no son diferencias en tanto no comparten un espacio de representación simbólica. El nivel de la no-diferencia" (Barros 2018, 67). En esta descripción de distintos niveles de heterogeneidad perceptibles en la teoría laclausiana, el investigador argentino añade otro nivel que no está claramente identificado en Laclau "y que es aquel entre las diferencias articuladas y el momento hegemónico articulante […]. En este nivel de heterogeneidad se juega la instancia que define el tipo de unidad que adquirirá una articulación política" (Barros 2018, 67; el resaltado es mío).

Es precisamente ese último nivel de heterogeneidad el que nos interesa pensar aquí, pues esa heterogeneidad supone que dentro de un mismo campo identitario, llamado "peronismo" y "gaitanismo" en este caso, es posible dar cuenta de conflictos y oposiciones internas; y que tales tensiones no siempre derivan en el simple abandono de ese campo o en la mera inclusión de los sectores críticos en el discurso de los adversarios. Por el contrario, argumentamos que dichas heterogeneidades y tensiones (articuladas, por cierto, en los discursos populistas) son una dimensión característica de los procesos identificatorios que habilitan los populismos.

Nos proponemos entonces ilustrar algunas de estas tensiones y heterogeneidades mediante sucesivos actos o procesos identificatorios[9] de dos figuras mediadoras y especialmente controversiales durante el proceso de gestación del peronismo y del gaitanismo: Cipriano Reyes y José Antonio Osorio Lizarazo. Ambos tuvieron papeles protagónicos en momentos fundacionales de los movimientos y en circunstancias políticas concretas, como la nacionalización o la construcción a gran escala de los mismos; se opusieron o cuestionaron a Juan Domingo Perón y a Jorge Eliécer Gaitán, sin renunciar al campo identitario signado por los líderes como peronista y gaitanista. Resaltamos que los nombres que asumieron los movimientos, colocaron en primer plano a los líderes políticos, pues precisamente Reyes y Osorio Lizarazo lideraron batallas por el sentido de los movimientos y, el primero en especial, por la paternidad del peronismo. Como veremos en los dos siguientes apartados, las estrategias de estas figuras fueron distintas: Reyes enfatizó en que el nombre "peronismo" no remitía a la verdadera identidad política que emergió el 17 octubre de 1945, sino a otra deliberadamente borrada por Perón: el laborismo, mientras que Osorio Lizarazo apeló al mismo significante ("gaitanismo") para disputarle a Gaitán la verdadera

esencia del movimiento, una que para él debía ser intransigentemente revolucionaria.

Lo que nos parece sugestivo de las agudísimas críticas que por momentos esgrimieron estos actores, es que en ellas persiste una férrea resistencia a la heterogeneidad que comenzaba a teñir a los movimientos políticos al momento de nacionalizarse. En los casos que analizamos a continuación, este no es un dato menor, pues los enfrentamientos con los líderes y con sectores recientemente integrados a los movimientos —como los radicales renovadores en el seno del laborismo argentino o los liberales en el seno del gaitanismo colombiano— derivaron en violentos intentos de cierre de las fisuras internas, como la reclusión de Reyes o el autoexilio de Osorio Lizarazo. Precisamente por ello, nos interesa trabajar con estas figuras, en ocasiones consideradas por la historiografía como disidentes u opositores y, en otras, como mitos vivientes del peronismo y del gaitanismo.[10]

Sin la pretensión de homologar experiencias políticas, trayectorias individuales y procesos identificatorios que, por cierto, son distintos, tomamos a cada uno como punto de comparación con el otro,[11] pues entendemos que ello nos permitirá sortear algunos lugares comunes antes referidos en los estudios sobre los populismos latinoamericanos. Lo interesante del contraste entre experiencias como la peronista y la gaitanista, en este punto, es que el nivel de heterogeneidad que nos interesa ilustrar (interno al campo identitario) no se limita a aquellas experiencias populistas que construyeron Gobiernos nacionales, ni a las características propias de un tipo de liderazgo, o a las políticas públicas implementadas por los líderes en el Estado, sino que se relaciona sustancialmente con las inscripciones identitarias producidas durante los años de emergencia de los movimientos, las cuales, en ocasiones, guardaron una carga de sentido de tal magnitud que sus modos identificatorios se volvieron, en otras coyunturas (como la construcción a gran escala de los movimientos), “innegociables”.

Finalmente, conviene precisar el sentido de la noción de mediación que aquí utilizamos y su aporte para el estudio de los populismos y los procesos de identificación política. En primer lugar, la idea de mediación subraya una orientación introducida por una serie de trabajos recientes que han reparado en las prácticas y acciones de las segundas, terceras o cuartas líneas de los movimientos populistas, en contraste con los estudios centrados en la descripción de estilos de liderazgo como los basados en relaciones de poder

verticales y directas (o sin mediaciones) entre un líder carismático y las masas. Como ha advertido Raanan Rein, de no haber sido por el establecimiento de “vías alternativas de mediación para movilizar el apoyo popular”, sería incomprensible “el legado duradero del populismo en América Latina a la hora de ‘modelar la arena política’ y de imbuir nuevos significados en el concepto de la ciudadanía” (2019, 103). De modo que indagar por el papel que desempeñaron las segundas líneas se torna una cuestión crucial a la hora de comprender lo perdurable del peronismo, del gaitanismo y de los populismos en general.

En segunda instancia, la categoría de “mediación” desnuda una falsa idea persistente en algunos estudios centrados en las estrategias de comunicación de los populismos. Ese falso supuesto reduce los procesos de comunicación de los movimientos populistas a unos de tipo directos —o, nuevamente, sin mediaciones—. En general, estos enfoques tropiezan con una dificultad evidente al intentar caracterizar la enunciación de los líderes y la recepción “de las masas”. Instancias políticas y comunicativas que, además, suelen pensarse como autotransparentes o bajo la idea de un reflejo (es decir, que aquello que se enuncia es equivalente a lo que se recepta). El problema de estas aproximaciones radica en que suponen la transparencia del lenguaje, cuando en efecto este constituye un campo minado de interpretaciones, prácticas e intervenciones que hacen de él un fondo opaco y contaminado. Por otra parte, como la teoría de las mediaciones y de la comunicación como proceso ha venido señalando desde hace ya varias décadas,[12] los receptores tampoco son pasivos, intervienen, resemantizan o resignifican discursos y, con frecuencia, se convierten en “enunciadores” de otros discursos políticos.

En tercer lugar, la noción de mediación que proponemos dialoga con la historia intelectual, pues nuestros “mediadores” son actores políticos concretos que produjeron obras muy variadas (biografías, autobiografías, poemas, novelas, ensayos, crónicas, artículos periodísticos, entre otros géneros), a través de las cuales intentaron intervenir en el campo intelectual y cultural, construyendo sus propias interpretaciones sobre el peronismo y el gaitanismo, algunas de ellas especialmente críticas respecto a las elaboradas por los líderes. En este sentido, al focalizar cómo estas figuras (en tanto intérpretes del peronismo y del gaitanismo) disputaron sentidos sobre los movimientos, los líderes y el papel que ellos mismos desempeñaron en aquellos, procuramos tensionar el binomio entre “campo político y campo intelectual”, para abordar ambos articuladamente.[13] En definitiva, trabajando con actores significativos y controversiales en las opacidades de la discursividad de dos populismos latinoamericanos, proponemos

analizar sus trayectorias, identificaciones, representaciones e interpretaciones sobre los movimientos como actos políticos en sí.

“El héroe no reconocido” o cómo Cipriano Reyes construyó su identidad política

Difícil de posicionar dentro de las interpretaciones peyorativas y las claramente apologéticas sobre el peronismo, con frecuencia citada como fuente y poco explorada en términos de la mirada que allí se construye sobre esta experiencia política, la perspectiva de Reyes (y el modo de identificarse con el peronismo) fue durante muchos años inaudible tanto en el campo político como en el intelectual. Fue Juan Carlos Torre (1990) quien, a finales de los años setenta, proporcionó nuevos lentes analíticos para entender la tradición de la que Reyes provenía, el laborismo. Su argumento desplazó el debate sobre el peronismo hacia la pregunta por las identidades políticas, específicamente, hacia las relaciones que se establecieron entre Perón y el movimiento obrero. Pese a haber deconstruido la explicación clásica de Gino Germani (1962) sobre los orígenes del movimiento, la conclusión a la que llegó el autor de La vieja guardia sindical y Perón no distó mucho de otras miradas que habían insistido en la docilidad de los gremios que adhirieron al llamado de Perón,[14] en la interpretación del peronismo como una oportunidad perdida, la de haber conformado un partido obrero autónomo[15] (como el laborista británico) y la de constituir una democracia pluralista.[16] Todo ello sumado a la idea de que el peronismo constituía un fenómeno populista en sentido autoritario.[17]

Dicho sin preámbulos, con otras variables explicativas, con nuevas fuentes documentales (como las actas del Comité Central Confederal de la Confederación General del Trabajo —CGT—) y con una nueva problematización del fenómeno (las identidades políticas), el autor no alteró la interpretación dominante sobre el peronismo. Este no es, sin embargo, “un problema” del trabajo de Torre, el cual ha sido considerado uno de los aportes más lúcidos sobre sus orígenes, y quien formuló, en un texto más reciente escrito en colaboración con Elisa Pastoriza,[18] una interpretación ejemplar sobre los primeros años peronistas.[19] El señalamiento constituye, en realidad —y esto es lo verdaderamente problemático—, una tendencia general en los estudios sobre el

peronismo caracterizados por el predominio de “miradas subjetivistas”, esto es, de posicionamientos apologéticos o claramente orientados a descalificar dicha experiencia política.[20]

Con otros objetivos, volvemos aquí al primer gesto analítico con el que Torre interrogó el peronismo, las identidades políticas. Aunque, parafraseando a Barros (2014), no dirigimos la mirada hacia el Estado, sino hacia la forma singular que tomaron sucesivos actos identificatorios de un actor fundacional y especialmente crítico, Cipriano Reyes.

Oriundo de Lincoln, provincia de Buenos Aires, Reyes (1906-2001) fue contorsionista de circo, aprendiz de vidriero, pescador, trabajador rural, panadero, mucamo valet, ensayista, periodista, poeta, obrero de la industria de la carne y líder sindical. Luego de recorrer el país como linyera —período que él mismo describe como una experiencia de trotamundos—, se estableció en la localidad bonaerense de Berisso, donde permaneció la mayor parte de su vida y donde fundó el Sindicato Autónomo de Obreros de la Industria de la Carne y Afines.

Fue uno de los organizadores de la multitudinaria movilización obrera del 17 de octubre, convocada para exigir la liberación de Perón. Luego del éxito de la extensa jornada y del llamado a elecciones para febrero de 1946, Reyes, junto con otros dirigentes sindicales, fundaron el Partido Laborista, plataforma política que llevó a Perón a la presidencia y al propio Reyes al Congreso Nacional.

En mayo de ese año, Perón llamó a la unidad de todas las fuerzas que se aglutinaban en el peronismo, disolvió el Partido Laborista y creó el Partido Único de la Revolución, posteriormente denominado Partido Peronista. Reyes se opuso a la disolución del laborismo. En 1947 sufrió un atentado, en el que murió su chofer, y en 1948, una vez finalizado su mandato y ya declarada la ilegalidad del laborismo, fue acusado de organizar un complot para derrocar a Perón, razón por el cual fue encarcelado hasta 1955. Ese año fue liberado, y en 1957 se opuso a la denominada “Revolución Libertadora” e intentó reorganizar el Partido Laborista con miras a restituir la Constitución de 1949, sancionada durante el primer Gobierno peronista.

Desde la creación del Partido Laborista, Reyes se resistió a la inclusión, en aquel, de quienes habían estado por completo ausentes en la crítica jornada de octubre de 1945. Tampoco podía “abrazar como amigos” a quienes habían sido

“bastoneros” de toda la “corriente opositora [a Perón] y antiobrera”, entre 1943 y 1945 (Reyes 1987, 13-14). Más allá de sus señalamientos respecto a los integrantes repentinamente conversos al laborismo, un sector de la Unión Cívica Radical–Junta Renovadora, se unió a la plataforma política que finalmente ganó las elecciones y conformó el nuevo Gobierno.

Al poco tiempo de la victoria electoral, el 23 de mayo de 1946, Perón ordenó caducas “en toda la República las autoridades partidarias de todas las organizaciones que pertenecen al movimiento peronista” y encargó “a los camaradas legisladores que forman las autoridades […] la organización de todas las fuerzas peronistas como Partido Único de la Revolución Nacional” (discurso de Perón, en Reyes 1987, 180-183).

La respuesta de Reyes no se hizo esperar y a pocos días del comunicado transmitido por cadena nacional, le envió una carta a Perón, cuyo encabezado no podía ser más directo: “Señor Presidente electo de la República por el Partido Laborista, general Juan D. Perón”:

Hace pocas horas […] usted termina de romper […] con el laborismo, a través de un ‘ordeno y mando’, como si lo hubiera hecho el zar de Rusia o el mismo Calígula, emperador de Roma.

Desconoce el movimiento que lo llevó al poder porque teme que el mismo el exija la realidad de ese mundo mejor que le hemos prometido al pueblo y al país […]. Ahora está en la cima, y desde allí arroja al precipicio a los amigos que lo ayudaron a subir. […], usted, señor presidente, desvió el cauce de la revolución popular y nacional […], convirtiendo a sus aláteres en un conglomerado amorfo, sometido al servilismo […]. De mi parte, hágole saber que me incorporaré a mi banca de diputado nacional, sosteniendo lo que usted, señor presidente, arrojó a la clandestinidad: el laborismo. (Carta de Cipriano Reyes a Perón, 27 de mayo de 1946, en Reyes 1987, 183-184)[21]

Algunos compañeros y amigos de Reyes intentaron persuadirlo de dejar las críticas a Perón a un lado y, en pos de la unidad del movimiento, aceptar la

peronización del laborismo. “Escupí para otro lado, Cipriano, y verás que todo va a salir bien”; “debemos sacrificarnos por la unidad del movimiento”; “Olvidate de eso, Cipriano, y aprovechemos para estar todos juntos” (Reyes 1987, 15, 18), son algunos consejos que él mismo recuerda, y a los que solo oiría inicialmente, durante la constitución del partido; luego de su disolución, ya no podría aceptar la completa desaparición del laborismo.

El líder sindical escribió tres libros: ¿Qué es el laborismo?, publicado en 1946, texto en el que formula duras críticas a los llamados a la unidad del Partido Único; Yo hice el 17 de octubre, autobiografía publicada en 1973, el mismo año en que se produjo el retorno definitivo de Perón a Argentina (luego de un exilio de más de una década); y La farsa del peronismo, libro que vio la luz pública en 1987, en la coyuntura del fallido intento de golpe de Estado del 15 abril de ese año a Raúl Alfonsín; para entonces, ya había transcurrido el retorno de la democracia, aunque bajo la constante amenaza de las Fuerzas Armadas.

A lo largo de estas obras, el líder del gremio de la carne fue radicalizando su mirada sobre el peronismo y construyendo su identidad política desde una identificación, positiva y negativa al mismo tiempo, con elementos sustanciales de este discurso. Más allá de la diferencia de géneros desde los que Reyes cuenta su historia (el ensayo en el primer libro, la autobiografía en el segundo y la crónica en el tercero), en ellos, el melodrama[22] constituye un modo de tramar específico que hace posible articular la épica con el romance, esto es, las dimensiones más íntimas y cotidianas de su vida (sucesos significativos como los sacrificios de una vida de peón de campo y obrero en la ciudad, la injusticia y la humillación frente a figuras de autoridad, su lucha gremial, la muerte de sus hermanos,[23] su desempeño como diputado nacional, entre 1946 y 1948, la cárcel y su liberación) con cambios políticos de orden más abstracto (el 17 de octubre, la formación del Partido Laborista, el primer Gobierno peronista y la dictadura militar que derrocó a Perón, entre otros acontecimientos).[24]

En su autobiografía, Reyes reconstruye críticamente el mito fundacional del peronismo desde las voces de un sector de sindicalistas que se movilizaron en aquella jornada, que formaron el Partido Laborista en 1946, que no superaron las tensiones al interior del partido —sustancialmente debido a la incorporación de radicales renovadores— y que perdieron en el juego de la política tradicional. Su testimonio involucra un relato del yo, en el que el propio Reyes se autorrepresenta como un héroe no reconocido, cuya acción en la jornada de octubre de 1945 fue tergiversada, tanto por la historia oficial del peronismo

como por la versión construida por el antiperonismo.

Para el líder sindical, el 17 de octubre, “el pueblo pueblo” (la plebs, o la parte del pueblo no reconocida como miembro legítimo de la comunidad), impulsado “por todo ese hambre y sed de justicia”, deseaba producir “el cambio en profundidad […] con una revolución nacional y popular […] en el camino de un mundo mejor”. El 17 de octubre “fue la marcha de los postergados, de los perseguidos de los que venían y vienen cargando el peso de la injusticia social” (Reyes 1973, 93).

Hasta aquí el autor reproduce prácticamente la mirada oficial sobre el acontecimiento y se opone a la amplitud de interpretaciones producidas por el heterogéneo arco antiperonista.[25] Recordemos que algunas de ellas habían demonizado a quienes protagonizaron aquella jornada y habían negado que Perón se encontrara preso, argumentando que en realidad el líder se había autorrecluido.

La oposición a una versión antiperonista sobre el 17 de octubre se introduce explícitamente en la autobiografía de Reyes, mediante una referencia cruzada respecto a la experiencia colombiana:[26] la discusión con Germán Arciniegas, una destacada figura intelectual, contemporáneo de Gaitán y exponente del pensamiento liberal colombiano y americanista, quien además había contribuido a la consagración de Osorio Lizarazo como escritor.[27]

Antes de la emergencia del peronismo, Arciniegas había sido canciller de la Embajada de Colombia en Buenos Aires y luego del derrocamiento de Perón regresó al país, “en calidad de ‘viajero democrático’ a brindarle sus mejores expresiones al gobierno de facto de Aramburu” (Reyes 1973, 249).[28] En aquella oportunidad, Reyes escribió una carta que fue publicada en El Laborista, en la que arremete contra las acusaciones que el colombiano realizó en su ambiciosa obra, Entre la libertad y el miedo. En la edición ampliada de ese libro, de 1956,[29] Arciniegas argumenta que el peronismo fue una dictadura y una forma de fascismo, aunque con estilo propio, que había trascendido las fronteras nacionales y se había propagado por América Latina. El americanista presenta a Reyes como un antiguo rompehuelgas y colaborador de Evita. En su versión del 17 de octubre, Reyes y Evita habían alentado la producción de un acontecimiento casi diabólico, comparable a la marcha sobre Roma.

Con habilidad maravillosa, los amigos de Perón, entre ellos Cipriano Reyes, amigo sobre todo de Evita Duarte, ven que ha llegado la hora del peronismo. Se van a los frigoríficos, a las fábricas, a los barrios bajos, y le alumbran al pueblo la toma del poder. “¡Alpargatas sí! ¡Libros no!” “¡Queremos a Perón!” […]. Así nació la gran marcha de los descamisados sobre Buenos Aires. Algo diabólicamente superior a la marcha de las camisas negras sobre Roma. (Arciniegas 1956 [1951], 54-55)

Al respecto, Reyes insiste, en su poco audible crónica de los acontecimientos, que Eva Perón no tuvo participación alguna durante el 17 de octubre. Pero si Arciniegas se atreve a cruzar la mirada y a definir el peronismo, el líder del gremio de la carne también construye una lectura cruzada sobre Colombia, sus trabajadores y el cinismo de sus intelectuales que, como Arciniegas, les dedican un libro a los “campesinos anónimos de Colombia” (Arciniegas 1956 [1951], 8) y crean “una leyenda negra” sobre los trabajadores argentinos (Reyes 1973, 251).

Diga señor Arciniegas, si es hombre de buena fe, cuándo fui “camorrista”. Ese insulto lo arroja no contra mí sino contra los campesinos anónimos de Colombia que no hicieron de la libertad atrayente latiguillo de conferencias en salones alfombrados, sino bandera que se defiende con el arma al brazo […]. Yo lo invito a que pruebe un solo hecho que pueda justificar la calificación. El señor Arciniegas deberá aceptar que los guerrilleros colombianos a quienes dedica su libro fueron o son bandoleros u hordas de asesinos, coincidiendo con la propaganda de sucesivas dictaduras para que yo comenzara a probarme el sayo. (Carta abierta a Germán Arciniegas, El Laborista, 15 de junio de 1956, en Reyes 1973, 251)

Los mismos puntos que trazan el debate entre Reyes y Arciniegas constituyen aspectos de tensión entre la versión oficial del peronismo sobre aquella jornada de 1945 y la del líder gremial. Desde la mirada oficial, Evita y la CGT habían tenido un papel protagónico en el desarrollo de los acontecimientos.[30] Respecto a la participación de Eva Perón, Reyes apela a la cautela para no proporcionar una

imagen negativa de quien considera una verdadera “abanderada de los humildes” (Reyes 1973, 252) y de quien

[…] nadie puede poner […] en tela de juicio [su] esfuerzo y el incesante anhelo […] de ensanchar el camino hacia un mundo más feliz [ni cuestionar] su inmensa tarea en favor de los […] desposeídos, su inmenso amor a los niños, su grandeza espiritual, su fe al servicio de las más nobles causas humanas, como así mismo su espíritu abierto y combativo. (Reyes 1987, 252)

Sin embargo, Reyes no olvida que, en los sucesos de 1945, Evita no tuvo participación alguna, pues “ella ni siquiera, entonces, había tenido contacto con las bases o con los dirigentes en la organización de ese gran movimiento, por la liberación del coronel Perón” (Reyes 1973, 246).

Por otra parte, conforme con Reyes, tampoco la CGT tuvo cuota de participación en el 17 de octubre; en realidad, para él, la central obrera entorpeció los preparativos (haciendo correr la falsa noticia de que Perón no estaba detenido, por ejemplo).[31] Y por si fuera poco, una vez liberado Perón, la central obrera se plegó al paro nacional del día 18 (solicitado por Perón a los trabajadores en su famoso discurso del 17 de octubre)[32] y quedó con posterioridad a cargo de las conmemoraciones y de los festejos oficiales.[33] En la mirada de Reyes, el 17 de octubre tuvo un carácter espontáneo, en cuanto las multitudes se fueron sumando a las caravanas de obreros movilizados; pero esa espontaneidad se produjo gracias una fuerte dosis de planificación, la suya propia y la de los gremios autónomos.[34]

En su última obra, La farsa del peronismo, el sindicalista sostuvo que sostuvo que el peronismo le había robado el sentido del 17 de octubre y denunció cómo había sido injustamente acusado y, bajo tortura, obligado a confesar un crimen que no cometió (organizar un complot para derrocar a Perón). En ese libro, Reyes formula (aunque con otro referente) el mismo interrogante que Osorio Lizarazo le trasmitió a Gaitán antes de su muerte:

¿Cómo pudo llegar el coronel Perón a producir [ese] milagro de síntesis

ideológica cuando sus partidarios provenían de rincones tan heterogéneos y opuestos dentro del espectro político, tales como la extrema derecha, el socialismo y el radicalismo? (Reyes 1987, 7)

En la respuesta que ensaya el líder sindical se imbrican dos denuncias: la disolución del laborismo como sinónimo del desvío ideológico del peronismo, elemento que habría permitido la conversión de un partido de masas obreras en un movimiento en el que confluían ideologías al extremo opuestas. Y que dicho eclecticismo había sido posible debido al violento desplazamiento de quienes, como Reyes, no habían aceptado las directrices de Perón.

Con un argumento análogo, en 1948, Osorio Lizarazo le escribió una carta a Gaitán, en la que sostuvo:

[n]o hay en nación alguna un grupo más heterogéneo que el partido liberal de Colombia, en cuyo seno quieren […] cohabitar y promiscuar las tendencias más opuestas e irreconciliables: el socialismo de estado con la doctrina de laissez-faire; el materialismo histórico con la creencia providencial de la historia […] el trumanismo de Germán Arciniegas con el stalinismo de Eduardo Zalamea. ¿Cómo es posible que pueda haber unidad de criterio, de acción y de método entre gente tan dispersa y tan distanciada moral, económica e ideológicamente?[35]

Pero si, para el escritor colombiano, su interrogante no tendría resolución en Gaitán ni en el Partido Liberal, llamativamente sí la tendría en Perón y el peronismo.

Osorio Lizarazo, "la aventura de un gaitanista-peronista" y la invención de la permanente presencia de Gaitán

José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964) fue escritor de profesión y un

intelectual autodidacta; periodista, novelista, ensayista y gaitanista de primera hora. Sus ficciones son consideradas exponentes de la novela urbana y de la crónica popular colombiana de mediados de los años cuarenta. Fue director del periódico gaitanista Jornada durante su primera época (1944-1946). Se unió al gaitanismo con motivo de la campaña presidencial que Jorge Eliécer Gaitán inició en 1944 para competir en las elecciones de 1946. Su papel fue fundamental en la creación y la dirección del periódico, pero el estrecho vínculo político y de amistad personal con Gaitán comenzó a diluirse cuando el líder lo apartó del vocero gaitanista, en 1945. A partir de entonces y hasta 1947, sus cuestionamientos asumieron un carácter escabroso. Ese año —luego de una serie de avatares políticos, como la fugaz experiencia de la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR)[36] y el retorno de Gaitán al Partido Liberal, en 1935—, el líder finalmente se convirtió en “jefe único” del partido y emprendió un proceso de liberalización del gaitanismo.

El retorno de Gaitán a las filas liberales no se produjo sin tensiones. En efecto, en las elecciones de 1946, se presentaron dos candidaturas bajo el arco liberal, la de Gabriel Turbay (candidato oficial del partido) y la de Jorge Eliécer Gaitán. Desde la mirada de los liberales, Gaitán era un disidente y su desobediencia era la responsable de que Mariano Ospina Pérez hubiera puesto fin al periodo de hegemonía liberal (1930-1946).[37] Pero si Gaitán tenía que negociar con los jefes tradicionales en el seno de un partido que no le perdonaba sus intentos por desarticular la vieja política bipartidista, el “tribuno popular” (como le decían sus militantes) debía enfrentar también las duras acusaciones de los gaitanistas de primera hora, que veían cómo el movimiento se transformaba a medida que se liberalizaba y se extendía a lo largo del territorio nacional.

De acuerdo con José García, presidente del comité gaitanista del barrio La Perseverancia, uno de los sectores más combativos del movimiento en Bogotá, la imagen que evidenció la nacionalización del movimiento y su autorreconocimiento como un movimiento nacional, fue la denominada “Marcha de las Antorchas” del 18 de julio de 1947. La manifestación, concebida bajo la metáfora del río de candela, fue un verdadero exponente de la exhaustiva organización gaitanista, la cual contaba con capitanes por cuadras en los barrios populares.[38]

Aquí se supo que el movimiento era nacional. Recuerdo de unos indios, que al

llegar cansados a la Manifestación le dijeron [a Gaitán]: "Doctor, echando remo por toda la selva llegamos aquí". El Doctor hizo alusión a esto en su discurso. (José García, en Alape 1985, 66)

Las movilizaciones cumplían un doble papel: en términos de sus contenidos, denunciaban la violencia (conservadora) contra gaitanistas y liberales, constituían básicamente una demanda de paz; pero en sus repertorios y modalidades también eran mensajes orientados directamente a la clase política, en los que el gaitanismo visibilizaba la organización interna del movimiento y el control que Gaitán tenía sobre las multitudes. A pesar de la positiva respuesta de la militancia a las directrices de Gaitán —y no solo de ella, vale decirlo—,[39] entre 1946 y 1947, la vieja guardia gaitanista no dejaría de reclamar los repentinos cambios en la organización interna del movimiento y en la coordinación de las manifestaciones. Los antiguos comités gaitanistas dejaron de funcionar y el gaitanismo, que había pasado por la experiencia desafortunada del unirismo, debía constituirse como representación oficial del liberalismo.

Osorio Lizarazo hacía parte de esa tradición identificada con un gaitanismo revolucionario e intransigente, que se opuso a la inclusión, en su propio seno, de quienes, para él, profesaban un liberalismo de tinte oligárquico. Hacia 1946, los cuestionamientos del escritor a Gaitán se hicieron evidentes cuando el periódico liberal El Tiempo, entonces propiedad de Eduardo Santos, publicó un artículo titulado La aventura de un gaitanista. Allí, Osorio calificaba a Gaitán como "agitador, demagogo e incapaz", capitán de manzanillos, estirpe política que laboraba en su propio beneficio.

El doctor Gaitán, que como agitador y como demagogo no tiene par en muchos de nuestros países, como jefe y como hombre de acción es inepto e incapaz […]. Personalmente, yo tengo, a mi pesar, un temperamento revolucionario. No soy, ni he sido, ni seré nunca, un político […] Por sobre todas las cosas, amo la sinceridad y la eficacia […] Por la misma causa me puse al servicio del movimiento gaitanista y le dediqué mis modestas energías, mi experiencia de escritor, mi fe de revolucionario, impulsado por un ideal que encarnaba en el gran tribuno y que no se reducía ni a empleo ni a curul. Yo sigo siendo invulnerable en mis puntos de vista; pero mi ilustre jefe es ahora un modesto

capitán de manzanillos. (Osorio Lizarazo, El Tiempo, 31 de diciembre de 1946, en Osorio Lizarazo 1978, 559-560)

Casi como lo dijo Cipriano Reyes al referirse a los radicales renovadores —que una vez lograda la "decretada" unidad "estarían contentos junto al nuevo 'jefe indiscutido', dispuestos a prestarle todas las 'asesorías necesarias' para que en adelante todo se hiciera como Perón deseaba!" (Reyes 1987, 92)—, Osorio Lizarazo no podía olvidar que quienes acompañaban a Gaitán en la coyuntura de 1946 eran sus antiguos enemigos, calificados por el propio Osorio como mercenarios de ideologías que no dudarían en desbandarse cuando la fortuna dejara de acompañar al jefe.[40]

La cuestión que terminó de decepcionar al exdirector de Jornada fue que Darío Samper, quien había dirigido el semanario liberal Batalla, órgano de apoyo y difusión a la candidatura de Gabriel Turbay, se había convertido repentinamente al gaitanismo y participaba de la dirección del vocero gaitanista. En 1947, Samper ya era el único director de Jornada.[41]

[...] el doctor Darío Samper dirigía un semanario, Batalla, cuyo objetivo primordial era acusar al doctor Gaitán de haber estafado a las masas, enrostrarle su aventura de la Unir, enumerarle sus errores y sus debilidades, decorándolos con negros colores para hacerlos aparecer delictuosos; y hoy el doctor Darío Samper es uno de los voceros principales del gaitanismo, es el inspirador de Jornada y va a ser su director efectivo para ganarse su reelección. (El Tiempo, 31 de diciembre de 1946, en Osorio Lizarazo 1978, 556-564)

La disputa entre Osorio Lizarazo y Gaitán no daba para más. En 1947, el escritor emprendió un largo viaje por América Latina que él mismo denominó como un exilio voluntario.[42] En aquella travesía, que se prolongaría casi hasta su muerte, Argentina no fue la excepción.[43] Trabajó allí como corresponsal para la prensa colombiana y luego de varios intentos (sin éxito) por obtener un puesto como diplomático en la Embajada de Colombia en Buenos Aires, encontró el cobijo del Gobierno peronista.[44] Entre 1948 y 1954, los años porteños de Osorio Lizarazo, el autor se convirtió en una suerte de peronista-gaitanista y escribió

una clara defensa del Gobierno argentino. La publicación de artículos periodísticos, la escritura de ensayos sobre la política social y económica del peronismo, y su desempeño al servicio de la propaganda pública hicieron de él una suerte de traductor del peronismo en Colombia y del gaitanismo en Argentina.

Un mes antes del asesinato de Gaitán, desde el barrio porteño de Villa Crespo, Osorio Lizarazo le escribió una carta al tribuno, en la que le informaba la coincidencia entre el pensamiento y el programa gaitanista con la política llevada a cabo por el Gobierno argentino. A través de la figura de Perón, Osorio intentaba persuadir (por última vez) al líder colombiano de encauzar un verdadero proyecto revolucionario en Colombia, uno puramente popular y sin vacilaciones legales:

[…] es indispensable también, mi querido Jorge, que nuestra generación se dé cuenta de que este no es el mundo de Santander […]. Nuevos problemas han surgido. […] Otros conceptos han aparecido, de justicia, de posición del Estado ante el pueblo, de sentido vital de ese mismo pueblo. […] Todo eso es indispensable, pero no se realizará […] porque refugiamos en la teoría de los métodos legales, la gran cobardía […]. Yo estoy contemplando aquí en la Argentina la revolución que nosotros no podremos hacer, porque de no haberla embarcado tú, no hay otro caudillo ni otro jefe posible en el presente ni en el inmediato porvenir […].

[En Argentina], la propiedad nacional […] fue reivindicada en su totalidad por el Estado. La política social ha seguido un proceso acelerado de justicia […]. Toda esta obra, múltiple y diáfana, coincide con tu pensamiento y con tu programa de los grandes días de la lucha presidencial, en que tú hubieras podido encabezar una revolución auténtica y definitiva. Tú y nadie más. […]. Perón ha ascendido a la categoría casi mítica de la devoción popular. Yo no lo digo: te lo informo objetivamente. Por qué? Porque no procedió con engaños, ni se abatió con las derrotas, ni se dobló ante el desafío de las oligarquías, ni se detuvo en el camino, ni compensó el asesinato de su pueblo con silenciosos e inofensivos desfiles.[45]

En el cruce con la experiencia argentina, Osorio cuestionaba los titubeos revolucionarios de Gaitán. Vacilaciones que, para él, creaban una brecha insalvable entre un Gaitán agitador que deseaba hacer de Colombia una nación más justa, y sus seguidores más leales, revolucionarios y combativos, formados por él en los años uniristas y en la campaña iniciada en 1944. De hecho, el cronista de la miseria urbana confesó haberle propuesto un plan al líder para realizar un golpe de Estado, pero la Constitución nacional sería siempre un límite insoslayable que Gaitán no estaría dispuesto a transgredir.

El viejo y cordial amigo de Gaitán [en alusión a Osorio Lizarazo] […] concibió un plan para imponer la voluntad del pueblo y aprovechar el ambiente agitado y de sedición que había creado la oratoria de Gaitán. Pero el jefe se echó a reír, rechazó la propuesta y anunció que jamás intentaría una revolución de esa naturaleza. (Osorio Lizarazo 1998 [1952], 275-276)

Para Osorio, Gaitán no era Perón. La contradicción fundamental del colombiano era la de ser un revolucionario y un abogado al mismo tiempo. Su posición “encallaba en el absurdo”, pues “todo el cuerpo constitucional y legislativo se había estructurado para la defensa del privilegio, para dar jurisprudencia a la injusticia, para aplastar al trabajador”. Ninguna revolución podía llevarse a cabo “dentro de la ley”, porque precisamente una revolución consistía, para Osorio, “en romper la columna vertebral de la ley” (Osorio Lizarazo 1998 [1952], 276). El costo de la indeclinable defensa de la norma por parte de Gaitán sería el carácter imposible de una verdadera revolución popular en Colombia, en primer lugar, porque, para el escritor, solo Gaitán podía emprender una revolución de ese calibre, por lo que su negativa volvía al proyecto revolucionario en sí un horizonte imposible; y en segunda instancia, porque a la oligarquía colombiana (liberal-conservadora) no se la podía combatir con sus propias reglas electorales. A la violencia perpetrada contra el pueblo gaitanista en las veredas y los campos de Colombia, no se la podía liquidar con “silenciosos e inofensivos desfiles”, en una clara alusión a la “Manifestación del Silencio”.[46]

El repertorio del silencio constituía una manera de visibilizar el carácter casi

funeral de la situación de violencia sufrida por liberales y gaitanistas antes de la caída de Gaitán. Pero para quien seguía el rastro del líder colombiano, proyectando sobre Perón todo aquello que Gaitán nunca podría ser, orar por la paz en medio de las masacres era sinónimo de huida.[47]

Lo interesante de las críticas de Osorio Lizarazo es que se fundamentaron en los conceptos elaborados por el propio Gaitán y en las metáforas utilizadas por él en sus discursos. Para Osorio (1998 [1952]), había dos maneras de hacer política: la de los maquiavélicos traficantes del odio popular, frente a quienes aman al pueblo y luchan por su bienestar y su dignidad. La primera versión remitía a la política tradicional, la de los oligarcas (liberales y conservadores), los detractores del pueblo, mientras que la segunda designaba la verdadera política, la revolucionaria, defensora de los intereses populares, la puramente gaitanista. Esta distinción no era más que una resignificación de la famosa metáfora de Gaitán sobre "el país político y el país nacional". A través de la lucha fundamental entre esos dos países que habitaban en Colombia, Gaitán había puesto en evidencia que la oligarquía vive y prospera tanto en el liberalismo como en el conservatismo, y que el pueblo también se compone por liberales y conservadores.

En Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene rutas distintas a las del país nacional. ¡Tremendo drama en la historia de un pueblo! (Discurso de Jorge Eliécer Gaitán, "El país político y el país nacional", pronunciado en 1945, en Eastman 1979, 162)

Luego del 9 de abril, la posición de Osorio Lizarazo sobre los desvíos de su líder tomó otro sentido. Poco menos de un mes transcurrió entre la escritura de aquella carta y el asesinato de Gaitán. El 9 de abril sorprendió a Osorio en Buenos Aires. Luego del trágico desenlace de los acontecimientos, el "destierro" y el distanciamiento con el gaitanismo adquirieron otro significado.

Lejos de Colombia, muerto Gaitán y recluido el movimiento, la identificación positiva con el gaitanismo no solo era posible, sino necesaria. En Argentina, se

dedicó a escribir sobre Gaitán y el 9 de abril. En 1952 publicó, bajo el sello editorial López Negri, El día del odio, la trágica novela que relata el Bogotazo y recrea las penurias y la miseria del pueblo colombiano durante los años cuarenta, y la primera biografía sobre Gaitán,[48] Gaitán, vida, muerte y permanente presencia.[49] En esa obra, Osorio Lizarazo perdona pero no olvida. Perdona al hombre que fue Gaitán y no desaprovecha la tinta para precisar quiénes fueron sus amigos más leales frente a los oportunistas que, como Darío Samper, no habían perdido ocasión para adherir a todos los jefes de turno.

Al igual que la autobiografía de Cipriano Reyes, la biografía de Osorio Lizarazo relata un hecho trágico desde una trama romántica. Aunque, claramente, si Reyes se coloca a sí mismo como héroe no reconocido (él es todo lo que Perón no), Osorio Lizarazo ubica a Gaitán como una promesa de plenitud revolucionaria que, a pesar de su radical ausencia, permanece presente. La clave interpretativa se encuentra al final del relato, pues el cierre organiza, retrospectivamente, su sentido. Gaitán ya no necesita corporizarse en un hombre-líder para permanecer en la vida política de Colombia, porque, a pesar de la naturaleza monstruosa de su asesinato, el carácter inconcluso de su revolución se convierte en un mandato de búsqueda de justicia que permanecerá vivo en los corazones del pueblo. Este es, para Osorio Lizarazo, el principal legado del gaitanismo, una identidad política ya no partidaria y, precisamente por ello, un arma mucho más eficaz y permanente: la eterna presencia de lo que Gaitán pudo haber sido para el pueblo, en Colombia.[50]

A modo de cierre: contrapuntos entre actos identificarios, singulares pero significativos

Lejos de posicionarlos como auténticos fundadores, detractores o como enemigos internos del peronismo y del gaitanismo, a lo largo de este capítulo analizamos cómo los sucesivos actos identificatorios de Reyes y de Osorio Lizarazo deben ser entendidos bajo la idea de un proceso. Desde este prisma, la identidad política de ambos no se constituyó “de una vez y para siempre”, ni fue inmune al devenir histórico de sus propias vidas, la de los movimientos políticos en sí y la de los líderes.

La trayectoria de Reyes comenzó con un claro apoyo a Perón en 1945. Su desobediencia a los llamados a la unidad del movimiento y su indeclinable posición crítica respecto al "ordeno y mando" de Perón (Reyes 1946; 1987) lo llevaron a la cárcel durante siete años. Y cuando fue liberado, en medio de la violenta disputa entre peronismo y antiperonismo que signó al país a partir de 1955, su perspectiva agudamente crítica lo convirtió en una figura marginal y controversial al tiempo; su testimonio fue difícil de asimilar tanto por el peronismo como por el antiperonismo.

La trayectoria de Osorio Lizarazo siguió otro camino: comenzó con una ferviente adhesión a Gaitán en 1944, atravesó duras denuncias durante el proceso de nacionalización del gaitanismo, el cual se produjo gracias a la liberalización del movimiento, entre 1946 y 1947. Osorio construyó una representación de sí mismo como un verdadero gaitanista, en ocasiones más gaitanista que el propio Gaitán.[51] Apeló al pensamiento y los conceptos construidos por el líder y se los devolvió críticamente para cuestionar decisiones políticas claves adoptadas por él (como su negativa a realizar un golpe de Estado, la integración de liberales y antiguos enemigos en el seno del movimiento, y el sentido que el horizonte revolucionario debía tener). Esas diferencias llevaron a Osorio a una suerte de autodestierro. Allí, el Gobierno peronista y el propio Perón le permitieron proyectar todo lo anhelado para Colombia. En su proyección, Gaitán nunca podría hacer una revolución popular como la peronista, porque le faltaba coraje para romper las reglas legales de la oligarquía. La muerte del líder haría de esa imposibilidad un hecho real. Pero el carácter inesperado del asesinato de Gaitán reordenó (retrospectivamente) su mirada sobre el gaitanismo y el modo de identificarse con este. A cuatro años del 9 de abril publicó, en Buenos Aires, una biografía fundamental sobre el líder, en la cual si bien no olvidó poner el dedo en cada una de las llagas que lo distanciaron de Gaitán, su obra proporcionó una de las ideas más usadas como arma reivindicativa del gaitanismo en la lucha política e intelectual de la segunda mitad del siglo xx: la permanente presencia de Gaitán post mortem.

Ciertamente, la trayectoria de los líderes abrió y cerró posibilidades identificatorias para estas dos figuras. En el caso de Osorio Lizarazo, la muerte y el tipo de muerte de Gaitán lo convirtieron en su biógrafo "amigo". En el caso de Reyes, la presencia de un líder derrocado y exiliado, pero que siguió interviniendo en la realidad política del país hasta su muerte (en 1974), lo acercaron a un proceso de identificación en el que tozudamente no renunció a las durísimas críticas ni a la defensa de los primeros sentidos producidos durante la

emergencia del peronismo (laborismo para él), como la justicia social, la consecución de una vida mejor, la dignidad humana del pueblo trabajador, entre otros; cuestiones que hicieron de Reyes un biógrafo de su propia vida. De cualquier modo, ambos se autoposicionaron como los intérpretes de las “verdaderas tradiciones” traicionadas por Perón y por Gaitán.

Aunque singulares, creemos que los actos identificatorios de Reyes y de Osorio Lizarazo comparten algunas características significativas para la comprensión de los populismos y las identidades políticas. Los cuestionamientos de ambos a la heterogeneidad de los movimientos, las resistencias y las oposiciones a la inclusión de miembros no “plenamente laboristas” ni “puramente gaitanistas” nos permiten alertar cómo estas tensiones y conflictos internos han servido para nombrar algunas características propias de los populismos, las cuales, lejos de representar “lo otro de la democracia”, ponen nombre a las dificultades y los desafíos que impone esa lógica política. En ambas experiencias persiste una tensión entre los llamados a la construcción de una unidad política por parte de los líderes y las tensiones internas que esa unidad produce, pues esta no se sustenta en un principio identitario de homogeneidad subyacente, sino que, por el contrario, supone la constante negociación de la propia identidad con los adversarios y con nuevos sectores integrados a los movimientos.

Aquí hemos enfatizado cómo esas tensiones y heterogeneidades suponen férreos enfrentamientos con actores fundacionales de los movimientos. Reyes y Osorio Lizarazo no cedieron a las nuevas prácticas y dinámicas que imprimieron los “recién llegados”, no aceptaron formar parte del campo opositor y, en circunstancias concretas, tampoco se sintieron miembros plenos de la nueva comunidad política. Para expresarlo en palabras de Aboy Carlés (2010; 2013; 2014) y de Barros (2013; 2014; 2018), sus intolerancias y resistencias a cierto tipo de heterogeneidad interna que comenzaban a asumir los populismos ponen de manifiesto dos cosas: en primer lugar, que en los sucesivos actos identificatorios de las figuras aquí analizadas aspiraron a construir comunidades políticas sin contaminaciones, transigencias ni negociaciones posibles. A su manera, estos actores pretendieron hacer de los movimientos espacios identitarios homogéneos, con procesamientos de las alteridades mucho más parecidos a la caracterización de las identidades populares totales que a aquellas descriptas por Aboy Carlés como identidades populares con pretensión hegemónica. En segundo lugar, el carácter ominoso y aberrante que por momentos, a Reyes y a Osorio Lizarazo, les produjo la porosidad de los movimientos frente a la inclusión de los adversarios, desnuda la heterogeneidad

interna de estos populismos, en especial al momento de nacionalizarse.

Finalmente, creemos que al focalizarse en las trayectorias individuales y de figuras mediadoras, nuestro trabajo abre también la discusión sobre la posibilidad de pensar los procesos identitarios en pequeñas escalas, es decir, a niveles microsociales, y hacerlo de manera no divorciada de lo colectivo. O dicho de otra forma: los sucesivos actos identificatorios de figuras, actores y sujetos en el plano individual permiten pensar de otro modo los procesos populistas "más generales". Identificarse (o no) como peronista y como gaitanista requiere entonces de un análisis procesual, o del conjunto de actos identificatorios que, como vimos, pueden o no guardar coherencia a lo largo del tiempo. Ciertamente, este es un tema o asunto para profundizar.[52]

En suma, a través de estos rastros de actos identificatorios singulares, pero significativos, debería quedar claro que el peronismo y el gaitanismo no se reducen a aquello que el propio Perón o el propio Gaitán definieron sobre sí mismos, sobre sus proyectos políticos o sobre los movimientos. Fueron mucho más que eso, procesos identitarios minados de heterogeneidades (dimensiones con las que necesariamente los populismos y las democracias deben "lidiar") e inscripciones identitarias muy diversas, sentidos que, en mayor o menor medida, sobrevivieron latentes a los avatares de los procesos políticos de ambos países.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo General de la Nación, Colombia.

Eastman, Jorge M., comp. 1979. Jorge Eliécer Gaitán. Obras selectas. Tomos I y II. Bogotá: Cámara de Representantes.

Fondo José Antonio Osorio Lizarazo, Biblioteca Nacional, Colombia.

Gaitán, Jorge Eliécer. 1968. Antología de su pensamiento económico y social. Bogotá: Sudamericana.

Osorio Lizarazo, José Antonio. 1926. La cara de la miseria. Bogotá: Talleres de Ediciones Colombia.

______. 1952. El día del odio. Buenos Aires: Ediciones López Negri.

______. 1978 [1946]. La aventura de un gaitanista. Novelas y crónicas. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.

______. 1998 [1952]. Gaitán, vida, muerte y permanente presencia. Bogotá: El Áncora Editores.

Reyes, Cipriano. 1946. ¿Qué es el laborismo? Buenos Aires: Ediciones R. A.

______. 1973. Yo hice el 17 de octubre. Buenos Aires: Editorial G-S.

______. 1987. La farsa del peronismo. Testimonio implacable del dirigente sindical del 17 de Octubre que muestra al desnudo al Justicialismo y a sus protagonistas. Buenos Aires: Sudamericana.

Fuentes secundarias

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens.

______. 2010. “Populismo, regeneracionismo y democracia”. POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 15 (1): 11-30.

______. 2013. “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 17-40. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

______. 2014. “El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino”. Colombia Internacional (82): 35-44.

Acha, Omar y Nicolás Quiroga. 2012. El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo. Rosario: Prohistoria.

Acosta Olaya, Cristian de Jesús. 2019. “Jorge Eliécer Gaitán y el dique frente a las aguas turbulentas. Identidades políticas, populismo y violencia en Colombia (1928-1948)”. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.

Alape, Arturo. 1985. El Bogotazo: memorias del olvido. Bogotá: Planeta.

Altamirano, Carlos. 2005. Para un programa de historia intelectual y otros ensayos. Buenos Aires: Siglo XXI.

Amadeo, Mario. 1956. Ayer, hoy y mañana. Buenos Aires: Ediciones Gure.

Arciniegas, Germán. 1956 [1951]. Entre la libertad y el miedo. Buenos Aires: Sudamericana.

Austin, John. 1982. Cómo hacer cosas con palabras, Buenos Aires: Paidós.

Barros, Sebastián. 2010. “Terminando con la normalidad comunitaria. Heterogeneidad y especificidad populista”. Studia Politicae, (20): 121-132.

______. 2013. “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 41-64. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

______. 2014. “Momentums, demos y baremos. Lo popular en los análisis del populismo latinoamericano”. POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 19 (2): 315-344.

______. 2018. “Polarización y pluralismo en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau”. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos (67): 15-38.

Braun, Herbert. 2008 [1985]. Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana

en Colombia. 2.a ed. Bogotá: Aguilar.

Calvo Isaza, Óscar. 2005. “Biografía de nadie: José Antonio Osorio Lizarazo (1900-1964)”. Tesis de maestría. Escuela Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México.

Campo, Hugo del. 2005 [1983]. Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable. Buenos Aires: Siglo XXI.

Casullo, María Esperanza. 2019. ¿Por qué funciona el populismo? Buenos Aires: Siglo XXI.

Germani, Gino. 1962. Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas. Buenos Aires: Paidós.

Halperín Donghi, Tulio. 1956. “Del fascismo al peronismo”. Contorno (7-8): 15-21.

James, Daniel. 2004. Doña María: historia de vida, memoria e identidad política. Buenos Aires: Manantial.

Laclau, Ernesto. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Magrini, Ana Lucía. 2018a. “Apuntes metódicos para una historia y política como significación”. En Métodos. Aproximaciones a un campo problemático, Mercedes Barros et al., 253-286. Buenos Aires: Prometeo.

______. 2018b. Los nombres de lo indecible. Populismo y violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia). Buenos Aires: Prometeo.

______. 2020. “Populismos y procesos identificatorios: un contrapunto entre dos figuras mediadoras del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia”. Historia y Espacio 16 (55): 1-27.

Magrini, Ana Lucía y María Virginia Quiroga. 2017. “Comunicación y política en el cruce de las perspectivas de Jesús Martín-Barbero y de Ernesto Laclau”. Studia Politicae (41): 89-104. https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?

codigo=6197257

Martín-Barbero, Jesús. 1978. Comunicación masiva, discurso y poder. Quito: Editorial Época.

______. 2003. De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía. Bogotá: Convenio Andrés Bello.

Nállim, Jorge. 2014. Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos. Buenos Aires: Capital Intelectual.

Neiburg, Federico. 1998. Los intelectuales y la invención del peronismo. Buenos Aires: Alianza.

Perelman, Ángel. 1961. Cómo hicimos el 17 de octubre. Buenos Aires: Coyoacán.

Plotkin, Mariano. 2007. El día que se inventó el peronismo. La construcción del 17 de octubre. Buenos Aires: Sudamericana.

Rein, Raanan. 2019. "Repensando el populismo en América Latina: el caso argentino". En Entre viejos y nuevos populismos, compilado por Ximena Carreras Doallo y Graciela Mateo, 93-112. Buenos Aires: Ediciones ciccus. https://ciccus.org.ar/libro/entre-viejos-y-nuevos-populismos/

Rodríguez Franco, Adriana. 2009. "Gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1948)". En Mataron a Gaitán: 60 años, editado por César Ayala, Óscar Casallas y Henry Cruz, 107-122. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

______. 2017. "Jornada sin Gaitán. Prensa, política y gaitanismo (1948-1953)". Historia y Sociedad (33): 313-350. http://dx.doi.org/10.15446/hys.n33.62315

Sharpless, Richard. 1978. Gaitán of Colombia. A Political Biography. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Torre, Juan Carlos. 1990. La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo. Buenos Aires: Sudamericana, Instituto Torcuato Di Tella.

______. 1999 [1989]. "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo". En Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta,

compilado por María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, 173-196. Buenos Aires: Eudeba.

Torre, Juan Carlos y Elisa Pastoriza. 2002. “La democratización del bienestar”. En Nueva Historia Argentina. Tomo 8, Los años peronistas (943-1955), dirigido por Juan Carlos Torre, 257-312. Buenos Aires: Sudamericana.

Touraine, Alain. 1976. Las sociedades dependientes. Ensayos sobre América Latina. México: Siglo XXI.

Zuleta Pardo, Mónica. 2011. La voluntad de verdad de Colombia: una genealogía de las ciencias sociales profesionales. Bogotá: Universidad Central.

*Este texto constituye una versión revisada de Magrini (2020). Agradezco a Mercedes Barros y a Cristian Acosta Olaya por sus valiosas observaciones y comentarios realizados a una versión preliminar de este trabajo.

[1]Recientemente, María Casullo ha sintetizado la tesis según la cual los populismos son discursos míticos en los que participan “el líder”, “el pueblo” y “el villano”, el enemigo externo o “traidor interno” (Casullo 2019, 65).

[2]Tensión producida gracias a la construcción de fronteras políticas y a la emergencia de antagonismos (Laclau 2005). Debido a los efectos de frontera, toda identidad está constitutivamente dividida entre su reivindicación particular (cadenas de diferencia o elementos que no logran articularse en el discurso) y un elemento que entra en articulación con otros, a partir de la mutua oposición a un “enemigo común” (cadenas de equivalencias). La hegemonía implica entonces, por un lado, homogeneización de las identidades y, por otro, tensiones o resistencias a dicha homogeneización, elemento que impide que la hegemonía sea concebida como una estructura totalizante y estable. La heterogeneidad es así constitutiva de la gramática de los populismos.

[3]Conviene precisar que, en términos de Laclau, lo heterogéneo “no significa diferencia, dos entidades para ser diferentes necesitan de un espacio dentro del cual esa diferencia sea representable, mientras que lo que […] estamos llamando heterogéneo presupone la ausencia de ese espacio común” (Laclau 2005, 176).

[4]En Laclau, inicialmente esa heterogeneidad designa el exterior trazado por las fronteras políticas, los antagonismos o la lógica adversativa.

[5]Remitimos al capítulo 1 de este libro, en especial al apartado titulado "Profundizaciones y disquisiciones analíticas para el estudio de identidades populares y articulaciones populistas".

[6]El capítulo 6 de esta obra profundiza esta dinámica en la constitución de la identidad gaitanista.

[7]En su estudio sobre los orígenes del peronismo, Juan Carlos Torre reparó especialmente en ello. Siguiendo a Edward P. Thompson, para Torre, lo que había acontecido durante los orígenes del peronismo era "precisamente, la quiebra de la deferencia, esto es, el fin de la aceptación del lugar que en un sistema normativo o en un orden hegemónico tienen los actores sociales involucrados" (1999 [1989], 197). Quizá quien más se detuvo en el tratamiento de la crisis de deferencia en la historiografía sobre el gaitanismo fue Herbert Braun (2008 [1985]). En su interpretación del 9 de abril, la deferencia cumple un papel similar al que Torre le dio en su análisis del peronismo. En definitiva, tanto el gaitanismo en Braun como el peronismo en Torre no lograron resolver la crisis de deferencia habitual que caracterizaba a la vida y a las prácticas políticas de cada país.

[8]El capítulo 3 de este libro, abocado al estudio de procesos identificatorios durante el primer peronismo, repara precisamente en este punto.

[9]A partir de John Austin y de su conocida tesis sobre los "actos de habla" (1982), la noción de acto identificatorio intenta resaltar el carácter performativo de los enunciados, prácticas y sentidos que los actores que aquí se analizan produjeron al sostener determinadas ideas sobre los movimientos políticos, los líderes y el papel que ellos mismos desempeñaron en estos. Al seguir el rastro a los sucesivos actos identificatorios de dichas figuras, se propone focalizar el estudio de las identidades políticas bajo la idea de un proceso, susceptible de cambios y transformaciones a lo largo del tiempo, es decir, contingente o no definible de una vez y para siempre.

[10]No pretendemos argumentar aquí que Reyes y Osorio Lizarazo fueron los únicos en sostener estas críticas, pues los laboristas (en mayor o en menor medida) intentaron resistir a la disolución del partido, aunque para algunos de

ellos —como María Roldán, figura clave en la producción del 17 de octubre— el límite era Perón (James 2004, 76). Mientras que los gaitanistas de primera hora, como Jorge Uribe Márquez (lugarteniente de Gaitán y miembro de Jornada), se opusieron a algunas decisiones y directrices del líder, resistencia que en el caso particular de Uribe Márquez lo llevó a la expulsión del periódico (Acosta Olaya 2019, 239).

[11]Enfoque metodológico construido para el análisis de experiencias políticas disímiles. Más que una comparación en sentido duro, ello supone analizar formas de producción social de sentidos sobre lo político, especificidades y contingencias propias de cada experiencia histórica, tratando a cada una de ellas como un punto de comparación con otras. Las operaciones analíticas se orientan a identificar aspectos controversiales y significativos de cada proceso, los cuales resultarían especialmente perceptibles desde dichos puntos de comparación (Magrini 2018a).

[12]Ejemplo de ello son los pioneros trabajos de Jesús Martín-Barbero (1978; 2003). Para un estudio de los posibles cruces y puntos de contacto entre la teoría política del discurso y la teoría de las mediaciones, véase Magrini y Quiroga (2017).

[13]En este punto son ineludibles los aportes metodológicos de Carlos Altamirano (2005) en torno a la historia intelectual, y trabajos empíricos específicos en cada país, entre ellos, el de Federico Neiburg (1998) en Argentina y Mónica Zuleta Pardo (2011) en Colombia.

[14]En este punto, la interpretación de Torre se aproxima a la de Hugo del Campo, quien sostuvo “que el peronismo se fue construyendo a partir de una interacción entre Perón y lo dirigentes sindicales” (Campo 2005 [1983], 16).

[15]Desde un enfoque no sustancialista de las identidades políticas, la tesis sobre la autonomía obrera sin contaminaciones de otros actores políticos constituye, en efecto, un imposible, pues es “el carácter relacional de toda identidad, lo que hace que la lógica de su representación sea siempre heterónoma (Laclau y Mouffe 1985) […]. O lo que es lo mismo, ninguna identidad puede darse un significado autónomamente sino que ella depende siempre de su articulación con otras identidades” (Barros 2014, 323).

[16]En este orden de ideas, es perceptible la relación con la interpretación que

Halperín Donghi formuló en el famoso número 7-8 de la revista Contorno. Para el historiador argentino, "la historia del peronismo no necesita ser la historia de una desvanecida oportunidad revolucionaria para ser en efecto la de una oportunidad perdida […]. Ese origen privó así al movimiento de una parte de lo que podrían haber sido sus cuadros" (Halperín Donghi 1956, 20-21; las cursivas son mías).

[17]Si bien el autor recupera la conceptualización del populismo formulada por Alain Touraine (1976), para quien en América Latina los populismos consistían en políticas nacionalpopulares, en su análisis sobre el origen del movimiento, Torre termina subrayando que "estamos ante un proceso de democratización por vía autoritaria […]" (Torre 1999 [1989], 188).

[18]Nos referimos al capítulo titulado "La democratización del bienestar", incluido en el tomo 8 de Nueva Historia Argentina (Torre y Pastoriza 2002).

[19]Conforme con Acha y Quiroga, un modelo ejemplar remite a una interpretación que domina "un territorio complejo al diseñar una pequeña 'filosofía de la historia' para el período o tema que trata […]. Sus contenidos se hacen estructura prediscursiva, en el sentido que es condición de enunciación de otros discursos. Solo entonces se hace invisible como modelo ejemplar, y multiplica su eficacia" (Acha y Quiroga 2012, 24).

[20]En otro lugar me detuve en explicitar la trayectoria de variadas interpretaciones sobre el primer peronismo, gaitanismo, populismo y Violencia(s), producidas en Argentina y Colombia, durante la segunda mitad del siglo xx. Un hallazgo de esa pesquisa (de orden más historiográfico y en sintonía con la nueva historia intelectual) fue que si bien eran perceptibles tres posicionamientos —las explicaciones con pretensión de verdad científica producidas por las ciencias sociales (textos a los que llamé "narrativas objetivistas"), las intervenciones de actores directamente involucrados en los acontecimientos (quienes produjeron ensayos y testimonios que categoricé como "narrativas subjetivistas") e intelectuales de variados campos disciplinares que ensayaron miradas más "pluralistas" (a las que llamé "polifónicas")—, desde un análisis diacrónico y de largo alcance fueron las representaciones "subjetivistas" aquellas que primaron durante todo el período en ambos países, contaminando o fundiéndose de diversas maneras en las otras. Véase: Magrini (2018b).

[21]Resaltado propio. En adelante, las cursivas son mías.

[22]Sigo aquí algunas ideas elaboradas por James (2004) en su historia de vida sobre María Roldán.

[23]Reyes no profundiza en este punto. Sin embargo, a través de testimonios de otros protagonistas, es posible advertir la relevancia de esas pérdidas. En la historia de vida sobre María Roldán que escribió James, la líder laborista se refiere a la dramática escena del entierro del hermano de Cipriano Reyes, Doralio, quien cayó en un enfrentamiento a tiros con comunistas en vísperas del 17 de octubre. Al entierro del hermano de Reyes asistió Perón. En una nota periodística reciente, Dora Roldán, hija de María, relata que, el día del entierro, Perón llamó aparte a María y le pidió que no mencionara que dos días antes del acto comunista (que los laboristas se proponían romper), "Perón reunió a [su madre y], a otra gente de Berisso […] les mostró [unos] revólveres y les [dijo:] pero tiren para asustar, para dispersar, no tiren al cuerpo, no hagan macanas!" (Roldán Dora, en Pregones Gráficos. Redacción. "La olvidada historia de la mujer que lideró el 17 de octubre en Berisso". Pregoneros Gráficos, octubre 18. https://pregonesgraficos.com.ar/la-olvidada-historia-la-

mujer-lidero-17-octubre-berisso/). La jugada salió mal; un infiltrado comunista había alertado al Partido Comunista (pc), y lo que se suponía debía ser solo una amenaza, se convirtió en un enfrentamiento armado. El episodio permitiría leer de otro modo la escalada del enfrentamiento entre Reyes y Perón, pues desde lo personal, aquel había dejado mucho de sí mismo en el desarrollo de los acontecimientos que llevaron al 17 de octubre y a este a la presidencia.

[24]Reyes fue liberado en 1955, cuando Perón fue derrocado, y recibido personalmente por Eduardo Lonaridi (presidente de facto), como "mártir de la libertad!" (Reyes 1987, 170).

[25]Para un estudio de la heterogeneidad del antiperonismo y cómo, en lo cultural, ese posicionamiento político "se complementó con una descripción de las masas peronistas como incultas y proclives a la violencia, denigradas con estereotipos clasistas, racistas y sexistas", véase Nállim (2014, 18).

[26]Nos referimos a las representaciones sobre Colombia que circulan en el testimonio de Reyes, y viceversa, las representaciones sobre Argentina perceptibles en Osorio Lizarazo.

[27]Arciniegas publicó, bajo su sello editorial (Talleres de Ediciones Colombia), el

primer libro de crónicas de Osorio Lizarazo, La cara de la miseria (1926). Según Calvo Isaza, "fue por la mediación de Germán Arciniegas y del grupo formado en torno a El Tiempo y Eduardo Santos, que se verificó la constitución de Osorio Lizarazo como autor, en un proyecto editorial y cultural con múltiples referencias en América Latina" (Calvo Isaza 2005, 89).

[28]El fugaz Gobierno de Eduardo Lonardi había sido derrocado por un golpe interno que lo desplazó e impuso a Pedro Eugenio Aramburu en la presidencia. Con ese desplazamiento, se intensificó la cacería de funcionarios peronistas, el extremismo y el desquite de la política de desperonización, denunciada incluso por algunos intelectuales antiperonistas. Véase, por ejemplo, Mario Amadeo (1956, 139). Referencias más precisas al proceso de desperonización se encuentran el capítulo 4 de este libro.

[29]El texto fue censurado en Colombia, publicado por primera vez, en su versión en inglés, en 1951, en Estados Unidos. Su primera edición en español apareció en 1952, en México, cuando Reyes se encontraba aún en la cárcel, y en 1956 fue reeditado en Argentina. En esa última edición se incluyeron algunos acontecimientos producidos con posterioridad a la primera publicación del libro, como el derrocamiento del Gobierno de Laureano Gómez y la instauración del Gobierno del general Rojas Pinilla en Colombia. En Argentina, dos hechos habían modificado rotundamente la experiencia histórica del país: la muerte de Eva Perón y la caída del peronismo. En torno al peronismo argentino y al rojismo colombiano, dirá Arciniegas: "[e]l peronismo está muerto pero no enterrado y la filosofía que Perón y Evita divulgaron por América se reproduce en otros países. Parece anacrónico, y lo es, que el General Rojas Pinilla proclame en Colombia en junio de 1956 la 'tercera posición' e implante en el país el mismo régimen de prensa que fue característico en la Argentina" (1956 [1951], 19).

[30]Véase, por ejemplo, Ángel Perelman, Cómo hicimos el 17 de octubre (1961). Conforme con el testimonio del dirigente metalúrgico, el 17 de octubre fue una obra colectiva de carácter espontáneo que, el día 17, se había adelantado a la declaración del paro que la CGT tenía preparada para el día 18 del crítico mes.

[31]En su autobiografía, Reyes argumentó que se trató de una falsa noticia que difundió el 15 de octubre un dirigente del gremio del calzado. Para Reyes, la divulgación del rumor no era más que una estrategia de la CGT para boicotear la movilización y la huelga que los gremios autónomos estaban coordinando para

el 16 de octubre. Véase Reyes (1973, 222-223).

[32]Juan Carlos Torre (1990) formuló una lúcida interpretación sobre este punto. Para él, la diferencia de un día entre la declaración de huelga de la CGT y la realización de la movilización no representa ni la ausencia total de la CGT en el 17 de octubre (la tesis de Reyes), ni su participación efectiva (tesis oficial), pues “la CGT no era entonces […] la entidad representativa que sería más tarde; por lo que su falencia no debe ser vista como si entrañara la del conjunto de las organizaciones obreras. […] la preparación y la canalización de la organización obrera estuvo a cargo de varios sindicatos, federados y autónomos, que actuaron en la emergencia como dirección alternativa a la CGT. […]. En esa hora crítica, ella sirvió para comunicar a los sindicatos que estaban en estado de alerta desde el 15, y a los trabajadores, en general, que formaban parte de un vasto movimiento colectivo, dándoles así el impulso para pasar a la acción” (Torre 1990, 136).

[33]A un año del 17 de octubre se desarrollaron dos conmemoraciones paralelas, la organizada por la CGT y la de los laboristas, liderada por Reyes bajo el lema, “el día del pueblo”. Esta fue la única vez que se efectuaron festejos paralelos. En adelante, la mirada de los laboristas sería desplazada por la oficial (Plotkin 2007, 169).

[34]Para Reyes, quienes realmente hicieron el 17 de octubre fueron hombres y mujeres trabajadores de los gremios autónomos, entre quienes claramente se encontraban Luis Gay y María Roldán, aquellos nucleados en la CGT que desobedecieron las órdenes de la central, “estudiantes, profesionales, intelectuales, comerciantes, y distintos sectores de la pequeña industria nacional, delegaciones de los trabajadores de la carne de Uruguay, Brasil, de la FOTIA [Federación Obrera Tucumana de la Industria del Azúcar], de Tucumán, Rosario y Mendoza; grupos de los distintos partidos políticos tradicionales y gente independiente” que engrosaron las filas de los trabajadores (Reyes 1973, 11).

[35]Carta de Osorio Lizarazo a Jorge Eliécer Gaitán, 11 de marzo de 1948, Buenos Aires. Archivo General de la Nación [AGN], Bogotá, f. 0119, p. 4.

[36]La UNIR (1933-1935) fue una experiencia fugaz, pero quedó clavada en la memoria de los primeros gaitanistas. Allí, Gaitán había intentado llevar a la práctica su versión del liberalismo, de corte social, nacionalista, popular y revolucionario. Para ello tuvo que diferenciar su proyecto tanto del Partido

Liberal, fuerza de la que provenía y a la que pronto debió retornar, y del Partido Conservador. El discurso unirista se construyó desde una doble frontera política (liberal-conservadora), una multiplicidad de enemigos y escasas articulaciones políticas. Sin embargo, si el unirismo no fue una experiencia política duradera, constituyó un válido ensayo de organización y de identificación política.

[37]Pues sumados los votos obtenidos por los dos candidatos liberales, el Partido Liberal resultaba mayoritario respecto de los votos de los conservadores. Osorio Lizarazo (1998 [1952]) se posiciona frente a esta discusión y argumenta que si bien Gaitán no ganó las elecciones contra el conservatismo, sí lo hizo contra los jefes liberales. El autor disputa, así, el sentido que el propio liberalismo tenía, cuya única representación verdaderamente popular era el gaitanismo.

[38]Pedro Garzón, quien luego se retiraría del gaitanismo para formar parte del PC colombiano, fue una figura clave en la coordinación de las multitudinarias manifestaciones gaitanistas.

[39]A través de la oposición pueblo/oligarquía, el gaitanismo intentaba incluir en su propio campo identitario a militantes conservadores; claro está que no se trataba de dirigentes. Los militantes gaitanistas señalan la presencia, en las manifestaciones, de bases populares provenientes del conservatismo. Estos simpatizantes constituían más una adhesión simbólica que una articulación efectiva. De acuerdo con Julio Ortiz Márquez, político liberal y amigo de Gaitán, "había muchos conservadores gaitanistas, que simpatizaban con Gaitán. Porque Gaitán decía que el hambre no era liberal ni conservadora y que la corrupción no era tampoco ni conservadora ni liberal, sino clasista" (Márquez, en Alape 1985, 33).

[40]Así lo expresó en una carta dirigida a Gaitán: "[l]o que suele dar apariencia de unidad [al Partido Liberal es] la cooperación de la trashumancia política […], esos trashumantes están en donde sea menester para recaudar provecho. […]. Son los primeros que se desbandan, son los que buscan arrimo y amparo junto al jefe de turno para subsistir sin trabajar. Hoy están contigo. Ayer estuvieron contra ti con la máxima violencia. Mañana estarán otra vez rasgándose las vestiduras por la pesadumbre de haber sido tus amigos" (carta de Osorio Lizarazo a Jorge Eliécer Gaitán, 11 de marzo de 1948, Buenos Aires. AGN, Bogotá. ff. 0116 y 0117, pp. 1 y 2).

[41]Para un estudio de Jornada, con y sin Gaitán, remitimos a los trabajos de

Adriana Rodríguez Franco (2009 y 2017) y al capítulo 7 de este libro.

[42]En una carta dirigida a Jorge Uribe Márquez, Osorio Lizarazo sostuvo: "Fuimos los únicos que le dijimos nuestra verdad [a Gaitán], que lo censuramos sin intimidación ni lisonja y que le guardamos una lealtad no vinculada a interés alguno. Contra mí, de manera especial, se levantaron la calumnia y la intriga por mi desenfado, y se me perpetró, como tú sabes, el despojo de Jornada, por lo cual decidí ausentarme y asumir una actitud decorosa de exiliado voluntario, que no estoy dispuesto a romper en mucho tiempo" (Carta de Osorio Lizarazo a Jorge Uribe Márquez, 5 de septiembre de 1949, Buenos Aires, en Calvo Isaza 2005, 111).

[43]Entre 1947 y 1960, Osorio Lizarazo emprendió un extenso viaje que incluyó estancias en Venezuela, primero, Argentina y Chile, después, y finalizó en República Dominicana. El escritor renunció a su último cargo público en Buenos Aires, un año antes de la caída del peronismo, y se dirigió a Chile. Luego no se dedicaría más a escribir sobre el Gobierno argentino. Casi hacia el final de su vida, con varias dolencias en su cuerpo, entre ellas una sífilis contraída hace años, regresó a su tierra natal; pero las condiciones en las que volvió no fueron amigables, pues ya derrocado Rojas Pinilla, fue criticado y señalado como propagandista de Rojas y "autor por encargo" de Perón y de Trujillo. Véase: Calvo Isaza (2005).

[44]Osorio Lizarazo logró ser contratado en la oficina de información de la Casa Rosada durante el primer Gobierno peronista, y durante el segundo Gobierno de Perón, en el Instituto de las Ciencias del Hombre, dependiente del Ministerio de Salud (Calvo Isaza 2005). Sus labores en Argentina están documentadas en el Fondo José Antonio Osorio Lizarazo, Biblioteca Nacional, Colombia.

[45]Carta de Osorio Lizarazo a Jorge Eliécer Gaitán, 11 de marzo de 1948, Buenos Aires. AGN, Bogotá. ff. 0118 y 0119, pp. 3 y 4.

[46]El 7 de febrero de 1948 se llevó a cabo una de las más grandes movilizaciones gaitanistas, la denominada "Manifestación del Silencio", en la que el líder denunció, en su famoso discurso ("Oración por la paz"), el exterminio de las mayorías liberales en manos del régimen conservador. Véase Gaitán (1968, 411-415).

[47]Algo similar señaló Luis Eduardo Ricaurte: en la Manifestación del Silencio,

“no hubo un solo grito. Pero fue el acto de cobardía de Gaitán, un acto de rendición, porque ya la violencia hacía estragos en los campos de Colombia” (Luis Eduardo Ricaurte, lugarteniente de Gaitán, activista en los barrios, en Alape 1985, 102).

[48]Hasta 1978 fue la principal fuente en los estudios sobre la vida de Gaitán. Ese año apareció la primera biografía escrita por un narrador no testigo y no colombiano, Richard Sharpless, Gaitán of Colombia (1978).

[49]Las obras producidas y publicadas en Argentina no tuvieron la difusión y acogida que el autor esperaba. En algunas cartas dirigidas a colegas y compatriotas colombianos, Osorio Lizarazo señalaba las dificultades del mercado editorial y su difícil inserción en los círculos intelectuales argentinos, dominados por el antiperonismo, una “oligarquía intelectual” y “anclada en Europa”, que además controlaba las principales casas editoriales en el país (Carta de Osorio Lizarazo dirigida a Bernardo Restrepo Maya, 10 de febrero de 1952, Buenos Aires. Fondo JAOL, en Calvo Isaza 2005, 122).

[50]En efecto, este sentido fue tan poderoso, que perdió la referencia al autor. Para un estudio que rastrea las resemantización de esta idea en la izquierda colombiana durante los años setenta, véase el capítulo 8 de este libro.

[51]Así lo expresó en el vocero gaitanista: “somos un movimiento homogéneo en marcha, que va a lo que va hasta el fin. Gaitán no se pertenece, es la bandera del pueblo colombiano, y su figura de gran caudillo liberal tiene contornos nacionales” (Osorio Lizarazo, en Jornada, 1 de noviembre de 1945, 3, en Acosta Olaya 2019, 193).

[52]En efecto, el capítulo 3 explora procesos identificatorios durante el primer peronismo en sujetos de a pie.

PARTE 2

PERONISMO Y “MOMENTOS POPULISTAS”. UNA MIRADA (RE)VISITADA DE SU EMERGENCIA Y DE LO PERDURABLE DE SU IDENTIDAD POLÍTICA

3

Entre dos tramas:

historiografía, populismo y la pregunta por la identificación política en el peronismo histórico

Mercedes Vargas

Juan Manuel Reynares

Mercedes Barros

Introducción

Desde su emergencia a mediados de los años cuarenta, el peronismo opera como superficie de inscripción de múltiples procesos de identificación política, con alcances espacio-temporales muy diversos. Este rasgo constitutivo lo ha transformado en uno de los fenómenos políticos más estudiados de Argentina por las ciencias sociales. Tal es así que, aun cuando pareciera que todo se ha dicho sobre este movimiento, a menudo surgen nuevas hipótesis que vuelven a las primeras escenas de su surgimiento para comprender, un poco mejor, su impronta identitaria.

El presente capítulo busca aportar a las interpretaciones existentes sobre este modo de identificación política a partir de explorar dos de las tramas analíticas que han dado forma a este fenómeno social y político: por una parte, y en medio de los abordajes cambiantes y diversos, el peronismo ha sido frecuentemente —y de manera insistente— analizado por medio de la figura conceptual del populismo. En efecto, desde los tempranos estudios de Gino Germani, hasta las recientes innovaciones del pensamiento “(pos)laclauiano”, rotular al peronismo —junto con otras experiencias latinoamericanas— como una “experiencia populista” ha servido para modelizar una versión específica de este fenómeno:

los así llamados “populismos clásicos”. De este modo, las teorizaciones en torno al populismo han ofrecido una vía de entrada hacia esta experiencia política de largo arrastre, así como una forma de entendimiento particular que si bien no siempre supone un acuerdo respecto de sus atributos, sí permite establecer equiparaciones con experiencias de otras latitudes y pertenecientes a momentos históricos disímiles.

Por otra parte, y sobre todo desde las últimas décadas, el primer peronismo también se ha convertido en objeto de análisis y de debate privilegiado de la historiografía (Palacio 2010). Este nuevo ímpetu disciplinar ha sido acompañado de ciertos desplazamientos que han involucrado una renovación de temas, escalas de observación, miradas analíticas y marcos teóricos, y en los cuales se han recuperado dimensiones de análisis desatendidas anteriormente por otros campos de estudio, como la sociología y la economía, pioneros en el abordaje de este fenómeno. Como bien se ha señalado, a partir de avanzar notoriamente en el estudio sistemático de los dos primeros Gobiernos de Juan Domingo Perón, la historiografía se ha ocupado de desarmar el sentido común imperante sobre el peronismo en general —iluminando continuidades y ambivalencias previamente ignoradas y recuperando rasgos heterogéneos escasamente explorados—, pero también respecto de los procesos de identificación política que dicho movimiento suscitó en particular.

Bajo esta constelación, nuestra intervención se inscribe “en el medio” de esos dos grandes textos en torno del peronismo, es decir, entre las interpretaciones históricas y las realizadas en clave populista. Nos interesa, en particular, establecer un juego intertextual que auspicie un desplazamiento continuo entre estas superficies discursivas —que suelen divergir en sus enfoques, metodologías y conclusiones— para proponer luego una mirada de los procesos de identificación política que permanezca atenta a la complejidad histórica, pero también al tipo de lógica política “populista” que estructuró el espacio comunitario de ese entonces.

Puesto que, como mostramos en el próximo apartado, mientras que las investigaciones históricas sobre el peronismo aspiran a la construcción de un saber situado, a pequeña escala, que es capaz de ofrecer información pormenorizada sobre actores, circunstancias y experiencias, las mismas no siempre atienden y problematizan los recursos teóricos que contribuyen a descifrar los tipos de vínculo y ordenamiento político que caracterizaron al peronismo. Por el contrario, si bien los enfoques populistas abordan esta

experiencia política en búsqueda de la especificidad de un fenómeno que traspasa las fronteras espaciales y temporales, en general no se detienen en los vericuetos y las complejidades que atravesaron dicha experiencia concreta, y más bien tienden a hallar en ella lo que ya de antemano suponen, utilizando al primer peronismo como testigo de una lógica comunitaria que la antecede y explica.

Así las cosas, en este capítulo, nuestra apuesta consiste en poner en relación ambas sendas de investigación, para de esta forma iluminar tanto la pertinencia de una mirada desde abajo y en clave local para abordar una experiencia política de por sí vasta y heterogénea, como también la relevancia de los insumos teóricos en torno al populismo a la hora de descifrar el tipo de identidad popular y el modo de configuración comunitaria que lo caracterizaron. En esa dirección, tomando cierta distancia de las miradas que encuentran la clave interpretativa en las voces de los líderes peronistas y de sus aliados, nuestra pesquisa se propone incursionar en la gama de sentidos desplegados al ras del suelo por los mismos sujetos (individuos y asociaciones) que se identificaron con el ideario político propuesto por el nuevo discurso político y con sus implicancias institucionales.

Para acceder a estas tramas de sentido recurrimos a un corpus documental del período, compuesto por un conjunto de cartas y peticiones escritas por hombres y mujeres de a pie, sin protagonismo político específico, que fueron enviadas desde distintos puntos del país a las autoridades políticas durante el primer y segundo Gobierno de Perón. Estas fuentes, si bien presentan una condición heterodoxa respecto de las más usuales para analizar este fenómeno y, por lo tanto, constituyen un desafío epistemológico para la investigación, resultan, no obstante, un registro histórico privilegiado a la hora de indagar por los procesos de identificación entre los sectores populares y la dirigencia peronista, ya que en las cartas se cuelan las voces populares y fragmentos de vida de una época, y por ende, se dejan ver los discursos públicos de entonces, pero, sobre todo, los distintos modos en que los hombres y las mujeres de a pie habitaron y representaron el mundo que el peronismo les ofrecía.

En lo que sigue del texto, en un primer momento, nos detenemos en esas dos tramas que, como señalamos, contribuyeron a configurar el campo de estudios sobre el peronismo. Luego, atentos a las derivas de la historia y sin quedar bajo la sombra del populismo, planteamos nuestra propia apuesta analítica, aspirando, a través de un ejercicio intertextual, a aportar a un debate de largo arrastre y constante reactualización en la política argentina: sobre el peronismo y su

dimensión identitaria.

Las derivas de la historiografía

Desde el momento de su aparición, el peronismo despertó gran fascinación entre estudiosos locales y extranjeros. De manera temprana, este fenómeno político y social se presentó, ante los ojos de sus contemporáneos, como una ruptura o discontinuidad radical respecto del ordenamiento político-institucional precedente, transformándose pronto en una suerte de enigma para las ciencias sociales, que relucía ciertos rasgos patológicos y extraños. Comprender al peronismo se convirtió entonces en un desafío epistemológico que llevó a acuñar nuevas categorías y a traspasar los límites de un país y de una disciplina (Amaral 2018).

Transcurridos varios años desde su emergencia —aun sin perder su carácter enigmático y desafiante—, las caracterizaciones rupturistas o patologizantes del fenómeno comenzaron a matizarse. La diseminación creciente de acercamientos académicos más preocupados por las líneas de continuidad que por las de ruptura, iluminó las dimensiones sociales, económicas y políticas que sentaron las condiciones históricas para la emergencia del peronismo. En efecto, de manera progresiva, la escena rupturista se fue desplazando, dando mayor espacio a la identificacióndistinción de modulaciones de cambio parciales sobre la caracterización de una experiencia sociopolítica relativamente estable. Cierto es que el peronismo, inicialmente visto como un hecho “patológico” dentro de la configuración sociohistórica del país, fue de forma paulatina “normalizado” y “adaptado” —apaciguando sus rasgos extraños e inquietantes—, bajo un marco interpretativo “civilizatorio” que ganaría adeptos a partir de la nueva etapa democrática de la década de los ochenta (Acha y Quiroga 2012).

El campo de los estudios historiográficos ha sido particularmente productivo en el avance de este tipo de entendimiento. En los últimos años, hemos visto proliferar estudios históricos que desde distintas escalas de análisis se han abocado a la investigación detallada de los obstáculos, las iniciativas truncas y los cambios a mitad de camino que atravesaron las reformas y las políticas del peronismo en materia de salud, educación, seguridad, economía, entre otros

(Aboy Carlés 2005; Ballent 2005; Berrotarán, Jáuregui y Rougier 2004; Lvovich y Suriano 2006; Ramacciotti 2005; Torre y Pastoriza 2001).

Los estudios guiados por una mirada “extracéntrica”, que han tenido una decisiva influencia en esta nueva historia, se enfocaron en iluminar las continuidades de las configuraciones políticas provinciales luego de la llegada del peronismo. A contramano de ciertas interpretaciones que señalaron el recambio de los liderazgos, dichos estudios remarcaron que, en muchas ocasiones, fueron las élites preexistentes de cada espacio provincial las que lograron eventualmente organizar al peronismo en clave territorial o legislativa (Kindgard 2003; Macor y Tcach 2003, 2013; Martínez 2008a, 2008b; Rubenstein y Gutiérrez 2012; Salomón 2012). Si bien estos constituyen un caso específico de un estudio histórico que matiza la irrupción peronista sobre el trasfondo de un escenario político relativamente delimitado, sirven para ilustrar el tono con que gran parte de la investigación histórica ha interpretado al peronismo en las últimas décadas.

Ahora bien, en la medida en que los estudios históricos han avanzado en identificar los claroscuros del peronismo y visibilizar la heterogeneidad propia de tan vasto movimiento político, también se han cuestionado las miradas homogeneizantes que dominaron las interpretaciones sobre los orígenes de esta forma de identidad política. En efecto, podríamos sugerir que el avance de este tipo de abordajes ha hecho “estallar” al peronismo en sus distintas facetas, dimensiones, temporalidades y contextos (Quiroga 2013; 2016).

Estos esfuerzos por deconstruir las dicotomías que durante largo tiempo dieron forma al peronismo histórico vinieron acompañados de un intento de corrimiento de los puntos de mira sobre los que se asentó la mayor parte de los trabajos precedentes. Es decir, pusieron el foco en todo aquello que había quedado “excluido”, “por fuera” o visto como “marginal” en el juego de las dicotomías. Los “restos” que se revelaban en el análisis abarcaban distintos niveles y dimensiones y aparecían en las prácticas arraigadas de los mandos políticos y gremiales “medios” y “bajos”; provenían del “interior del país”; o surgían bajo la forma de conflictos “locales” de carácter “civil” antes que propiamente pertinentes al ámbito “político”.

Tales desplazamientos llevaron a replanteos epistemológicos no solo sobre el fenómeno peronista, sino también respecto de los modos de concebir la constitución misma de la identidad política peronista. Se dio paso, entonces, a

nuevas modulaciones que, además de enriquecer la reconstrucción histórica de esta experiencia política, complejizaron el entendimiento de su dimensión identitaria (Acha 2004, 2007; Acha y Quiroga 2012; Carrizo 2016; Garzón Rogé 2014, 2017; Melón Pirro y Quiroga 2006; Rubenstein y Gutiérrez 2012; Salomón 2012, entre otros).

Precisamente, en esta vasta y rica producción historiográfica surgen nuevas reflexiones sobre la adhesión al peronismo y sobre los modos de ser peronista durante el peronismo histórico. Como señala acertadamente Garzón Rogé, "en el avance de la caracterización de la experiencia política peronista, los nuevos abordajes historiográficos han ido cuestionando las conceptualizaciones rígidas propias de una matriz moderno-centrada para pensar la adhesión política" (2019, 349). Bajo las coordenadas de intelección de dicha matriz, el entendimiento de los procesos de identificación política quedó reducido al éxito de la interpelación del régimen sobre una "masa pasiva" y "disponible" que, de forma controlada, respondió y adhirió a un Estado que supo beneficiarla. Como señala la autora, ha sido entonces a partir del trabajo empírico y hermenéutico de la historiografía que esa "imagen de un peronismo totalizador que prosperaba sobre un tejido social ralo se hizo sospechosa" (p. 346).

Cierto es que el enfoque histórico, haciendo uso de nuevas escalas y de nuevas fuentes, puso cada vez más en primer plano a un agente capaz de establecer límites a la autoridad estatal. Así pues, allí donde solo antes se podía apreciar un atropello estatal sofocante, ahora se recuperaban las acciones impensadas de los actores involucrados. Esto último reveló que los peronistas no habían permanecido disponibles, ni totalmente domesticables, sino que hicieron cosas, convirtiéndose de tal modo en hacedores de lo que eventualmente se cristalizó en "los peronismos" a nivel regional y nacional. De este modo, bajo esta nueva lupa histórica, el lazo político con Perón y la anterior "masa" tuvo que ver con esas experiencias singulares de prácticas y negociaciones locales y regionales que se asentaron en una identificación política duradera. En este sentido, la labor de reconstrucción histórica reanimó el viejo debate en torno a los orígenes del peronismo (Torre 1990), pero esta vez desdibujando los contornos de una identidad política plena y homogénea. Los múltiples registros de las acciones y los comportamientos de los peronistas no solo ponen de manifiesto un peronismo desagregado y fragmentario, sino también las dificultades de aprehender, bajo una única categoría, su dimensión identitaria. En otras palabras, hubo tantos peronismos como modos de ser peronista.

Ahora bien, este trastrocamiento de planos y de puntos de mira, en general, no ha encontrado como correlato una problematización sobre la noción misma de agencia que nutre a la mirada histórica. Si bien el hallazgo y el reconocimiento de un mundo activo, al ras del suelo, expusieron la existencia de múltiples negociaciones, reapropiaciones y resistencias, no se ha traducido en reflexiones teóricas sobre qué tipo de agencia política y qué modos de vinculación suscitó y promovió el peronismo en tanto fenómeno político. Dicho de otro modo, un aspecto llamativo de este tipo de incursiones históricas que permiten un pasaje de los grandes relatos al estudio del peronismo en contextos provinciales, municipales, locales e incluso altamente ruralizados, es que el análisis a los que finalmente arriban pareciera pivotar en el aire sin un marco que dé forma y contenido a la acción que se pretende describir. Pues el estudio sobre las acciones de los peronistas, sus modos de comportarse, parece decir más sobre ellas en tanto acciones en sí mismas, que en tanto distintivas de un contexto político particular.

Ante esto, tales estudios pierden parte de su riqueza sin una formalización del proceso político, que otorgue cierta especificidad al objeto de estudio, al tiempo que evite su sustancialización. Las "pequeñas" historias de prácticas concretas y situadas en contextos singulares sostienen una idea de agencia que pierde peso argumentativo sin una explicitación onto-epistémica que avance a niveles de mayor abstracción, y pueda poner un límite a los infinitos modos de operacionalizar la conducta o agencialidad del sujeto peronista: acciones, comportamientos, gestos, movimientos, actuaciones, etc.

Pero, cabe preguntarse: ¿la dirección que toma esta indagación de las acciones concretas de los "peronistas" no las asume ya como parte de un fenómeno político que suscitó un particular modo de vincularse entre el Gobierno y los ciudadanos, o las autoridades nacionales y los pobladores de provincia? El rechazo de las hipótesis totalizadoras permea la labor histórica, e impide o dificulta la posibilidad de identificar ciertas regularidades en las acciones y los comportamientos que remiten a una forma de configuración comunitaria, la cual se sostiene sobre un modo de vínculo político y a partir del trazado ciertos límites. En otras palabras, la pregunta por la agencia, que esta nueva perspectiva histórica "de las acciones" evita, remite indefectiblemente a la relación con la estructura, y es allí, en su rechazo de la sobreestimación de los efectos estructurales, lo que ha dificultado la posibilidad de concebir los procesos de sobredeterminación que las configuraciones singulares del espacio comunitario provocan. Precisamente, son tales procesos los que se manifiestan en las

acciones mismas de los agentes, en sus relaciones y posicionamientos.

Cierto es que la creciente evidencia sobre la heterogeneidad del peronismo, que surgió en las últimas décadas, plantea nuevos desafíos onto-epistemológicos para la labor histórica, puesto que, como mencionamos, exige la construcción de nuevos enfoques que no solo permitan recuperar distintas dimensiones de análisis y escalas de observación, sino también avanzar en el entendimiento de esta forma de identificación política perdurable y heterogénea, cuyos efectos aún inciden en los procesos políticos contemporáneos (Waldmann 1981).[1]

A propósito de estos desafíos, ha sido de la mano de los estudios del campo de la historia cultural que la dimensión identitaria de la experiencia peronista ha tomado mayor densidad y detalle en los registros históricos, permitiendo reconocer los matices de un fenómeno aparentemente homogéneo al tiempo que polimorfo. Asimismo, la revalorización de su dimensión cultural ha llevado a complejizar el carácter transformador que adquirió el peronismo en el marco de un contexto nacional relativamente estable y sedimentado de sentidos estructurantes (Chamosa 2012; Grimson 2019; James 2006; James y Lobato, inédito; Karush y Chamosa 2010; Milanesio 2014). Así es como la perspectiva cultural ha provocado un viraje en la naturaleza de las preguntas teóricas hechas al peronismo, en tanto objeto de estudio de la historia, y en sus vías de análisis. Al mismo tiempo, ha propiciado nuevos acercamientos a desarrollos conceptuales en torno del populismo, producidos de manera insistente desde el surgimiento de las primeras experiencias políticas “populistas” del siglo pasado hasta la actualidad.

Estos acercamientos, que auspician nuevos cruces con las teorías discursivas del populismo como la de Ernesto Laclau (1978; 2005), comenzaron a visibilizar, como señala Daniel James, por un lado, la borradura del “populismo” que se produjo en los estudios sobre el peronismo con el rechazo y la crítica temprana hacia Germani, y por otro, el rol que dicha omisión tuvo en la “normalización” de este fenómeno social y político (James 2013, 145). Al desplazar el concepto de populismo del campo de la irracionalidad, la sugestión y la pasividad política, las teorías discursivas habilitaron un cuestionamiento de las miradas sobre el peronismo que se limitan a reconocer en él un proceso de integraciones y continuidades, o por el contrario, uno de rupturas y formas patológicas de las democracias modernas.

Ahora bien, a pesar de estos acercamientos y cruces, la articulación de la mirada

histórica y los planteos teórico-analíticos sobre el populismo ha probado ser una tarea difícil y escabrosa, y esto no solo debido a las sospechas de la historia sobre una literatura demasiado general y abstracta,[2] sino también por ciertos modos de proceder de los estudios populistas a la hora de cifrar el primer peronismo. En el próximo apartado revisamos brevemente parte de esos modos, para iluminar los efectos sombríos que las interpretaciones populistas pueden llegar a ocasionar sobre el peronismo en tanto fenómeno histórico político. En particular, nos interesa abordar algunas de las implicancias analíticas que se desprenden de las teorizaciones discursivas señaladas de manera crítica y acertada por los “peronólogos”, con el ánimo de retomar algunos de esos señalamientos en la construcción de nuestra propia propuesta.

Bajo la sombra del populismo

Tempranamente, el peronismo fue tomado por los estudiosos de la política no solo como una forma de populismo, sino también como un ejemplar ideal de dicho fenómeno en la historia política latinoamericana (Plotkin 2010). Su carácter paradigmático significó que las definiciones sobre esta experiencia histórica particular, en términos políticos, sociales y económicos, tuvieran una incidencia decisiva en la determinación de los así llamados “populismos clásicos”. En efecto, como sugiere Plotkin, sus rasgos sobresalientes operaron como una suerte de vara contra la que se evaluaron otras experiencias políticas en América Latina (p. 266).

Inspiradas en las teorías de la modernización, las primeras aproximaciones “populistas” vincularon estrechamente estas experiencias con etapas o momentos específicos en el desenvolvimiento económico, social y político de las sociedades que emprendieran el camino del desarrollismo basado en la industrialización (Di Tella 1965; Germani 1971). Para Gino Germani, uno de sus principales referentes, el populismo, en tanto proceso político específico, emergía como resultado de la crisis de transición de las sociedades tradicionales a las modernas industrializadas. Desde la perspectiva del autor, dicha crisis tenía que ver con el rápido cambio de morfología de los centros urbanos a raíz tanto del crecimiento de sus estructuras económico-sociales como de los nuevos volúmenes demográficos. Como efecto de estos cambios repentinos, se

produjeron procesos de integración de amplios sectores poblacionales a la vida social y política que, dependiendo de los niveles de desarrollos alcanzados, fueron más o menos canalizados por las instituciones preexistentes, con resultados disímiles para el devenir de las sociedades democráticas modernas (Germani 1971, 326-353).

Según Germani (pp. 343-353), ante la precariedad estructural que prevalecía en las sociedades latinoamericanas durante la aparición de los movimientos nacional-populares, los procesos de integración se produjeron de manera irracional, a través del engaño y la manipulación política ejercida desde del Estado sobre masas "inexpertas" y "disponibles".[3] De este modo, el populismo emergería en una fase de integración fallida, en oposición a procesos de canalización política democráticos. Para el sociólogo italiano, el peronismo, como otros movimientos de la región, no sería más que un fenómeno de este tipo, con claros sesgos autoritarios, que si bien difería del nazismo o del fascismo europeo, no dejaba de representar una amenaza para las instituciones democráticas. Su origen defectuoso marcaría su posterior devenir, pero también su necesario fracaso.

Como se ha señalado, buena parte de las interpretaciones que siguieron a estas primeras aproximaciones sobre los populismos de la región, provenientes tanto del marxismo clásico como de las teorías de la dependencia, si bien aportaron nuevos enfoques y mostraron la imprecisión de los planteos germanianos, como, por ejemplo, sus efectos homogeneizadores, no discreparon respecto de ciertos rasgos centrales destacados por las miradas de la modernización (Mackinnon y Petrone 1999). En efecto, dos caracterizaciones siguieron presentes en los desarrollos teóricos posteriores: por un lado, la emergencia del populismo se asume como resultado de un determinado estadio de desarrollo del capitalismo latinoamericano; por otro, se concibe a este fenómeno como un proceso político de "cooptación" por parte del poder estatal o, en el mejor de los casos, como una forma de "desviación" de los intereses de la clase obrera. Aun cuando, a diferencia de las miradas funcionalistas, la noción de masas inexpertas " disponibles" es matizada a partir de la conceptualización de distintos grados de autonomía y subordinación al Estado, o a las jerarquías sindicales, la manipulación estatal sigue operando sobre una clase trabajadora, más o menos racional, pero que eventualmente carece de la trayectoria y del pensamiento político suficientes para actuar de acuerdo con una conciencia de clase auténticamente proletaria (Cardoso y Faletto 1970; Ianni 1977 [1973]; Weffort 1973).

Ahora bien, la permanencia de ambas cuestiones en los desarrollos teóricos sobre el populismo también puso de manifiesto la continuidad del sesgo peyorativo o negativo que marcó las iniciales teorizaciones. En efecto, la falta de racionalidad y de coherencia que se les atribuyó a dichos procesos de integración social y política afianzó su valoración negativa y su definición como un fenómeno patológico y disfuncional, que involucró un desvío del patrón estructural del desarrollo de las sociedades capitalistas (Mackinnon y Petrone 1999). De allí también se desprende la marca homogeneizante que caracterizó, en general, a los estudios de las experiencias históricas concretas, como asimismo su apego determinista a la hora de abordar la constitución de las identidades políticas que emergieron con la aparición de los movimientos nacional populares (Ipar 2019).

Desde estas coordenadas teóricas, los estudios sobre los orígenes del peronismo y su desarrollo no se mantuvieron ajenos a estos sesgos y a sus implicancias analíticas, reflejando en sus conclusiones parte de ese esencialismo. El supuesto sobre la existencia de un fundamento (sea este económico, sociológico o antropológico) que antecede y condiciona las actuaciones, adhesiones e ideología de los agentes sociales condicionó los modos de abordajes y el entendimiento sobre el proceso de constitución identitaria del peronismo (Murmis y Portantiero 2011 [1971]).

Sería recién con la aparición de las aproximaciones político-discursivas cuando la noción de populismo comenzó a desvincularse de una determinada etapa del desarrollo como la industrialización y de una base social específica como la clase trabajadora (Ípola 1982; Ípola y Portantiero 1989 [1981]; Laclau 1978, 2005; Laclau y Mouffe 2004). Desde una perspectiva diferente, el populismo se aborda en el marco de un campo de interrogación más amplio, con lo que desplaza el sentido peyorativo a los márgenes, y propone, en cambio, un entendimiento que lo concebiría como un rasgo inherente a la política.

Una de las interpretaciones más importantes dentro de estos acercamientos discursivos ha sido la desarrollada por Laclau a lo largo de sus obras (1978, 2005; Laclau y Mouffe 2004). En un intento por distanciarse de las miradas patologizantes y esencialistas que otorgan al populismo características propias derivadas de experiencias históricas particulares, Laclau ha enfatizado en la dimensión discursiva de este fenómeno y ha designado como “populismo” a un modo particular de articulación política que, como tal, se presenta como una posibilidad siempre presente de estructuración de la vida política. Este modo, o

lógica política, que subyace en el discurso populista, se define por la dicotomización del espacio social, mediante la creación de una frontera interna entre el pueblo (los más débiles) y el orden existente, y por la presencia de un líder que constituye la unidad imaginaria y simbólica del pueblo heterogéneo.

Si, como sostiene Laclau, el populismo se basa en una lógica política de constitución identitaria, antes que en un conjunto de ideas sustantivas, podemos deducir, por un lado, que este fenómeno puede atravesar un abanico amplio de experiencias políticas pertenecientes a contextos históricos muy diferentes e identificadas con corrientes ideológicas dispares (que van desde la izquierda, a la extrema derecha); y, por otro, que el interrogante de si un líder o régimen es populista no es una cuestión absoluta, sino de grado, y dependerá entonces de las diferentes lógicas que el líder o el régimen articule, de acuerdo con los contextos políticos en que opera (Laclau 2005).

El giro discursivo-formalista ha resultado, entonces, en una ampliación del concepto de populismo, así como también en la apertura de nuevas sendas de interpretación, dispuestas a descifrar los vínculos de esta lógica política con distintas ideologías y ordenamientos comunitarios (Arditi 2004; Laclau 1978, 2005; Panizza 2009; Stavrakakis 2010). Sin embargo, amén de sus potencialidades, como en todo juego de luces y sombras, estos acercamientos, si, por un lado, han iluminado el funcionamiento y los contornos de la configuración discursiva populista, por otro, no han podido evitar proyectar su sombra sobre la heterogeneidad de la experiencia de los movimientos nacional-populares. Como tempranamente señaló Emilio de Ípola, la aproximación de Laclau al populismo se encuentra alejada de la preocupación epistemológica de partir de lo histórico, y es a raíz de tal desinterés que las conclusiones a las que arriba en varias ocasiones desconocen el funcionamiento de los “populismos realmente existentes” (Ípola 1982).[4]

Por cierto, en esa misma crítica se señala cómo los efectos de los procesos articulatorios no pueden comprenderse sin llevar a cabo el estudio singular y contextualizado de las subjetividades interpeladas y de la producción social del sentido. Para el autor, el giro formalista y discursivo de Laclau poco dice sobre la distinción analítica entre la producción de discursos sociales y las condiciones históricas y sociales de recepción (Retamozo 2014). En efecto, para Emilio de Ípola (1982), el estudio del populismo como fenómeno discursivo ha resultado insuficiente para comprender la especificidad de este fenómeno político, al prescindir de los desarrollos teóricos que permitan abordar los aspectos

histórico-culturales en que se produce y reproduce el sentido social.

Una crítica del mismo tenor y que apunta también a la desatención de las manifestaciones históricas específicas de este tipo de acercamiento ha sido la planteada recientemente por el historiador Nicolás Quiroga (2013). Recuperando algunas investigaciones en la clave de intelección del populismo como lo desarrolló Laclau, Quiroga sostiene que en ellas subsiste

[…] un desajuste [...] entre su tratamiento del concepto “populismo” y su ambivalente aproximación al análisis histórico: se acerca por un lado al primer peronismo porque lo considera un momento constitutivo pero no asume las variaciones por muchas investigaciones señaladas. (2013, 13)

En esta cita, Quiroga advierte cómo el rasgo formal de la teoría del populismo aplicado al análisis del peronismo parecería subsistir, a costa de desconocer la diversidad empírica que resulta de la investigación histórica. En los estudios populistas se daría una excesiva formalización que, por momentos, haría del peronismo un ejemplo obvio de vaciamientos significantes o articulaciones hegemónicas.

Centrados principalmente en la discursividad puesta en juego por Perón, y planteando al discurso como mensaje público, o speech, para Quiroga, estos acercamientos replicarían de manera indirecta el movimiento hegemonizante con que se ha sabido comprender al peronismo, a través del cual la “identidad” tanto del proceso político como del agente se muestra como efecto directo de un proceso hegemónico. El problema residiría principalmente en la noción de retórica generalizada que utiliza Laclau para dar cuenta de su carácter constitutivo en la configuración del mundo social. Esto es, al asumir a la retórica en clave ontológica, el populismo no podría ya ser cuestión de circunstancias, de intervenciones acotadas a un modo de comunicación o gestión, sino que pasa a ocupar una posición onto-epistemológica distinta, fundamental. Por consiguiente, quienes indagan sobre el peronismo como populismo otorgan una exacerbada capacidad performativa a las voces oficiales y consideran que en esos mensajes públicos ya se configura una comunidad política. De este modo, en el estudio de esos enunciados y conjuntos de palabras se hallarían las señales

de los rasgos del populismo, y con ello sería suficiente para caracterizar al peronismo. En otras palabras, cargar las tintas teóricas en los movimientos tropológicos como “anatomía del mundo ideológico” implica concentrar la discursividad del peronismo, y su carácter eminentemente performativo, en su enunciación oficial, dejando de lado lo que podría suceder entre y con los y las peronistas.[5]

Como hemos delineado hasta aquí, la trama de estudios “populistas” ha modulado de forma particular al peronismo, lo que ha provocado varios sesgos a la hora de brindar inteligibilidad a ciertas dimensiones del fenómeno. Por caso, el excesivo énfasis destacado en las voces oficiales y de los líderes del movimiento dejó en las sombras las implicancias del fenómeno político en aquellas voces dispersas del escenario sociocultural de la argentina “peronista”. Asimismo, el desequilibrio señalado entre la dimensión formal y la territorial o situada, llevó no solo a descuidar aspectos históricos particulares, significativos para el análisis, sino también a homogeneizar en demasía los rasgos de un proceso que se destaca por su apariencia heterogénea e inclasificable. Estos sesgos terminaron, en muchas ocasiones, por exagerar el carácter rupturista del fenómeno, perdiendo de vista, al mismo tiempo, la singularidad de los contextos de inscripción de esta lógica política. Presumimos que tales dificultades resultan de cierta ausencia o falta de atención en algunos aspectos de baja visibilidad, pero de intensa persistencia, como la dinámica de los procesos de identificación desencadenados, y la mayoría de las veces presupuestos, como efectos de la lógica populista.

Dicho esto, recientemente y en la misma senda analítica laclauiana, en un intento por sortear esas dificultades señaladas, varios autores han avanzado en precisar la dinámica política propia del populismo (Arditi 2004; Panizza 2009). En particular, han operado una serie de movimientos analíticos que permitieron, en primer lugar, resituar dicho concepto sobre el terreno histórico en el que este proceso puede ocurrir; y, en segundo lugar, poner el foco no tanto en el nivel de los enunciados presumiblemente performáticos de los líderes, sino en las modulaciones identitarias específicas que moviliza, y que posibilita, a su vez, distinguir dicho proceso de otros regímenes políticos (por caso, los totalitarismos o las democracias pluralistas) (Aboy Carlés 2005, 2016; Barros 2009, 2013; Groppo 2009; Magrini 2015; Melo 2009, Melo y Azzolini 2011). Desde estas perspectivas, el populismo no se caracterizaría solo por partir la sociedad en dos, sino también por el modo particular de gestionar la tensión entre una parte y el todo.

Autores como Aboy Carlés y Barros avanzan en identificar los efectos ambiguos que esta tensión provoca a nivel de las identidades y sus diferentes modalidades de constitución.[6] Asimismo, iluminan cómo las articulaciones populistas tienen lugar en el terreno de las identificaciones populares y bajo un escenario sociohistórico particular.[7] Entonces, para decirlo brevemente, estos desplazamientos presentan la virtud de descentrar la mirada de los efectos de la división social desde las enunciaciones performáticas oficiales o "desde arriba", hacia las múltiples modulaciones que estas efectivamente pueden adquirir "desde abajo", es decir, en el terreno donde se patentizan los efectos desencadenados (Vargas 2016).

Estos señalamientos resultan en particular productivos para pensar el entremedio de las derivas de la historia y las teorías del populismo, puesto que propician una indagación sobre los contextos singulares, y ponen su foco sobre los modos de identificación que prevalecen, es decir, en los elementos residuales y heterogéneos de la historia: allí donde se alojan los reservorios que preservan ciertos arraigos, pero también ímpetus de cambio (Aznarez Carini, Reynares y Vargas 2018; Barros y Morales 2018; Vargas 2018, 2019; Vargas y Vezzosi 2018). Como tempranamente señalaron Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero, esta dimensión adquiere crucial importancia en el análisis del modo en que los populismos tramitan las demandas nacional-populares. Estas últimas ya no entendidas como un espacio homogéneo o un mero dato metasocial, sino como "un reducto de valores, de creencias y de comportamientos" desde donde los procesos de dominación se fijan y sedimentan (Ípola y Portantiero 1989 [1981], 12). Son estos elementos residuales de la tradición y las "costumbres en común", al decir de Thompson (2000), que componen y otorgan consistencia sensible a las experiencias históricas de desigualdad de los distintos contextos, donde el análisis puede recuperar el valor de los detalles y las singularidades.

Siguiendo el argumento de nuestro planteo inicial, y en la búsqueda de una suerte de puente que permita atravesar ese terreno árido y escabroso de articulación entre los enfoques históricos y las aproximaciones populistas, en el próximo y último apartado presentamos una propuesta analítica ubicada entre las dos tramas, y delineamos, además, algunas de las sendas de investigación que se abren en el estudio de los procesos de identificación.

Hacia nuevas tramas para el análisis del peronismo desde abajo y en clave

local

Llegados a esta altura del recorrido, podemos preguntarnos: ¿dónde nos dejan situados analíticamente estas dos tramas interpretativas y sus respectivas modulaciones del peronismo? ¿Qué modo de abordaje habilita la articulación de ambas?

En primer lugar, una de las cuestiones centrales que se desprende del devenir del trabajo historiográfico es su insistencia en exhibir el carácter vasto y heterogéneo del peronismo. En efecto, en su uso de nuevas escalas de observación y de nuevas fuentes documentales, las nuevas producciones han puesto de manifiesto la complejidad y la diversidad de experiencias culturales, sociales, políticas y económicas que caracterizaron aquellos años del primer peronismo y que habían sido desatendidas o marginadas por una clave de lectura totalizante.

De este modo, el tipo de abordaje que aquí proponemos no puede dejar de reparar en esa insistencia y, por lo tanto, asume como punto de partida la preocupación epistemológica por comprender al peronismo en su densidad histórica. Esta presunción requiere, entonces, la puesta en juego de una mirada situada histórica y territorialmente, como también la redefinición de las estrategias metodológicas y las herramientas heurísticas para el trabajo analítico. En efecto, si la preocupación histórica es revalorizada en el estudio de las identificaciones populares, resulta pues imprescindible construir una mirada atenta a la complejidad que presenta aquel suelo significante donde hombres y mujeres de a pie articularon, renegaron o negociaron con el régimen y sus instituciones.

En segundo lugar, como mostramos en las páginas anteriores, el foco principal de las perspectivas populistas se ha dirigido a comprender los rasgos propios y específicos de un proceso político que se manifiesta en experiencias históricas de por sí muy diversas. Bajo este leitmotiv, los enfoques discursivos han advertido sobre la importancia de los procesos de interpelación política y constitución identitaria en la comprensión de este fenómeno, y han impulsado nuevas aristas teóricas orientadas a distinguir y modelizar los diversos modos identificatorios y el tipo de ordenamiento que resultaba de las experiencias populistas. Es justamente sobre dicha advertencia que nuestra apuesta interpretativa toma

forma, y asume que el estudio del peronismo requiere coordenadas de intelección que no supongan nuevamente una sustantivación de este fenómeno político, sino que habiliten el trazo de regularidades en función de un tipo de lógica articulatoria distintiva de constitución de identidades.

No obstante, nuestra propuesta también hace suyo el reparo sobre la importancia de un abordaje que no limite su análisis de la discursividad peronista a un conjunto de enunciados provenientes de ciertos lugares o sujetos privilegiados de enunciación (dispositivos estatales, líderes políticos como Perón y Eva). Si asumimos las premisas de la perspectiva discursiva y sus implicancias analíticas seriamente, la configuración de los sentidos y las representaciones sociales no puede ser aprehendida desde una lógica lineal de producción significativa, que recae sobre posiciones topológicas definidas por una ubicación precisa (por ejemplo, arriba-abajo/ centro-periferia), o sobre una dinámica localizable entre emisor y receptor, sino más bien a partir de identificar prácticas articulatorias arbitrarias y contingentes que establecen relaciones entre contenidos diversos y dispersos en el campo de la significación.[8] Dicho de otro modo, el análisis de la configuración de los discursos sociales desde estas coordenadas teóricas descentra la mirada hacia los múltiples y cambiantes procesos de articulación y rearticulación discursiva que se despliegan en el entramado social, en su disputa política por la fijación última de sentido.

Por consiguiente, nuestra mirada involucra, de manera indefectible, un cambio en el tipo de fuentes documentales para llevar a cabo el análisis. Es decir, el abordaje que proponemos amplía su horizonte e involucra la indagación de las prácticas articulatorias desplegadas al ras del suelo, en donde es posible apreciar la dimensión subjetiva de la experiencia peronista. Por eso, acudimos a registros que no provienen de voces oficiales, sino más bien de experiencias testimoniales que exhiben ese mundo heterogéneo que se desplegó bajo aquellos años.

Si bien puede haber varios otros archivos que también muestran ese vasto universo (orales, artísticos, fotográficos), nuestra investigación se propone específicamente la exploración de una serie documental distintiva y escasamente explorada. Se trata de un corpus epistolar, compuesto por un conjunto de solicitudes, pedidos, iniciativas escritas por hombres y mujeres de a pie, asociaciones y colectivos de diversa índole (cultural, sindical, vecinal, educativo, deportivo, entre otros), sin protagonismo político específico, que fueron enviados desde distintos puntos del país a las autoridades políticas durante el primer y segundo Gobierno de Perón, y que se encuentran disponibles en el

Archivo General de la Nación, como también en diversos archivos provinciales del país.

Estas fuentes resultan un registro histórico privilegiado para indagar los procesos de identificación entre los sectores populares y la dirigencia peronista (Acha 2004; 2007). Precisamente, consideramos que es en los trazos que modulan la palabra escrita donde se exhiben los rastros de los procesos de (des)identificación política con las narrativas, prácticas e instituciones del régimen y, en consecuencia, donde podemos apreciar los rasgos y contornos de aquella identidad política de arraigo popular que supo sortear —sin por eso permanecer ilesa— el paso del tiempo (Barros et al. 2016).

¿Cómo habitaron los y las peronistas esta experiencia política desde las características singulares de sus territorios y escenarios locales? ¿De qué modo el registro de la necesidad se constituye no solo en ocasión de demandar algo más, sino también de disputar y reclamar al otro un lugar de igualdad y reconocimiento? En las páginas que siguen nos interesa mostrar algo del modo de proceder analítico de nuestra apuesta interpretativa, con intenciones acotadas, pero certeras, respecto de las posibilidades que se abren al retomar, bajo un nuevo anudamiento, las principales tramas interpretativas sobre el peronismo que hemos descrito en este capítulo. Nuestro análisis hace foco en las dinámicas de identificación y desidentificación que atraviesan esta escritura, dando cuenta, a su vez, del carácter situado y particular de la intervención de quien remite la carta.

En este caso, nos detenemos en la solicitud enviada por doña Emilia Oliva de Penhavel desde la localidad de La Banda, provincia de Santiago del Estero, del noroeste argentino, en una de las tantas cartas que se enviaron en ese entonces. Allí, la mujer escribe:

Esta es la segunda proposición que voy a presentar a N. E. [Nuestra Excelencia], y siempre relacionada con las necesidades del pueblo; no pido plazas ni parques; siento el peronismo tan hondo dentro de mi corazón, que al igual que N. E. y que nuestra querida Evita, me entristece ver a los niños de La Banda, todavía en la pobreza, semi abandonados y casi desnudos; en el peligro de la calle, y de la corrupción; […] “Los únicos privilegiados son los niños”, ha dicho N. E., pero comprendo que en 6 años de Gobierno no pudo hacer más de lo que hizo; sé y

estoy segura de que Santiago es de vuestra preferencia para darle todo lo que necesita; por tal motivo, […] mi mayor alegría, sería poder ver una “Ciudad Infantil” aquí en La Banda, para felicidad de esos niños, hijos de obreros que no pueden cuidarlos por razones de trabajo, y para felicidad de ellos mismos. En esta provincia, hay muchos rincones, donde todavía no ha llegado la Justicia Social. Aquí, es tan necesaria o más, que en Buenos Aires, porque veo mucha pobreza; muchos niños tristes todavía, que no tienen la atención que merecen. La Banda necesita una “Ciudad Infantil”, quizás más que Buenos Aires, porque hay más abandono entre la gente humilde debido al medio en el que viven, por haber estado antes tan desprotegidos, y tal vez por eso sean tan sufridos.-.la “Ciudad Infantil” en La Banda, será un orgullo para Sgo. del Estero. En “La Razón de mi Vida”, Evita nos narra que N. E. le ha enseñado a desterrar la palabra “imposible”; y entonces veo renacer la esperanza de que, cuando Perón lea esta carta, tampoco le será “imposible” dar una felicidad tan grande a la ciudad de La Banda, ofrendándole, una “Ciudad Infantil” en el año 1952, para los únicos privilegiados, los niños ¡Nada menos que para Sgo. Del Estero, provincia empobrecida y avasallada por todos los anteriores gobiernos! (Archivo General de la Nación, Ministerio de Asuntos Técnicos, Legajo 027, Iniciativa 10.021)[9]

En los trazos de la remitente santiagueña es posible observar una demanda que toma forma a partir de una serie de desplazamientos y subversiones de los sentidos circulantes en el mundo peronista que merecen especial atención, puesto que los mismos condensan una dimensión singular e histórica particular, y otra de carácter más formal, otorgándole al pedido un contorno específico.

Nos interesa detenernos en dos movimientos principales. En primer lugar, es posible señalar que el pedido insiste sobre una dimensión de necesidad que, articulada a nuevos lenguajes políticos, se vuelve demanda de reconocimiento y reparación. El pedido de obra pública, de una “Ciudad infantil” para los niños de su localidad, se asienta sobre la realidad de sus padres “obreros”, carentes de recursos para brindarles a sus hijos “la felicidad” a la que tienen “derecho” ambos sectores involucrados, trabajadores y niños. “Felicidad” que el peronismo enseñó a reclamar para los sectores “más desprotegidos” como lo son, desde las palabras de doña Emilia, los niños bandeños-santiagueños. La falta de obras públicas en el territorio mencionado, como la solicitada, entre otras, resulta motivo para señalar el modo particular en que es percibida la acción del Gobierno peronista en esta provincia, allí donde “todavía” permanecen “muchos

rincones" en los que la "Justicia Social" enunciada por su discurso político no se ha realizado.

Este señalamiento de la remitente es casi un corolario lógicamente evidente ante el paisaje que la misma describe en su carta en forma inmediata después del cordial y reverencial saludo que dirige a su destinatario,[10] puesto que es justamente su relación hondamente afectiva con el peronismo, y en especial con la figura de Eva Duarte de Perón, la que pareciera transformar a esta mujer en alguien sensible a percibir las condiciones de su alrededor, y la tristeza que le ocasiona en particular la situación que atraviesan los niños de su entorno: "pobres", "semi abandonados" "y casi desnudos; en el peligro de la calle, y de la corrupción". Mediante una operación de apropiación de los sentidos y enunciados del otro, en este caso, el discurso de sus máximos referentes, doña Emilia define la relación que mantiene con este proyecto político, al tiempo que dice algo respecto del modo en que, desde su enunciación, este último interviene e informa su propia visión de mundo, su realidad inmediata.

De modo que, desde estos primeros trazos, es posible reconocer que aquello que en principio la carta no formula bajo un lenguaje político explícitamente disruptivo, se desliza, sin embargo, desde una dimensión histórico-subjetiva menos evidente, que opera de todas maneras a un nivel estructurante en la constitución identitaria: las múltiples marcas del daño que corroe la experiencia de este sector desamparado que son los niños de una localidad norteña del país.

Ahora bien, a la par de recuperar el ideario político que el peronismo profesa y promete, como el de lograr "la felicidad del pueblo trabajador argentino" bajo una retórica de la devoción, la carta manifiesta, de manera concomitante, un acto de réplica que devuelve el mensaje oficial de forma invertida. Esto es, a partir de los medios de representación del discurso peronista, la remitente cuestiona la aparente unidad y completitud de los dichos de su líder: "los únicos privilegiados serán los niños", repite doña Emilia, citando al "Excelentísimo Presidente", aunque inmediatamente a ello sigue un acto de enunciación que se distancia de la evocación original: los niños de aquella geografía permanecen "todavía" en condiciones idénticas a la pobreza que durante tantos años de desatención mantuvieron los "gobiernos anteriores" e incluso el propio Gobierno peronista en "sus 6 años" primeros.

En segundo lugar, a este primer movimiento que modeliza la identificación que establece la remitente con el discurso peronista, es decir, con el uso e

interpretación singular que realiza para describir su paisaje inmediato, es posible sumar un segundo movimiento de tipo subversivo, que cuestiona los sentidos desplegados en la demanda. Esto es, si atendemos más precisamente a la significación que se desprende de las operaciones retóricas señaladas, es posible detectar no solo el apego identificatorio que se establece respecto del discurso político peronista —por medio de la citación, repetición y retorno del mensaje oficial—, sino también un gesto subversivo desde el cual la mujer santiagueña-bandeña redobla la apuesta del mensaje "populista" del líder.

Aquella tensión que caracteriza la forma política populista, y a la cual referimos anteriormente en nuestro desarrollo, se patentiza en este caso a partir de la diferencia que introduce doña Emilia entre la experiencia vivida en su territorio y en otros, como Buenos Aires, porción geográfica usual y predominantemente vista como representativa de la experiencia de la sociedad toda. Frente a ello, la enunciación de la mujer bandeña no solo trae al ruedo la igualdad ante los derechos que de manera paradójica tienen y no tienen los habitantes de estos sitios "tan abandonados" y "desprotegidos". A su vez, introduce una diferencia a su favor: frente a la tensión que separa esta parte del territorio argentino del resto del país, doña Emilia invierte la carga de su valor positivamente. Es decir, como diferencia que ubica a la provincia ya no en los márgenes de la atención política, sino como una parte de la sociedad argentina que reclama, ante la sedimentación histórica, un lugar de atención preferencial frente al resto de las partes:

La Banda necesita una "Ciudad Infantil", quizás más que Buenos Aires, porque hay más abandono entre la gente humilde debido al medio en el que viven, por haber estado antes tan desprotegidos, y tal vez por eso sean tan sufridos. (Archivo General de la Nación, Ministerio de Asuntos Técnicos, Legajo 027, Iniciativa 10.021.)

Estos sectores contemplados en la enunciación de doña Emilia no solo adquieren pie de igualdad ante los derechos que tienen y "todavía" les faltan, sino que subvierte el carácter "descontado" de aquella porción territorial, como parte de la totalidad, adquiriendo desde sus dichos un lugar de jerarquía y prioridad. Para decirlo de otro modo: bajo la forma de un gesto idéntico al del líder —quien invierte la carga de los valores en las jerarquías y subordinaciones como

principio organizador de una nueva clasificación social—, doña Emilia redobla la apuesta del mensaje “populista”: los niños del norte argentino se erigen no solo como una parte descontada de la aritmética social y distributiva de la obra de Perón y Evita, sino que constituyen justamente aquel locus que representa al pueblo argentino todo, en tanto “únicos privilegiados”, más abandonados que los de otras geografías, en cuya reparación la obra de justicia social de Perón y Evita se verán, por fin, plenamente realizadas.

De nuevo, estos “jirones” y retazos significantes de la solicitud de doña Emilia Oliva de Penhavel se nutren de una gramática propia del peronismo, a partir de la cual la solicitante busca dar a su pedido no solo legitimidad, sino también la exigencia de una escucha/respuesta. Será saldando esas deudas históricas que los Gobiernos mantienen con esta porción de territorio, que la remitente considera posible para la provincia arrogarse un nuevo estatuto simbólico dentro del orden nacional: el orgullo de pertenecer a aquella porción de territorio nacional. Sin embargo, es la forma que adquiere su pedido lo que deja en evidencia que aquel orgullo y don dignificante ha modelizado su posición enunciativa y su visión de mundo. Es este valor dignificante, que introduce su identificación con el discurso peronista, lo que ha transformado su experiencia cotidiana, haciendo posible en esta ocasión la demanda de la obra pública. De allí que lo que aparece como una carta adornada con palabras de sumisión y súplica va desempolvando una experiencia histórico-política que deja relucir una verdad subjetiva articulada, en sus efectos, a una dimensión común: aquel rincón de la Argentina que se siente parte y no parte, pero que reapropiándose del lenguaje político peronista se arroga la representación del todo.

En línea con lo anterior, esta acción puntual de la mujer santiagueña, es decir, la remisión de una carta demandando obra pública para su ciudad, constituye la puerta de ingreso a una experiencia singular más vasta y heterogénea, como fue el despliegue del peronismo en el territorio nacional. En esta línea, más allá de cierta racionalidad instrumental que pueda distinguirse en la actuación de la remitente santiagueña, en el mismo ejercicio de escritura podemos rastrear cómo se pone de manifiesto algo de otro orden. La acción de escritura no manifiesta la adhesión incondicional para con el movimiento político. Antes bien, presentifica un proceso identitario en quienes tomaban la palabra del discurso político para intervenir en su entorno inmediato, proceso de transformación respecto del modo de relación que guarda la remitente con los sentidos que constituyen su experiencia y el modo de concebir la configuración comunitaria. El avasallamiento de los Gobiernos anteriores es la marca de un daño que vuelve

legítima la arrogancia de presentarse como la parte del pueblo que habla en nombre de la comunidad toda. No obstante, esa articulación populista requiere de una operación que recupera algo de aquella experiencia como parte de una geografía dañada: una torsión temporal que señale lo que aún no se hizo en “6 años de gobierno” y lo que no hicieron Gobiernos anteriores, a nivel provincial, lo cual la autoriza a demandar aún más. Ese suplemento reubica a quien escribe como alguien capaz de incidir públicamente, de participar en tanto pueblo.

Como vemos, la carta funciona como punto de amarre identitario. De allí se desprenden, al tiempo que se sostienen, lenguajes, tiempos y espacios heterogéneos entre sí. El análisis que aquí se plantea no pretende describir cada uno de esos componentes, como si fuese posible descomponer un haz de luz mediante un dispositivo prismático. Tampoco apuntamos a escrutar allí un individuo que se constituya en productor pleno de sentidos claros y distintos. Nuestro abordaje de los procesos de identificación en el peronismo pone en juego tres niveles de indagación que se solapan, pero que pueden distinguirse con propósitos analíticos, dando forma a tres modos posibles de entender la carta en tanto práctica significativa.[11]

En un primer nivel analítico, la carta se presenta como manifestación de un orden significativo ya siempre disponible y, por tanto, articulable. Allí radica la posibilidad de rastrear los lenguajes enhebrados por la acción de la escritura, sin caer en la presunción de una comunicación transparente por parte de una persona que fuese origen del sentido.

Sin embargo, en un segundo nivel, la carta no es puro efecto de la estructura de sentido, sino que puede ser analizada como gesto de subversión y desplazamiento de aquel ordenamiento de lenguajes y términos disponibles, aunque ya siempre precario. Cada carta indica una acción que trasciende la mera repetición de términos disponibles, donde el remitente retoma lo dado para erigirse en alguien capaz de decir y de incidir en el espacio público cercano.

En un tercer nivel, la carta evoca así una cotidianidad que se enmarca en un orden más amplio, y una lógica que les otorga un contorno específico tanto a su forma como a su contenido. En el escrito se delinean rastros de una prosa popular que reposa sobre representaciones compuestas por elementos significativos de la vida diaria y propia de un espacio y tiempo particular. En este sentido, a nivel singular y situado, las cartas se presentan como un insumo que nos habilita a ingresar en una dimensión de menor rastro y poco visible

desde los grandes relatos del proceso histórico-político, e indagar allí los modos en que se fueron constituyendo las identificaciones peronistas.

En la conjunción de los tres niveles radica la posibilidad de escrutar los procesos de identificación entre la atención a la particularidad que la historiografía reclama y la potencia teórica que aporta la investigación sobre el peronismo como populismo. Ello implica dar cuenta del carácter relacional del peronismo en un doble sentido: por un lado, las acciones de las personas consideradas "peronistas" estaban sobredeterminadas por un modo específico de configuración comunitaria y, por ende, por un modo determinado de lidiar con la conflictividad social y las demandas populares; y por otro, la misma dinámica del peronismo como movimiento político recalaba en los heterogéneos procesos de identificación con los que se desplegaba en territorios y temporalidades diversas.

Reflexiones finales

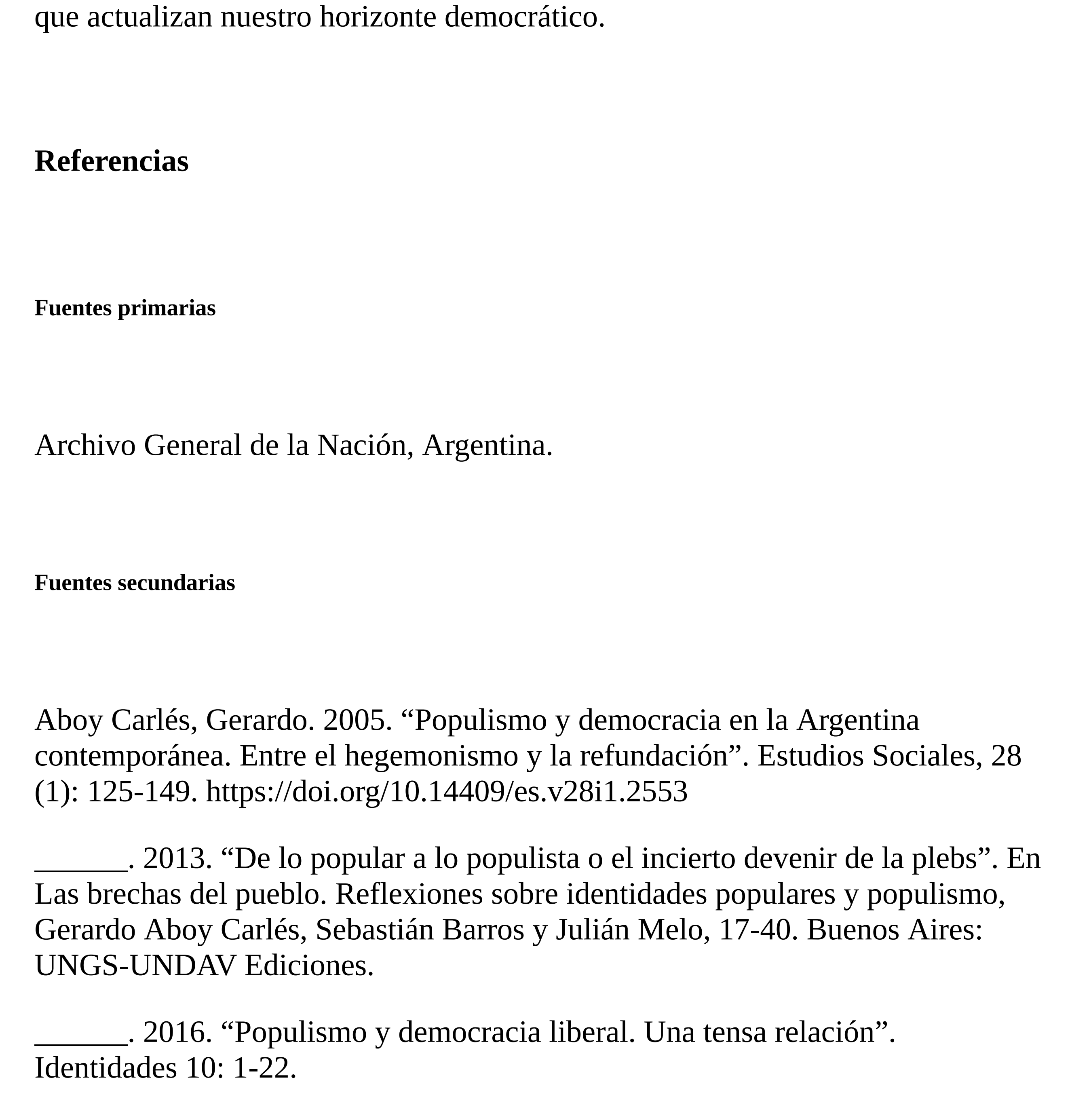
La apuesta analítica que propusimos aquí se inscribe, como hemos planteado, entre dos tramas de investigación sobre el peronismo que han sido capaces de reactivar interrogantes centrales acerca de este fenómeno político. Entre ellos, la pregunta por el lazo político que sostiene la identificación peronista a lo largo de la historia argentina reciente. Es en torno a esta dimensión que consideramos que el relevamiento y el análisis de las cartas, la teorización populista y la atención epistemológica de la microhistoria componen un escenario de investigación fructífero para indagar sobre esta persistencia. Allí, nuestra perspectiva se preocupa por examinar la matriz simbólica que sostuvo al peronismo, y atiende a las maneras en que quienes escribieron las cartas, en este caso, se apropiaron de dichos marcos de sentido, hicieron uso de ellos y los torsionaron, para inscribir con pretensiones de legitimidad su palabra en la configuración de la comunidad política.

Al articular una mirada centrada en niveles micro mediante el recurso a fuentes heterodoxas y una gramática conceptual proveniente de las teorías discursivas desplegamos un estudio "desde abajo" del conjunto de modalidades identitarias entramadas por el peronismo, que permite transformar el conjunto de las

relaciones sociales de subordinación y otorgarles un nuevo contenido simbólico. De este modo, el lazo político entre los peronistas se tiende en espacios intersticiales, con múltiples y a la vez singulares procesos de resignificación de la discursividad oficial. Al sostener la irresoluble tensión entre la parte y el todo en la configuración comunitaria, la lógica populista propicia fronteras inestables. Quienes eran interpelados por el peronismo reactualizaron esos límites, haciendo de estos desplazamientos populistas experiencias múltiples y persistentes. La dinámica recursiva puesta en juego allí generó un movimiento que expandió la comunidad política y consolidó al mismo tiempo el lazo creado entre cada una de las experiencias subjetivas y el nombre que condensaba el fenómeno político. Aquí, ese nombre fue Perón.

Los efectos que surgieron del lazo que se estableció con el líder político fueron múltiples, pero en esa multiplicidad podemos apreciar ciertas regularidades que permiten trazar algunos aspectos centrales de un modo de identificación popular. A través de la carta analizada mostramos cómo, al tomar la palabra, se abría un espacio de acción política que recuperaba el discurso hegemónico, pero mostraba su carácter incompleto. Al hacer esto, ponía de manifiesto una forma de identificación muy distinta de aquella imaginada como pasiva, adoctrinada y maleable, como suele evocar la literatura especializada sobre los y las peronistas. Los remitentes reclamaban por derechos, poniendo en palabras un mundo, el propuesto por Perón y Eva, donde esas prerrogativas eran exigibles, al mismo tiempo que describían la cotidianeidad de un mundo cercano que las desconocía. En las cartas se asumía un lugar de irreverencia hacia el interior del peronismo, que perpetuaba la tensión que el populismo producía sobre la configuración comunitaria, desplazando el contenido de la frontera antagónica trazada por la articulación hegemónica. En consecuencia, la articulación populista peronista propició la conformación de modos de identificación que, arrogándose la capacidad de denunciar, desobedecer y desear, sostuvieron a esta formación política, a la vez que la pusieron a prueba.

Más allá de este período específico del primer peronismo, este tipo de indagación histórico-política puede ser pertinente para el estudio de otras identidades colectivas. Se vuelve posible allí introducir una pregunta acerca de la intensidad y la perdurabilidad de ciertos procesos de identificación vinculados a la articulación de heterogéneas demandas con alta movilización popular en la política argentina. Ello supone, entonces, no asignar a las palabras proferidas por protagonistas del espacio público un potencial único, sino posar la mirada, más bien, en los múltiples modos en que esas discursividades son puestas en



movimiento, dando lugar a nuevas posibilidades de configuración comunitaria que actualizan nuestro horizonte democrático.

Referencias

Fuentes primarias

Archivo General de la Nación, Argentina.

Fuentes secundarias

Aboy Carlés, Gerardo. 2005. "Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación". Estudios Sociales, 28 (1): 125-149. https://doi.org/10.14409/es.v28i1.2553

______. 2013. "De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs". En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 17-40. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

______. 2016. "Populismo y democracia liberal. Una tensa relación". Identidades 10: 1-22.

Aboy Carlés, Gerardo, Sebastián Barros y Julián Melo. 2013. Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Aboy, Rosa. 2005. Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1955. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Acha, Omar. 2004. “Sociedad civil y sociedad política durante el primer peronismo”. Desarrollo Económico 44 (174): 199-230. https://doi.org/10.2307/3456036

______. 2007. “Cartas de amor en la Argentina peronista: construcciones epistolares del sí mismo, del sentimiento y del lazo político populista”. Nuevo Mundo Mundos Nuevos. https://doi.org/10.4000/nuevomundo.12272

Acha, Omar y Nicolás Quiroga. 2012. El hecho maldito. Conversaciones para otra historia del peronismo. Rosario: Prohistoria.

Altamirano, Carlos. 2001. Bajo el signo de las masas (1943-1976). Buenos Aires: Ariel Historia.

Amaral, Saúl. 2018. El movimiento nacional-popular. Gino Germani y el peronismo. Buenos Aires: EDUNTREF.

Arditi, Benjamín. 2004. “El populismo como espectro de la democracia: respuesta a Canovan”. Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales 47 (191): 105-120.

Aznarez Carini, Gala, Juan Manuel Reynares y Mercedes Vargas. 2018. “Subjetividades políticas y primer peronismo en entornos rurales”. Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos (67): 145-172.

Ballent, Anahí. 2005. Las huellas de la política. Vivienda, ciudad, peronismo en Buenos Aires. 1943-1955. Buenos Aires: Prometeo.

Barrancos, Dora. 2008. Mujeres entre la casa y la plaza. Buenos Aires: Sudamericana.

Barros, Mercedes. 2014. “Derechos que sujetan, sujetos de derecho bajo el primer peronismo”. Estudios Sociales 47 (1): 93-128. https://doi.org/10.14409/es.v47i1.5090

Barros, Mercedes et al. 2016. “Las huellas de un sujeto en las cartas a Perón: entre las fuentes y la interpretación del primer peronismo”. Revista Electrónica de Fuentes y Archivos 7 (7): 234-260.

Barros, Mercedes y Virginia Morales. 2018. “Populismo y derecho ciudadanos:

anotaciones sobre un vínculo errante”. Latinoamérica. Revista de Estudios latinoamericanos (67): 119-144.

Barros, Sebastián. 2009. “Peronismo y politización. Identidades políticas en la emergencia del peronismo en la Patagonia Central”. Estudios (22): 21-48.

______. 2013. “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 41-64. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Berrotarán, Patricia, Aníbal Jáuregui y Marcelo Rougier, eds. 2004. Sueños de bienestar en la nueva Argentina. Estado y política pública durante el peronismo. Buenos Aires: Imago Mundi.

Buckrucker, Cristian. 1987. Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955). Buenos Aires: Sudamericana.

Campo, Hugo del. 2005 [1983]. Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable. Buenos Aires: Siglo XXI.

Cardoso, Fernando H. y Enzo Faletto. 1977. Dependencia y desarrollo en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI.

Carrizo, Gabriel. 2016. Petróleo, peronismo y sindicalismo. La historia de los trabajadores de YPF en la Patagonia, 1944-1955. Buenos Aires: Prometeo.

Chamosa, Oscar. 2012. Breve historia del folclore argentino, 1920-1970. Identidad, política y nación. Buenos Aires: Edhasa.

Cosse, Isabella. 2006. Estigmas de nacimiento. Peronismo y orden familiar 1946-1955. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Di Tella, Torcuato. 1965. “Populismo y reforma en América Latina”. Desarrollo Económico 4 (16): 391-425. https://doi.org/10.2307/3465879

Doyon, Louise y Sibila Seibert. 1977. “Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)”. Desarrollo Económico, 17 (67): 437-473. https://doi.org/10.2307/3466641

Elena, Eduardo. 2005. “What the People Want: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955”. Journal of Latin American Studies 37 (1): 81-108.

Garzón Rogé, Mariana. 2014. “El primer peronismo desde el interior del país: reflexiones a partir de una experiencia de investigación”. Estudios Sociales 46 (1): 279-296. https://doi.org/10.14409/es.v46i1.4483

______. 2017. “¿Perón cumple? Los comportamientos de los peronistas como acciones”. Población & Sociedad 24 (2). https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/pys/

article/view/2828/2903

______. 2019. “Ojos de mosca. Los peronistas, la política y los lugares de la acción (1945-1955)”. Tempo 25 (2): 343-362. https://doi.org/10.1590/tem-1980-542x2019v250203

Germani, Gino. 1971. Política y sociedad en una época en transición. Buenos Aires: Paidós.

______. 1973. “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos”. Desarrollo Económico, 13 (51): 435-488. https://doi.org/10.2307/3466131

Grimson, Alejandro. 2019. ¿Qué es el peronismo? Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Groppo, Alejandro. 2009. Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María: EDUVIM.

Horowitz, Joel. 1990. Argentine Unions, the State and the Rise of Perón, 1930-1945. Berkeley: Institute of International Studies, University of California.

Ianni, Octavio. 1977 [1973]. “Populismo y relaciones de clase”. En Populismo y contradicciones de clase en Latinoamérica, Gino Germani, Torcuato S. Di Tella y Octavio Ianni, 12-37. México: Serie Popular Era.

Ipar, María C. 2019. “El concepto de populismo: una revisión crítica de sus ‘clásicos’ y ‘nuevos’ marcos teórico-interpretativos”. Revista Brasileira de

Ciência Política, (30): 235-274. https://doi.org/10.1590/0103-335220193007

Ípola, Emilio de. 1982. Ideología y discurso populista. México: Folios.

Ípola, Emilio de y Juan C. Portantiero. 1989 [1981]. “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes”. En Investigaciones políticas, Emilio de Ípola, 21-36. Buenos Aires: Nueva Visión.

James, Daniel. 2006. Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976. Buenos Aires: Siglo XXI.

______. 2013. “Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador”. Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda 2 (3): 131-147.

James, Daniel y Mirta Lobato, inédito. Del paraje al frigorífico: la construcción de la identidad santiagueña en Berisso. Contribución de los autores.

Karush, Martin y Oscar Chamosa, eds. 2010. The New Cultural History of Peronism. Power and Identity in Mid-Twentieth-Century Argentina. Durham y Londres: Duke University Press.

Kindgard, Adriana. 2003. “Ruptura partidaria, continuidad política. Los ‘tempranos’ orígenes del peronismo jujeño”. En La invención del peronismo en el interior del país, editado por D. Macor y C. Tcach, 163-212. Santa Fe: Editorial Universidad Nacional del Litoral.

Laclau, Ernesto. 1978. Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo. Madrid: Siglo XXI.

______. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 2004. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Lvovich, Daniel y Juan Suriano, eds. 2006. Las políticas sociales en perspectiva histórica: Argentina 1870-1952. Buenos Aires: Prometeo.

Mackinnon, María Moira y Mario Alberto Petrone, comps. 1999. Populismo y neopopulismo en América Latina: el problema de la Cenicienta. Buenos Aires:

Eudeba.

Macor, Darío y César Tcach, eds. 2003. La invención del peronismo en el interior del país. Santa Fe: Editorial Universidad Nacional del Litoral.

______. 2013. La invención del peronismo en el interior del país II. Santa Fe: Editorial Universidad Nacional del Litoral.

Magrini, Ana Lucía. 2015. "De narrativas, discursos y lenguajes políticos. Un análisis de las (re)significaciones narrativas del gaitanismo en Colombia y el primer peronismo en Argentina durante la segunda mitad del siglo xx". Tesis de doctorado. Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires.

Martínez, Ana Teresa. 2008a. "Estado, economía y política en Santiago del Estero, 1943-1949. Exploración de algunas condiciones estructurales de la cultura política". Revista Andes (19): 67-92.

______. 2008b. "La prehistoria del peronismo en Santiago del Estero. Laborismo, radicalismo y política criolla en las elecciones de 1946". Quinto Sol 12: 73-92.

Melo, Julián. 2009. "La democracia populista. Populismo y democracia en el primer peronismo". Pensamento Plural (3): 23-42.

Melo, Julián y Nicolás Azzolini. 2011. "El espejo y la trampa. La intransigencia radical y la emergencia del populismo peronista en la Argentina (1943-1949)". Papeles de Trabajo 5 (8): 53-71.

Milanesio, Natalia. 2014. Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo. Buenos Aires: Siglo XXI.

Morales, Virginia. 2017. "Mundo peronista. Una mirada 'desde abajo' a la constitución de la identidad peronista durante el primer peronismo (1945-1955)". Question 1 (53): 72-88.

Murmis, Miguel y Juan Carlos Portantiero. 2011 [1971]. Estudios sobre los orígenes del peronismo. Buenos Aires: Siglo XXI.

Melón Pirro, Julio César y Nicolás Quiroga, comps. 2006. El peronismo

bonaerense. Partido y prácticas políticas, 1946-195. Mar del Plata: Ediciones Suárez.

Palacio, Juan M. 2010. “El primer peronismo en la historiografía reciente: nuevas perspectivas de análisis”. Iberoamericana. Nueva época, 10 (39): 255-265.

Panizza, Francisco. 2009. El populismo como espejo de la democracia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Piñeiro, Elena T. 1997. La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de un esperanza a una desilusión. Buenos Aires: A-Z Editora.

Plotkin, Mariano. 1993. Mañana es san Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955). Buenos Aires: Ariel Historia Argentina.

______. 2010. “Final reflections”. En The New Cultural History of Peronism. Power and Identity in Mid-Twentieth-Century Argentina, editado por Martin Karush y Oscar Chamosa, 271-286. Durham y Londres: Duke University Press.

Quiroga, Nicolás. 2013. “Sincronías peronistas. Redes populistas a ras de suelo durante el primer peronismo”, Nuevo Mundo Mundos Nuevos. https://doi.org/10.4000/nuevomundo.64851

______. 2016. “Mezclando cosas. Migrantes internos, peronismo y temperamentos regionales”. Avances del Cesor 13 (14): 175-201.

Ramacciotti, Karina. 2005. “Una mirada sobre el estudio de la política social en la Argentina”. Nuevo Topo (1): 123-140.

Retamozo, Martín. 2014. “Ernesto Laclau y Emilio de Ípola ¿un diálogo? Populismo, socialismo y democracia”. Identidades 4 (6): 38-55.

Reynares, Juan M. 2018. “Algunas notas sobre identificación política y discurso populista. Un análisis de cartas a Perón desde el sudeste cordobés”. Revista Pilquen-Ciencias Sociales 21 (2): 25-40.

Rubenstein, Gustavo y Florencia Gutiérrez, comps. 2012. El primer peronismo en Tucumán. Avances y nuevas perspectivas. Tucumán: edunt.

Salomón, Alejandra. 2012. El peronismo en clave rural y local. Buenos Aires, 1945-1955. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Segovia, Juan Fernando. 2005. La formación ideológica del peronismo. Perón y la legitimidad política (1943-1955). Córdoba: Ediciones el Copista.

Sigal, Silvia y Eliseo Verón. 1988. Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista. Buenos Aires: Hyspamérica.

Stavrakakis, Yannis. 2010. La izquierda lacaniana. Psicoanálisis, teoría, política. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Thompson, Edward P. 2000. Costumbres en común. Barcelona: Crítica.

Torre, Juan Carlos. 1990. La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo. Buenos Aires: Sudamericana, Instituto Torcuato Di Tella.

Torre, Juan Carlos y Elisa Pastoriza. 2002. “La democratización del bienestar”. En Nueva Historia Argentina. Tomo 8, Los años peronistas (943-1955), dirigido por Juan Carlos Torre, 257-312. Buenos Aires: Sudamericana.

Vargas, Mercedes. 2016. “Entre el sujeto y su líder. Un análisis de los efectos políticos del discurso peronista en Santiago del Estero (1944-1955)”. Tesis de doctorado. Universidad Nacional de Córdoba.

______. 2018. “Éxodo o permanencia: herida y re-significación política en Santiago del Estero. Un análisis desde abajo y en clave local del primer peronismo (1930-1952)”. Andes Antropología e Historia 29 (1): 1-26.

______. 2019. “Agua para un pueblo sediento. Analizando las narrativas en torno a la demanda de agua y obras hídricas antes y durante el primer peronismo (Santiago del Estero, 1937-1952)”. Revista Estudios Sociales Contemporáneos (20): 146-171.

Vargas, Mercedes y José Vezzosi. 2018. “Tradición, política y disputa por el sentido: analizando los orígenes del peronismo desde la posición de la prensa de Santiago del Estero (1945-1946)”, Izquierdas (42): 159-185. http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492018000500159

Waldmann, Peter. 1981. El Peronismo 1943-1955. Buenos Aires: Sudamericana.

Weffort, Francisco. 1973. “Clases populares y desarrollo social (Contribución al estudio del populismo)”. En Populismo, marginalización y dependencia, Francisco C. Weffort y Aníbal Quijano, 17-26. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana.

Zanatta, Loris. 1999. Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1943-1946. Buenos Aires: Sudamericana.

▪

[1]Esos desafíos se cruzan y vinculan con cierta dificultad que, a esta altura, reviste un carácter más bien sintomático: la reticencia a “tratar” al peronismo como un fenómeno político de cierto tipo. En un registro más bien implícito, varios historiadores parecieran concebir este proceso histórico-político como un tipo de populismo, aunque sin detenerse de manera suficiente (o incluso explicitada) sobre la forma en que lo conciben y sobre las consecuencias analíticas que tal escansión deja como saldo. Esto es, pareciera que el carácter “maldito” del peronismo, como aquel hecho todavía vigente en su persistencia y en sus modos de retorno, se encuentra inextricablemente vinculado a su asociación a procesos de tipo “populista” (Acha y Quiroga 2012). Véase también el capítulo “A modo de presentación: Sísifo y el problema del populismo”, del presente volumen.

[2]Una de las “razones” (o sinrazones) por las cuales los estudios históricos e historiográficos han omitido el tratamiento detenido de la obra de Ernesto Laclau puede que refiera al excesivo énfasis en su dimensión formal, a través de un lenguaje achacado por un alto nivel de abstracción, que subsume el anclaje histórico-empírico del fenómeno a dichas elucubraciones. Como señala James: “La Razón Populista bien puede expresarse en el marco de un lenguaje que los no iniciados en los debates de filosofía política y el psicoanálisis consideren difícil de digerir: cadena de equivalencias, significantes vacíos, significantes amo, antagonismo, objeto a, el nombrar y la cita” (2013, 145).

[3]Según palabras del propio autor: “la aparición de la masa popular en la escena política y su reconocimiento por la sociedad argentina pudieron haberse realizado por el camino de la educación democrática y a través de los medios de expresión que ésta puede dar. Desde este punto de vista no hay dudas de que el camino emprendido por la clase obrera debe ser considerado irracional; lo

racional habría sido el método democrático" (Germani 1971, 351).

[4]En palabras de Emilio de Ípola y Juan Carlos Portantiero: "El problema reside en que la representación en el Estado y en el jefe del 'espíritu del pueblo' no es, en los populismos, una práctica que reniega de sus principios. Dicho en términos más simples: hay muy poca distinción entre 'populismos teóricos' y 'populismos reales'" (Ípola y Portantiero 1989, 29).

[5]Ello no es, desde ya, privativo de este conjunto. Pueden incorporarse a una larga serie de investigaciones que privilegian el enfoque discursivo-ideológico del peronismo y que se centraron en la enunciación de Perón (Plotkin 1993; Segovia 2005; Sigal y Verón 1988, entre otros) o buscaron echar luz al proceso ideológico desencadenado por el peronismo desde la "ideología oficial" o desde los marcos ideológicos dominantes a nivel estructural en la década de los cuarenta en la región (Altamirano 2001; Barrancos 2008; Buckrucker 1987; Campo 2005; Cosse 2006; Doyon y Seibert 1975; Horowitz 1990; Piñeiro 1997; Torre 1990; Zanatta 1999).

[6]Para profundizar en esa distinción entre tipos de identidades, se recomienda la lectura de Aboy Carlés (2013), así como lo desarrollado en los capítulos 1, 2, 6 y 7 de esta publicación.

[7]Las "identificaciones populares" aluden a aquellas demandas que exigen participación legítima en una comunidad política que reclama la escucha de una situación que se denuncia como injusta, lo cual implica exigir (imprecar, dice Sebastián Barros) algo que se tiene y no se tiene al mismo tiempo: un derecho que se merece como parte de la comunidad, pero que no se posee por ser esa parte dañada (S. Barros 2013). A la par, las articulaciones populistas empujan esta tensión que divide la sociedad entre parte y todo hasta sus límites lógicos. El reclamo por el resarcimiento del daño vuelve legítima la pretensión de aquella parte demandante por representar el todo. Así, la parte imprecante, que reclama, "se ve a sí misma como una particularidad que asume la representación del todo comunitario en nombre del daño que la comunidad le ha provocado […]" (S. Barros 2013, 63).

[8]Recordemos aquí la definición que Laclau y Mouffe otorgan a la noción de articulación: "llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre los elementos que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica

articulatoria la llamaremos discurso. Llamaremos momentos a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas al interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, elementos a toda diferencia que no se articula discursivamente" (2004, 142-143).

[9]En esta ocasión, solo utilizamos una carta para ilustrar algunos rasgos de nuestro análisis. No obstante, existe gran cantidad de referencias similares que constituyen un corpus amplio y heterogéneo (Acha 2004, 2007; Elena 2005). En instancias anteriores hemos realizado un trabajo más extenso sobre algunas de estos fragmentos discursivos (Barros 2014; Barros et al. 2016; Morales 2017; Reynares 2018; Vargas 2016). Ahora bien, es importante destacar que nuestra indagación no pretende construir una muestra representativa de algunas características de un universo delimitable de cartas o escritos, sino que apunta a subrayar ciertos rasgos del peronismo como fenómeno político, que son interpretados a la luz de un lenguaje analítico específico de la teoría política.

[10]Cabe señalar aquí que, como en toda otra práctica social, en la escritura de las cartas operan ciertas convenciones y usos de la época que modulan y también condicionan su proceder. El saludo reverencial, por ejemplo, formó parte de esas convenciones que regularon la práctica epistolar en ese entonces (Acha 2007).

[11]Para una exposición más detallada, véase Barros et al. (2016).

4

Usos del olvido

Identidades, antagonismo y amnistías en la Argentina posperonista (1955-1958)

*

Nicolás Azzolini

"Usos del olvido" es una frase sumamente sugerente. Y lo es —creo— por la afirmación que trae implícita: "Hay olvidos que son usados o que son usables para ciertos fines". Con otras palabras, "usos del olvido" sugiere que olvidar (algo) puede no ser un mero no-recordar(lo), que puede convenirnos olvidar (algo) o puede que a otros convenga que olvidemos (algo)… Olvido, recuerdo, conveniencia, perjuicio… Es posible, entonces, usar el olvido. Pero ¿cuándo? ¿cómo? ¿para qué? ¿por qué? Rabossi (2006, 7)

Introducción

En este trabajo presentamos un modo de aproximación sobre los efectos que la emergencia del populismo peronista imprimió en las articulaciones políticas posteriores al derrocamiento de Juan Domingo Perón en 1955. Nos interesa rastrear cómo la inclusión que produjo el peronismo y la forma en que se constituyó el antagonismo entre las identidades peronistas y antiperonistas marcaron, de manera decisiva, las formaciones comunitarias venideras. En este sentido, nos centramos en ciertos mecanismos discursivos que se utilizaron "más allá" del populismo, es decir, por aquellos que se opusieron al peronismo después de su derrocamiento.

Para ello, hemos seleccionado las amnistías de 1955 y 1958. A partir del análisis de las mismas, mostramos las políticas de olvido con las cuales se buscó gestionar la "cuestión peronista". Consideramos que las amnistías se constituyen en fuentes privilegiadas para analizar los diferentes modos en que el olvido operó en los intentos de reconfigurar el antagonismo entre peronistas y antiperonistas durante el período seleccionado.

Populismo, identidades e inestabilidad política

La consecución de derechos políticos y sociales fue un rasgo central en la primera mitad del siglo xx argentino. Varios estudios destacan la ampliación de ciudadanía y la profundización de las políticas de bienestar que se produjeron con las experiencias yrigoyenista y peronista (Ansaldi y Giordano 2012; James 1990; Torre y Pastoriza 2002). Cabe agregar que estos cambios no estuvieron exentos de altos niveles de conflictividad. Los aumentos de la beligerancia, vinculados a la ampliación de derechos, cobraron centralidad en las coyunturas previas a la realización de los tres primeros golpes de Estado acontecidos en el país (1930, 1943 y 1955).[1] En efecto, la inestabilidad política es una de las problemáticas en torno a las cuales la ciencia política se consolidó como disciplina en nuestro país, al punto tal que la superación de dicha inestabilidad devino en una de las principales preocupaciones luego de finalizada la última dictadura cívico-militar (D'Alessandro, Medina y Leiras 2005).

Aunque hay quienes, principalmente desde la historia política (Sabato et al. 2011), consideran el golpe de Estado de 1930 como el comienzo del proceso de inestabilidad, en términos generales, desde la ciencia política argentina se sostiene que el conflicto entre peronistas y antiperonistas es el más importante. En este sentido, la concepción de "juego imposible" de Guillermo O'Donnell (2011 [1972]) sentó las bases del debate sobre los modos de entender y explicar el período que siguió al derrocamiento del peronismo. En su lectura, desde 1955 a 1966, la polarización entre peronistas y antiperonistas hizo imposible el triunfo de cualquiera de los jugadores allí comprometidos. Contra su lectura, la tesis de la inestabilidad política fue caracterizada, según los distintos marcos analíticos, con términos como "empate social", "parlamentarismo negro", "semidemocracia", "juegos múltiples y yuxtapuestos".[2]

Si bien una vasta literatura sobre la política argentina ha puesto el foco en indagar acerca del carácter conflictivo y paralizado del sistema político a partir de 1955, según Sebastián Barros, aquella ha fracasado en dar cuenta de las razones de dicho estancamiento.[3] Frente a ello, el autor propone explicar la inestabilidad otorgando centralidad a "la manera en que se constituyeron las identidades políticas en el transcurso de la década anterior" (Barros 2002, 47). De este modo, la dimensión identitaria, mayormente relegada en los enfoques sociológicos, economicistas e institucionalistas, adquiere un estatus privilegiado en su argumentación. En tal sentido, destaca que el peronismo incorporó a los sectores populares hasta entonces excluidos del sistema político, mediante un proceso de inclusión que, promovida desde el Estado, provocó la división del orden sociopolítico en dos campos fuertemente enfrentados. A diferencia de experiencias precedentes, para Barros, el conflicto entre peronistas y antiperonistas implicó la constitución de identidades políticas alrededor de dos polos antagónicos e irreconciliables (p. 14). Esta división es relevante, en términos del autor, porque "impidió la constitución de las dos condiciones necesarias para una práctica hegemónica estable: la presencia de una pluralidad de fuerzas antagónicas y la inestabilidad de las fronteras identitarias que las separan" (p. 44). En efecto, dicha división devino en un aspecto central para entender el período de inestabilidad política que siguió al derrocamiento del peronismo en 1955. Así, luego de la década de los cuarenta, "el espacio político estuvo estructurado alrededor de vínculos hegemónicos débiles y precarios, excluyendo la posibilidad de prácticas hegemónicas estables" (p. 44).

La inestabilidad política asociada al antagonismo entre peronistas y antiperonistas, además, formó parte de otro debate importante en los espacios académicos y políticos argentinos. Peronismo, antiperonismo e inestabilidad fueron retomados en los estudios sobre la especificidad del populismo.[4] En este marco, Sebastián Barros comprende el populismo como una "práctica particular de articulación hegemónica, en la cual lo que se pone en juego es la inclusión radical de una heterogeneidad social respecto del espacio común de representación que supone toda práctica hegemónica" (2006, 52). La importancia del populismo para abordar la parálisis argentina posterior al derrocamiento del peronismo viene dada por la ruptura institucional que provocó la inclusión de aquellas partes hasta entonces irrepresentables, y por la percepción de amenaza que ello trae aparejado sobre el orden comunitario vigente. En tal sentido, para el autor, la inclusión que produjo el peronismo "demuestra que lo común de la comunidad no existe, entre cabecitas negras y oligarcas, entre descamisados y gorilas no hay espacio común de representación

para negociar la tensión entre ruptura y recomposición comunitaria" (p. 154).[5] Por ello, a la vez que la inclusión populista permite dar cuenta del tipo de constitución de identidades polarizadas que prevaleció durante el primer peronismo, también permite indagar por los efectos que imprimió en las articulaciones políticas posteriores. Dicha inclusión, mientras que conforma una de las dificultades del populismo para lograr su estabilidad, marca de manera decisiva las formaciones comunitarias venideras (p. 160).

Desde una perspectiva cercana a la de Sebastián Barros, Alejandro Groppo (2009) subrayó que la constitución de nuevas identidades y la división del espacio político que trajo aparejada la incorporación producida por el peronismo, implicó un proceso particular de "nominación política o nombramiento de un sujeto". La inclusión en la que repara Barros, para Groppo, supone un modo particular de intervención política, a partir de la cual se provee a "algo básicamente innombrable con un nombre dándole identidad simbólico-política al ubicarlo dentro de un discurso" (p. 68). De este modo, Groppo considera que la nominación política del peronismo abrió "un espacio simbólico a algo que no ocupaba ningún espacio en absoluto" (p. 68); conformó un nuevo proceso de constitución identitaria, en donde lo irrepresentable pasó a ser representado, y lo "innombrable" puso de manifiesto la contingencia del orden establecido. De allí que, según el autor, "'la parte que no tiene parte' es radicalmente heterogénea contrastando así con la homogeneidad del orden político" (p. 68).

Como se puede apreciar, una impronta ranceriana está presente en los argumentos de Barros y Groppo. En este sentido, la inclusión de una heterogeneidad que vino a romper el orden de lo representable según Barros o la contrastación con la homogeneidad del orden político en términos de Groppo pueden interpretarse como una problematización del "reparto de lo sensible", es decir, de la fijación de un "común compartido y partes exclusivas" (Rancière 2009, 9) que llevó adelante el peronismo.

Dicha problematización del "reparto de lo sensible" no estuvo exenta de disputas y de un significativo aumento de los niveles de conflictividad social y política. Ahora bien, si la nominación política es un modo de dar identidad a algo,[6] en efecto, las intervenciones discursivas mediante las cuales se constituyen y reconstituyen las identidades también ponen en juego modos de distribuir o redistribuir lugares. Por eso, reflexionar sobre el proceso de antagonización que desencadena el populismo es una forma de preguntarse por el establecimiento de distribuciones de lugares dentro de una comunidad política y, por ende, de los

intentos de reformular o resignificar dichas distribuciones. Es decir, dado que las identidades se construyen a partir de la diferenciación con otro, esta diferenciación supone una separación espacial o topológica. La nominación política es un modo de operar en la significación y la resignificación del proceso de antagonización. Por consiguiente, la inclusión de "los sin nombre" y la ampliación de los límites comunitarios que ello trajo aparejado desencadenaron el establecimiento de un antagonismo político que nos permite pensar la relación entre el tipo de identidades polarizadas propias del primer peronismo y la inestabilidad política argentina. En este sentido, así como la categoría de "populismo" ha permitido pensar algunas dimensiones del conflicto entre peronistas y antiperonistas, en este capítulo sostenemos que la problematización del reparto de lo sensible que provoca el populismo adquiere particular importancia para indagar en torno a las posibilidades y los límites de las articulaciones políticas posteriores.

Ahora bien, como ha señalado Groppo, es importante tener en cuenta que "la interpelación ideológica de un sector marginado y heterogéneo de la sociedad no resulta suficiente para desencadenar un proceso de antagonización política" (2009, 71). Por ello, sugiere que, además, deben tomarse en cuenta "cuáles son los mecanismos políticos que está utilizado la enunciación discursiva como así también los mecanismos discursivos que otros actores sociopolíticos (los receptores) le están precisamente oponiendo" (p. 71). Ciertamente, la afirmación de Groppo lleva hacia el debate sobre emisión y recepción en los estudios sobre el peronismo.[7] Sin embargo, la afirmación de Groppo nos sugiere algo más. Partiendo del carácter relacional de las identidades, todo proceso de nominación política se encuentra sobredeterminado en su relación con otros. Por eso, el estudio de los mecanismos discursivos puestos en juego por "esos otros" es central para tener una visión más general del antagonismo entre peronistas y antiperonistas.[8]

En función de lo dicho, consideramos que la nominación política va "más allá del populismo" y hace parte de las estrategias discursivas puestas en juego por los "otros del populismo". Entonces, si sobredeterminación y nominación política forman parte de un proceso donde se definen las identidades políticas y se establece una diferenciación espacial, no solo dan cuenta del carácter diferido del proceso, sino también de su iterabilidad temporal.[9] En este sentido, "más allá del populismo" igualmente remite al proceso en tanto transcurrir en el tiempo. Por eso decíamos que la problematización del reparto de lo sensible nos parece importante para repensar la relación del conflicto entre peronistas y

antiperonistas con la inestabilidad política argentina. A partir del análisis de los modos en que se intervino sobre la distribución de lugares y su consecuente problematización, creemos, se puede rastrear cómo la inclusión provocada por el peronismo marcó de forma decisiva articulaciones políticas posteriores.

El olvido como destrucción. La "Revolución Libertadora" y la amnistía de 1955

El segundo mandato presidencial de Juan Domingo Perón fue interrumpido por la fuerza en septiembre de 1955 por la autoproclamada "Revolución Libertadora". Por aquel entonces, el conflicto entre peronistas y antiperonistas había alcanzado altos niveles de violencia. Como ha señalado María Estella Spinelli, la sublevación militar del 16 de septiembre, iniciada en Córdoba y en la Base Naval de Puerto Belgrano de la provincia de Buenos Aires, fue "la última apuesta de la larga conspiración cívico militar que había tenido su primer estallido en 1951" (Spinelli 2013, 23).

Fue en el trascurso de los sucesos que marcaron el desarrollo del alzamiento militar donde, paradójicamente, reapareció la frase que José Justo de Urquiza pronunció tras la batalla de Caseros. Reunido con los miembros de la junta militar que Perón había designado para que gobernara momentáneamente, el sublevado general Eduardo Lonardi[10] sostuvo que aquella sería la última revolución, "la que sin vencedores ni vencidos" afirmaría la unidad de los argentinos.

La famosa frase "ni vencedores ni vencidos", en la postura de Lonardi, ha sido interpretada principalmente en clave de "tono o carácter conciliador". Ciertamente, Lonardi provenía del sector nacionalista dentro de la "Revolución Libertadora". Como se sabe, a diferencia del sector liberal, los nacionalistas no identificaban al peronismo con el nazi-fascismo; simplemente consideraban que era un Gobierno corrupto que debía ser desalojado (Spinelli 2005, 317). Según César Tcach, creían que el derrocamiento de Perón abriría la posibilidad de reeditar la alianza de 1943 entre militares nacionalista y la dirigencia sindical (Tcach 2003, 22). En este sentido, reunido con periodistas argentinos y de otros países, Lonardi sostuvo que su propósito era "inmiscuirse lo menos posible en la

vida autónoma de las organizaciones obreras". Y agregó: "[l]os obreros están naturalmente inclinados a la práctica de una sana democracia y espero tener en ellos los mejores auxiliares de mi gobierno" (El Mundo 28 de septiembre de 1955, 1).

No obstante, el primer Gobierno de la "Revolución Libertadora" fracasó. Evidentemente, como ha señalado César Tcach, "la cuestión peronista se convirtió en el hilo conductor de los enfrentamientos que separaban a los lonardistas de sus adversarios" (2003, 21). Desde el peronismo sindicalista se daría comienzo a lo que conocemos como "Resistencia".[11] Asimismo, en ese contexto aumentó la disconformidad de varios actores antiperonistas sobre el modo lonardista de manejar dicha "cuestión". En efecto, como señalamos, el apartamiento de Lonardi implicó la profundización del carácter antiperonista del golpe de 1955. La renuncia de todos los funcionarios de la Junta Consultiva de Partidos Políticos puede interpretarse como parte de ese proceso.[12] Dichas renuncias fueron una forma de quitarle legitimidad al lonardismo. De hecho, promovida por el almirante Isaac Rojas, había sido creada para contrarrestar las acciones de Lonardi y sus ministros.[13] Por ende, la renuncia de todos los funcionarios quizá haya sido la principal medida que tomaran para alcanzar dicho objetivo.

Aunque aquí no pretendemos hacer una reconstrucción de los sucesos que llevaron al fracaso de Lonardi, los hechos mencionados son indicios que muestran que, de un lado y del otro, se mantenía e incrementaba la tensión del antagonismo vinculado a la emergencia del peronismo. Para una buena parte de la bibliografía sobre el período,[14] la razón principal del fracaso de Lonardi fue el "tono o el carácter conciliador" de su gobierno. Sin embargo, creemos que es necesario repensar dicho "tono" o "carácter". Su gobierno dio inicio a una nueva etapa o período en la historia política argentina, donde el modo de gestionar la "cuestión peronista" estuvo caracterizado por el proceso de desperonización.

Si bien hubo distintos modos con los que se gestionó la desperonización,[15] como ha señalado Spinelli, "es importante destacar que el proceso de desperonización fue iniciado por el gobierno de Lonardi y que a ese proceso tampoco fueron ajenos los nacionalistas" (Spinelli 2005, 317). Incluso, la noción desperonización era usada en el propio contexto. En ronda de prensa con periodistas brasileros, por ejemplo, Lonardi la empleó al responder sobre cuáles eran "los planes de su gobierno frente a la 'desperonización del país'". El señaló: "En lo que a la 'desperonización' se refiere les ruego que adviertan que tal proceso se cumple

por impulso espontáneo del pueblo”. Por ello, agregó, “[n]o sería extraño que los propios gremios obreros —y no sólo aquellos que sufrieron las imposiciones del gobierno depuesto— mostrasen inquietud si hubiese la menor perspectiva de volver a ese régimen” (Clarín 26 de septiembre de 1955, 1). Aunque en su respuesta se desligaba de cierta responsabilidad sobre el proceso, sí asumía la de haberlo puesto en marcha.

En este sentido, Tulio Halperín Donghi sostuvo que la “tercera de las revoluciones militares argentinas”, porque se había hecho “contra el heredero de la segunda y con el apoyo del partido que había sido víctima de la primera”, y “por la particular coyuntura de la que había surgido”, debía “orientarse hacia una estrategia política distinta” (2000, 97).

Desde nuestra perspectiva, esa “coyuntura” estuvo marcada de manera retroactiva por la emergencia del populismo, y la “estrategia” de desperonización implicó un modo de nominación política que operó en la significación y la resignificación del conflicto entre peronistas y antiperonistas, y, por ende, discursivamente, sobre los procesos que redefinieron las principales identidades políticas. En este sentido, en términos de Catalina Scoufalos, “la desperonización fue una ofensiva político-ideológica del gobierno provisional para desarticular la identidad peronista” (Scoufalos 2007, 19). En efecto, si, para Groppo, durante los años del peronismo, “la nominación política de una subjetividad visibiliza el abandono de una representación neutral de la sociedad por parte del Estado y el abandono de la idea de neutralidad misma”, donde el Estado, en forma explícita, asumió “como suyos los intereses de un sector marginado, simbólica o realmente, marginado de la sociedad” (Groppo 2009, 66), en la etapa que se abrió con la “Revolución Libertadora”, la situación habría sido diferente. Al respecto, Scoufalos sostiene que, dentro de la nueva etapa, “el cambio más evidente era el que había tenido lugar en lo referente al manejo del aparato de Estado”, así como “la rapidez con que el movimiento desplazado del poder dio evidencia de estar dispuesto a dar batalla” (2007, 15).

Más allá de lo evidente del cambio y sin pretender buscar comparativamente diferencias y similitudes entre ambos períodos o etapas, su señalamiento nos parece importante, porque permite analizar algunos de los procesos identitarios que definieron el antagonismo entre peronistas y antiperonistas después del golpe de 1955 y, por ende, ciertos procesos identitarios implicados en la dimensión simbólica de aquel conflicto. En este sentido, como bien muestra Scoufalos en su libro, el conflicto entre ambos espacios no se acotó a su tiempo

presente; por ejemplo, con el Decreto 4161,[16]

[…] en el caso de quienes se habían hecho del control del Estado, impedir que se utilizara un nombre, una imagen o una canción, o vulnerar esa prohibición desde el peronismo, eran también modos de "imponer determinadas interpretaciones del pasado [en esta ocasión, del pasado reciente] modelar la memoria y, por lo tanto, construir identidad social". (2007, 16)

De esta forma, ciertos decretos y disposiciones fueron algunos de los mecanismos que los antiperonistas utilizaron para buscar controlar "las imágenes del pasado reciente que circulaban en determinados espacios sociales" (p. 17). Es decir, los decretos y las disposiciones fueron medidas concretas mediante los cuales se puso en práctica el proceso de desperonización que, en los tiempos de la "Revolución Libertadora", significó un intento de borrar al peronismo del imaginario sociopolítico. Analizar dichos decretos y disposiciones, desde nuestra perspectiva, es un modo de abordar los mecanismos discursivos utilizados por los "otros del populismo" cuando buscaron desarticular la identidad peronista.

De aquellos decretos y disposiciones, por ejemplo, Scoufalos presenta un análisis del Decreto 4161. En su estudio señala la violencia simbólica que, implícita y explícitamente, estaba contenida en el decreto, puesto que manifestaba lo imprescindible que resultaba borrar la doctrina y la posición política que ofendía el sentimiento democrático del pueblo argentino. Por eso, para Scoufalos, "el objetivo del decreto era no sólo penalizar una opinión o una idea sino también suprimir radicalmente los signos de identidad de quienes se negaban a renunciar al recuerdo de la experiencia vivida en el período 1945-1955" (2007, 48).

Esta doble dimensión que señala la autora nos parece importante. Es decir, el decreto funcionaba como recurso que desde el Estado se disponía para intervenir, por un lado, sobre un problema concreto o coyuntural, que refería a una política particular del contexto; y, por otro, sobre una problemática que excedía esa política particular y operaba dentro de un registro de nominación política. En otros términos, en tanto "recurso normativo", el decreto respondía a una lógica que contaba las partes como meras partes.

En tanto “recurso identitario”, el decreto fue uno de los mecanismos discursivos puesto en juego por los antiperonistas para desarmar el orden de lo representable que devino con la emergencia del peronismo. Lo que estaba en cuestión era el conflicto acerca de la existencia de un escenario común, la existencia y la calidad de quienes estaban presentes en él (Rancière 2007, 40). En este sentido, trabajaba sobre la imposición de imágenes del pasado, con el fin de “modelar la memoria y, por lo tanto, construir identidad social” (Scoufalos 2007, 16).

Al ser uno de los mecanismos discursivos utilizados por los “otros del populismo” en su pretensión de desarticular la identidad peronista, retroactivamente buscaba establecer un modo de concebir la identidad nacional. En consecuencia, operaba sobre la distribución de lugares que había tratado de establecer la inclusión provocada por el peronismo. Como efecto de aquella irrupción, en los tiempos de la “Revolución Libertadora”, el proceso de desperonización se tradujo en un intento de borrar al peronismo. Es por ello por lo que, señala Scoufalos, una “política de olvido” se “hallaba por detrás de este decreto que tenía por objeto desarticular la identidad política” peronista (2007, 50).

Ahora bien, cabe preguntarse cuál era la política de olvido que estaba detrás del decreto. En otras palabras, qué figura del olvido estaba puesta en juego, puesto que, como concepto, el olvido está habitado por una “agobiante polisemia”. Aquí, siguiendo a Paul Ricoeur (2013 [2000]), podemos remitirnos a la distinción entre el “olvido de reserva” y “olvido por destrucción de huellas”. El primero reviste una significación positiva, en tanto solo podemos recordar lo que hemos olvidado; por eso, el olvido se vincula al trabajo del recuerdo. En cambio, en tanto funciona como mecanismo de destrucción, el segundo reviste una significación negativa. Como destrucción de huellas, “las estrategias del olvido se injertan directamente” en el trabajo de configuración de un relato, puesto que “siempre se puede narrar de otro modo, suprimiendo, desplazando los momentos de énfasis, reconfigurando de otro modo los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la misma” (Ricoeur 2013 [2000], 572). En este sentido, por ejemplo, el olvido por destrucción de huellas remite al prescripto por un decreto o una ley, y las amnistías son uno de sus principales modos de expresión. De allí que, al ser un recurso estatal con el cual se trabaja sobre la configuración de un relato sobre el pasado, para Ricoeur, la amnistía es un “olvido impuesto”.

En función de lo dicho, la doble dimensión que Scoufalos marca sobre el

Decreto 4161, así como la política de olvido que se hallaba detrás del mismo, formaron parte del proceso de desperonización que buscó borrar al peronismo del imaginario político nacional. Por ende, estuvieron presentes en otros mecanismos legales o “recursos normativos” con los cuales se buscó llevar adelante dicho proceso, el cual, según hemos señalado, empezó con el Gobierno de Lonardi.

Cinco días después de que Lonardi asumiera como presidente provisional, su gobierno dio a conocer el Decreto 63, donde determinó la amnistía que promulgó la “Revolución Libertadora” en 1955. En los considerandos del decreto se sostenía “[q]ue el gobierno provisional de la república” tenía “el firme propósito de restaurar el imperio de la libertad y la hegemonía del derecho, en un clima de concordia y conciliación, que” sellara “la unidad de todos los argentinos” (Clarín 29 de septiembre de 1955, 1). Por un lado, en el uso del verbo “restaurar” se responsabilizaba al peronismo de la inestabilidad en el sistema político argentino. Esa inestabilidad, asimismo, era traducida como factor de conflicto y división entre los argentinos. Por eso, “restaurar” construía retroactivamente una imagen de concordia, conciliación y unidad de todos los argentinos previa a la emergencia del peronismo. En este sentido, como es común en relación con las amnistías, se creaba un “imaginario cívico” donde “la amistad y hasta el vínculo entre hermanos” son “elevados al rango de fundamentos” (Ricoeur 2013 [2000], 579).

Aquí, por ejemplo, se puede apreciar la doble dimensión señalada anteriormente. Las referencias al “imperio de la libertad”, “hegemonía del derecho” o “clima de concordia y conciliación” dan cuenta del decreto de amnistía en tanto “recurso normativo”, como recurso que, desde el Estado, se disponía para intervenir sobre un problema concreto o coyuntural, que refería a una política particular del contexto; en este caso en específico, los altos niveles de conflictividad a los que había llevado el antagonismo entre peronistas y antiperonistas. De allí que, con la referencia a la “restauración”, la amnistía vendría a interrumpir un contexto de inestabilidad política que afectaba la paz social.[17]

Pero, al mismo tiempo, la construcción retrospectiva de cierta “unidad” entre los argentinos, previa al surgimiento del peronismo, da cuenta de la amnistía en tanto “recurso identitario”. Es decir, mediante la amnistía, los antiperonistas pusieron en juego un mecanismo discursivo para desarticular la identidad peronista y el orden de lo representable que devino con la emergencia del peronismo.

La amnistía de 1955 nos permite observar el conflicto en torno a la existencia de un escenario común, la existencia y la calidad de quienes estaban presentes en él. En este sentido, también estaba presente una "política de olvido". Por eso, en los considerandos del decreto, se planteaba la necesidad de imponer la sanción inmediata de una amplia amnistía para todos los delitos políticos, comunes y militares que implicara "el olvido de todo encono o resentimiento por las luchas cívicas anteriores". La amnistía era presentada como una medida que "tendía a satisfacer un anhelo reclamado insistentemente por distintos sectores de la opinión pública, como el mejor medio para lograr la pacificación espiritual de los argentinos" (Clarín 29 de septiembre de 1955, 1).

Ahora bien, aquí también debemos detenernos en la figura del olvido puesta en juego, ya que al ser un "olvido impuesto", la amnistía hacía parte de la construcción de un relato. En función de las consideraciones antes expuestas, el artículo 1.º del decreto decía: "amnistiase de forma amplia y general a todos los que hubieran sido condenados por delitos políticos y comunes conexos con aquellos" desde el 4 de junio de 1946 hasta la fecha del decreto. De igual modo se disponía, en los artículos 2.º y 3.º, la amnistía para todo el personal de las Fuerzas Armadas y de las fuerzas de seguridad, federales o provinciales.

Como parte de los mecanismos discursivos que la "Revolución Libertadora" puso en juego en el proceso de desperonización, la amnistía establecía una indefectible selección de los acontecimientos del pasado. Formaba parte de un discurso que, en los términos de Lucila Svampa (2016), buscaba instituir qué se olvidaba y qué se recordaba, así como los modos en que se olvidaba y recordaba. Allí, la delimitación temporal muestra el carácter antiperonista de la amnistía.

Desde la asunción de Perón hasta la fecha del decreto, solo aquellos que se opusieron al peronismo habían sido condenados por los delitos allí mencionados. El peronismo era eliminado como identidad que nucleaba a los actores posibles de redención y, por ende, eliminado de la unidad de todos los argentinos, que sería restaurada por la amnistía, puesto que este era señalado como el responsable de la inestabilidad y la desunión. Con la amnistía de 1955, lejos se estaba de buscar que se olvidaran las maldades de los otros, sino también la propia cólera (Loraux 2006, 38). De tal forma, se producía una escisión entre olvido y perdón.

Entonces, tanto el Decreto 63 como el 4161 hicieron parte del proceso de desperonización que, en los tiempos de la "Revolución Libertadora", buscó

eliminar al peronismo del imaginario político nacional. A diferencia del Decreto 4161, que explícitamente pretendía borrar el pasado, con la amnistía se planteaba un "ataque indirecto". Sin embargo, ambos decretos fueron recursos que los "otros del populismo" pusieron en juego para borrar la identidad peronista. Por ende, aquí podemos repensar sobre el "tono o carácter conciliador".[18] En este sentido, ahora cabe retomar las referencias sobre la relación que el lonardismo buscó establecer con los trabajadores.

Cuando Lonardi anunció, en ronda de prensa, que se promulgaría el decreto de amnistía, allí le preguntaron si creía que "los obreros" acabarían "por adherirse plenamente al nuevo régimen democrático?". Frente a lo cual respondió que abrigaba "la firme esperanza de que así" sería. Sentenciando: "Mi gobierno es mucho más favorable a los trabajadores que el régimen depuesto" (Democracia 28 de septiembre de 1955, 1). Creemos que más que un "tono o carácter conciliador", en el discurso del lonardismo se buscaba separar a los trabajadores del peronismo. Si bien este empeño ya estaba presente durante los años del peronismo, en el contexto que devino a su derrocamiento, la separación se inscribió en un intento de desarticulación de la identidad peronista. Si esta última se había consolidado a partir de la inclusión de aquellos que eran presentados como "víctimas" del orden previo al populismo, el vínculo entre Perón y los trabajadores era central. Las tentativas para romper ese vínculo fueron modos con los que se realizó dicho intento.

Ahora bien, separar a los trabajadores del peronismo suponía un desplazamiento de los actores. En dicho desplazamiento, se buscaba incluirlos dentro de un espacio identitario más amplio. En efecto, despegar a los trabajadores de la dirigencia era una forma con la cual se pretendía borrar la identidad peronista. Recordemos, por ejemplo, que Lonardi no solo había dicho que su propósito era inmiscuirse lo menos posible en la vida de las organizaciones obreras, sino también que las organizaciones de trabajadores estaban inclinadas a la práctica de una sana democracia y esperaba tener en ellos los mejores auxiliares de su gobierno. O bien, cuando refiriéndose a la desperonización, sostuvo que no le resultaría extraño que los gremios obreros (incluyendo a los "peronistas") mostrasen inquietud si hubiese la menor perspectiva de volver al "régimen". En cierta forma, se pretendía establecer una nueva distribución de lugares.

Aquí es importante recuperar la famosa frase "ni vencedores ni vencidos", puesto que en el momento que Lonardi la enunció, se refirió al golpe de 1955 como la última revolución, la que sin vencedores ni vencidos afirmaría la unidad

de los argentinos.[19] Que el peronismo no fuera identificado por el lonardismo con el nazi-fascismo, no significa que no se pretendiera borrar al peronismo del imaginario sociopolítico. En efecto, eliminado el peronismo, no habría ni vencedores ni vencidos. Se ponía en juego un desplazamiento de actores que pretendía fundirse en la construcción de una identidad nacional. En este sentido, creemos, deben recuperarse las referencias sobre la conciliación, la unidad o lo nacional durante el primer Gobierno de la "Revolución Libertadora".

La estrategia de desperonización, que empezó con Lonardi, supuso un modo de nominación política que operó en la significación y la resignificación del conflicto entre peronistas y antiperonistas. En ese modo, el olvido como "destructor de huellas" nos permite ver la construcción de un relato donde se suprimía, se desplazaban momentos de énfasis, se reconfiguraba de otro modo la acción de los protagonistas. Por eso, la importancia de las referencias sobre conciliación, la unidad o lo nacional.

Era fundamental construir una imagen sobre la identidad nacional. De allí que, en los considerandos del decreto de amnistía, con el uso del verbo "restaurar" se responsabilizara al peronismo de la inestabilidad en el sistema político argentino y, al mismo tiempo, dicha inestabilidad fuera presentada como factor de conflicto y división entre los argentinos. Por eso, "restaurar" construía retroactivamente una imagen de concordia, conciliación y unidad de todos los argentinos previa a la emergencia del peronismo. Para que no hubiera ni vencedores ni vencidos, se debía borrar la identidad peronista del imaginario social. Para ello, una política de olvido fue central.

El olvido como trascendencia.

Frondizi y la amnistía de 1958

El 24 de febrero de 1958, Arturo Frondizi fue elegido, constitucionalmente, como presidente de los argentinos. El 1 de mayo de 1958, ante Asamblea Legislativa, leyó su mensaje inaugural de sesiones ordinarias. Su relevancia institucional es más que evidente. Era el primer mensaje que daba un presidente legítimamente elegido después del derrocamiento de Perón en 1955. Su elección

fue vista como una posibilidad de superar la inestabilidad política que signaba a la Argentina de aquel momento. Ahora bien, por ese mismo motivo, también era más que institucionalmente trascendente.

Por ejemplo, en sus editoriales del día siguiente, los principales diarios del país insistieron en la interpretación que dio Frondizi en su primer discurso.[20] En aquella ocasión, para Frondizi, "[e]l inicio de un nuevo período institucional" se había "convertido en comienzo de una nueva era" (Frondizi 2012a, 14). Como había sucedido con la "Revolución Libertadora", la llegada de Frondizi al Gobierno fue presentada e interpretada como el comienzo de una nueva era o etapa en la historia argentina. Por eso, la asunción formal de un nuevo presidente constitucional fue vista como algo más que un acto protocolar.

Para Frondizi, aquel inicio estaba "presidido por una idea moral: la clara e inequívoca voluntad de reencuentro argentino y de reanudar el desarrollo nacional" (Frondizi 2012a, 14). Nuevamente, estabilidad política y unidad nacional ocupaban un lugar central. La "Revolución Libertadora" había fracasado en su intento de desarticular la identidad peronista. El sentido de la desperonización durante los dos Gobiernos militares encontró en el olvido un factor de su imposibilidad. Los mecanismos que para ello fueron puestos en juego, lejos de "destruir las huellas" del pasado, reafirmaron la centralidad "estructurante" del antagonismo entre peronistas y antiperonistas.[21] El tipo de constitución de identidades polarizadas que prevaleció durante el primer peronismo tuvo efectos sobre la política de olvido, el proceso de desperonización y las interpretaciones sobre la inestabilidad.[22] El Gobierno de Frondizi, en efecto, "heredó" el problema de cómo gestionar la "cuestión peronista".

En dicho marco debemos retomar la vinculación que plateaba Frondizi entre el comienzo de la nueva era y la "imagen" de una voluntad que postulaba el reencuentro argentino y el reanudamiento del desarrollo nacional. Como podemos apreciar, en su discurso, el pasado no solo era recuperado en una visión temporalmente disruptiva, sino que, al mismo tiempo, también formaba parte de un intento por convertir las experiencias pasadas en experiencias históricas. De allí que el uso del prefijo "re" no nos parezca accidental. Ahora bien, ¿qué desarrollo se debía reanudar en una etapa que se presentaba a sí misma como un comienzo? ¿Qué significaba el reencuentro argentino en esa nueva etapa? ¿En su interpretación temporal (si se quiere la relación entre lo viejo y lo nuevo) no había una dimensión espacial? En otras palabras, ¿cómo se había separado el pueblo argentino? O bien, ¿de qué o quiénes debía separarse en su reencuentro?

En dichas preguntas podemos encontrar algunos elementos que nos permiten interpretar su modo de intervención como el primero que buscó superar el antagonismo entre peronistas y antiperonista, pero desde una posición que se alejó de la de aquellos que creían que solo la eliminación del peronismo era su condición de posibilidad.

En relación con lo que hasta aquí hemos visto, no fue una casualidad que, en el inicio de su discurso inaugural, Frondizi dijera que el primer proyecto que elevaría a consideración del Congreso de la Nación sería el de una "amplia y generosa amnistía".[23] En este sentido, para Frondizi, el pasado debía recibirse "con su grandeza y sus debilidades, pero ese pasado" quedaba a espaldas del pueblo argentino (Frondizi 2012a, 14 y 15). En esa nueva era, remarcaba, "[n]o nos volveremos a remover las culpas ni a deslindar las responsabilidades que allí, desde hoy, quedan para que las juzgue la historia" (p. 15). Así enmarcada, la amnistía de 1958[24] también operó en una doble dimensión o registro, es decir, funcionó como "recurso normativo" y "recurso identitario", esto es, como recurso que, desde el Estado, se disponía para intervenir, por un lado, sobre un problema concreto o coyuntural, que refería a una política particular del contexto; pero, por otro, sobre una problemática que excedía esa política particular y operaba dentro de un registro de nominación política.

Como veremos a continuación, a diferencia de la amnistía de 1955, otra "política de olvido" estaba detrás de la ley que el Ejecutivo presentó al Congreso. Como recurso normativo, fue un mecanismo con el cual el Gobierno de Frondizi intentó frenar la creciente disgregación que producía el conflicto entre peronistas y antiperonistas, es decir, donde olvidar aparecía como una necesidad para frenar la escalada de violencia que signaba al país en aquella época. Su finalidad más evidente era lograr la pacificación.

El "Mensaje del Poder Ejecutivo" que acompañó la presentación del proyecto era claro al respecto.[25] Haciéndose eco de las palabras que Frondizi había pronunciado frente a la Asamblea Legislativa, insistía en la necesidad de "sellar definitivamente el reencuentro de los argentinos, alcanzando una efectiva paz interior". Para ello, se debían "eliminar los motivos de encono, los actos de revancha y los últimos vestigios de persecución que pudieran subsistir" (Frondizi y Vítolo 1958, 70). Olvidar, en consecuencia, significaba bajar "el telón sobre todo cuanto" había ocurrido hasta ese preciso instante. En este sentido, continuaba el documento, "[u]no de los medios para alcanzar estos objetivos" era "la amnistía, expresión legal de la voluntad soberana del pueblo, a través de

sus representantes” (pp. 70-71). Cuasi nietzscheanamente, en la amnistía de 1958 era necesario saber olvidar voluntariamente para que el pasado no destruyera un futuro venturoso proyectado en la imagen de unidad nacional.

Como había sucedido con la llegada de la “Revolución Libertadora”, cuando Lonardi sostuvo que aquella sería la última revolución, la que sin vencedores ni vencidos afirmaría la unidad de los argentinos, el recuentro o la unidad de los argentinos también ocupaba un lugar central. Sin embargo, decíamos, era otra la “política de olvido” que estaba por detrás.

Aquí es importante analizar cómo la amnistía de Frondizi fundamentaba la vinculación entre olvido, recorte temporal y unidad nacional, porque, paradójicamente, a tales fines el pasado debía ser recuperado positivamente. En este sentido, el mensaje que acompañó el proyecto sostuvo que “la historia de nuestra patria” enseña “que en momentos difíciles” la paz se había consolidado “por el camino del olvido” (Frondizi y Vítolo 1958, 70). Entonces, si la historia ensañaba que por el camino del olvido se había consolidado la paz, allí los usos del pasado tenían otra finalidad. La recuperación del pasado no solo destacaba lo que este podía enseñar, su condición de Magistra Vitae, sino que también la “historia de nuestra patria” suponía la (re)construcción de una identidad colectiva que estaba por encima de cualquier otra, “nuestra patria” remitía a una imagen de identidad nacional.

De esta forma, la amnistía de 1958 igualmente era más que un “recurso normativo”, operaba en un registro que iba más allá de la cuestión coyuntural. O bien, que para superarla, daba a la amnistía otra funcionalidad. La construcción retrospectiva de la identidad nacional nos remite a lo que hemos llamado “recurso identitario”. De allí la importancia del imaginario cívico en un relato que simbolizaba su proyección temporal en torno a la “clara e inequívoca voluntad de reencuentro argentino y de reanudar el desarrollo nacional” (Frondizi 2012a, 14).[26] En efecto, el pasado no solo aparecía en una interpretación que marcaba un corte temporal. Corte, reencuentro y reanudamiento dan cuenta del modo en que el discurso de Frondizi buscaba establecer un principio de reconstrucción del pasado.

Entonces, si nos preguntamos qué desarrollo se debía reanudar en una etapa que se presentaba a sí misma como un comienzo, el olvido como necesidad fijaba una frontera temporal, significaba el cierre de un proceso.[27] Pero, es importante remarcarlo, no por ello todo pasado era dejado atrás. El olvido como

reconstructor del lazo social, en los términos del “Mensaje del Poder Ejecutivo”, aseguraba “el cierre de” una “etapa de la vida de los argentinos” (1958, 70). Una etapa no era el pasado en su totalidad y como tal, una etapa solo era concebible dentro de un relato más amplio de la historia nacional. La construcción de la unidad nacional, en consecuencia, planteaba el cierre de una etapa, una diferenciación respecto del pasado; pero, al mismo tiempo, el pasado era una dimensión que positivamente se debía recuperar. Ahora bien, ¿qué pasado se debía recuperar y cómo se debía recuperar?

La construcción de la unidad nacional, en la “empresa” de Frondizi, no solo se establecía en contraposición al conflicto entre peronistas y antiperonistas; por eso, saber olvidar era una condición necesaria para la pacificación de la escena política nacional. La construcción de esa unidad también suponía la identificación con ciertos símbolos y momentos previos al de la etapa que se debía cerrar. La ley de amnistía de 1958 no solo tenía como finalidad la pacificación; allí el olvido como liberación también suponía un olvido selectivo del pasado.

De esta forma, si en el olvido como “destrucción de huellas”, que estaba por detrás de la amnistía de 1955, el uso del verbo “restaurar” era central en la construcción de la identidad nacional, aquí la restauración fue concebida de otro modo. En este sentido, ciertos símbolos y momentos que en el olvido de 1955 se habían pretendido “borrar”, en la amnistía de 1958 fueron una “reserva” para un relato que buscó narrar de modo distinto la historia nacional.

En ese relato, otros momentos fueron enfatizados, así como se reconfiguró la “acción de los protagonistas”. Por ejemplo, el peronismo dejaría de ser visto como el responsable único del conflicto y la inestabilidad. Aquí es necesario enmarcar la “política del olvido” que estaba detrás de la amnistía de Frondizi dentro lo que en otro trabajo hemos llamado “superación como trascendencia”.[28]

En este punto es importante volver al discurso de apertura de las sesiones ordinarias del Congreso. Allí, Frondizi dijo que el destino había querido que la generación a la que pertenecía

[…] asistiera, apenas iniciada su vida cívica, a la caída del presidente Yrigoyen, que operó la ruptura del orden constitucional. Desde entonces, esa generación

volcó sus mejores esfuerzos en la lucha por la restitución del régimen democrático. (Frondizi 2012a, 17)

Esta cita nos parece muy significativa. La figura de Yrigoyen, la ruptura del orden constitucional como metáfora y el golpe de Estado como hecho histórico forman parte de un relato que nos permiten pensar el modo en que Frondizi, con su propuesta de unidad nacional, intervino en un contexto político marcado por el antagonismo entre peronistas y antiperonistas.

En este relato fue importante la reconstrucción que hizo Frondizi sobre la tradición de la Unión Cívica Radical. Anclada en la dimensión temporal que supone toda perspectiva de la tradición,[29] la función histó-rica que Frondizi le atribuía a la Unión Cívica Radical permite analizar el modo en que dicha reconstrucción buscó operar sobre el antagonismo entre peronistas y antiperonistas.[30] En otros términos, ¿cómo desde la temporalidad (la relación entre presente, pasado y futuro) se intentó reconfigurar la estructuralidad del antagonismo político?

Para Frondizi, otra era la lectura con la cual se podía entender cómo el país había llegado a vivir una constante inestabilidad. En este sentido, en otro trabajo hemos señalado que su discurso fijó una triple frontera, que era determinante en el devenir de la historia nacional y del rol histórico que allí se le atribuía a la Unión Cívica Radical (Azzolini 2019a). Los golpes de Estado de 1930, 1943 y 1955 eran los hechos que le permitían inscribir al radicalismo en el desarrollo de una acción inconclusa, que lo separaban del peronismo, pero, además, le permitían recuperarlo y separarse del antiperonismo más visceral.

En ese marco, su noción de unidad política nacional era central. Sobre ella se desplegaría una lógica con la cual, en su discurso, el antagonismo entre peronistas y antiperonistas sería superado en el devenir de la historia nacional. Dicha unidad se inscribe en lo que hemos llamado "superación como trascendencia". Esto no significa que la "empresa" frondicista pretendiera constituirse como el justo medio entre peronistas y antiperonistas, es decir, en una especie de síntesis entre dos campos heterogéneos entre sí, donde la mezcla entre opuestos daría como resultado un nuevo elemento.

En tanto síntesis, podríamos decir, la "empresa" de Frondizi habría buscado

tomar lo “mejor” de cada uno de los polos en oposición. En cierta forma, esta idea se corresponde con la visión de que Frondizi quedó a mitad de camino, no solo por el hecho de haber sido imposibilitada por el golde de Estado de 1962, sino también porque tanto peronistas como antiperonistas lo acusaron de pertenecer al campo opuesto.

Desde nuestra lectura, sin embargo, la propuesta de Frondizi puede entenderse como un intento de trascender esta visión de quedar al medio. Es decir, lejos de ser una síntesis del conflicto entre peronistas y antiperonistas, con su “empresa” intentó desplazar el eje del debate. La propuesta de unidad política de Frondizi buscaba trascender la posición de quedar en el medio. A diferencia de una lógica de síntesis, consideramos posible inscribir su lógica dentro de un tipo de superación “dialéctica”, esto es, donde la oposición entre peronistas y antiperonistas era inscripta en otra relación, en una totalidad que los ponía en unidad.

Eso es lo que entendemos por “trascendencia como superación”. En la medida en que esos opuestos eran unidos en una totalidad que remitía a la contradicción entre pueblo/antipueblo, nación/antinación, en el discurso de Frondizi, el antagonismo entre peronistas y antiperonistas sería superado en un “momento” representado por una tradición nacional y popular.

En este sentido, por ejemplo, a casi un año de su Gobierno, Frondizi diría que bajo su gobierno se había sancionado una ley de amnistía, se habían levantado inhabilitaciones, se había derogado legislación represiva, pero no se había comprendido que esas medidas no eran concesiones ni muestra de debilidad, “sino decisiones inspiradas en una profunda fe en las virtudes creadoras de la democracia y de la libertad” (Frondizi 2012a, 160). Por eso, tras referirse a la actitud de peronistas, antiperonistas y comunistas, Frondizi agregaría:

La conciencia de fuerzas distintas, revela el sentido real de un enfrentamiento que confunde divisas partidarias y define a los hombres frente al proceso nacional. No hay alternativa posible cuando un pueblo juega su destino en el mundo. O se está con el pueblo y su realización como entidad soberana y creadora o se escoge el camino de la regresión y se está contra la realidad y contra la historia. (2012a, 160)

Entonces, la ley de amnistía no solo tenía como finalidad la pacificación; allí el olvido como liberación también suponía un olvido selectivo del pasado. De esta forma, símbolos y momentos que el olvido de 1955 había pretendido "destruir", aquí funcionaban como reserva que se debía recuperar, para finalmente poder olvidar los motivos de encono, los actos de revancha y los últimos vestigios de persecución que pudieran subsistir.

Ese olvido selectivo, a partir de una lógica de superación, buscaba trascender el conflicto entre peronistas y antiperonistas en el devenir de la tradición nacional y popular. En este sentido, en el proceso de nominación política que puso en juego el Gobierno de Frondizi, en el relato que retrospectivamente construía la imagen de la identidad nacional y su otro intento por establecer una nueva distribución de lugares, en esa diferenciación espacial, Frondizi no solo buscaría diferenciarse del reparto de lo sensible que pretendió establecer la "Revolución Libertadora", sino que también estaría sobredeterminada por la distribución de lugares que había tratado de establecer la inclusión provocada por el peronismo.

Finalmente, también la "empresa" de Frondizi encontraría en el olvido su imposibilidad. Fracasó en su llamado a que ambos sectores no solo olvidaran las maldades de los otros, sino también su propia cólera. En efecto, la incapacidad de poder olvidar y perdonar (tanto de peronistas como de antiperonistas) marcaron su imposibilidad tanto para trascender el conflicto como para alcanzar la pacificación nacional.[31]

Consideraciones finales

A lo largo de estas páginas, hemos presentado un modo de aproximación sobre los efectos que la emergencia del populismo imprimió en las articulaciones políticas posteriores al derrocamiento del peronismo en 1955. En otras palabras, una lectura sobre cómo la inclusión que produjo el peronismo y el modo en que se constituyó el antagonismo entre las identidades peronistas y antiperonistas marcaron, de manera decisiva, las formaciones comunitarias venideras. En este sentido, sostuvimos que si la nominación política es una forma de dar identidad a

algo, las intervenciones discursivas mediante las cuales se constituyen y reconstituyen las identidades políticas también pusieron en juego modos de distribuir o redistribuir lugares. Por eso, aquí nos ocupamos de rastrear algunos de los intentos con los cuales se buscó reformular o resignificar las distribuciones después de 1955. Para ello, nos centramos en ciertos mecanismos discursivos que se utilizaron "más allá" del populismo, es decir, por aquellos que se opusieron al peronismo después de su derrocamiento. Las amnistías de 1955 y 1958 nos permitieron abordar las políticas de olvido con las cuales se buscó gestionar la "cuestión peronista".

En este sentido, aquí cabe retomar el epígrafe de Rabossi con el que abrimos estas páginas. Allí, señalaba que "usos del olvido" es una frase sumamente surgente, puesto que supone que hay olvidos que son usados o usables, y, por ende, donde olvidar es más que un mero no recordar. En efecto, Rabossi se preguntaba ¿cuándo? ¿cómo? ¿para qué? ¿por qué? usar el olvido. En función de lo que hemos presentado, la vinculación más que fonética entre amnesia y amnistía es un camino posible para responder dichas preguntas.

El Decreto de 1955 y la Ley de 1958 nos permitieron ver que el olvido fue usado "cuando" se vivían momentos de altos niveles de conflictividad. El antagonismo entre peronistas y antiperonistas en tiempos del golpe de 1955, la desperonización o el surgimiento de la "Resistencia" peronista contextualizaron el uso de distintos tipos de olvido. En este sentido, el decreto y la ley fueron mecanismos discursivos (el "cómo") con los cuales esos olvidos fueron propuestos.

Dentro de un marco de inestabilidad política, en efecto, las amnistías eran los mecanismos con los que desde el Estado se intervino en momentos de altos niveles de conflictividad. Por eso, entendiendo las amnistías como "recursos normativos", el "para qué" de ese uso remitía a la necesidad de lograr la pacificación social. En ambas medidas legales, el olvido era presentado como la condición para "restaurar" la estabilidad política.

Ahora bien, vimos que las amnistías funcionaron en un doble registro, es decir, como "recurso normativo" y "recurso identitario". En efecto, el "por qué" de los usos propuestos remitió a distintos modos de gestionar la "cuestión peronista". En otras palabras, la superación de la inestabilidad política (el "para qué") estaba relacionada con la inclusión populista, y por el modo en que se constituyeron las identidades durante el primer peronismo. Es decir, en tanto "recurso identitario",

las amnistías fueron dispuestas para intervenir sobre una problemática que excedía el “para qué” y operaba dentro de un registro de nominación política y, por ende, sobre la distribución de lugares que había tratado de establecer la inclusión provocada por el peronismo.

En efecto, el “por qué” de los distintos usos del olvido nos remite a las amnistías como mecanismos discursivos puestos en juego para desarmar el orden de lo representable que devino con la emergencia del peronismo. En tanto formaban parte de discursos que pretendían determinar qué se olvidaba y qué se recordada, así como los modos en que se debía olvidar y recordar, los usos del olvido tenían una dimensión instituyente. Esto es, como recorte y establecimiento de un principio en la reconstrucción del pasado, los distintos usos del olvido muestran el conflicto acerca de la existencia de un escenario común, como la existencia y la calidad de quienes estaban presentes en él.

Referencias

Fuentes primarias

Clarín.

Decretos-Ley: números 63/55 y 4161/56. Publicaciones de Secretaría de Prensa y Actividades Culturales. Presidencia de la Nación.

Democracia.

Documento “Ley de amnistía general”, Ley 14.436. Sancionada y promulgada el 22 de mayo de 1958. Honorable Congreso de la Nación Argentina. Boletín Oficial, mayo 23, 1958.

El Mundo.

Frondizi, Arturo. 2012a. Mensajes presidenciales. 1958-1962. Tomo 1. Buenos

Aires: Fundación Centro de Estudios Presidente Arturo Frondizi.

______. 2012b. Mensajes presidenciales. 1958-1962. Tomo 4. Buenos Aires: Fundación Centro de Estudios Presidente Arturo Frondizi.

Frondizi, Arturo y Vítolo, Alfredo R. 1958. Mensaje del Poder Ejecutivo. Cámara de Diputados, Congreso de la Nación. 1 de mayo, 67-82. https://www.hcdn.gob.ar/secparl/dgral_info_parlamentaria/dip/

archivos/1958-05-01_Mensaje_presidencial_Frondizi.pdf.

La Nación.

La Prensa.

Leonardi, Eduardo. 1955. "Discurso del presidente provisional de la Nación general de División Eduardo Lonardi, pronunciado al prestar juramento ante el pueblo de la República, Ciudad de Buenos Aires", 23 de septiembre de 1955. Buenos Aires: Secretaría de Prensa y Actividades Culturales, 1955.

______. 1958. Dios es justo. Buenos Aires: Colombo.

Fuentes secundarias

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens.

______. 2003. "Repensando el populismo". Política y Gestión 4: 9-34.

______. 2010. "Populismo, regeneracionismo y democracia". POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 15 (1): 11-30.

______. 2014. "El nuevo debate sobre el populismo y sus raíces en la transición democrática: el caso argentino". Colombia Internacional (82): 35-44.

______. 2019. “Populismo y polarización política”. En Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xxi, coordinado por Sebastián Giménez y Nicolás Azzolini, 23-52. Buenos Aires: Teseo.

Ansaldi, Waldo y Verónica Giordano. 2012. América Latina. La construcción del orden. Buenos Aires: Ariel.

Azzolini, Nicolás. 2010. “La antesala de la fiesta. El antiperonismo en las elecciones presidenciales de 1946”. Tesis de maestría. Universidad Nacional de San Martín.

______. 2018. Los tiempos de la democracia. Conceptos, identidades y debates políticos durante el primer peronismo (1943-1955). Villa María: EDUVIM.

______. 2019a. “Arturo Frondizi: la trascendencia imposible. Polarización e inestabilidad democrática en la política argentina (1958-1962)”. En Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xxi, coordinado por Sebastián Giménez y Nicolás Azzolini, 107-138. Buenos Aires: Teseo.

______. 2019b. “Quién sabe si supieras que nunca te he olvidado. Notas sobre el conflicto peronismo y antiperonismo en la ley de amnistía de 1958”. Ponencia presentada en las XVII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia.Universidad Nacional de Catamarca, 2 a 5 de octubre.

Azzolini, Nicolás y Sebastián Giménez. 2019. Introducción a Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xxi, coordinado por Sebastián Giménez y Nicolás Azzolini, 9-22. Buenos Aires: Teseo.

Barros, Sebastián. 2002. Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991. Córdoba: Alción.

______. 2006. “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista”. Estudios Sociales año XVI (30): 145-162.

______. 2019. “Provincialización y comunidad cívica”. En Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xxi, coordinado por Sebastián Giménez y Nicolás Azzolini, 139-174. Buenos Aires: Teseo.

Barros, Sebastián y Gustavo Castagnola. 2000. “The Political Frontiers of the Social: Argentine Politics after Peronist Populism (1955-1973)”. En Discourse

Theory and Political Analysis. Identities, Hegemonies, and Social Change, editado por David Howarth, Aletta Norval y Yannis Stravrakakis, 24-37. Manchester: Manchester UniversityPress.

Baschetti, Roberto. 2013. La violencia oligárquica antiperonista entre 1951 y 1964. Su consecuencia directa. Buenos Aires: Corregidor.

Beraza, Luis. 2010. Antiperonistas. Los que forjaron otra mirada. Buenos Aires: Javier Vergara.

Castillo, Fernando. 2016. "La represión antiperonista y su justificación en Jujuy en tiempos de la Revolución Libertadora". Páginas 8 (16): 82-98.

D'Alesando, Martín, Juan Abal Medina y Marcelo Leiras. 2005. "La ciencia política en Argentina 2005-2014: el camino de la consolidación dentro y fuera de las aulas universitarias". Revista de Ciencia Política 35 (1): 3-17.

Dawyd, Darío. 2012. "El 'juego imposible' de la Argentina postperonista. El debate en torno de la inestabilidad democrática y sus aportes al desarrollo de la ciencia política argentina". Studia Politicae (26): 73-96.

Ferreyra, Silvana. 2015. "Antiperonismo sin Perón: imágenes del Partido Socialista Democrático". Prismas. Revista de Historia Intelectual 19 (1): 89-109.

______. 2016. "Junta Consultiva y Comisiones Investigadoras en la Provincia de Buenos Aires: usos de la escala para pensar el conflicto peronismoantiperonismo". Paginas 8 (16): 44-60.

García Sebastiani, Marcela. 2005. Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951. Buenos Aires: Prometeo.

______. ed. 2006. Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina (1930-1955). Madrid: Iberoamericana.

Germani, Gino. 1962. Política y sociedad en una época de transición. Buenos Aires: Paidós.

______. 2003 [1978]. Autoritarismo, fascismo y populismo nacional. Buenos

Aires: Temas.

Giménez, Sebastián y Nicolás Azzolini, coords. 2019. Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xxi. Buenos Aires: Teseo.

Grimson, Alejandro (2017). “Raza y clase en los orígenes del peronismo: Argentina, 1945”, Desacatos (55): 110-127.

Groppo, Alejandro. 2001. “Interpreting Vargas and Perón: Representation and Subjectivity in Populist Identification”. European Consortium for Political Research, del 6 al 8 de septiembre, University of Kent, Canterbury.

______. 2009. Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María: EDUVIM.

Halperín Donghi, Tulio. 2000. La democracia de masas. Buenos Aires: Paidós.

Ípola, Emilio de. 1987. Ideología y discurso populista. México: Plaza y Valdes – Folios.

Ípola, Emilio de y Portantiero, Juan Carlos. 1981. “Lo nacional-popular y los populismos ‘realmente existentes’”. Controversia año ii, (14): 11-14.

James, Daniel. 1990. Introducción a Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina. 1946-1976, 7-11. Buenos Aires: Sudamericana.

Laclau, Ernesto. 1978. Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo. Madrid: Siglo XXI.

______. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Loraux, Nicole. 2006. “De la amnistía y su contrario”. En Usos del olvido. Yosef Hayim Yerushalmi et al., 27-51. Buenos Aires: Nueva Visión.

Melo, Julián. 2007. “¿Dividir para reinar? La política populista en perspectiva federal”. Revista SAAP: Sociedad Argentina de Análisis Político 3 (1): 103-122.

______. 2009. “Fronteras populistas: populismo, federalismo y peronismo entre 1943 y 1955”. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.

______. 2013. “El jardinero feliz: sobre populismo, democracia y espectros”. Las Torres de Lucca (2): 21-45.

Nállim, Jorge. 2014. Las raíces del antiperonismo. Orígenes históricos e ideológicos. Buenos Aires: Capital Intelectual.

O’Donnell, Guillermo. 2011 [1972]. “Un ‘ juego’ imposible: competición y coaliciones entre partidos políticos en Argentina, 1955-1966”. En Modernización y autoritarismo, 203-243. Buenos Aires: Paidós.

Rabossi, Eduardo. 2006. “Algunas reflexiones… A modo de prólogo”. En Usos del olvido, Yosef Hayim Yerushalmi et al., 7-11. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rancière, Jacques. 2007. El desacuerdo. Política y filosofía. Buenos Aires: Nueva Visión.

______. 2009. El reparto de lo sensible. Estética y política. Santiago de Chile: LOM.

Ricoeur, Paul. 2013 [2000]. La memoria, la historia, el olvido. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Sabato, Hilda, Marcela Ternavasio, Luciano de Privitellio y Ana Virginia Persello. 2011. Historia de las Elecciones en la Argentina. 1805-2011. Buenos Aires: El Ateneo.

Scoufalos, Catalina. 2007. 1955. Memoria y resistencia. Buenos Aires: Biblos.

Sigal, Silvia y Eliseo Verón. 2003 [1986]. Perón o muerte. Los fundamentos discursivos el fenómeno peronista. Buenos Aires: Eudeba.

Spinelli, María Estela. 2005. Los vencedores vencidos. El antiperonismo y la “revolución libertadora”. Buenos Aires: Biblos.

______. 2013. De antiperonistas a peronistas revolucionarios. Las clases medias en el centro de la crisis política argentina (1955-1973). Buenos Aires: Sudamericana.

Svampa, Lucila. 2016. La historia en disputa. Memoria, olvido y usos del pasado. Buenos Aires: Prometeo.

Tcach, César. 2003. “Golpes, proscripciones y partidos políticos”. En Nueva Historia Argentina. Tomo 9. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976), dirigido por Daniel James, 12-62. Buenos Aires: Sudamericana.

Torre, Juan Carlos y Elisa Pastoriza. 2002. “La democratización del bienestar”. En Nueva Historia Argentina. Tomo 8, Los años peronistas (943-1955), dirigido por Juan Carlos Torre, 257-312. Buenos Aires: Sudamericana.

Žižek, Slavoj. 2003. “Che vuoi?”. En El sublime objeto de la ideología, 125-175. Buenos Aires: Siglo XXI.

*Este trabajo fue desarrollado dentro del marco del Proyecto de Investigación “Figuras del olvido. Amnistías, indultos y reconfiguraciones identitarias durante la segunda mitad del siglo xx en la Argentina”, que está bajo mi dirección y la codirección de Virginia Morales en la Universidad Nacional de Villa María. Agradezco a Sebastián Barros y Sebastián Giménez por los comentarios y las sugerencias realizados a una versión preliminar de este texto.

[1]El 6 de septiembre de 1930, el segundo mandato presidencial de Hipólito Yrigoyen fue interrumpido por un alzamiento militar que dio inicio a lo que se conoce como la “restauración conservadora y década infame”, proceso que finalizó con otro alzamiento militar, cuando el 4 de junio de 1943 fue derrocado el Gobierno fraudulento de Ramón Castillo. Dentro de aquel alzamiento cobraría centralidad Juan Domingo Perón, quien fue derrocado en su segundo mandato constitucional consecutivo en septiembre de 1955.

[2]Sobre el particular, véase Dawyd (2012).

[3]Al respecto, véase también Barros y Castagnola (2000).

[4]Véanse Aboy Carlés (2010; 2014; 2019); Barros (2006; 2019); Ípola (1987); Ípola y Portantiero (1981); Germani (1962; 2003 [1978]); Groppo (2001; 2009); Laclau (1978; 2005); Melo (2007; 2013), entre otros.

[5]Todos fueron términos despectivos que peronistas y antiperonistas usaron para denostar a su “otro”. Las expresiones “descamisado” (en oposición a “encamisado”) y “cabecita negra” (frente a “blanco”) guardan especial vínculo

con estigmatizaciones clasistas y racistas que surgieron desde el arco antiperonista para descalificar a los protagonistas del 17 de octubre. Como lo ha precisado Alejandro Grimson (2017), aunque “muchas de las fotos del 17 de octubre muestran concurrentes con saco, con camisa y en camiseta, incluso en la más famosa, con los hombres que descansan sus pies en el agua de la fuente de Plaza de Mayo, el término ‘descamisado’ se torna posible porque remarca la diferencia, la generaliza y homogeneíza [sic] a los participantes de la movilización como pobres, que ignoran el estilo urbano y no siguen las reglas de etiqueta. Es una sinécdoque similar a la que se produce con ‘cabecitas negras’: una parte despreciada y más fácilmente estigmatizable para la sociedad establecida, según sus criterios jerárquicos, se pretende que represente al todo heterogéneo” (Grimson 2017, 114). Por otra parte, el término “gorila” designa de manera despectiva a quienes tienen una postura antiperonista. En el léxico político colombiano (desde la segunda mitad del siglo xx al presente), podría traducirse como “godo”.

[6]Al respecto, nos remitimos a Laclau (2005) y Žižek (2003).

[7]Al respecto, Ípola (1983) abrió una línea de debate, donde puso en cuestión las miradas que se centraban solo en el discurso de Perón. Esta problemática puede seguirse en Sigal y Verón (1986), Groppo (2009) y Melo (2009). Este último autor ha problematizado, aún más, la misma relación entre emisor y receptor, planteando que el propio Perón era emisor y receptor de su discurso.

[8]En los últimos años se comenzó a construir una tradición de estudio que toma al antiperonismo como objeto. Entre algunos de ellos podemos mencionar a Baschetti (2013); Beraza (2010); Castillo (2016); Ferreyra (2015; 2016); García Sebastiani (2005; 2006); Nállim (2014); Spinelli (2005; 2013), entre otros. De nuestra autoría, véase Azzolini (2010; 2018).

[9]Sobre la relación que planteamos entre espacio y tiempo en los procesos identitarios, véase Azzolini y Giménez (2019).

[10]Quien, tras el derrocamiento de Perón, asumió como presidente provisional, acompañado por el almirante Isaac Rojas en la vicepresidencia. Ambos fueron actores clave de la sublevación, aunque tenían posiciones distintas dentro del abanico antiperonista. De hecho, Lonardi sería sustituido por el general Pedro Eugenio Aramburu el 13 de noviembre de 1955, mientras que Rojas continuó en su cargo hasta que Arturo Frondizi asumió como presidente constitucional en

1958. El apartamiento de Lonardi tuvo como finalidad radicalizar el carácter antiperonista del Gobierno provisional.

[11]"Resistencia" es el nombre que recibió la reacción defensiva que inició el peronismo tras el golpe de 1955. Sobre el particular, véase James (1990).

[12]Aunque los disparadores fueron la designación de Clemente Villada Achával como "secretario de asesoramiento" y el intento de desdoblar el Ministerio del Interior y Justicia.

[13]La Junta, también replicada en Juntas Provinciales, contaba con representantes de todo el arco partidario, excepto del Partido Comunista. Su finalidad fue contrarrestar el peso del lonardismo durante el primer Gobierno provisional.

[14]Sobre el particular, véanse las obras sobre el período previamente referenciadas.

[15]Ciertamente, no tuvo el mismo carácter en los Gobiernos de Lonardi y Aramburu.

[16]Promulgado en marzo de 1956 y vigente hasta 1964, prohibía toda simbología peronista, condenando con penas de prisión a quienes usaban "ideológicamente" los nombres Eva o Perón, entonaran la marcha peronista, la utilización de fotografías, etc.

[17]El concepto de amnistía está vinculado a la necesidad de pacificación social. Al respecto, por ejemplo, Ricoeur sostuvo que "la amnistía se pronuncia sobre graves desórdenes políticos que afectan la paz social —guerras civiles, episodios revolucionarios, cambios violentos de regímenes políticos— violencia que, supuestamente, la amnistía interrumpe" (Ricoeur 2013 [2000], 578).

[18]Expresión que también era usada en los considerandos del decreto de amnistía.

[19]Discurso pronunciado por el general Eduardo Lonardi al prestar juramento ante el pueblo de la República, Cuidad de Buenos Aires, 23 de septiembre de 1955. Sobre el particular, véase Lonardi (1958).

[20]El discurso de Frondizi, para La Prensa, no podía considerarse "como uno de los mensajes anuales con que el ciudadano que desempeña el Poder Ejecutivo inaugura las sesiones del Congreso". En esa ocasión se estaba hablando del

“primer acto oficial” con el que se cumplía, “después de quince años, el retorno al pleno vigor de la Constitución Nacional”. Por eso, “probablemente, ningún mensaje anterior” había “sido escuchado por el pueblo argentino con mayor interés” (La Prensa 2 de mayo de 1958, 12). Por su parte, para La Nación, el mensaje tenía “una trascendencia” que excedía “a la importancia, ya grande, de un programa de acción gubernativa”. En dicha ocasión, el discurso de Frondizi asumía “el valor de un hito indicativo del comienzo de una nueva etapa” (La Nación 2 de mayo de 1958, 6).

[21]Dicho proceso, ciertamente, aparejó reconfiguraciones en ambos espacios identitarios y, por ende, resignificaciones en los modos con los que desde ellos se definió dicho antagonismo. Por cuestiones argumentales y de extensión, aquí no abordamos el antagonismo como tal, como tampoco los distintos modos de intervención sobre el mismo o el contexto general; solo nos limitamos a presentar cómo el Gobierno de Frondizi intervino en aquellas disputas de sentidos.

[22]Sobre el particular, véanse Barros (2002; 2006) y Scoufalos (2007).

[23]De hecho, ese fue el primer proyecto que elevó a través de la Cámara de Diputados.

[24]Documento Ley 14.436, mayo, 22 de 1958.

[25]El mensaje estaba firmado por Arturo Frondizi y el ministro del Interior, Alfredo Vítolo.

[26]Un año antes de ser elegido presidente, Frondizi había respondido en una entrevista de la revista Qué sucedió en 7 días: “Debemos impedir que se abra una zanja que divida a los argentinos. Más allá de las disidencias ideológicas, debemos recordar que somos y seguiremos siendo hermanos” (Frondizi 2012b, 54).

[27]Sobre la noción de frontera, nos remitimos a Aboy Carlés (2003).

[28]Sobre el particular, véase Azzolini (2019a).

[29]La “perspectiva de la tradición” es una de las dimensiones que Aboy Carlés ha establecido para estudiar la constitución de las identidades políticas. En sus palabras, “[t]oda identidad se constituye en referencia a un sistema temporal en

el que la interpretación del pasado y la construcción de un futuro deseado se conjugan para dotar de sentido a la acción presente” (2001, 68).

[30]El 12 de noviembre de 1956, ante la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical, reunida en la ciudad de Tucumán, Frondizi aceptó públicamente encabezar la candidatura presidencial. En dicha ocasión, pronunció un discurso en el que expuso algunos de los elementos que retomaría cuando asumió la presidencia ante la Asamblea Legislativa Nacional. Destacando la función histórica que se le atribuía al partido, Frondizi había dicho que “el radicalismo no se conformaba con ser una afirmación nacional. Es también una afirmación popular, porque partimos de aquel viejo concepto: del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Esta concepción popular nos une con nuestro pasado histórico, nos permite no equivocarnos en el presente y nos asegura la posibilidad de proyectarnos hacia el futuro” (2012b, 41).

[31]Para una reconstrucción de la posición de peronistas y antiperonistas en relación con la trascendencia que planteaba Frondizi y sobre el olvido como condición de imposibilidad, véase Azzolini (2019a; 2019b). Aquí, según señalamos al comienzo de este apartado, nos circunscribimos a presentar cómo el Gobierno de Frondizi intervino en las disputas de sentidos marcadas por el antagonismo entre peronistas y antiperonistas.

5

Símbolos y tradiciones en la militancia de La Cámpora:

un análisis de los desplazamientos identitarios del peronismo durante el kirchnerismo

Aarón Attias Basso

Visión histórica, que es ese contrapunto o tejido entregado por la imago, por la imagen participando en la historia José Lezama Lima, Mitos y cansancio clásico (2017, 57)

Presentación

El peronismo constituye la principal identidad política de la Argentina de los últimos setenta años, pero es una identidad que no se sujeta a principios doctrinarios ni programáticos rígidos, sino que ha ido fluctuando con el paso de las décadas a medida que distintos actores lograron la conducción del movimiento peronista. En los últimos años, uno de los sectores más relevantes al interior de este movimiento ha sido el kirchnerismo, que lleva en su núcleo a organizaciones militantes como la que aquí estudiamos. En este capítulo, el peronismo se indaga como una tradición política apropiada y resemantizada por organizaciones militantes, tradición que brinda un conjunto de símbolos históricos mediante los cuales dichas organizaciones dotan de sentido al presente.

Ahora bien, esta apropiación del peronismo como tradición no es una mera reproducción, sino que implica un uso creativo de la misma, en el que algunos símbolos pasan a primer plano (como la imagen de Perón, por ejemplo) y otros quedan prácticamente fuera de escena (como sucede con el escudo justicialista).

Además, en las expresiones simbólicas observadas, se vuelve visible una de las maneras en que se manifestó la disputa en torno a la tradición peronista en las últimas décadas, a saber, la distinción o el igualamiento entre kirchnerismo y peronismo.

El trabajo hace parte de una investigación mayor,[1] que busca realizar aportes a los estudios que exploran los vínculos entre procesos populistas y movimientos políticos, como los de Aslanidis (2017), Quiroga (2017) y Schuttenberg (2014). Entendiendo la lucha por la definición de las identidades como constitutiva de la política, este texto se enfoca en la forma en que los sujetos —en especial, aquellos militantes provenientes de la tradición peronista— llevan adelante una apropiación de símbolos en sus prácticas políticas.

Las preguntas que en estas líneas nos interesan pensar son: ¿qué presencia tiene la tradición peronista en la identidad de los militantes de La Cámpora? ¿Qué símbolos del peronismo ocupan el centro y cuáles la periferia? ¿Qué elementos resultan novedosos de esta configuración identitaria en particular?

Para responderlas, se propone un trabajo en cuatro pasos: en el primero, se describe a La Cámpora como una organización militante en el contexto de las movilizaciones del 24 de marzo. En el segundo, se plantean coordenadas teóricas para el estudio de la constitución de identidades. En un tercer momento, se conceptualiza al peronismo como una tradición y al kirchnerismo como una de sus torsiones identitarias. Finalmente, se presenta un análisis de los símbolos que utiliza La Cámpora en estas movilizaciones, focalizándonos en la pregunta por los modos de apropiación de la tradición peronista.

El análisis que aquí se despliega se construyó a partir de dos observaciones participantes realizadas en 2018 y 2019 en las movilizaciones del 24 de marzo, día en el que en Argentina se conmemora a las víctimas del terrorismo de Estado llevado a cabo por la dictadura de 1976.[2] Estas observaciones fueron complementadas con entrevistas, en las que se indagó por los sentidos que los actores atribuyeron a los símbolos observados.

Con el cuidado de no hacer un registro acrítico de los discursos, las decisiones metodológicas apuntaron a efectuar un registro analítico de los testimonios de los y las militantes, sin cubrir insuficiencias en la descripción con interpretaciones del investigador, y buscando no hablar de los actores sin contemplar el modo en que ellos mismos conciben su propia práctica (Bazin

2017). Así, los símbolos que aquí tratamos fueron seleccionados a partir de las observaciones; su lectura se basa en los sentidos en torno a ellos que manifestaron los militantes a quienes entrevistamos.[3]

Al hablar de "símbolos", nos referimos a aquellos elementos que condensan creencias, representaciones y valores considerados axiomáticos por el conjunto que lo porta. El símbolo está orientado a la acción, a la vez que requiere una pragmática, y no hay uso que no tenga impacto sobre sus sentidos. Todo uso —al igual que su soporte (material) y los rituales en los que se lo hace circular (y se actualiza)— está enmarcado y delimitado por la historia de sus usos y la memoria que en torno a ellos se ha construido entre quienes están destinados a portarlos y observarlos. Entonces, el soporte material, los contextos y los sujetos que realizan la acción son tres elementos de importancia a la hora de analizar expresiones simbólicas en un conjunto social determinado.[4]

Uno de los momentos en que los símbolos aparecen con más intensidad, volviéndose particularmente visible esta acción de ponerlos en acto, es en los rituales.[5] Y en el caso de la organización que aquí se analiza, las movilizaciones son uno de los rituales de mayor importancia.

Por su parte, los principales soportes de los símbolos estudiados fueron seleccionados por ser herramientas expresivas con las que se produce una movilización, como las camisetas, las banderas y los instrumentos de percusión, entre otros. Dichos soportes son superficies en las que se materializan los símbolos y cuya observación nos permite reconstruir los sentidos, en particular en referencia al modo de resemantización del peronismo, que lleva adelante esta organización militante.

La atención está puesta entonces en los símbolos a los que apelan los y las militantes para nombrarse[6] en uno de los principales rituales en que estos se ponen en acto, para así avanzar en nuestra comprensión del modo en que los actores construyen y presentan públicamente su identidad. Los símbolos nombran lo común, son elementos centrales para la constitución de identidades, y abren una puerta para comprender modos en que las tradiciones operan en su interior.

La movilización del 24 de marzo desde La Cámpora

La Cámpora nace en el año 2006, de la mano de un grupo de personas que provenían de agrupaciones de derechos humanos, de la militancia territorial y universitaria, agrupaciones de izquierda y, en menor medida, del peronismo (Flax 2016; Vázquez y Vommaro 2012). Es una organización creada desde el Estado, para funcionar como fuerza de apoyo propia de los Gobiernos kirchneristas,[7] como nexo directo entre estos y la sociedad. En pocos años, esta agrupación política logró un despliegue por todo el territorio nacional y progresivamente sus cuadros ocuparon espacios de poder en el Estado durante los períodos de Gobierno de Cristina Fernández (2007-2015).

Su posición política ha sido estable a lo largo de los años. Puede resumirse en un alineamiento invariable en la conducción que ha hecho Fernández, tanto durante su presidencia como en su rol de oposición. El discurso de la organización se traslapa con mínimas diferencias del que se construyó desde el poder en los Gobiernos kirchneristas, sin establecer una distancia crítica ni una agenda propia que pueda generar tensiones entre la conducción de la organización y la de Cristina Fernández.[8] Durante la presidencia de Mauricio Macri (2015-2019) se ubicó en la oposición, sin tejer alianzas con este Gobierno —como sí sucedió en el caso de otras organizaciones militantes, como el Movimiento Evita (Longa 2009)—. En este contexto, las marchas anuales del 24 de marzo constituyeron un momento de gran visibilidad, en el que pudieron expresar su rechazo de manera colectiva —y no solo mediante declaraciones de sus dirigentes—, a la vez que mostrar su poder de convocatoria.

Esta movilización constituye un ritual, que puede pensarse como obligatorio para quienes militan en La Cámpora y que es particularmente significativo por un conjunto de cuestiones: lo primero que puede notarse es su extensión, pues durante 7 horas se recorre un trayecto de 25 kilómetros que separa la antigua Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) de la Plaza de Mayo, en la ciudad de Buenos Aires, convirtiendo a la marcha en una verdadera procesión que demanda un sacrificio físico de los y las militantes, una acción que deja huellas en los cuerpos movilizados.

En segundo lugar, la importancia de la movilización se observa en el sentido político que este recorrido pone en acto. La ESMA fue un centro de detención y tortura durante la última dictadura (1976-1983), luego convertido en "Espacio de memoria y derechos humanos" desde el día 24 de marzo de 2004, cuando

Kirchner hace un gesto fundacional de su política de derechos humanos, al bajar los retratos de los genocidas que estaban ubicados en su interior y declarando, en un discurso, que “a los que hicieron este hecho tenebroso y macabro de tantos campos de concentración, como fue la ESMA, tienen un solo nombre: son asesinos repudiados por el pueblo argentino”.[9] Este acontecimiento aparece de manera recurrente en las entrevistas, en medio de relatos cargados de emociones.

En referencia al lugar de destino de la movilización, la Plaza de Mayo es uno de los epicentros de la política argentina, y el espacio en el que las Madres de Plaza de Mayo hicieron sus rondas de protesta desde 1977 hasta 2006, cuando después de 1500 protestas realizadas a lo largo de 25 años, decidieron desistir, declarando que “ya no hay un enemigo en la Casa de Gobierno”.[10]

El tercer punto para resaltar es que este recorrido habilita la distinción clara de quienes se enmarcan dentro de la conducción de Cristina Fernández, pues la gran mayoría de los que se movilizan —organizaciones de derechos humanos, partidos de izquierda, organizaciones peronistas no kirchneristas, sindicatos y la Unión Cívica Radical— lo hacen directamente en la Plaza de Mayo.[11]

La cuarta cuestión que hace a estas movilizaciones particularmente significativas es que los derechos humanos son una de las signaturas de los Gobiernos kirchneristas, un punto nodal en la constitución de su identidad.

Finalmente, el quinto punto a resaltar es que las marchas de los años 2018 y 2019, que aquí se analizan, tuvieron lugar en un contexto de oposición al Gobierno de Macri, una de cuyas primeras características fue el ataque a la política de derechos humanos de los Gobiernos kirchneristas.[12]

El pueblo y lo simbólico

En La razón populista, Ernesto Laclau argumenta que la constitución de una identidad popular se produce cuando una parcialidad logra ubicarse en el lugar de la totalidad de una comunidad. Esto es posible mediante dos operaciones: la primera es bien conocida y sigue los principios del estructuralismo, a saber, la construcción de una otredad, mediante la definición de aquellos que no pueden

ser legítimos partícipes de la comunidad. La segunda —que quizás ha sido menos atendida por quienes utilizan a Laclau como principal referente teórico— es la identificación entre las parcialidades con un principio de identidad que, en palabras del autor, “requiere, desde luego, una expresión simbólica positiva” (Laclau 2005, 108).

En este proceso, la demanda, entendida como un reclamo al orden establecido, constituye la unidad mínima de análisis (p. 98). Cuando una serie de demandas permanecen insatisfechas, se abre la posibilidad de que estas se agrupen entre sí, lo que genera una articulación hegemónica. Esto se produce mediante un tendencial vaciamiento de la particularidad de una de estas demandas, de modo tal que pueda funcionar como representación para todas las demás. El resultado de la operación a través de la cual se logra la universalidad es siempre parcial, inestable y provisoria, pues algo toma el lugar de lo universal, modificándose en el proceso, pero sin nunca lograrlo de manera plena y estable. Los símbolos son, justamente, una representación de la positividad de las identidades, a su vez compuestas por una multiplicidad de demandas; son el modo en que estas se dan un nombre y se estabilizan.

Para Laclau, solo así puede constituirse un sujeto popular, con capacidad de desafiar un estado de cosas. Pues, de otro modo, las demandas que lo componen siguen desarticuladas, mantienen su particularidad y, por ende, son pasibles de ser tratadas como demandas institucionalmente resolubles, no amenazantes. La potencia de este sujeto colectivo reside en un conjunto de demandas expresadas de manera simbólica y articuladas de tal modo que no puedan ser atendidas individualmente, que no puedan ser resueltas por la institucionalidad existente, sino que la realización de una de ellas se erige en la condición para la realización de todas las demás.

Cuando a esto se suma la existencia de una determinada “superficie de inscripción”, que incluye un llamado a “los de abajo” que desborda los canales institucionales para la representación, estamos frente a una articulación populista; esto es, una articulación que potencialmente puede poner en jaque la institucionalidad y abrir nuevas posibilidades de transformación social.[13]

La representación de demandas heterogéneas, que tienen en común la oposición a un elemento antagonista —y, por lo tanto, externo a todas ellas—, no puede llevar adelante la expresión de un rasgo positivo de manera directa, sino que “como lo que hay que expresar es una negatividad irreductible, su representación

tendrá necesariamente un carácter simbólico" (Laclau 2006, 8). Recordemos que en este planteo, toda unidad entre elementos heterogéneos es nominal, lo que no implica una negación de la materialidad, sino un modo de señalar que esta se produce en simultáneo a la operación de nombrar (de dotar de un nombre, una expresión simbólica positiva).

Entonces, en tanto que, para Laclau (2005), la representación de una negatividad irreductible de demandas heterogéneas es una operación simbólica, resulta imposible escindir la política de la creación de símbolos. Producir "lo político" es producir los símbolos a partir de los cuales se materializan las identidades populares y los sujetos de la lucha política. La presencia de un elemento simbólico es necesaria, pero el modo en el que se produce —su "encarnación"— es contingente. Este escrito toca uno de los modos (contingentes) en los que se produce la (necesaria) operación de creación de símbolos.

Hasta aquí se han resumido las bases generales para el análisis de las identidades de los colectivos militantes; ahora es importante hacer algunas precisiones respecto de las identidades políticas y populares. En tal sentido, resultan elocuentes los aportes de Gerardo Aboy Carlés, para quien las identidades políticas son "prácticas sedimentadas configuradoras de sentido que definen orientaciones gregarias de la acción a través de un mismo proceso de diferenciación externa y homogeneización interna" (2001, 64). Vemos que el autor enfatiza en la práctica, en la producción de sentido —dentro de conjuntos sociales relativamente homogéneos— y en la construcción de límites que los distingan de otros.

Estos elementos de las identidades políticas pueden presentarse analíticamente a partir de tres dimensiones: la primera es la construcción de alteridad, la operación hegemónica de producción de límites con otras identidades con las que se antagoniza; la segunda es la representativa, es decir, la articulación discursiva de las identidades a su interior, que el autor presenta como abierta e inacabada; la tercera dimensión es la tradición, que introduce un elemento diacrónico.

Aboy Carlés afirma que toda identidad se construye sobre una cierta lectura del pasado, una "reconstrucción épica", obteniendo una legitimación tradicional de su acción en el presente y su proyección hacia el futuro. Entonces, las identidades se constituyen como modos de dotar al presente de un sentido compartido, lo que en parte se logra mediante la rearticulación de luchas

pretéritas en función de los objetivos y las necesidades del presente; la referencia al pasado aparece como medio de legitimación y reforzamiento de estos objetivos y necesidades.

Como puede verse, las dos primeras dimensiones señaladas por Aboy Carlés se encuentran perfectamente en línea con la perspectiva de Laclau como la resumimos previamente, pero la tercera subraya otros elementos que resultan en particular relevantes para nuestros fines, dado que nos ocupa el peronismo como tradición en devenir a partir del análisis de una organización militante.

Esta comprensión de las tradiciones puede complementarse con algunas reflexiones desde Eric Hobsbawm, quien las define como

> […] un conjunto de prácticas normalmente regidas por reglas aceptadas de forma explícita o implícita y de naturaleza ritual o simbólica, que tiene por objeto inculcar determinados valores y normas de conducta a partir de su reiteración, lo que automáticamente implica la continuidad con el pasado. (1990, 97)

Las tradiciones fortalecen la cohesión de un grupo mediante un elemento crucial, "la invención de signos con una gran carga emocional y simbólica, representativos de la condición de integrante o miembro" (p. 104). Es decir que introducen al sujeto a un modo de actuar, pensar y sentir propio de un grupo que se encuentra históricamente legitimado y simbólicamente representado. Esta definición aporta elementos rituales y simbólicos que son claves para los fines de este capítulo, en el que el estudio de las identidades está basado en el análisis de símbolos puestos en acción en un contexto ritual.

Finalmente, una identidad política será asumida como "popular" cuando se defina a sí misma como una parte del pueblo, una plebs o los menos privilegiados, que en nombre de un daño infringido se presenta como representante legítima del populus o del todo comunitario, en oposición a un sector considerado "antipueblo", que constituye el responsable de su exclusión como partícipe pleno de la sociedad (Barros 2013). El sector con el que se antagoniza será entonces, simultáneamente, su condición de posibilidad (al funcionar como límite identitario) y de imposibilidad (aquel que impide su

realización plena) (Laclau 2000, 68).

El peronismo como tradición

Una de las investigaciones más renombradas dentro de lo que podríamos llamar un “enfoque cultural” del peronismo es la de Mariano Ben Plotkin (1993), quien hace una lectura de los símbolos, los rituales y la política educativa de los años peronistas. El argumento central de Plotkin es que gran parte del apoyo del Gobierno de Perón se debe al montaje de un aparato de propaganda para el engrandecimiento de su figura.

El autor se monta sobre el postulado de Clifford Geertz, según el cual el concepto weberiano de carisma se habría psicologizado, en tanto que se usa exclusivamente para hacer referencia a las cualidades extraordinarias de los líderes políticos. Ante esto, afirma Geertz, es preciso remitirlo tanto a las personas que ejercen el poder como a los centros que estas ocupan, y a los lugares en que, en una sociedad determinada, “se concentran los actos importantes” (Geertz 1994, 148). Estimamos por demás acertada la reflexión de Geertz, pero no así el uso que Plotkin hace de la misma, al sostener que el carisma puede ser creado por la propaganda (Plotkin 1993, 156). Este argumento tiende a perder el equilibrio que reclama Geertz, pues exagera la capacidad del Estado de generar consenso y retrata a las personas de carne y hueso casi como superficies sobre las que el aparato propagandístico puede proyectar una imagen que se les sobreimponga, lo que garantizaría de ese modo la manipulación de “las masas”.[14]

En su análisis, Plotkin presenta al discurso peronista como algo cerrado en su interior e impuesto a las masas mediante la propaganda. En contraste, resulta relevante traer a colación la lectura de Alejandro Groppo (2009), quien propone una interpretación del peronismo como un proceso dinámico, cuya irrupción constituye la emergencia de “lo heterogéneo”,[15] que redefine los márgenes del discurso político y, por lo tanto, disloca las identidades políticas, con lo que se relocaliza a los sujetos en un nuevo marco discursivo.

En su artículo “El populismo y lo sublime”, Groppo (2004) analiza el modo en

que el peronismo fue presentado por sus opositores como un movimiento abyecto y monstruoso, un agente del caos y un catalizador de la violencia, tanto desde el racionalismo filosófico de los socialistas como desde el racionalismo económico de la Unión Industrial Argentina.[16] El peronismo es expuesto, por los opositores, como heterogéneo al orden político existente, como un resto irrepresentable que solo puede aparecer dentro de este orden como una monstruosidad y su obra como desarreglo o perversión de una sociedad previamente ordenada. En este esquema, el peronismo solo puede existir a partir de su control de los medios para sostener su manipulación masiva, a través de la producción de símbolos, entendidos como armas propagandísticas diseñadas para la dominación.

En contraposición, en este capítulo se propone una comprensión de los símbolos centrada en el uso que hacen de ellos los colectivos militantes, uso que muestra una apropiación creativa que responde a su propia manera de ver el mundo y hacer política. Entonces, si el peronismo no es una identidad cerrada y homogénea, sino siempre en obra, atravesada por alteridades y habitada en su interior por tensiones y disputas de sentido, de lo que se trata es de atender los modos en los que se reproduce el sentido al interior de las identidades políticas.

El peronismo opera como un discurso, es decir, un conjunto de "reglas que rigen juegos de lenguaje" (Laclau 2011, 284), pero que está constituido por las distorsiones, transformaciones y subversiones que se producen en la implementación de estas reglas. El peronismo aparece así como un significante, que siempre ha requerido de un "apellido" o una adjetivación, para ser nombrado. El peronismo siempre es "peronismo" y algo más, sea esto "de izquierda", "de Perón", "racional" o adjetivado por los nombres de la dirigencia que lo encabeza: peronismo "kirchnerista", "duhaldista", "menemista", entre otros. En este sentido, el trabajo de Alejandro Grimson ha contribuido a comprender el carácter diverso de los procesos políticos y la necesidad de entender los fenómenos en sus contextos específicos, ajustando las categorías en cada caso. El autor nos recuerda que "ni el peronismo, ni el comunismo, ni el liberalismo son una cosa, sino que han sido diferentes cosas" (Grimson 2019, 14).

Nacido en el vértigo de las luchas políticas de la década de los cuarenta, Perón se ocupó desde su primera presidencia de dotar a su movimiento de una identidad que perdurase en el tiempo (Altamirano 2002). No obstante, el carácter movimientista del peronismo y su tendencia policlasista y multisectorial hacen

de este un espacio posible de ser habitado por las posiciones más disímiles. El desarrollo del peronismo se da en simultáneo con una profusa creación de imágenes y narraciones, como el escudo justicialista, las movilizaciones del 17 de octubre de 1945, la muerte de Eva Duarte en 1952, y el fusilamiento de José León Suárez en 1956, el asesinato de José Ignacio Rucci en 1973 y la muerte de Néstor Kirchner en 2010. El devenir del peronismo puede hilvanarse con una concatenación de imágenes no solo diversas, sino también contradictorias y en pugna.[17]

El uso de unos símbolos del movimiento por encima de otros es uno de los modos para acentuar públicamente una lectura del peronismo. Por ejemplo, a medida que la resistencia peronista se fue volviendo más virulenta, el uso del escudo justicialista fue progresivamente abandonado en las organizaciones armadas peronistas durante los años setenta, para dar lugar a la estrella federal (Adamovsky y Buch 2016).

Así, pensar el peronismo como una tradición política es particularmente difícil, porque dentro de este movimiento no hay una lectura dominante acerca de qué significa ser peronista, sino que se encuentra en permanente disputa y se transmuta (y no necesariamente se trasvasa)[18] a lo largo de las décadas. Como ya se dijo, el dinamismo de las identidades es característico de cualquier conjunto social, pero se manifiesta de manera particularmente pronunciada en el peronismo; y si nos remitimos a la década de los setenta, el dinamismo del peronismo resulta verdaderamente trágico, pues condujo a la muerte de peronistas a manos de peronistas. En definitiva, todo análisis de una identidad política que se inscriba en una tradición política requiere de un énfasis en la historicidad de la construcción de ese colectivo.

En el caso de las organizaciones militantes, decir que “peronismo” es el nombre que se da una colectividad compuesta de elementos heterogéneos, implica rechazar su interpretación como una entidad dotada de una esencia respecto de la cual podría definirse una normalidad y sus desviaciones. No podría existir algo llamado “peronismo” si no constituyese un marco de intelección y de afección común para quienes se asumen sus integrantes; pero los principios que componen este marco son en parte observados, en parte estratégicamente utilizados y en parte transgredidos por estos mismos integrantes. A la vez, la particularidad de quienes se consideran peronistas no queda borrada por integrar este colectivo, como tampoco dejan de estar en pugna con otros grupos, dentro y fuera del peronismo. En menos palabras, el peronismo es objeto de

apropiaciones y estas son, en muchos casos, estratégicas; el nombre orienta la práctica, pero no la determina.

Aquí se presenta una visión del peronismo como una tradición política estratégicamente apropiada por organizaciones militantes, la cual brinda a este conjunto social símbolos históricos —imágenes y narraciones— que dotan de inteligibilidad al presente. Así, los y las militantes llevan adelante una resemantización del peronismo en sus prácticas políticas, en diálogo con las necesidades del presente. Dado que es muy vasto el número de elementos que podrían englobarse dentro de la tradición peronista, y muy heterogénea su composición, es preciso tener claro que lo que aquí nos convoca es una de esas torsiones del peronismo, aquella llevada adelante por La Cámpora, que puede comprenderse como parte de un conjunto mayor con el que no siempre será posible una armonización sin disonancias. Estamos ante una lectura particular del peronismo, pero no necesariamente compartida por todos aquellos que se reconocen como peronistas.

Conviene detenernos un momento en la relación entre kirchnerismo y peronismo, dado que, como veremos, no ha sido sin conflictos. En la cultura política argentina, es común la formación de neologismos con base en los apellidos de quienes lideran un espacio político, como “menemismo”, “kirchnerismo” o “macrismo”. Su utilidad radica en enfatizar la adhesión a la figura del conductor, dejando en un segundo plano los principios ideológicos.

Los Gobiernos kirchneristas tuvieron una relación tensa con importantes sectores del movimiento peronista y con figuras relevantes de la clase política argentina, tales como antiguos miembros del ejecutivo nacional, gobernadores y sindicalistas del más alto nivel. Muchos de estas figuras se referían al Gobierno de Cristina Fernández como no peronista, algo que también sucedía en los medios de comunicación. Claramente, la expresión buscaba achicar su representatividad e instigar fracturas internas, las cuales fueron particularmente visibles a partir de la crisis con productores agropecuarios que encabezaron un cierre patronal (lock-out) en 2008,[19] pero que estaban presentes desde su inicio.

No debe olvidarse que Kirchner, presidente entre 2003 y 2007, fue muy crítico del Partido Justicialista (pj) —que por entonces estaba liderado por Eduardo Duhalde—, al calificarlo de mero “aparato” vacío, plagado de prácticas clientelistas y mafiosas.[20] Por otra parte, tanto durante su gobierno como durante el de Fernández, se buscó la creación y el sostenimiento de frentes políticos

amplios, que incluyeran a otros sectores que no se reconocían como peronistas.[21]

Entonces, en la distinción entre peronismo y kirchnerismo se manifiesta una de las disputas de sentido a las que se hacía referencia previamente. Esta diferenciación sirvió a los peronistas no incluidos en el esquema de poder de Kirchner para deslegitimar a los seguidores de ese Gobierno, elaborando una frontera que protegería el significante “peronismo” de supuestas contaminaciones. Lo que la oposición buscó fue que “kirchnerismo” y “peronismo” se convirtiesen en términos mutuamente excluyentes, de modo tal que pudiesen apropiarse del significante para el desarrollo de sus propias estrategias políticas.[22]

En esta línea también resurge la tesis de la “infiltración” de los años setenta, según la cual los sectores de la juventud revolucionaria no eran “auténticamente” peronistas, sino izquierdistas infiltrados en el peronismo, para hacer uso de su arraigo en el pueblo, con el fin de conducirlo hacia el socialismo (Cucchetti 2013). Estrategia de algún modo pertinente, si tenemos en cuenta que el kirchnerismo se identificó con la generación militante de la década de los setenta desde que tempranamente tomara las banderas de “memoria, verdad y justicia” de los organismos de derechos humanos.

Ahora bien, por otro lado, también vale notar que, hacia el interior del kirchnerismo, la distinción funcionó para quienes encontraban reparos para embanderarse bajo el peronismo, pero no obstante apoyaban la presidencia de Néstor Kirchner y la de Cristina Fernández. Es decir que el surgimiento del kirchnerismo como posibilidad identificatoria aparece como una herramienta de construcción de poder que habilita la incorporación de sectores que habían resistido al menemismo.[23]

Expresiones simbólicas de la militancia

Comenzaremos a responder algunas de las preguntas planteadas al inicio del texto, y presentamos el análisis realizado a partir de las observaciones del trabajo de campo. Para esto, agrupamos las reflexiones en tres núcleos temáticos: el primero gira en torno a los liderazgos, el segundo refiere a la cuestión nacional y

el tercero se centra en el nexo con luchas pasadas que resultan constitutivas de las identidades militantes.

La primera cuestión a apuntar es que esta militancia reproduce el carácter personalista del peronismo, haciendo de los nombres propios de sus líderes el eje de su representación simbólica. Los símbolos más recurrentes y observados, muy por encima de todos los demás, centran la atención en los conductores; son las imágenes de Cristina Fernández, Néstor Kirchner, Eva Duarte y Juan Perón. Dentro de este conjunto, los primeros dos son los que aparecen de manera más iterativa en todas las observaciones, pero la principal protagonista es Cristina Fernández. Su imagen es, en este momento político, el símbolo más potente que haya creado esta organización y con quien muestran una identificación especial, incluso mayor que con las figuras de Néstor, Eva y Perón (véase figura 5.1).


LA CAMPORA
LA CAMPORA

Figura 5.1. Movilización del 24 de marzo de 2018

Fuente: La Cámpora. 2018. "El 24 de marzo en todo el país". https://www.lacampora.org/2018/03/28/el-24-de-marzo-en-todo-el-pais/

El personalismo es una característica del peronismo desde su génesis. Al atender a su construcción simbólica, una de sus particularidades es la presencia de las imágenes de Perón y de Eva en el centro de la escena; quienes los acompañan, ocupan un distante segundo lugar, cuando no desaparecen directamente a la vista de las mayorías (Adamovsky y Buch 2016). Nada de esto quiere decir que Perón tuviera un "lazo directo" con las bases de su movimiento y, menos aún, supone lecturas en torno a la supuesta excepcionalidad de su liderazgo. Por el contrario, como muestran las investigaciones de Rein (2008), tanto los dirigentes del movimiento obrero como las segundas líneas al interior de los partidos de los que se sirvió Perón para gobernar fueron indispensables. Lo que quiero resaltar es cómo, habiendo existido esta enorme tarea de mediación y de construcción colectiva del movimiento, solamente Perón y Eva se hayan "convertido en bandera".[24]

Volviendo al presente, el carácter sobresaliente de la figura de Cristina Fernández tiene una importancia particular, pues funciona para marcar a las organizaciones en el tablero político. Su centralidad en la política argentina de los últimos diez años la convierten en un punto de referencia para la comprensión del modo en el que se estructuran los antagonismos y las identidades políticas, por lo que su imagen en banderas y remeras expresa una posición que no deja lugar para especulaciones. Si hay una agrupación que permanece leal a Cristina, fuera de toda duda y en escenarios muy distintos entre sí, es La Cámpora.

Pero nótese, además, el hecho de que Fernández y Kirchner como dupla dejen en un segundo plano a Eva y Perón. A modo de propuesta interpretativa, creo que existe en los y las militantes una preeminencia del peronismo vivido sobre el peronismo contado. Cristina y Néstor se inscriben en una tradición, están conectados a un pasado que reconocen como propio; lo que sucede en el

presente no constituye una excepcionalidad, pero es el presente quien tiene la voz de mando respecto de la tradición.[25] De nuevo, afirmar que una identidad se inscribe en una tradición no implica considerar esta inscripción como una reproducción pasiva, sino que es preciso iluminar que implica un uso de la misma con base en las necesidades del presente.

Sin lugar a dudas, los líderes del movimiento constituyen un elemento axial en el universo simbólico de los militantes de La Cámpora. Justamente por esto, resulta pertinente regresar a una de las cuestiones que han sido señaladas como una de las deficiencias del enfoque de Laclau. Melo y Aboy Carlés (2014) se preguntan por qué, en su definición del populismo, está ausente la figura de líder, cuando este es considerado central para la formación de una articulación populista. En Laclau no hay una explicación acerca del modo en el que el nombre de un líder se convierte en el elemento de identificación de la unidad de un grupo. Esta crítica es compartida por Martín Retamozo (2014), quien rescata los textos de Emilio de Ípola en torno a la cuestión, para señalar que en los trabajos de Laclau hay elementos faltantes para comprender los modos de producción de esos liderazgos, así como sus condiciones de reconocimiento. La conceptualización laclausiana del líder como superficie de inscripción y significante vacío es, entonces, insuficiente, porque deja de lado el hecho de que el líder también interviene, y lo hace como un enunciador privilegiado, una “referencia singular que ordena el campo de lo decible” (Retamozo 2014, 42). El nombre del líder funciona como modo de representar las demandas articuladas, pero el líder no es solo un nombre, sino también un sujeto activo.

Laclau dedica buena parte de La razón populista —los primeros tres capítulos— a desandar los caminos de la sugestión y la manipulación por los cuales fue tantas veces pensado el liderazgo populista, lo que es de gran valor en términos de construcción teórica; sin embargo, los caminos alternativos que presenta no parecen suficientes. La centralidad del liderazgo personalista, para el caso de La Cámpora, nos indica la necesidad de retomar estos caminos para mejorar su capacidad explicativa.

El segundo núcleo sobre el que quiero detenerme es la dimensión nacionalista. Tres cuestiones observadas contribuyen a afirmar que la cuestión nacional es un elemento central en la identidad política de La Cámpora: la primera es la absoluta preeminencia de los colores patrios en todos los soportes; una mirada desde la altura puede ilustrar que el celeste, el blanco y el amarillo hacen de la cuestión nacional un elemento omnipresente. La segunda es la presencia de

representaciones sobre las islas Malvinas, una causa que agrupa a sectores ideológicamente distantes que apelan al nacionalismo, como el nacionalismo de derecha y corrientes de izquierda antiperonista, pero deja afuera a los seguidores de Mauricio Macri, quien abandonó una política confrontativa de defensa de la soberanía argentina en Malvinas y adoptó una estrategia de acuerdo y cooperación con Gran Bretaña. En el caso de la militancia de La Cámpora, la causa Malvinas enfatiza en los contenidos antiimperialistas del peronismo, que enlazan con el anticolonialismo de las luchas por la independencia y la defensa de la soberanía nacional. Asimismo, los contenidos nacionales también se hacen presentes en representaciones de próceres como San Martín, Juan Manuel de Rosas y Juana Azurduy,[26] figuras particularmente identificadas con la soberanía y la defensa de la patria frente a potencias extranjeras.

Esta lectura del peronismo como fuerza antiimperialista, presente desde la construcción doctrinaria del primer peronismo, bajo la figura de la “tercera posición” (Poratti 2007), es algo sobre lo que enfatizó la militancia de la década de los setenta, tanto la revolucionaria como la sindicalista. Es más, como sostiene Laura Ehrlich (2013), la resistencia peronista se construyó mediante la incorporación de elementos nacionalistas antes de que ingresaran contenidos propios de la izquierda. Más adelante y sobre estas bases, la tendencia revolucionaria propuso al socialismo nacional como el devenir natural de la tercera posición en un nuevo contexto histórico. Así, el peronismo se estructura a partir de los antagonismos de Argentina con los grandes poderes mundiales, frente a los cuales debía mantener una posición de soberanía.

Esos mismos contenidos fueron luego abandonados en la década de los noventa durante el Gobierno peronista de Carlos Menem (1989-1999), quien se apoyó en el carácter pragmático y flexible de este movimiento (Canelo 2011) para alinearse con los países de la Organización del Tratado Atlántico Norte. En los años del kirchnerismo, estos contenidos patrióticos regresaron como modo de combatir a los organismos internacionales de crédito y los fondos de inversión, en nombre de la defensa de la soberanía nacional.[27] De este modo, La Cámpora elabora una frontera con otras posiciones dentro del peronismo, ostentando su patriotismo y su reafirmación de la soberanía de la nación.

Ahora bien, para evitar confusiones en los modos de comprender el peronismo y, por ende, a las organizaciones que militan en su seno, creo que es necesario un breve paréntesis para distinguir analíticamente entre nacionalismo y populismo, para lo cual resulta pertinente la referencia al trabajo de Stavrakakis (2020).

Los movimientos populistas generalmente se desarrollan al interior de un Estado nación, al cual van dirigidos los reclamos y por cuya atención o control se disputa. En las últimas décadas, la mayor parte de los populismos se articularon a discursos nacionalistas; es el caso de Venezuela y de Argentina, pero sobre todo en los llamados "populismos europeos de derecha". No obstante, hay que comprender que esta articulación es contingente, pues son discursos que producen clivajes distintos. Mientras el nacionalismo se centra en la construcción de la nación y provoca una oposición dentro/fuera entre nacionales y extranjeros, el populismo apela a la construcción de un pueblo por medio de la oposición abajo/arriba, distinguiendo a quienes se definen como parte del pueblo y a los que se ubican en la élite, tal como aparece articulado en la tradición nacional popular (Schuttenberg 2014). En el caso de La Cámpora, la presencia de símbolos nacionalistas da cuenta de la importancia que en su interior tiene el discurso nacional; pero esto no debe leerse en clave nacionalista xenófoba, sino como parte del clivaje pueblo/antipueblo, pues se identifica a la nación con el pueblo, a la vez que se construye un antipueblo, contrario a los intereses nacionales, figura encarnada por el Gobierno de Macri.

El tercer núcleo sobre el que quiero detenerme es la presencia de símbolos que establecen relaciones con el pasado y que remiten a la generación de los años setenta: la estrella federal y el pañuelo de Madres de Plaza de Mayo. La estrella federal es un símbolo que conecta a La Cámpora con distintas raíces que, por cierto, no forman un ensamble precisamente armónico, sino a través de una sutura discursiva. Es un símbolo particularmente cargado, por condensar dos momentos de la historia argentina: el federalismo y la resistencia peronista bajo la forma de la lucha armada. Esta estrella de color rojo punzó fue utilizada por el bando federal en el siglo xix. Su reivindicación, para decirlo con la máxima brevedad posible, no es solo la resistencia al centralismo porteño, que en este retrato aparece como liberal y extranjerizante. Reivindicar el bando federal también es posicionarse como continuadores de un conjunto de actores que buscaron la construcción de un modelo de país basado en la defensa de la soberanía frente a las potencias mundiales, en el proteccionismo como eje de la política económica y en el reconocimiento de Argentina como un país con raíces culturales no europeas.

Este símbolo fue ampliamente utilizado por las agrupaciones guerrilleras peronistas de la década de los setenta, que lo prefirieron a la estrella de cinco puntas utilizada por numerosos movimientos de izquierda revolucionaria en todo el mundo.[28] Tanto los Uturuncos a fines de los cincuenta, como las Fuerzas

Armadas Revolucionarias y los Montoneros, diez años después, adoptaron este símbolo, por lo que su uso por parte de las organizaciones militantes contemporáneas puede también ser leído como una reivindicación de las organizaciones militantes de la resistencia a las dictaduras.

Así, para quien milita en La Cámpora, portar la estrella federal —llevarla en su remera, en su bandera o en un bombo— implica incorporarse dentro de una línea histórica de luchas que comenzaron en el siglo xix, que pasa por la lucha armada y que continúa hasta nuestro tiempo. Esta reivindicación de la sensibilidad revolucionaria "de los setenta" también implica una toma de partido al interior del peronismo, en tanto que en ese momento histórico el peronismo se vio dividido entre la tendencia revolucionaria y el ala sindical, sobre la que finalmente se apoyó Perón.

Este punto ya está claramente marcado por el nombre de la organización, así como por el modo en el que es presentado en su logotipo: un facsímil de aquel utilizado en la campaña electoral de Héctor Cámpora en 1973.[29] Su logo consta de una bandera argentina, sobre la que aparece el nombre, con el agregado de una letra V debajo de la P de Cámpora. Las letras PV, en donde la P aparece encima y casi adentro de la V, es la resignificación de un símbolo antiperonista de la década de los cincuenta, en el que el lugar de la P era ocupado por una cruz para significar "Cristo Vence". Uno de sus usos más célebres fue en el fuselaje de algunos de los 34 aviones que bombardearon la Plaza de Mayo en 1955 para derrocar a Perón, un atentado terrorista en el que murieron más de 300 personas, en su mayoría civiles. Este símbolo fue resemantizado por la resistencia peronista posterior al golpe de Estado de 1955, para leerse como "Perón Vuelve" o "Viva Perón" (Salas 1994).

La utilización de la estrella federal y el nombre de "Cámpora" puede ligarse a la de otro símbolo observado, de importancia cardinal en el contexto de la movilización del 24 de marzo del 2018 y 2019, el pañuelo de las Madres de Plaza de Mayo. Recuérdese que los derechos humanos —entendidos como "memoria, verdad y justicia"— fueron una de las primeras signaturas de lo que luego se llamaría el "kirchnerismo", ya explícita desde el discurso de asunción de Néstor Kirchner en 2003, en el que declara formar parte de una "generación diezmada". Este rescate de los años setenta retrata a sus protagonistas como personajes con vidas heroicas y, a la vez, como jóvenes militantes cuya vida fue truncada por el terrorismo de Estado (Calveiro 2012). Es a partir de esta política que Kirchner logró posicionarse en la centro-izquierda, incluso antes de que los

efectos de la política económica posdevaluación fueran palpables en los bolsillos de las mayorías.

Si una de las características de las identidades políticas es el dinamismo y la porosidad en los contornos que las definen, cuya construcción permanente es parte central de toda acción política (Laclau y Mouffe 2011), uno de los mayores logros en la construcción identitaria del kirchnerismo fue la evocación de la dictadura como una otredad fundamental (Tonkonoff 2019). De ese modo se produce la conformación de un “nosotros” como ciudadanos democráticos que rechazan la violencia del terrorismo de Estado.

Los ataques a esta otredad están dirigidos centralmente a quienes perpetraron crímenes de lesa humanidad, pero identificando, a la vez, a la dictadura con el neoliberalismo, en un relato en el que el terrorismo de Estado se explica como la única vía para la imposición de un modelo económico imposible de consensuar (Montero 2012),[30] justamente un modelo con el que pueden establecerse similitudes con el Gobierno de Macri.

El pañuelo funciona como puente entre la generación de los años setenta —presente de manera directa en la estrella federal— con los Gobiernos kirchneristas y su política de derechos humanos. Esta identificación elabora, a la vez, un conjunto de fronteras: con la dictadura genocida, con quienes combatieron a las organizaciones de la lucha armada al interior del movimiento peronista, con los sectores del peronismo que garantizaron la impunidad de los militares, pero también con la política económica impuesta por la dictadura, en línea con la del Gobierno de Macri. En estos dos símbolos vemos un apego particular a elementos distintivos del kirchnerismo, que permiten distinguirlo de otros Gobiernos peronistas (véase figura 5.2).


LA CAMPORA

Figura 5.2. Pañuelos y estrellas federales en los paraguas que encabezan la columna. Movilización del 24 de marzo de 2019

Fuente: La Cámpora.
https://www.facebook.com/agrupacionhectorcampora/photos/

10156581623805141

Ahora bien, en la observación realizada hay una ausencia particularmente notable que merece nuestra atención: la del escudo peronista; este es el cuarto punto que quiero resaltar en este apartado.

El escudo fue adoptado durante la primera presidencia de Perón; en 1946 se convirtió en el símbolo oficial del entonces Partido Peronista (luego denominado “Partido Justicialista"). De acuerdo con Adamovsky y Buch (2016), su circulación fue tal que saturó el campo visual hasta 1955, apareciendo en palcos de actos públicos, carteles, pancartas y hasta en libros escolares, en los que se explicaba su composición. Exactamente lo opuesto sucedió en el primer Gobierno de Kirchner, quien apostó por la construcción de una nueva fuerza política en paralelo al pj, que en su momento estaba liderado por Eduardo Duhalde. Así, el escudo, la marcha peronista y los rostros de Perón y de Eva fueron erradicados de los actos públicos encabezados por el en ese momento presidente Kirchner.

Luego de la crisis de 2008, se produce una reactivación progresiva de la identidad peronista de las organizaciones militantes que se encontraban por fuera del pj; se observa una creciente gravitación de la iconografía peronista en los actos, así como en la gráfica de estas organizaciones y en las canciones que cantan en las reuniones y movilizaciones (Rocca Rivarola 2017).[31] Nuestro registro indica que esto continúa en la actualidad, pero también que el retorno de esa tradición no ocurre sin un trabajo selectivo. La Cámpora es una organización que se reconoce como peronista, pero que casi no utiliza el símbolo por excelencia del peronismo al mostrarse públicamente.

Para comprender esto, vale recordar que los últimos cuatro candidatos presidenciales del pj fueron Menem (1989 y 1995), Duhalde (1995), y nuevamente Menem (2003) (en las elecciones de 2003, Kirchner no fue candidato por el pj).[32] El escudo justicialista iguala a quienes antagonizan al interior del peronismo, por lo que su ausencia de la simbología de La Cámpora puede leerse como una marcación de fronteras al interior del movimiento peronista —que es más amplio que el partido—, el cual es muchas veces calificado despectivamente como una “mera” herramienta electoral.[33]

Hasta aquí repasamos algunos de los símbolos desplegados por La Cámpora en el marco de las movilizaciones del 24 de marzo del 2018 y 2019. Con estos como eje del análisis, se hizo visible la construcción de límites identitarios como un trabajo de resemantización del peronismo.

Conclusiones

Este capítulo comenzó afirmando que la creación de símbolos es inescindible de la política, en tanto que la representación de demandas heterogéneas requiere de una expresión simbólica para la conformación de una identidad colectiva. Los símbolos cristalizan la articulación de demandas, son una parte central en el proceso de constitución de identidades políticas y populares. Así, el texto se estructuró con base en el objetivo de comprender la configuración de la identidad de La Cámpora, a partir de un análisis de los símbolos mediante los cuales se nombran, mostrando a la vez una resemantización de la tradición peronista.

Ante el interrogante en torno a la presencia de símbolos del peronismo en la configuración identitaria de La Cámpora, vimos que las figuras de Juan Perón y Eva Duarte, aunque situadas en un segundo plano, están presentes como tradición política en la que se inscriben los liderazgos de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández. Se notó la presencia de la estrella federal como rescate de la experiencia militante de los años setenta. También se mostró que hay un fuerte contenido nacional en la construcción simbólica camporista, lo que conecta con una lectura del peronismo como una fuerza que retoma las banderas históricas de defensa de la soberanía nacional.

No obstante, atendiendo a la pregunta por los elementos novedosos de esta identidad, resulta claro que la tradición peronista se apropia, a la vez que se reformula. Las imágenes de Perón y Eva están subordinadas a las de Néstor Kirchner y de Cristina Fernández. Además, la adopción del pañuelo de madres y abuelas, leído a la par de la reivindicación de la generación de los años setenta, marca fronteras al interior del peronismo, disputando esta tradición con otros sectores dentro del movimiento y se acerca a la resemantización del peronismo realizada por los Gobiernos kirchneristas. En este punto resulta significativo que uno de los principales símbolos del peronismo ocupe un lugar periférico, el escudo justicialista.

La lectura del pasado llevada a cabo por La Cámpora está claramente hecha a la luz de la realidad política del presente, cuyos protagonistas tienen primacía respecto de sus antecesores. Se trata de un uso del pasado para dar sentido e intervenir políticamente sobre el presente, y este uso es un modo de desarrollar la lucha política mediante la disputa por las identidades. La reproducción de la tradición implica un trabajo simbólico que reordena lo heredado y crea presencias y olvidos, primeros y segundos planos, con base en las posibilidades y las necesidades del presente, tal como es percibido por los actores en el desarrollo de su lucha política.

Referencias

Fuentes periodísticas

Agencia de noticias Télam.

Canal de Youtube de Crónica TV.

Diario Clarín.

Diario La Nación.

Diario Página 12.

Kirchner, Néstor. 2004. “Palabras del presidente de la nación, doctor Néstor Kirchner, en el acto de firma del convenio de la creación del Museo de la Memoria y para la promoción y defensa de los derechos humanos”. https://www.casarosada.gob.ar/informacion/archivo/

24549-blank-79665064

Página oficial de La Cámpora. https://www.lacampora.org/ y cuentas oficiales de la organización en Facebook e Instagram.

Fuentes secundarias

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.

Adamovsky, Ezequiel y Esteban Buch. 2016. La marchita, el escudo y el bombo. Buenos Aires: Planeta.

Altamirano, Carlos. 2002. “Ideologías políticas y debate cívico”. En Nueva Historia Argentina. Tomo 8. Los años peronistas (1943-1955), dirigido por Juan Carlos Torre. Buenos Aires: Sudamericana.

Aslanidis, Paris. 2017. “Populism and Social Movements”. En The Oxford Handbook of Populism, editado por Cristóbal Rovira Kaltwasser, Paul Taggart, Paulina Ochoa Espejo y Pierre Ostiguy, 305-325. Oxford: Oxford University Press.

Attias Basso, Aarón y Carolina Casagni. 2018. “Trasvasamiento. Doctrina política y militancia en el conurbano sur”. Revista Argentina de Sociología 14 (23): 56-77.

Attias Basso, Aarón y María Virginia Quiroga. 2014. “Aportes para (re) pensar el uso de la cuestión nacional en los discursos de la argentina kirchnerista”. En

Integración Latinoamericana: hegemonía, Estado y populismo, compilado por Alejandro Bresier, Martin Forciniti, Germán Ibáñez y Ezequiel Pinacchio, 504-517. Buenos Aires: Editorial de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Centro de Investigaciones en Pensamiento Político Latinoamericano.

Barros, Sebastián. 2013. “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 41-64. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Ballent, Anahí. 2007. “La traición de las imágenes. Recuperación del peronismo histórico en los años 1990”. Revista Punto de Vista 30 (87): 6-12.

Bataille, Georges. 2003. “La estructura psicológica del fascismo”. En La conjuración sagrada. Ensayos 1929-1939, 37-181. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.

Bazin, Jean. 2017. “Interpretar o describir. Notas sobre el conocimiento antropológico”. En Historia pragmática. Una perspectiva sobre la acción, el contexto y las fuentes, editado por Mariana Garzón Rogé. 105-125 Buenos Aires: Prometeo.

Calveiro, Pilar. 2012. Política y/o violencia. Una aproximación a la guerrilla de los años setenta. Buenos Aires: Siglo XXI.

Canelo, Paula. 2011. “‘Son palabras de Perón’. Continuidades y rupturas discursivas entre peronismo y menemismo”. En Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal, coordinado por Alfredo Pucciarelli, 71-112. Buenos Aires: Siglo XXI.

Cucchetti, Humberto. 2007. “El proceso electoral en la Argentina 2007. Voto, trayectorias políticas y tradiciones partidarias”. Nuevo Mundo Mundos Nuevos. http://journals.openedition.org/nuevomundo/10063

______. 2013. “¿Derechas peronistas? Organizaciones militantes entre nacionalismo, cruzada anti-montoneros y profesionalización política”. Nuevo Mundo Mundos Nuevos. http://journals.openedition.org/nuevomundo/65363

Ehrlich, Laura. 2013. “Nacionalismo y arquetipo heroico en la juventud peronista a comienzos de la década del 60”. Anuario IHES 28: 37-57.

Flax, Rocío. 2016. “La articulación hegemónica en el discurso de la agrupación La Cámpora”. Revista Mexicana de Sociología 78 (1): 89-118.

Geertz, Clifford. 1994. Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de las culturas. Barcelona: Paidós.

______. 2006. La interpretación de las culturas. Barcelona: Gedisa.

Gené, Marcela. 2005. Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo 1946-1955. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica-Universidad San Andrés, 2005.

Grimson, Alejandro. 2019. ¿Qué es el peronismo? De Perón a los Kirchner, el movimiento que no deja de conmover la política argentina. Buenos Aires: Siglo XXI.

Groppo, Alejandro. 2004. “El populismo y lo sublime”. Studia politicæ (2): 1-26.

______. 2009. Los dos príncipes: Juan D. Perón y Getulio Vargas. Un estudio comparado del populismo latinoamericano. Villa María: EDUVIM.

______. 2010. “Heterogeneidad y política en Bataille y Laclau”. Studia Politicae (20): 59-73.

Hobsbawm, Eric. 1990. “La invención de las tradiciones”. Revista Uruguaya de Ciencia Política 4: 97-107.

Laclau, Ernesto. 2000. Misticismo, retórica y política. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

______. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

______. 2006. “Por qué construir un pueblo es la tarea principal de la política radical”. Cuadernos del CENDES 23 (62): 1-36.

______. 2011. “Construir la universalidad”. En Contingencia, hegemonía,

universalidad. Diálogos contemporáneos en la izquierda, Judith Butler, Ernesto Laclau y Slavoj Žižek. 281-306 Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 2011. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Leach, Edmund. 1978. Cultura y comunicación. La lógica de conexión de los símbolos. Madrid: Siglo XXI.

Lezama Lima, José. 2017. La expresión americana. México: Siglo XXI.

Longa, Francisco 2019. Historia del Movimiento Evita. Buenos Aires: Siglo XXI.

Lukes, Steven. 1975. “Political ritual and social integration”. Sociology 9 (2): 289-308. https://doi.org/10.1177/003803857500900205

Melo, Julián y Gerardo Aboy Carlés. 2014. “La democracia radical y su tesoro perdido: un itinerario intelectual de Ernesto Laclau”. POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 19 (2): 395-427.

Montero, Ana Soledad. 2012. ¡Y al final un día volvimos! Los usos de la memoria en el discurso kirchnerista (2003-2007). Buenos Aires: Prometeo.

Natalucci, Ana. 2014. “La cultura política en el kirchnerismo: dos hipótesis sobre la politización”. Sudamérica: Revista de Ciencias Sociales (3): 155-171.

Poratti, Armando. 2007. “La comunidad organizada. Texto y gesto”. En Perón: la comunidad organizada (1949), dirigido por Oscar Castellucci, 59-102, Biblioteca del Congreso de la Nación. Buenos Aires.

Pucciarelli, Alfredo. 2011. Los años de Menem. La construcción del orden neoliberal. Buenos Aires: Siglo XXI.

Plotkin, Mariano Ben. 1993. Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955). Buenos Aires: Ariel.

Rein, Raanan. 2008. “Los hombres detrás del Hombre: la segunda línea de liderazgo peronista”. Araucaria 10 (19): 78-92.

Retamozo, Martín. 2014. "Ernesto Laclau y Emilio de Ípola ¿un diálogo? Populismo, socialismo y democracia". Identidades 4 (6): 38-55.

Rocca Rivarola, Dolores. 2017. "La militancia kirchnerista. Tres momentos del compromiso activo oficialista (2003 y 2015)". En Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal, coordinado por Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani, 319-344. Buenos Aires: Siglo XXI.

Salas, Ernesto. 1994. "Cultura popular y conciencia de clase en la resistencia peronista". Ciclos 4 (7) 157-175.

Schuttenberg, Mauricio. 2014. Las identidades nacional-populares. De la resistencia noventista a los años kirchneristas. Buenos Aires: EDUVIM.

Stavrakakis, Yannis. 2020. "Populismo y nacionalismo: representando al pueblo como los de abajo y como nación". En El goce político. Discurso, psicoanálisis y populismo, 243-245. Buenos Aires: Pluriverso Ediciones.

Tonkonoff, Sergio. 2019. La oscuridad y los espejos. Ensayos sobre la cuestión criminal. Buenos Aires: Pluriverso Ediciones.

Turner, Victor. 1980. La selva de los símbolos. Aspectos del ritual ndembu. México: Siglo XXI.

Vázquez, Melina y Pablo Vommaro. 2012. "La fuerza de los jóvenes: aproximaciones a la militancia kirchnerista desde La Cámpora". En Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista, editado por Germán Pérez y Ana Natalucci, 149-174. Buenos Aires: Trilce.

▪

[1]Aprovecho para agradecer a mis colegas de la investigación titulada: "Configuraciones de la tradición peronista en militantes de nuestro tiempo. Símbolos y discursos de militantes en agrupaciones peronistas del conurbano sur", en curso en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). La recolección de la información utilizada en este capítulo fue llevada a cabo por este equipo.

[2]En el año 2002, bajo la gestión del presidente interino Eduardo Duhalde, fue

declarado “Día Nacional de la Memoria, por la Verdad y la Justicia”. En 2006, por iniciativa legislativa de Néstor Kirchner, se convirtió en feriado nacional inamovible.

[3]Las entrevistas fueron realizadas a militantes de base y dirigentes de responsabilidad media, que desarrollan su militancia en el sur del conurbano bonaerense; particularmente, en las localidades de Avellaneda, Lanús y Lomas de Zamora.

[4]Esta caracterización se apoya sobre desarrollos teóricos de Geertz (2006), Leach (1978) y Turner (1980).

[5]Siguiendo las líneas de Lukes (1975) y de Turner (1980), un ritual supone una conducta colectiva prescrita y codificada, en la que se ponen en acto creencias y valores considerados centrales por un conjunto determinado, que a su vez se expresan mediante símbolos y narraciones, y que provocan tanto representaciones como sentimientos.

[6]Hablamos de “apelación” y no de “elección”, para no dar la impresión de una decisión racional individual mediante la cual se “eligen” o “seleccionan” símbolos como si fueran objetos en el mercado. Por un lado, hay que reafirmar que los símbolos son socialmente construidos, su sentido es público, dinámico y está en disputa, no depende enteramente de una determinación individual. Por otro lado, los símbolos nacen del contexto cultural en el que se encuentran inmersas las organizaciones, nunca son creaciones ex nihilo, sino que el trabajo de su creación siempre se realiza con recursos disponibles en la cultura de la que emergen. Asimismo, en relación con la recuperación de símbolos que provienen del pasado, estos siempre cargan con sedimentos, con usos que marcan los sentidos que implican. Finalmente, vale notar que, en tanto este trabajo se centra en una institución (en el sentido laxo de la palabra), la decisión respecto de los símbolos que predominan es supraindividual y nace en disputas de sentido en el marco de relaciones desiguales de poder.

[7]En los primeros años de gobierno, Néstor Kirchner (presidente entre el 25 de mayo de 2003 y el 10 de diciembre de 2007) construyó consenso y contuvo la protesta social mediante el tejido de alianzas con organizaciones sociales (Longa 2019).

[8]Es interesante resaltar que se reconocen como militantes de Fernández, a la vez

que la cabeza de la organización está ocupada por su primogénito, Máximo Kirchner.

[9]Véase Menzulio. “(VIDEO) 24 de marzo de 2004: el día en que la vida venció a la muerte”. Télam 24 de marzo de 2014. https://www.telam.com.ar/notas/201403/56340-24-de-marzo-

de-2004-el-dia-en-que-la-vida-vencio-a-la-muerte.html. Puede consultarse el discurso completo en Kirchner (2004).

[10]Clarín. “Las Madres de Plaza de Mayo realizaron la última Marcha de la Resistencia”. Clarín 26 de enero de 2006. https://www.clarin.com/ediciones-anteriores/madres-plaza-

mayo-realizaron-ultima-marcha-resistencia_0_r1hXNL10tg.html

[11]La Cámpora encabeza el recorrido ESMA-Plaza de Mayo, acompañada de las siguientes organizaciones: Nuevo Encuentro, Unidos y Organizados, Partido Comunista Congreso Extraordinario, Descamisados y Peronismo Militante.

[12]Por citar algunos ejemplos ilustrativos: altos funcionarios tuvieron expresiones negacionistas en torno al número de desaparecidos, relataron los acontecimientos de los años setenta como una guerra y no como terrorismo de Estado, se manifestaron en contra del cumplimiento de las condenas por delitos de lesa humanidad en cárceles comunes y se desfinanció la Secretaría de Derechos Humanos de la Nación.

[13]Para una exposición de la perspectiva de Laclau y el tránsito teórico propuesto por estudios posteriores, véase el capítulo 1 de este libro.

[14]Con relación a este punto, apunta Marcela Gené: “sin negar la importancia de los dispositivos que operan en la construcción de liderazgo carismático, es necesario también considerar que muchas de las estrategias podrían desarrollarse de manera más fluida a partir de las características personales de Perón” (2005, 9).

[15]Laclau recupera el concepto de lo heterogéneo de Bataille (2003) para nombrar al resto irrepresentable de toda operación de representación, haciendo de ella algo siempre precario, inestable, necesariamente fallido. Lo heterogéneo, en la lectura de Laclau, que hace Groppo, es aquello exterior a la representación, pero

también constitutivo de la misma (Groppo 2010).

[16]La Unión Industrial Argentina es la entidad que agrupa a quienes dirigen las principales empresas industriales argentinas. Es una de las organizaciones empresarias más fuertes del país, junto a la Sociedad Rural Argentina y la Cámara Argentina de Comercio.

[17]En este punto resulta fundamental el trabajo de Sigal y Verón (2008), en el que se hace visible la diversidad del peronismo, mediante el análisis de procesos de circulación discursiva en el primer peronismo, en la etapa del exilio de Perón y en los años setenta. También es elocuente la lectura de las obras de Daniel Santoro y Leonardo Favio que realiza Anahí Ballent (2007).

[18]En referencia a la noción de trasvasamiento generacional enunciada por Perón en la década de los sesenta. Con ella, Perón quería significar el proceso mediante el cual los contenidos de la tradición peronista debían pasar de una generación a la siguiente. Esta idea remite a un modo de transmisión en el que el contenido permanece idéntico a sí mismo y, por ende, no nos sorprende que haya sido rescatada sobre todo por los sectores contrarios a la tendencia revolucionaria, como la Organización Única del Trasvasamiento Generacional, ligada a Guardia de Hierro. Para un análisis detenido de este asunto, véase Attias Basso y Casagni (2018).

[19]Este momento de tensión política constituyó un hito para la vida política argentina, en tanto que se vivió una politización general de la sociedad y una radicalización de las posiciones. Una de sus manifestaciones fue el crecimiento de la militancia juvenil en todo el arco político (Vásquez y Vommaro 2012).

[20]Véase la entrevista a Kirchner en Página 12, publicada el 23 de mayo de 2002.

[21]Participaron de estos frentes la Unión Cívica Radical (que llegó a poner al candidato a vicepresidente en las elecciones de 2007), el Partido Comunista Congreso Extraordinario, Nuevo Encuentro, el Partido Humanista, entre otros.

[22]Es importante recordar la tan citada frase de Kirchner: “nos dicen kirchneristas para bajarnos el precio”. Véase, por ejemplo, la entrevista televisiva a Cristina Fernández en Crónica TV, con Chiche Gelblung, realizada el 28 de septiembre de 2017. Video de YouTube 1:40:06, https://www.youtube.com/watch?v=35mz2fpJ8UI

[23]Tales como la Federación de Tierra y Vivienda y el Movimiento de Trabajadores Desocupados, entre otros, que integraron los armados políticos transversales (Natalucci 2014).

[24]Con relación a este punto, se recomienda la lectura del capítulo 2 de este libro, en el que se aborda el papel de las figuras mediadoras en el proceso de constitución identitaria del peronismo.

[25]Al preguntar en las entrevistas acerca de los sentidos atribuidos al peronismo "de Perón", los militantes tienden a establecer ciertos reparos antes de hablar, haciendo referencia, en muchos casos, a una supuesta falta de estudios en torno a la cuestión o al hecho de no haberlo experimentado si no es a través de sus padres. Esto indica un tratamiento respetuoso del asunto, algo de lo que no se puede hablar banalmente, pero algo que no ha sido hecho propio, en comparación a lo que sucede al conversar acerca del kirchnerismo, en donde no aparece ningún tipo de advertencia previa al relato.

[26]La aparición de Juana Azurduy se produce en el contexto de la irrupción del feminismo en las organizaciones peronistas que, no sin conflictos, han ido incorporando sus banderas al interior de sus propios marcos interpretativos. En la misma línea, hay que señalar la marcada presencia de pañuelos verdes llevados por mujeres militantes, aunque en esta movilización son portados a título personal, no en el marco de remeras o banderas de La Cámpora.

[27]Para un desarrollo más profundo de la cuestión nacional durante los Gobiernos kirchneristas, véase Attias y Quiroga (2014).

[28]Uno de ellos fue el Ejército Revolucionario del Pueblo, de orientación marxista, pero también puede verse en las banderas de las revoluciones comunistas de Rusia, China y Vietnam.

[29]Cámpora fue presidente durante 49 días, entre mayo y julio de 1973. Su principal decisión de gobierno fue el llamado a elecciones, que permitió el retorno de Perón al país después de 18 años de exilio y proscripción.

[30]Esto es interesante, porque resta centralidad al hecho de que haya sido un peronista quien profundizó el modelo económico de los organismos internacionales de crédito en Argentina, cuyo inicio data de la dictadura. En torno al menemismo, puede consultarse el libro de Pucciarelli (2011).

[31]Este período es antecedido por otros dos: uno ya mencionado, que va de 2003 a 2007, en el que hay un fuerte rechazo por el pj y una incorporación al Estado de dirigentes de organizaciones sociales; y un segundo período, que va de 2007 a 2009, que se caracteriza por el resurgimiento de figuras del pj en las listas legislativas y, en el contexto de la crisis del agro, un retorno del clivaje peronistas/gorilas (o antiperonistas).

[32]El partido que lleva a Kirchner a la presidencia en las elecciones de 2003 tuvo por nombre “Frente para la Victoria” (FPV). Las dos candidaturas presidenciales de Cristina Fernández fueron apoyadas por el pj, aunque en el marco del FPV.

[33]Como afirma Humberto Cucchetti (2007), el “peronismo, ligado a una tradición movimientista, generó una cultura política en la que, si bien se nos recomienda no olvidar que desde sus orígenes estuvo atravesada por una lógica partidaria, muchos de sus adherentes concibieron al ‘partido político’ como una herramienta electoral”. Esta descripción del partido es parte de los discursos que circulan al interior de la militancia, y puede escucharse en boca de Cristina Kirchner en la entrevista televisiva ya citada, realizada en Crónica TV, con Chiche Gelblung, el 28 de septiembre de 2017.

PARTE 3

GAITANISMO Y “MOMENTOS POPULISTAS”. UNA MIRADA PROBLEMATIZADA DE LA VIOLENCIA EN COLOMBIA

6

Ante las compuertas del dique

Populismo, violencia política e identidad gaitanista en Colombia (1946-1948)

*

Cristian Acosta Olaya

Introducción

En diversas indagaciones historiográficas sobre la Colombia del siglo xx, el contexto de emergencia del gaitanismo suele ser ubicado, con recurrencia, en el ocaso de la República Liberal (1930-1946). En un libro ampliamente difundido sobre el devenir histórico colombiano de la centuria pasada, por caso, se asevera que los Gobiernos del liberal Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1945)[1] habían "despertado esperanzas" en las masas urbanas y sectores trabajadores "mucho más rápidamente de lo que él o su partido [el Liberal] habían calculado"; esta cuestión hizo que las frustraciones e insatisfacciones sociales empezaran a acumularse, sin un lugar político desde el cual pudieran ser procesadas (Bushnell 2004, 261). De un modo similar, Christopher Abel considera que las transformaciones políticas del lopismo, impulsadas durante su primer mandato (1934-1938), dejaron una fuerza urbana de trabajo "insatisfecha", con escasas mejorías en términos salariales y laborales (Abel 1987, 122).

Esta evocación a la insatisfacción de las masas, como precondición para el surgimiento del gaitanismo, hace eco también de las primeras caracterizaciones del populismo latinoamericano. Por ello, en este capítulo damos cuenta de la forma en las que el proceso gaitanista ha sido caracterizado como populista —

muchas veces en tensión o como corolario del lopismo que lo antecedió— e indagamos, posteriormente, sobre las distintas reflexiones analíticas que han relacionado a Gaitán y a sus seguidores con la violencia política que se desató a mediados de la década de los cuarenta.

El objetivo de este capítulo es dar muestra de una perspectiva particular sobre la relación entre gaitanismo y violencia, a partir de nuestra propia definición de populismo; con esto, buscamos poner en cuestión que dicha relación sea tanto consustancial como radicalmente excluyente.[2] En contraste, creemos que la identidad política gaitanista[3] sostuvo una serie de tensiones con la violencia política, las cuales se resolvieron a favor del procesamiento de la alteridad a través de las urnas. Esta reivindicación de los procedimientos propios de la democracia liberal era, no obstante, puesta frecuentemente en cuestión por la beligerancia discursiva gaitanista, esto es, el uso intermitente de la amenaza. En otras palabras: consideramos que el gaitanismo gestionó de manera beligerante su tensión con la violencia política, esto es, sin desplegarla a cabalidad. Dicha gestión —que caracterizaremos en el apartado "Violencia, el dique populista y el gaitanismo. La lectura retroactiva del 9 de abril" más adelante como dique— es fundamental, en lo particular, para entender la construcción de sentidos políticos del gaitanismo y, en términos generales, resulta primordial para brindar nuevas luces al análisis de los populismos latinoamericanos de mediados de siglo xx.

Gaitanismo, el tópico populista y la violencia

Sobre la insatisfacción de las masas como condición previa de los populismos, los postulados de la sociología estructural-funcionalista son, ciertamente, muy dicientes. Según esta perspectiva analítica, la rápida y temprana incorporación de las masas a la vida pública, en un contexto en el que la estructura política no es capaz de ofrecer a dichas masas los suficientes canales de participación, resulta ser el factor explicativo primordial para entender el surgimiento de los populismos en la región latinoamericana. En nuestro caso, como se mencionó anteriormente, el proceso lopista suele ser emparentado con el contexto de "rápida movilización", remarcada por Gino Germani (1971, 209) en su dilucidación sobre las condiciones de emergencia de la experiencia peronista en Argentina. Desde esta perspectiva, el lopismo colombiano parece remitir a las

condiciones de momento de transición, en el que la imposibilidad de incorporar a las masas a la vida política permitiría, por defecto, el surgimiento del gaitanismo.

Asimismo, las indagaciones sobre la emergencia del movimiento gaitanista suelen remitir a la supuesta frustración de las masas urbanas frente a un sistema político incapaz de satisfacer sus crecientes demandas. Sobre este tópico, Torcuato Di Tella (1965) defendió que el surgimiento de los procesos populistas latinoamericanos se puede entender solo si se tienen en cuenta los efectos que el proceso de modernización tuvo en las sociedades tradicionales, especialmente en lo que respecta a la "elevación de las aspiraciones" de la población, cuya satisfacción resultó ser "relativamente fácil y barata". Así pues, la elevación de las expectativas hizo que los obreros —recién llegados a las urbes, provenientes del mundo rural— formaran "una masa disponible de adeptos más vasta y más exigente que cualquiera con que hubiera podido soñar Luis Napoleón" (Di Tella 1965, 393-394; el resaltado es nuestro).

Respecto al gaitanismo, por lo tanto, es precisamente aquella disponibilidad de las masas el factor más destacado para erigir al Gobierno lopista como el antecedente inmediato del "momento del populismo" colombiano,[4] como lo muestra uno de los primeros trabajos sobre el fenómeno populista en este país. En efecto, además de marcar una innovación epistemológica en la Colombia de su tiempo, que trajo a conocimiento local la famosa compilación de Ernest Gellner y Ghita Ionescu (1970) y retomó los trabajos de Germani y Di Tella, el historiador Marco Palacios (1971) sostiene que el Partido Liberal y los dos Gobiernos lopistas habían generado una "revolución de las aspiraciones" en los sectores populares colombianos. La Revolución en Marcha, al no lograr establecer un orden efectivamente redistributivo, habría habilitado el surgimiento de un proceso político que representaba la forma en que las masas campesinas, recién llegadas al mundo urbano, entendían el poder como el establecimiento de una relación directa con un líder (Palacios 1971, 39).

Para Palacios, entonces, el populismo es comprendido como una desviación demagógica contraria a la "conciencia de clase", dado el "estado de disponibilidad" de los sectores trabajadores. Los populistas, "al prometer redistribución de la riqueza, los dotan aparentemente de una conciencia más clara de sus necesidades tal como las sienten, y orientan más concretamente sus expectativas" (p. 40). Resultante del experimento lopista, Gaitán vendría a personificar un movimiento populista cuya característica principal es la ausencia

de una “concepción marxista de luchas de clases”, la falta de autonomía de aquellos “obreros” que “viven al día” y, por último, la integración del “pueblo” a través del liderazgo fuerte de Gaitán al sistema político (p. 40).

Por otra parte, desde un análisis más benevolente con el gaitanismo, John Green afirmó que “López había abierto la puerta al cambio pero luego se negó a pasar por el umbral”; para el autor, ciertamente, el lopismo había sido un intento particular de realizar una “movilización controlada”, una forma de integrar a los sectores populares dentro del ordenamiento político por medio de alianzas con el sindicalismo y el comunismo criollo. Ya para mediados de la década de los cuarenta, empero, el proyecto de López agonizaba gracias a sus propias dinámicas antirreformistas; era, entonces, el gaitanismo el que lograría recoger las banderas que el lopismo había dejado a mitad de camino (Green 2013, 197).

Ahora bien, estas perspectivas comparten, con otras tantas lecturas, dos lugares comunes propios de la mayoría de las apreciaciones existentes sobre el proceso gaitanista. El primero de ellos, sintetizado ya en 1952 por el destacado gaitanista José Antonio Osorio Lizarazo,[5] hace hincapié en una relación de causalidad entre lopismo y gaitanismo. Al respecto, dice Osorio lo siguiente: “[p]erdida la fe del pueblo en López, caído este [último] de la altitud moral donde lo había colocado la gratitud inicial de las masas, el horizonte aparecía desierto y Gaitán asumía proporciones deslumbrantes” (Osorio Lizarazo 1998 [1952], 232).

En relación con lo anterior, el segundo lugar común consiste en aseverar que el proceso político liderado por Gaitán desde 1944 pretendió poner en cuestión —o, incluso, suprimir— la pertenencia identitaria de las mayorías colombianas a los partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador. Esta lectura se generalizó en análisis más apologéticos del gaitanismo, cuya base empírica remite constantemente al llamado gaitanista de que “el hambre” no es liberal ni conservadora. Por ejemplo, y replicando la misma discursividad política que pretende auscultar, Antonio García aseguraba, varias décadas después de la muerte de Gaitán, que el proyecto de este líder “era popular, nacionalista y democrático” y que trascendía las identidades políticas ofrecidas por el propio bipartidismo (García 1983, 130). Esto último supone que, sin partidos tradicionales y sin organizaciones sindicales, la propuesta política del movimiento gaitanista habría establecido un vínculo sin intermediarios,[6] directo, entre la masa disponible y su líder. La desaparición física de este último, por ende, equivaldría al fin del gaitanismo como experiencia política.

En suma, ambos lugares comunes arriba resaltados comparten una idea primordial: el contexto de emergencia del gaitanismo estuvo fuertemente ligado a la experiencia lopista y, por ende, se vincula indefectiblemente con las lógicas propias del bipartidismo colombiano.

Un análisis que buscó problematizar con algunos de estos presupuestos, hartamente repetidos, es el de Daniel Pécaut (2001) desde dos reflexiones cardinales: en primer lugar, la supuesta insatisfacción de las masas, antes resaltada con Palacios (1971), es revisada por aquel autor francés, para quien los sectores populares de los años treinta y cuarenta estaban en plena formación política. Es que en gran parte de Orden y violencia sobrevuela la siguiente idea: para la segunda mitad de los años treinta del siglo xx, las organizaciones sindicales, en su explícito entrelazamiento con el comunismo colombiano, eran los autónomos representantes de los sectores populares; lo anterior, sin embargo, se vería problematizado por la táctica del frente popular esgrimida desde la VII Internacional Comunista, que sugería la unión de dichos sectores populares con las "burguesías nacionales" de cada país, para así contrarrestar el auge del fascismo que estaba teniendo lugar en aquella década (Pécaut 2001, 252).

En síntesis, esta táctica del Frente Popular es, para Pécaut, la cuestión que signaría el extravió político e identitario de los sectores populares: la alianza de estos con el Gobierno de López Pumarejo y, posteriormente, con los distintos Gobiernos y candidatos del Partido Liberal fue el factor decisivo para que, en plena crisis de lopismo a inicios de los años cuarenta, el gaitanismo les resultara "irresistible" a las endebles capas obreras (pp. 421-423). Más allá de la insatisfacción de las promesas lopistas, lo definitivo para estos años era la ausencia de una identidad propia de los sectores populares, cuestión que llevó a estos últimos a refugiarse en la lógica binaria del bipartidismo colombiano: esta, para Pécaut, lo abarcaba todo, incluyendo al gaitanismo.

En segundo lugar, esta primacía del bipartidismo resulta crucial para la propuesta analítica de Pécaut. Si, para este autor, el movimiento gaitanista se inscribió fácilmente en las "subculturas políticas" de la época, esto es, las afiliaciones no programáticas de liberales y conservadores a sus organizaciones políticas (Rehm 2014), entonces Gaitán representó también una mera continuidad respecto de la violencia bipartidista que tuvo su auge a mediados de la década de los cuarenta. Esta caracterización del gaitanismo supone que la pervivencia de la división política fue posible debido a que la política colombiana estaba dominada por la "pura fuerza"; lo que se traduce, para Pécaut, en el establecimiento de la relación

amigo-enemigo como “el fundamento de lo político” en Colombia (Pécaut 2001, 36).

Todo lo anterior, sin embargo, sugiere formular al menos dos interrogantes, cruciales para este capítulo: por una parte, ¿resulta pertinente caracterizar la relación entre el liberalismo y el conservatismo como una equivalente a la díada amigo-enemigo?; y, por otra, ¿el gaitanismo replicó sin más la relación entre amigos y enemigos, la cual es —según Pécaut— propia del bipartidismo?

Respecto al primer interrogante,[7] es importante antes recordar que, en la constitución de toda identidad política, la dimensión de la alteridad es crucial: el establecimiento de un límite con un otro le da entidad al proceso de diferenciación externa y homogeneización interna propio de toda solidaridad política (Aboy Carlés 2001, 54 y 64-65).[8] En este sentido, el rol instituyente de la alteridad es fundamental para entender la complejidad de la díada amigo-enemigo, inaugurada analíticamente por Carl Schmitt.

Si bien, para el jurista de Plettenberg, la capacidad de decidir quién es el enemigo es una facultad propia del ámbito político (Schmitt 2002, 33),[9] es acertado también afirmar que para este autor la configuración de unidades políticas depende del “grado de intensidad de una unión o de una distinción de grupos de hombres” (Schmitt 2002, 55), o lo que también podría denominarse la construcción de “asociaciones y disociaciones” decisivas (Aboy Carlés 2001, 65). Estas lógicas decisivas no remiten solamente al establecimiento sin más de un enfrentamiento bélico entre amistades y enemistades —o entre unidades políticas modernas, materializadas en el Estado—; antes bien, aquellas lógicas evocan, a su vez, el grado de intensidad en que se conforman y se escinden las agrupaciones políticas.

Dicho en otros términos: entender vía Schmitt a las unidades políticas no como sinónimo de los Estados modernos, sino como formaciones particulares de solidaridades políticas, nos permite comprender que no todo vínculo entre amigos y enemigos implica directamente una guerra. La díada schmittiana, antes de hablarnos de un enfrentamiento a muerte, nos convoca a pensar el grado de unión o desunión, el establecimiento de límites y de distintos tipos de relacionamientos entre las identidades políticas y sus alteridades (Aboy Carlés 2001), con lo que se puede inferir que es el antagonismo la base primordial de todo vínculo estrictamente político.

Lo anterior, en efecto, nos aleja de suponer que siempre hay enfrentamiento absoluto o dicotómico entre amigos y enemigos. De hecho, basta recordar que la díada radical propuesta por Schmitt es constantemente matizada por el mismo autor. Según él, la decisión de quién es amigo y enemigo es lo primordial de lo político; en este sentido, el eje de esta relación no vendría a ser la mera aniquilación de la otredad, sino, más bien, la configuración de las unidades políticas sobre la base de la posibilidad —remota o no— de que dicha aniquilación se realice: es, pues, la predisposición a la guerra, y no la realización de esta, lo constitutivo de la relación política (Schmitt 2002, 42-43).[10]

Lo anterior, en definitiva, nos permite resaltar que el uso de la díada amigo-enemigo ha tendido a trivializase a la hora de pensar procesos políticos contemporáneos; y esto no solo porque se le equipare a la violencia física, sino también porque esta igualación implica muchas veces dejar de lado los matices o las diferentes formas en que las identidades políticas se relacionan tanto hacia su exterior como hacia su interior.

Identidades populares y los límites frente a la alteridad

Al retornar a las reflexiones de Pécaut sobre el fenómeno populista, la conclusión a la que se puede arribar a partir de su análisis es que, precisamente, el gaitanismo, en tanto populismo, fue una exacerbación sin más de la relación amigo-enemigo ya establecida por el bipartidismo. En este sentido, para el autor francés, el populismo y la violencia son complementarios.

Esta complementariedad, sin embargo, no es exclusiva del análisis de Pécaut. Para Ernesto Laclau (2005), por ejemplo, el fenómeno populista es definido como un proceso que dicotomiza irreconciliablemente el espacio comunitario entre el pueblo y sus enemigos. De esta manera, el autor argentino no solo define al populismo como sinónimo de la política y de la hegemonía, sino que también lo concibe como una radicalización sin más del antagonismo pueblo/antipueblo.[11]

Contra esta lectura, trabajos recientes han cuestionado que el populismo sea simplemente el antagonismo radicalizado entre el pueblo y sus enemigos, para,

en cambio, entenderlo como un proceso identitario cuya característica ineludible es el establecimiento particular de límites respecto a sus alteridades. Es decir: no es posible equiparar el populismo a la constitución de toda identidad política ni a la pugna violenta entre el pueblo y sus enemigos.[12] Efectivamente, distintos autores, críticos de los aportes de Laclau, pero que se inscriben en una reivindicación de la "hegemonía" en tanto lógica política (Aboy Carlés 2004; Melo 2009), han puesto en evidencia la necesidad de problematizar ciertos procesos políticos históricos —usualmente considerados como populistas—, superando su caracterización en tanto estilo político (Weyland 2004) de líderes carismáticos que manipulan masas inconformes.

Así pues, de manera más específica, desde la sociología de las identidades políticas, el fenómeno populista puede ser comprendido como un proceso que no está ceñido a un contexto histórico irrepetible (Vilas 2005) o a una serie de medidas económicas puntuales (Dornbusch y Edwards 1991). El populismo —en tanto una lógica política— remitiría, más bien, a una manera de lidiar con la tensión política por excelencia de una comunidad específica, a saber: la de la parte frente al todo; o como lo presenta Pierre-André Taguieff (1999, 73-74) al referirse a la noción de pueblo, la tensión entre plebs y populus.

En un trabajo que profundiza sobre este tema en particular, Gerardo Aboy Carlés (2013) propone una tipología preliminar de las diversas formas en que se gestiona la relación política plebs/populus y, ergo, cómo se configuran identidades políticas. Para el autor argentino, las distintas identidades populares[13] son analíticamente aprehensibles si se problematizan los pocos matices que Laclau les imprime a las lógicas de la diferencia y de la equivalencia para definir la discursividad populista.[14] Básicamente, Aboy Carlés realiza ciertos reparos a la preeminencia de lo equivalencial en la teoría laclausiana, en especial respecto a la afirmación de que existe una tendencia sin más de toda identidad a su expansión dentro del campo social.[15] Lo que busca resaltar este autor es la obliteración que hace Laclau sobre la posible intensidad de las identidades políticas mismas.

De esta manera, las identidades populares tendrían diversos modos de procesar la tensión identitaria que en ellas alberga, a partir de su "principio de escisión". De allí que se pueda hablar de tres tipos de solidaridades populares: las identidades totales, que podrían resumirse como la pretensión de una parte de la comunidad política que, al considerarse como la totalidad legítima de la misma, decide reducir de forma violenta el todo comunitario a su imagen y semejanza

(esto es, “la reducción violenta del populus a plebs”). Las identidades parciales, por su parte, no tienen pretensión alguna de convertirse en populus, esto es —como el caso de las Panteras Negras en Estados Unidos o las comunidades indígenas colombianas nucleadas en sus territorios ancestrales—, la permanencia voluntaria de una identidad diferenciada y cohesionada “intensivamente” frente al todo comunitario (pp. 24-33). Así pues, si las identidades totales se basan en la eliminación o expulsión de su alteridad y las parciales en la exclusión de lo heterogéneo dentro de su propio campo identitario, un tercer tipo de identidad, las identidades populares con pretensión hegemónica resultan ser las más comunes dentro del orden democrático liberal, ya que estas implican tanto la negociación de los límites de la propia identidad como la pretensión de convertir a los adversarios a la “nueva fe” política.

Por lo tanto, la porosidad de las fronteras que estas últimas identidades establecen frente a sus adversarios hace que no exista un enemigo irreductible ni un espacio identitario común cuya extrema cohesión no permita la simultánea inclusión y exclusión de su alteridad. Como se puede inferir de lo anterior, es en este último tipo de identidad que se enmarcan las identidades populistas. Para Aboy Carlés, la construcción identitaria del populismo se caracteriza por la inestable pendulación entre pretender unificar lo social a partir de la exclusión del campo opositor y permitir la conversión del adversario en partidario, es decir, la regeneración de su alteridad (p. 40). Este proceso regenerativo, en los fenómenos populistas, es exacerbado en tanto se potencia la tensión incesante entre la exclusión y la inclusión de los oponentes al interior de un campo identitario. En los populismos hay, pues, una reformulación inacabada y continúa del “nosotros” y del “ellos”.[16]

Ahora bien, resulta evidente que el problema fundamental para entender la relación entre populismo y violencia es que aquella ha sido establecida en términos similares a los que entendemos aquí por “identidades totales”. Esta equiparación, en efecto, supone que los procesos populistas habrían tendido a la toma violenta del todo comunitario, es decir, la eliminación sin más de la alteridad política (pueblo contra antipueblo). Sin embargo, las disquisiciones sobre las identidades populares hasta aquí expuestas sirven parar dar cuenta de lo importante que resulta indagar sobre el fenómeno populista para auscultar apropiadamente su particular distancia respecto a la violencia política.

Lo anterior, por supuesto, no significa que gracias al carácter irreductiblemente regeneracionista del populismo no haya en él ciertos elementos cercanos a la

violencia; creemos, en cambio, que si bien la gestión identitaria populista permite incorporar a sus alteridades, también podremos encontrar en el populismo ciertos rasgos discursivos en los cuales sus efectos de frontera se erigen —por momentos— con un grado bastante reducido de porosidad. Para decirlo en otros términos: entendemos aquí el fenómeno populista como uno que logra domesticar la particular interpelación a la erradicación del adversario político, pero hace esto tan solo de manera precaria. Dicho fenómeno, por lo general, logra imbricar el llamado al abatimiento de las alteridades por medios electorales, al tiempo que refuerza intermitentemente la concepción de un sector de la comunidad política como incorregible.

El gaitanismo y la jefatura liberal (1946-1948).

Nuevos amigos, viejos enemigos del pueblo

Al tener en cuenta lo esgrimido hasta aquí, el carácter populista del gaitanismo resulta, a todas luces, evidente. Pensando en el período que va desde mayo de 1946 hasta abril de 1948, consideramos que la tensión gaitanista, con sus alteridades, muchas veces pareció irresoluble y, en otras ocasiones, supuso también permitir el procesamiento de aquellas a través de las urnas; cuestión que, en definitiva, no implicó tramitar las diferencias con sus adversarios a través de la violencia, aunque tampoco significó renunciar del todo a la imaginería propia de esta última.

La inclusión de actores anteriormente “oligárquicos”[17] al “liberalismo popular” que tiene inicios tras la derrota electoral de Gaitán en 1946[18] no significaría —como sostienen, entre otros autores, Osorio Lizarazo (1998 [1952])— la cooptación del gaitanismo por parte de la “la oligarquía” (o el “país político”). Al contrario, la selectiva vinculación de los “réprobos” de otrora hizo del campo identitario gaitanista uno que logró redefinir incesantemente quiénes pertenecían al campo popular y quiénes se constituían en los enemigos del pueblo. De hecho, la victoria de Gaitán y sus candidatos liberales en los comicios provinciales en octubre de 1947 —triunfo que reafirmó la posición privilegiada del gaitanismo al interior del Partido Liberal— fue descrita por el periódico gaitanista Jornada en los siguientes términos:

Las masas desengañadas […] y el pueblo conservador, como las juventudes de ese partido, que se han dado cuenta de que nada se les ofrece a cambio de su adhesión a los oligarcas de turno que las tienen sometidas a una ciega coyunda, comienzan a emanciparse. […] [L]os estadistas conservadores, que nada han realizado en favor de los trabajadores, ni de los campesinos, ni de la clase media, […] han tenido que apelar, para explicar su fracaso, al truco ingenuo de proclamar que el liberalismo —como lo dijo anoche en forma melancólica el señor Laureano Gómez— tiene un millón y medio de cédulas [de identidad] falsas. Nadie cree en semejante farsa. (“Reflexiones de la victoria”, Jornada 11 de octubre de 1947, 4)[19]

Asimismo, en un banquete ofrecido a Gaitán en Barranquilla para celebrar los resultados electorales, el “jefe único” del liberalismo dijo: “tenderemos la mano al enemigo, para cuanto represente realidad, grandeza y progreso de la patria, porque nuestro corazón no conoce odio” (“El banquete de Barranquilla: grandiosa exégesis de la victoria hizo anoche el Jefe del Partido”, Jornada 23 de octubre de 1947, 1-2). Y dos días después, a razón de haber sido proclamado candidato liberal para las elecciones presidenciales de 1950, el líder del Partido Liberal reafirmó que le fue fácil olvidarse de los grupos que antes lucharon contra él:

[…] solo tengo un rencor, el rencor contra los rencorosos, porque estos han vivido olvidando que se opera una profunda revolución en la historia de Colombia […] rencor contra los que miran hacia atrás, contra los que por entregarse a la visión retrospectiva son incapaces de entregarse a la tarea magna de la reconquista del poder. (“Gaitán proclamado candidato, anoche. Homenaje en el [Hotel] Granada de Alberto Camacho Angarita”, Jornada 29 de octubre de 1947, 1)

Ciertamente, otro elemento que ayudó a consolidar este llamado a la unión liberal bajo la bandera gaitanista fue la violencia política bipartidista, cuyas manifestaciones a fines de 1947 eran cada vez más alevosas.[20] Para noviembre

de dicho año, una iniciativa legislativa para darle prerrogativa administrativa a la Policía —y que esta dejara de estar en manos del Poder Ejecutivo— provocaría que el ministro de Justicia, José Antonio Montalvo, afirmara ante el Congreso que la fuerza pública

[…] está encargada de la guarda del orden público y del orden social; […] el gobierno tiene que defender a sangre y fuego las instituciones democráticas, la autoridad del Presidente, la Policía, elemento social del orden y de la estabilidad del Estado. Ni el presidente se dejará amarrar, ni nosotros lo dejaremos amarrar. (Montalvo, en Azula Barrera 1956, 292; el resaltado es nuestro)

La respuesta inmediata de Gaitán a las afirmaciones de Montalvo consistió puntualmente en pedir calma a los liberales: "a pesar de las provocaciones debemos servir a la paz y a la tranquilidad públicas" (Gaitán, en Ortiz Márquez 1978, 153), pero también la consigna "a sangre y fuego" fue tomada por el líder liberal como un desafío al que su partido estaba preparado. Al respecto, advirtió que "nosotros [somos] un partido sereno y tranquilo en razón de su misma fuerza", aunque "al ministro Montalvo no le quedan sino dos caminos: o cumplir su amenaza o demostrar que fue una bufonada" ("La réplica de Gaitán", Jornada, 8 de noviembre de 1947, 1).

Así pues, la hostilidad de la violencia en provincia y las provocaciones de algunos miembros recalcitrantes del conservatismo reforzaron el llamado a la unidad liberal, el cual fue por demás recurrente en las intervenciones gaitanistas a fines de 1947 y principios de 1948. En diciembre de 1947, Gaitán aseveró que al liberalismo "le estaba pasando lo de los miembros de una familia que después de pelear entre sí se abrazaban dejando los rencores ante el peligro y la amenaza del adversario" ("Cúcuta recibe triunfalmente a Gaitán", Jornada 21 de diciembre de 1947, 7). No obstante, los gaitanistas condenaban simultáneamente la existencia de ciertos sectores del partido que se resistían al dominio de su "jefe único"; y respecto a estos adversarios dentro del campo del liberalismo, los gaitanistas de Jornada vaticinaban su fin: "esa corrupción no podrá prosperar. Si la gangrena amenaza destruir el sano y robusto organismo del Partido, habrá un cirujano que, con rápido corte quirúrgico, evite el contagio: el pueblo" ("La gangrena", Jornada 23 de noviembre de 1947, 4).

Por otra parte, ya para inicios de 1948, las figuras prominentes del Partido Conservador insistirían en que la creciente violencia política tenía como principal motivo el fraude cometido por los liberales en los comicios de 1947. Así lo afirmaba el presidente de la República a inicios de 1948, quien, acogiendo la tesis del recalcitrante conservador Laureano Gómez, dijo: “el fraude desencadena irremediablemente la violencia” (Ospina Pérez, citado en Alape 2002, 92).

Sobre estas declaraciones del presidente, se dice desde Jornada que el origen de la violencia no puede ser el fraude ni “las cédulas falsas”; la violencia, en cambio, remite a “la lucha entre los poderosos con ambición constante de ganancias inmoderadas y los desposeídos con afán de mejor medio de vida que los redima de las injusticias” (Álvaro Rojas, “Hechos, no palabras”, Jornada, 4 de enero de 1948, 4). Frente a esta reacción de “los poderosos”, en los albores de 1948 Gaitán impulsó la consigna de “resistencia civil” contra el conservatismo[21] y, más importante aún, el llamado a la “legítima defensa”. Esta última resultaba necesaria, al decir de una editorial de Jornada en enero de 1948, “cuando frente a una agresión injusta, inminente o actual, la autoridad permanece impasible” (“La resistencia civil”, Jornada 16 de enero de 1948, 4). Respecto a la supuesta indiferencia del Gobierno ante la violencia, para los gaitanistas resultaba inevitable “que las gentes desesperadas tengan que defender sus vidas por su propia cuenta, imponer el orden con sus propias manos” (“El camino del crimen”, Jornada 9 de enero de 1948, 4).[22]

En efecto, esta amenaza de recurrir a la “legítima defensa”, es decir, la invocación a un potencial uso de la violencia, se daba a raíz de la ola de hechos sangrientos que sufría el país, y los cuales eran considerados por Gaitán y sus seguidores liberales como el resultado de una estrategia de la oligarquía conservadora que apelaba al terror para imponer su voluntad sobre “las mayorías nacionales” ([Recuadro], Jornada 3 de febrero de 1948, 1). De hecho, el epítome de la respuesta de los liberales a tal concepción de la violencia partidista fue la manifestación del 7 de febrero de 1948. A ella se convocaba a los manifestantes a poner en acto el duelo por las víctimas de la violencia, marchando en silencio.

Días antes de esta “Marcha del silencio”, se decía en Jornada que el pueblo “no necesita defender sus derechos con fusiles y machetes”, ya que bastaba “su sola presencia en las plazas, en un acto de protesta ante sus perseguidores, para demostrar la fuerza incontrastable de su brazo y la terrible voluntad de su corazón inexorable” (“La huella escarlata”, Jornada 23 de enero de 1948, 4). El

rechazo al uso de la violencia física, sin dejar de apelar a la presencia amenazante de las masas en el espacio público, fue expresado por Gaitán en aquella manifestación. Decía el “jefe único” del liberalismo en su corta intervención —posteriormente conocida como “La oración por la paz”— lo siguiente:

Aquí no se oyen aplausos: solo se ven banderas negras que se agitan. Señor presidente: Vos que sois un hombre de Universidad debéis comprender de lo que es capaz la disciplina de un partido, que logra contrariar las leyes de la psicología colectiva para recatar la emoción en su silencio, como el de esta inmensa muchedumbre. Bien comprendéis que un partido que logra esto, muy fácilmente podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa. […] Os pedimos hechos de paz y civilización. […] que las luchas políticas se desarrollen por los cauces de la constitucionalidad. ¡No creáis que nuestra serenidad, esta impresionante serenidad, es cobardía! (7 de febrero de 1948, en Gaitán 1968, 506-507)

El hecho de que Gaitán disolviera pacíficamente la manifestación fue, sin lugar a dudas, lo que causó más escozor y pánico a sus partidarios y a sus enemigos.[23] Por ejemplo, para el conservatismo, la “Marcha del silencio” era un reflejo de la estrategia engañosa de Gaitán, porque “el mismo silencio era sedicioso y las palabras suaves del caudillo tenían más poder explosivo que sus encendidas arengas” (Azula Barrera 1956, 308). De igual forma, en un editorial del periódico laureanista El Siglo, se consideraban, de manera provocadora e irónica, los verdaderos motivos de la marcha:

El señor Jorge Eliécer Gaitán con los suyos rindió ayer homenaje a los muertos. Entendemos que se trata de los muertos conservadores, porque los liberales víctimas de la persecución oficial, no existen. (“Homenaje a los muertos”, El Siglo, 8 de febrero de 1948, en Perea 1996, 135)

Lo cierto es que la “Marcha del silencio”, para distintos analistas del proceso

gaitanista, resulta ser la sinopsis de la relación directa establecida entre el líder y sus masas. Para Pécaut, por ejemplo, en los hechos del 7 de febrero de 1948, "la multitud se contempla a sí misma a través del testimonio de su líder" y revelaban la existencia de una masa reunida que "no tiene ese día otra palabra distinta a la de su jefe; está allí presente en un espacio que no es ni económico ni político" (Pécaut 2001, 534). Así, la palabra de Gaitán y la identificación de las masas con él se vuelven los rasgos definitivos del proceso gaitanista.

Según Pécaut, el cénit de esta multitud reunida "contra las fuerzas de la muerte" tendría lugar en la ciudad cafetera de Manizales, días después de la "Marcha del silencio". Allí, Gaitán daría uno de sus últimos discursos públicos, el 15 de febrero de 1948. En el marco de un funeral de trece militantes gaitanistas asesinados, el líder liberal dijo:

Compañeros de lucha: solo ha muerto algo de vosotros, porque del fondo de vuestras tumbas sale para nosotros un mandato sagrado que juramos cumplir a cabalidad […] os habéis reincorporado al seno de la tierra. Ahora, con la desintegración de vuestras células, vais a alimentar nuevas formas de vida. […] Compañeros de lucha: al pie de vuestras tumbas juramos vengaros. (15 de febrero de 1948, en Gaitán 1968, 509; el resaltado es nuestro)

Al igual que Carlos Mario Perea, para quien el "juramos vengaros" de Gaitán es una "exaltación del código de la sangre" (Perea 1996, 189), Pécaut caracteriza al citado discurso como uno que pone en evidencia cómo en el movimiento gaitanista, para 1948, "solo queda la [oposición] de la vida y la muerte, de la cual se nutre la fuerza colectiva" (Pécaut 2001, 535). Dicho con otras palabras: para ambos autores, el gaitanismo nunca buscó ni tampoco logró distanciarse del llamamiento a la violencia propio del sectarismo bipartidista de la época.

Bajo esta perspectiva, sin embargo, no es fortuito que tanto Pécaut como Perea citen de manera incompleta las palabras del líder liberal en aquella intervención pública. Efectivamente, el final de aquel discurso pone en aprietos la hipótesis sobre la relación entre gaitanismo y violencia sostenida por los autores. Continuaba, pues, el líder liberal en su discurso diciendo:

Compañeros de lucha: al pie de vuestras tumbas juramos vengaros, restableciendo con la victoria del partido liberal los fueros de la paz y de la justicia en Colombia. Os habéis ido físicamente, pero ¡qué tremendamente vivos estáis entre nosotros! Compañeros: vuestro silencio es grito. Vuestra muerte es vida de nuestro destino final. (15 de febrero de 1948, en Gaitán 1968, 509)

En este sentido, la venganza, más que remitir a la eliminación física del adversario, apela a su derrota electoral. De este modo, Gaitán se erigía como una figura que constantemente refrenaba la retaliación física de la violencia, canalizándola a través de demostraciones amenazantes de fuerza (en las calles y en las urnas). Podemos, entonces, afirmar que el liderazgo de Gaitán se constituyó en un dique frente a la violencia política; dique muchas veces precario, ya que reconducía dicha violencia a partir de la conjugación de dos elementos que, yuxtapuestos, por lo general, entraban en tensión: por una parte, reivindicando las urnas como método sine qua non para obtener el poder político, a lo que se le aunaba un convencimiento de la marcha inexorable hacia la victoria electoral de 1950 —con lo que se negaba, por cierto, la indeterminación propia del dispositivo electoral—; y, sin embargo, por otra parte, desde el gaitanismo se apelaba a la presencia amenazante del pueblo en las calles y en las plazas.

De esta forma, lejos de ser una simple barrera, el rol del liderazgo gaitanista muchas veces reencauzó la violencia, gestionando con mayor o menor éxito sus posibles desbordes. De hecho, la reivindicación de la transformación del orden político por medio de los comicios implicó justamente la apertura del liberalismo gaitanista frente a adversarios anteriormente irreconciliables; esta capacidad, que consideramos regeneracionista, resultaba siendo una prerrogativa exclusiva del liderazgo de Gaitán.[24]

Violencia, el dique populista y el gaitanismo.

La lectura retroactiva del 9 de abril

Ahora bien, los testimonios de distintos gaitanistas y líderes liberales recopilados por Arturo Alape (2002) resaltan las fuertes tensiones que la figura de Gaitán —en tanto dique— generaba en sus seguidores. Por ejemplo, para algunos militantes gaitanistas, la inclusión de "nuevos" integrantes al movimiento, permitida por su líder, no resultaba generalmente afortunada: muchas veces dicha integración fue percibida como traición a los principios del gaitanismo (Osorio Lizarazo 1998 [1952]).[25]

Esta divergencia interna de la solidaridad gaitanista es leída, por lo general, como reacción a la cooptación y a la claudicación de las banderas por parte del "jefe único" antes de su muerte. Esto iba en consonancia, por cierto, con el hecho de que varios de los más fieles seguidores de Gaitán llegaron a reprocharle su reticencia a tomar medidas extrainstitucionales para arrebatarle el poder al conservatismo. A manera de ilustración, un líder barrial del gaitanismo bogotano, José García, afirmó que la "Marcha del silencio" de febrero de 1948 había sido un "acto de cobardía de Gaitán, un acto de rendición porque ya la violencia hacía estragos en los campos de Colombia"; en este sentido, García insiste en que él y sus compañeros habían aceptado la orden de aquella marcha sin dejar de considerarla como "acto de rendición", porque "mientras a unos los asesinaban, nosotros con el silencio íbamos a pedir piedad. En los comités de barrio queríamos una acción definitiva del gaitanismo contra la violencia, frenar la violencia con violencia" (García, citado en Alape 2002, 102).

Por otra parte, la coyuntura política colombiana de principios de 1948 ayudaba a que cualquier entendimiento entre liberales gaitanistas y conservadores fuera inviable. Ejemplo de esto fue la exclusión del "jefe único" de la delegación para representar a Colombia en la IX Conferencia Panamericana, que se inauguraría en Bogotá a fines de marzo de aquel año. La organización de dicha conferencia —en la que tuvo nacimiento la Organización de Estados Americanos— estaba en manos de Laureano Gómez. Si bien es cierto que algunos liberales habían sido nombrados al interior de la comitiva colombiana para aquel evento internacional, el enfrentamiento entre partidos se profundizaría con el llamado a la oposición total por parte del Partido Liberal, lo que significaba también el rompimiento de la política de Unión Nacional (gabinete bipartidista) propuesta por el Gobierno de Ospina. Esta ruptura tuvo varias consecuencias: por un lado, hizo que el "jefe único" del liberalismo empezara a diseñar una política de oposición total al Gobierno; y, por otro lado, Ospina Pérez anunciaría la composición homogéneamente conservadora de su gabinete. Desde el conservatismo, entonces, la decisión opositora del Partido Liberal buscaba empeorar la grave

situación de orden público que sufría Colombia en marzo de 1948.

Pese a lo anterior, las intervenciones de Gaitán respecto a la oposición eran más bien mesuradas. A mediados de marzo de 1948, el líder del liberalismo declaraba lo siguiente:

El liberalismo ha pasado a la oposición, como consecuencia de los actos de violencia que han venido registrándose en diversos departamentos del país. La colaboración con el gobierno ha quedado desautorizada mientras esa situación subsista. […] Yo tengo una fe absoluta y ciega en el pueblo liberal. […] [E]l pueblo liberal, cuando sea hora de librar las grandes batallas de la oposición, las librará con la entereza y la decisión que tuvo entonces y que ha tenido siempre. Sería demasiado fácil precipitarlo [al pueblo] ahora a la aventura. Pero sería llevarlo también fácilmente al sacrificio. […] Lo único que hay es el estudio de planes para organizar una lucha eficaz contra la violencia. ("Gaitán define la política de la oposición", Jornada 16 de marzo de 1948, 1; el resaltado es nuestro)

Así, aquella "lucha eficaz" descartaba un uso de las armas para contrarrestar la violencia conservadora y la referencia a "la aventura" remitía al constante rechazo de Gaitán a los postulados insurreccionales, reivindicados tantas veces por varios de sus seguidores.[26] Este es, en efecto, un sucinto ejemplo de que la relación establecida por el gaitanismo con la violencia política resulta ser compleja y menos directa de lo que sus críticos han buscado atribuirle.[27]

De cualquier modo, son muchísimos los testimonios, los estudios y las reflexiones sobre los acontecimientos que suscitó el asesinato de Gaitán.[28] Si un itinerario de lo que sucedió excede las pretensiones de este capítulo,[29] aquí queremos hacer hincapié en que los hechos de aquel 9 de abril condicionaron las distintas lecturas que se realizaron acerca del proceso gaitanista. Dicho en otros términos: al afirmar que la muerte de Gaitán significó, como dice John Martz, el desprendimiento del "barniz de civilización" de la Colombia de mediados de siglo xx, en el cual "todo tejido moral de la nación se reveló en su realidad putrefacta" (Martz 1969, 83-84), se asume también que el gaitanismo fue, en gran medida, el culpable tanto de la debacle que suscitó el asesinato de su líder

como de la eventual alineación del liberalismo con el Gobierno de Ospina Pérez.[30]

La anterior idea ha sido reafirmada de manera tal que puede encontrarse en análisis elaborados tanto por actores partidistas de la época como por algunos estudios provenientes de la historiografía actual. Al respecto, por ejemplo, el corolario caótico del asesinato de Gaitán es descrito por el conservador Rafael Azula Barrera como el producto de una "tremenda y fatal contradicción" de aquel líder liberal y que consistía en "tratar de utilizar una retórica explosiva […] cuando el lenguaje cáustico, al herir sensibilidades enfermas, predisponía el ánimo de las multitudes para la acción directa y no para una solución civil en las urnas" (Azula Barrera 1956, 336). A su vez, y de forma reciente, Herbert Braun resaltó la incapacidad que los manifestantes demostraron tras el asesinato de Gaitán "para concentrarse en objetivos políticos específicos"; fugazmente se enfocaron en la sencilla destrucción de lo que consideraban parte del "orden jerárquico [...] destruyendo sistemáticamente los símbolos del poder, de la desigualdad y de la exclusión, que antes habían sido aceptados con tanta facilidad" (Braun 1998, 294). Por su parte, Pécaut buscó darle sentido a la impotencia política de los manifestantes "nueveabrileños". De modo similar a Braun, para el pensador francés los dirigentes de ambos partidos tomaron inmediata distancia de una multitud "que se había entregado al disfrute mediante el consumo de bienes que, como los licores extranjeros, simbolizaban la depravación de la oligarquía"; así, los desmanes posteriores al asesinato de Gaitán se explicaban por la figuración del pueblo que el mismo líder del liberalismo había enarbolado y, por supuesto, el lazo que había establecido entre él y las masas:

Construido a partir de la referencia al pueblo como una simple fuerza ciega y del llamado a la identificación con un hombre que operaría por sí solo el paso a la conformación de un sujeto político, el populismo gaitanista contenía en sí mismo este potencial de autodestructividad. (Pécaut 2001, 538)

Respecto a todo lo anterior, creemos que un recorrido más detallado de la propuesta identitaria gaitanista pone en evidencia que, lejos de tener una referencia del pueblo como "simple fuerza ciega", aquella erigió un conflicto

entre pueblo y oligarquía —de cuño partidista liberal más presente desde 1947— que pretendió ser resuelto por vías electorales. Desde la identidad gaitanista, no obstante, se amenazó constantemente con el uso de la “fuerza popular”, esto es, la presencia multitudinaria de seguidores en congregaciones, teatros y plazas. La recurrente advertencia del posible uso de la legítima defensa es la evidencia más palmaria de esto.[31]

La experiencia del 9 de abril, entonces, parece tener un efecto definitivo en los análisis sobre el gaitanismo, generando lecturas retroactivas que refuerzan su vinculación directa con la violencia política. Dicho en otros términos, el filtro que atraviesa la mayoría de los análisis sobre el gaitanismo es la muerte de Gaitán. El Bogotazo tiene, pues, el poder tanto de difuminar como de amplificar ciertos rasgos de la discursividad gaitanista, cuestión cuyo corolario es, por lo general, una caracterización violenta de Gaitán. En definitiva, la “lectura nueveabrileña” del proceso gaitanista hace del mismo uno encaminado ineluctablemente a la violencia, a la venganza y a la muerte.

Por el contrario, y como hemos querido dar muestra en este capítulo, Gaitán estaba lejos de hablar como un líder cercano o entregado a su inmolación: la abnegación y el sacrificio que él y sus seguidores esgrimían no se inscribían en un llamado a la eliminación del enemigo; antes bien, aquellos valores hacían parte de una reivindicación más amplia del liberalismo y del convencimiento de tomar el poder presidencial de Colombia en los comicios de 1950. Sin el lente del 9 de abril para pensar el período 1946-1948, se hace evidente que Gaitán era más un líder que se preparaba para gobernar el país desde la Casa de Nariño, y no tanto un caudillo irresponsable que fraguaba una violencia irrestricta y vengativa contra sus oponentes.

A modo de conclusión

En este capítulo tomamos distancia de una lectura del movimiento gaitanista como un proceso político vinculado indefectiblemente con la violencia bipartidista de mediados de siglo xx en Colombia. Ya sea por la imprecación que desde el Partido Liberal estableció contra el Gobierno conservador desde 1946 o por el supuesto truncamiento de un gobierno distributivo y popular debido al

asesinato de Gaitán, el vínculo entre gaitanismo y violencia política es de tal recurrencia que, en la memoria colectiva de dicho país andino, se relaciona el 9 de abril de 1948 con el nacimiento de la lucha armada —cuestión que signó la historia colombiana a lo largo de la segunda mitad del siglo xx—.

A través de un examen no causalista de aquel vínculo, dimos cuenta de que los estudios más canónicos sobre el gaitanismo pierden de vista la lógica política esgrimida por este movimiento entre 1946 y 1948; antes que remitir a la eliminación física de su alteridad, el gaitanismo ya gestionaba la simultánea inclusión y exclusión de sus adversarios. Lo anterior pone en evidencia por qué resulta tan elusiva la descripción cabal tanto del pueblo como de la oligarquía del gaitanismo: tanto el primero como el segundo nunca fueron los mismos para el movimiento durante este período. Efectivamente, la inclusión de sus adversarios y la expulsión de anteriores militantes, por caso, generaba una reconstrucción constante de la identidad gaitanista. Esta reconstrucción incesante del demos legítimo es lo que nos permite considerar al gaitanismo como una identidad populista.[32]

De igual manera, proponemos que uno de los rasgos a tener en cuenta para futuras caracterizaciones del populismo latinoamericano es su particular rol en la contención de la violencia política. Justamente, las disquisiciones aquí esbozadas pretenden iluminar una caracterización más acabada del fenómeno populista en lo que respecta a su relación con la violencia política.

Así, pues, de vuelta a nuestro caso y teniendo en cuenta un contexto de pugna bipartidista como el colombiano de mediados de siglo xx, el liderazgo de Gaitán fue determinante para contrarrestar, de manera siempre precaria, la posible emergencia de la violencia contra sus adversarios. Por tal motivo, retomamos la figura del dique, en tanto nos sirve para caracterizar la manera en que el líder del gaitanismo limitó y redireccionó un procesamiento mortal de su alteridad, a través de una reivindicación de la victoria electoral del liberalismo en 1950 y, simultáneamente, amenazando con el uso de la "legítima defensa" frente a sus adversarios conservadores. Respecto a esto, creemos que la contribución analítica de esta investigación es la de poner en cuestión aquellas posturas que sostienen que la discursividad gaitanista no pudo sino sucumbir a la muerte que ofrecía su contexto político.

No obstante lo anterior, si bien es verdad que el gaitanismo operó como un dique frente a la violencia política, ocluyendo y reconduciendo su imprecación a la

erradicación física de sus adversarios, no es menos cierto que contribuyó muy poco para que menguara totalmente la violenta polarización bipartidista de fines de la década de los cuarenta. Proponemos entonces que, además de su carácter regeneracionista, un rasgo propio de los populismos latinoamericanos es su dimensión beligerante para incorporar a sus alteridades, un "regeneracionismo beligerante". Al entender la beligerancia como una manera de domeñar y encauzar la violencia —a través de la amenaza—, resulta posible destacar la potencialidad analítica de la figura del dique: como un mecanismo de compuertas que se cierran y se abren en forma intermitente, los populismos parecen restringir y redireccionar la violencia, sin ocluirla por completo.

Referencias

Fuentes primarias

Jornada [Bogotá] 1946-1948.

Fuentes secundarias

Abel, Christopher. 1987. Política, Iglesia y partidos en Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens.

______. 2004. "Repensando el populismo". En Releer los populismos, Kart Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, 81-125. Quito: Centro Andino de Acción Popular.

______. 2005. “La democratización beligerante del populismo”. Ponencia presentada en el VII Congreso Nacional de Ciencia Política SAAP.

______. 2013. “De lo popular a lo populista o el incierto devenir de la plebs”. En Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 17-40. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Acosta Olaya, Cristian. 2018. “El dique y las turbulentas aguas del gaitanismo. Violencia política y populismo en Colombia de mediados de siglo xx”. Estudios Políticos (52): 128-148.

______. 2019. “Jorge Eliécer Gaitán y el dique frente a las aguas turbulentas. Identidades políticas, populismo y violencia en Colombia (1928-1948)”. Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.

Alape, Arturo. 2002. El Bogotazo: memorias del olvido. Bogotá: Planeta.

Arendt, Hannah. 1972. “On violence”. En Crisis of the Republic: Lying in Politics; Civil Disobedience; On Violence; Thoughts on Politics and Revolution. Hannah Arendt, 103-198. Nueva York: Harcourt Brace & Company.

Arditi, Benjamin. 2010. “Politics is Hegemony is Populism?”. Constellations 17 (3): 488-497.

Azula Barrera, Rafael. 1956. De la revolución al orden nuevo: proceso y drama de un pueblo. Bogotá: Kelly.

Braun, Herbert. 1986. “Los mundos del 9 de abril, o la historia vista desde la culata”. En Pasado y presente de la violencia en Colombia, compilado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 195-231. Bogotá: CEREC.

______. 1998. Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia. 2.a ed. Bogotá: Norma.

Bushnell, David. 2004.Colombia: una nación a pesar de sí misma. Bogotá: Planeta.

Di Tella, Torcuato. 1965. “Populismo y reforma en América Latina”. Desarrollo Económico 4 (16): 391-425. https://doi.org/10.2307/3465879

Dornbusch, Rudiger y Sebastian Edwards. 1991. The Macroeconomics of Populism in Latin America. Chicago: University of Chicago Press.

Gaitán, Jorge Eliécer. 1968. Los mejores discursos. Bogotá: Jorvi.

García, Antonio. 1983. Gaitán: apogeo y crisis de la República Liberal. Bogotá: Tercer Mundo.

Gellner, Ernest y Ghita Ionescu, comps. 1970. Populismo. Sus significados y características nacionales. Buenos Aires: Amorrortu.

Germani, Gino. 1971. Política y sociedad en una época de transición. 4.a ed. Buenos Aires: Paidós.

Green, William John. 2013. Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular. Medellín: Editorial EAFIT, Banco de la República.

Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. 1980. La violencia en Colombia. Estudio de un proceso social: Tomo I. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Laclau, Ernesto. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe. 2004. Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Magrini, Ana Lucía. 2018. Los nombres de lo indecible. Populismo y violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia). Buenos Aires: Prometeo.

Martz, John D. 1969. Colombia. Un estudio de política contemporánea. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Melo, Julián. 2009. "Fronteras populistas: populismo, federalismo y peronismo entre 1943 y 1955". Tesis de doctorado. Universidad de Buenos Aires.

______. 2013. "La frontera invisible. Reflexión en torno al populismo, el pueblo y las identidades políticas en la Argentina (1946-1949)". En Las brechas del

pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo, Gerardo Aboy Carlés, Sebastián Barros y Julián Melo, 65-90. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones.

Melo, Julián y Gerardo Aboy Carlés. 2014. “La democracia radical y su tesoro perdido: un itinerario intelectual de Ernesto Laclau”. POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político 19 (2): 395-427.

Oquist, Paul. 1978. Violencia, conflicto y política en Colombia. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos, Biblioteca Banco Popular.

Ortiz Márquez, Julio. 1978. El hombre que fue pueblo. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Osorio Lizarazo, José Antonio. 1998 [1952]. Gaitán, vida, muerte y permanente presencia. Bogotá: El Áncora Editores.

Palacios, Marco. 1971. El populismo en Colombia. Bogotá: Siuasinza.

Pécaut, Daniel. 2001. Orden y violencia. Evolución socio-política de Colombia entre 1930-1953. Bogotá: Norma.

Perea, Carlos Mario. 1996. Porque la sangre es espíritu. Imaginario y discurso político en las élites capitalinas (1942-1949). Bogotá: Aguilar.

Rehm, Lukas. 2014. “La construcción de las subculturas políticas en Colombia: los partidos tradicionales como antípodas políticas durante La Violencia, 1946-1964”. Historia y Sociedad (27): 17-48. https://doi.org/10.15446/hys.n27.44582

Roldán, Mary. 2002. Blood and Fire. La Violencia in Antioquia, Colombia, 1946-1953. Durham: Duke University Press.

Rodríguez Franco, Adriana. 2017. “El periódico Jornada y la tradición gaitanista durante el gobierno militar (1953-1957)”. En Miradas cruzadas. Orden escrito, política y prensa en Colombia, editado por Alfonso Rubio y Cristian Salamanca, 191-217. Cali: Universidad Santiago de Cali.

Schmitt, Carl. 2002. El concepto de lo político. Buenos Aires: Struhart & Cía.

______. 2005. Teoría del partisano. Acotación al concepto de lo político. Buenos

Aires: Struhart & Cía.

Sharpless, Richard. 1978. Gaitán of Colombia. A Political Biography. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

Stoller, Richard. 1995. “Alfonso López Pumarejo and Liberal Radicalism in 1930s Colombia”. Journal of Latin American Studies 27 (2): 367-397. https://doi.org/10.1017/S0022216X00010798

Taguieff, Pierre-André. 1999. “Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real”. En Populismo posmoderno. Frank Adler, Thomas Fleming, Paul Gottfried, Tim Luke, Paul Piccone, Pierre-André Taguieff y Clyde Wilson, 29-79. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Ulmen, Gary. 1987. “The Return of the Foe”. Telos (72): 187-193.

Uribe, María Victoria. 1990. Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.

Vilas, Carlos. 2005. “¿Populismos reciclados o neoliberalismo a secas? El mito del ‘neopopulismo’ latinoamericano”. Estudios Sociales 26 (1): 27-51. https://doi.org/10.14409/es.v26i1.2526

Weyland, Kurt. 2004. “Clarificando un concepto cuestionado: ‘el populismo en el estudio de la política latinoamericana’”. En Releer los populismos, Kart Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra, 9-50. Quito: Centro Andino de Acción Popular.

*Este capítulo retoma algunas reflexiones desarrolladas por el autor en dos trabajos anteriores (Acosta Olaya 2018; 2019).

[1]Es importante recordar que el primer mandato de López Pumarejo suele ser denominado “La Revolución en Marcha”. Más allá de los debates existentes sobre sus verdaderos alcances en la Colombia de la época, el Gobierno de López, a mediados de la década de los treinta, se destaca por una serie de reformas constitucionales, muchas de las cuales pretendieron transformar el país

en temas sensibles. Se instó, por ejemplo, a la apertura electoral (hombres, mayores de edad, empezaron a votar), se establecieron algunas prerrogativas en materia de derechos laborales, se determinó una escisión entre el Estado y la Iglesia católica (en el ámbito educativo, especialmente) e, incluso, se promulgó una Ley de Tierras (Ley 200 de 1936), la cual buscaba realizar una —bastante tímida, es cierto— reforma agraria. Al respecto, véase Stoller (1995).

[2]De hecho, como mencionamos en el último apartado de este capítulo, creemos que los análisis que establecen un vínculo directo entre movimiento gaitanista y violencia política es la que suele tomar como evidencia los hechos trágicos del Bogotazo. Por otra parte, es importante destacar la forma en que el asesinato de Gaitán, el 9 de abril de 1948, fue catalogado como el punto fundacional de una violencia revolucionaria posterior, la cual tendría un despliegue inconmensurable durante las décadas de los sesenta y los setenta. El vínculo entre gaitanismo y la nueva izquierda es tema del capítulo 8 del presente libro.

[3]A las identidades políticas las entendemos aquí como “el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen a través de un mismo proceso de diferenciación externa y de homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. Toda identidad política se constituye y transforma en el marco de la doble dimensión de una competencia entre las alteridades que componen el sistema y de la tensión con la tradición de la propia unidad de referencia” (Aboy Carlés 2001, 54).

[4]“El momento del populismo” es el título que le da Daniel Pécaut (2001) al capítulo 5 de su libro, Orden y violencia, en el que el autor reflexiona sobre el fenómeno gaitanista.

[5]Si bien este personaje ha sido comúnmente caracterizado como uno de los más “fieles” seguidores de Gaitán, en el capítulo 2 del presente libro esta imagen de Osorio Lizarazo fue problematizada con contundencia por Ana Lucía Magrini. Por otra parte, resulta importante advertir que, para los objetivos de este trabajo, no marcamos una diferenciación tajante entre las distintas “narrativas” de los analistas analizados aquí estudiados, como sí lo hace dicha autora (Magrini 2018).

[6]Más allá de si los “cuerpos intermedios” son concebidos como trabas o como

expresiones particulares de la voluntad de los sectores populares. Esta es, para nosotros, la problemática cardinal que plantea Pécaut (2001) en su análisis del gaitanismo, del que hablaremos renglones más adelante.

[7]El segundo interrogante lo retomamos en el siguiente apartado.

[8]Aclaramos que hay aquí un ejercicio, deliberado de nuestra parte, de privilegiar la dimensión de la alteridad sobre las otras dos de las identidades políticas (representación y tradición). Creemos, sin embargo, que esta prelación tiene pertinencia en términos meramente analíticos, en tanto abona el terreno para pensar —o al menos, actualizar— la discusión sobre el vínculo entre populismo y violencia. Con esto no queremos afirmar que, en casos concretos, las identidades políticas se configuren sin una conjunción diacrónica de sus tres dimensiones. Agradecemos a Sebastián Barros por sus observaciones acerca de este punto.

[9]Esto, a diferencia, según Schmitt, de los ámbitos estéticos y morales, que determinan lo bello y lo feo, y lo bueno y lo malo, respectivamente (Schmitt 2002, 31).

[10]Estos matices al interior de la obra de Schmitt suelen ser soslayados al hacer mayor hincapié en la caracterización realizada por el jurista de Plattenberg sobre el enemigo político que, en sus términos, “sigue siendo otro, un extranjero” (Schmitt 2002, 32). Sin embargo, en la díada schmittiana enemigo-amigo hay un estatus de la guerra como posibilidad, como traducción extrema y excepcional de la enemistad, y no como una constante de la política. En este sentido, creemos que, en su disquisición sobre la enemistad, Schmitt da cuenta de la pugna eterna de proyectos políticos irreconciliables entre unidades políticas diversas. Lo anterior, finalmente, pone en el centro de nuestra atención al antagonismo como materia prima de todo vínculo político. De esta manera, entonces, reiteramos que no es difícil encontrarse con ciertos lugares comunes respecto a la díada schmittiana, que repiten —como un mantra— que toda relación política altamente conflictiva es igual a la “enemistad (total)” o la guerra o a muerte. De hecho, las reflexiones respecto al paso del enemigo político (“el verdadero enemigo”) a la enemistad total (“enemigo absoluto”) se pueden encontrar en otros trabajos de Schmitt (2005, 109-115); véase también el texto de Gary Ulmen (1987). Incluso, ya Schmitt advertía, en El concepto de lo político, que esta totalización del enemigo implicaba emprender guerras en las cuales la enemistad es criminalizada y deshumanizada: “superando lo político”, dice, estas

guerras le niegan al enemigo la “calidad de hombre” (Schmitt 2002; 73). Llevando al extremo los postulados de Schmitt, en el caso colombiano, el horror de la Violencia bipartidista colombiana descrito por María Victoria Uribe (1990) evoca más a la enemistad total que al establecimiento de una relación amigo-enemigo.

[11]Una sugestiva crítica a estos presupuestos de Laclau es elaborada por Benjamín Arditi (2010).

[12]Al respecto, véase la crítica a Laclau realizada por Melo y Aboy Carlés (2014).

[13]La cuestión “popular” no remite aquí a sectores mayoritarios de una sociedad ni tampoco a una situación particular de subalternidad; para Aboy Carlés (2013, 24), en cambio, la identidad popular remite principalmente al modo en que ciertos sectores se plantean como negativamente privilegiados dentro de la vida comunitaria y que, por lo tanto, ponen en cuestión el ordenamiento del poder existente.

[14]Recordemos que el entramado teórico de Laclau y Mouffe define al discurso como una totalidad estructurada, resultante de la práctica articulatoria que alberga en su interior posiciones diferenciales articuladas a las cuales los autores llaman “momentos” —esto, frente a posiciones diferenciales que no se articulan discursivamente, llamadas “elementos”—. La preeminencia de los momentos determina un campo de la discursividad específico que buscará fijar y limitar, de manera siempre precaria y parcial, la contingencia propia de lo social por medio de “puntos nodales”. Así, para ambos autores, lo anterior configura dos posiciones de sujeto dentro del discurso, conceptualmente diferenciadas: una posición democrática, que tiene como base la lógica de la diferencia para estructurar el espacio social y que consiste en complejizar dicho espacio, atomizarlo y, por ende, no dividirlo antagónicamente; la posición popular, en cambio, tiene como base la lógica de la equivalencia, que estructura el espacio de lo social escindiéndolo “tendencialmente” en dos campos antagónicos (Laclau y Mouffe 2004, 152-175). En su obra del 2005, Laclau considera que toda identidad popular posee una tendencia ineluctable a la equivalencia, esto es, a su expansión; dicho en los términos arriba esbozados: toda plebs aspiraría a ser populus.

[15]Al plantear como base analítica la categoría de “demanda”, Laclau afirma que las “demandas populares” tienen como base primaria su “no satisfacción” y el

aislamiento dentro de un contexto institucional; esta insatisfacción de las demandas es la que les permite confluir en una lógica equivalencial —eslabonando, por así decirlo, su insatisfacción— y que, al conformar una frontera antagónica, va configurando una nueva identidad colectiva (Laclau 2005, 98). En efecto, en esta caracterización, para Laclau, el carácter popular de toda identidad es, pues, el eslabonamiento de demandas; de allí su supuesta tendencia a la expansión.

[16]En otro lugar, Aboy Carlés considera que "[e]l populismo constituye una forma particular de negociar esa tensión entre la afirmación de la propia identidad diferencial y la pretensión de una representación global de la comunidad política. Así, las identidades populistas emergen como una impugnación al orden institucional existente, como la encarnación de un supuesto 'verdadero país' frente a un orden y unos actores que son devaluados al nivel de una mera excrecencia irrepresentativa" (Aboy Carlés 2005, 6). Por otra parte, y retomando los avances de los trabajos de Aboy Carlés, para Julián Melo, el populismo es una "articulación de diversos espacios en un campo identitario singular"; esta articulación permite configurar un sujeto pueblo como aquel que es simultáneamente redentor y redimible, desafiante del poder vigente y también es el representante de un nuevo orden comunitario (Melo 2013, 76).

[17]Nos referimos, básicamente, a aquellos líderes y personalidades influyentes del escenario político de la época que habían denostado, antes de las elecciones presidenciales de mayo de 1946, la candidatura de Gaitán. El caso más destacable de la inclusión de este tipo de actores es la del periodista Darío Samper en la dirección del periódico gaitanista Jornada.

[18]Para los comicios presidenciales de mayo de 1946 se habían presentado a la contienda tres candidatos, uno conservador, en la figura de Mariano Ospina Pérez, y dos liberales: del ala oficialista del Partido Liberal se lanzó Gabriel Turbay, y desde el ala disidente de este partido, el candidato fue Jorge Eliécer Gaitán. El vencedor de las elecciones fue Ospina Pérez. Gaitán, por su parte, quedaría en un tercer lugar, mereciendo el reconocimiento político de gran parte de su organización partidaria de origen.

[19]El resaltado es nuestro. Cuatro días antes de aquellos comicios de octubre de 1947, se aseguraba en Jornada que los candidatos del "liberalismo popular" para el Consejo de Bogotá no eran "ni 'oligarcas' ni 'notables' pero tampoco gente anónima"; estos eran "liberales prestantes, servidores de la causa, hombres de

buena voluntad" ("La jornada del domingo", Jornada 1 de octubre de 1947, 4). Es evidente aquí cómo el periódico gaitanista sustenta la integración de políticos acaudalados: ser "prestantes" y destacados en el "país político" no los convertía necesariamente en "oligarcas".

[20]La explicación más recurrente respecto a los motivos de la violencia bipartidista que surgió en 1946 remite al recambio del poder regional originado por la alternancia en el Poder Ejecutivo (por caso, Roldán 2002). Por supuesto, esta explicación resulta para muchos autores insuficiente, aunque no es motivo central de este capítulo indagar sobre esta cuestión. Por lo tanto, remitimos la discusión sobre la Violencia a los trabajos de Oquist (1978) y Guzmán, Fals Borda y Umaña Luna (1980), y la ya citada de Uribe (1990). Sugiero complementar estas referencias con algunas más renovadas, porque aquí se remite a los textos clásicos que marcaron el inicio de ese debate: el texto inaugural de la sociología científica colombiana (1962) y el de Oquist, que en los años setenta retoma esa tesis, pero a partir de allí se siguió discutiendo mucho este tema en Colombia.

[21]La "resistencia civil" consistía, básicamente, en negarles presupuestos (recursos económicos anuales) y privar de medios a alcaldes y gobernadores, todos estos nombrados por el presidente Ospina Pérez.

[22]Es importante resaltar aquí que, desde el gaitanismo, la "legítima defensa" es descrita como un respuesta inmediata e imprevista frente a una "agresión injusta"; sin embargo, nos preguntamos si dicho tipo de defensa no pierde su validez en el mismo momento en el que es mentada racionalmente, es decir, ¿podemos caracterizar como pura "legítima defensa" a la amenaza misma de responder con violencia otros hechos de violencia? Recurriendo a las reflexiones de Hannah Arendt, el llamamiento de los gaitanistas no podría ser valorado como "legítima defensa"; si bien la violencia puede surgir como una forma imperante de restablecer la justicia en un orden injusto, cuando esta es establecida como una decisión para obtener poder —como un medio estratégico para un fin— pierde su carácter "legítimo". En palabras de la autora alemana: "la legitimidad, cuando es desafiada, se basa en una apelación al pasado mientras que la justificación se refiere a un fin que se encuentra en el futuro. La violencia puede ser justificable pero nunca será legítima; su justificación pierde plausibilidad cuanto más su fin reside en el futuro. Nadie discute el uso de la violencia en defensa propia no solo porque el peligro es claro, sino que también es presente, y el fin que justifica los medios es inmediato" (Arendt 1972, 151;

traducción propia, el resaltado es nuestro). De esta manera, el llamado gaitanista a la defensa legítima está más cerca del reino de la violencia —a través de la amenaza, aunque no es ella misma desplegada— que de una respuesta inmediata y meramente reactiva.

[23]Según Braun, dicha marcha de febrero de 1948, "[p]ara los seguidores de Gaitán fue éste un momento de especial orgullo. Para sus oponentes, el control de Gaitán sobre la multitud fue una pavorosa demostración de su poder. Muchos de quienes creen que el asesinato de Gaitán fue ordenado por dirigentes conservadores y liberales están convencidos aún de que los convivialistas tomaron su fatídica decisión a raíz de la manifestación" (Braun 1998, 239). Por su parte, el gaitanista Luis Eduardo Ricaurte aseguraba muchos años después al respecto: "[l]a marcha fue impresionante. El silencio era absoluto. Se oía solo el rumor de las banderas y los pasos ¡tan!, ¡tan! Todos teníamos la tendencia como a gritar, pero nos trancábamos. La orden era de silencio absoluto. No podía haber ni pitos ni nada. Esa manifestación le costó la vida a Gaitán" (Ricaurte, en Alape 2002, 103).

[24]Para decirlo sin ambages: lo que se muere con Gaitán el 9 de abril de 1948 no es el gaitanismo como tal, sino su capacidad regeneracionista.

[25]Esta cuestión es también central del capítulo 2 del presente libro. Usamos algunas de las referencias allí ya expuestas.

[26]Frente a esto, Ortiz Márquez (1978, 174), casi tres décadas después de la muerte de Gaitán, afirmó que este lo había enviado a una misión secreta a la Venezuela de Rómulo Gallegos, para pedir "ayuda material" y eventualmente formar una contraofensiva armada del liberalismo. De esto, aclara el gaitanista, su líder no dejó evidencia alguna. Si bien el testimonio de este autor puede ser verosímil —va en consonancia con el llamamiento a la "legítima defensa"—, lo cierto es que hasta abril de 1948 no se ha encontrado de Gaitán una declaración incontestable que avale la toma violenta del Poder Ejecutivo o siquiera anime la formación de milicias contra el Gobierno conservador.

[27]Como lo resalta Pécaut, Gaitán haría repetidos elogios al Ejército Nacional, en fuerte contraste a las fuerzas policiales. Sin embargo, no encontramos en la discursividad gaitanista un llamado al golpe de Estado. Como se sabe, muchos gaitanistas sí apoyarían, pero ya en 1953, el coup de Gustavo Rojas Pinilla contra el Gobierno de Laureano Gómez. Frente a esto último, véase el trabajo de

Rodríguez Franco (2017).

[28]Muerto el líder del liberalismo, el perpetrador de los tres disparos contra el " jefe único" del liberalismo fue linchado hasta la muerte y su cadáver fue llevado a la Plaza de Bolívar. Distintos negocios de Bogotá —ferreterías, almacenes, licorerías— fueron saqueados y se incineraron diversos edificios públicos y privados, como la sede del periódico laureanista El Siglo, exigiendo la renuncia de Ospina Pérez.

[29]En efecto, resultaría excesivo citar todos los estudios existentes sobre los hechos del 9 de abril y de los días posteriores. Nos limitamos a remitir aquí un texto especialmente valioso, por la innovación en la narrativa de los hechos, elaborado por Herbert Braun (1986).

[30]Recordemos que el presidente Ospina Pérez se rehúsa a renunciar pese a las presiones de los personajes destacados del liberalismo. Muchos de los gaitanistas, por su parte, exigían el fin del Gobierno conservador y la inmediata asunción de Darío Echandía al Poder Ejecutivo. Ni lo uno ni lo otro tendría lugar: el 10 de abril de 1948, Ospina Pérez anunciaba la conformación de un gabinete bipartidista —Echandía sería incluido en una importante cartera ministerial del mismo— y la exhaustiva investigación del crimen del 9 de abril. Una semana después, Gaitán sería enterrado en su propia casa, convertida por decreto en un museo de interés nacional. Por su parte, la jefatura del Partido Liberal sería asumida por un adversario de larga data de Gaitán, Carlos Lleras Restrepo (Ortiz Márquez 1978, 192).

[31]En contraste con la postura de Braun y Pécaut, Richard Sharpless sostiene que si bien es cierto que el tono de los discursos de Gaitán era provocativo y su oratoria generaba una reacción apasionada en las multitudes, tampoco resulta errado destacar que dicho líder "públicamente deploraba la violencia e insistía que él lideraba un movimiento pacífico" (Sharpless 1978, 151).

[32]Y esta gestión identitaria del gaitanismo nos habilita igualmente a aseverar que la ocupación de un lugar específico dentro el poder político —puntualmente, el Poder Ejecutivo— no es condición sine qua non para que un proceso político pueda ser calificado como populista. Por consiguiente, nos rehusamos aquí a hablar del gaitanismo como un populismo "fallido" o "inconcluso".

7

Sendas del populismo y la identidad gaitanista durante el Gobierno militar de Rojas Pinilla (1953-1957)

Adriana Rodríguez Franco

Introducción

El gaitanismo y el rojismo se constituyeron en las principales manifestaciones de identidad popular en Colombia durante el siglo xx. Tanto la movilización política y social liderada por Jorge Eliécer Gaitán entre 1944 y 1948 como la encabezada por el general Gustavo Rojas Pinilla entre 1953 y 1970 fueron expresiones del amplio espectro de las experiencias populistas que vivió América Latina entre la década de los treinta y la de los setenta.

Aunque se ha reconocido la continuidad entre el gaitanismo y el rojismo (Ayala Diago 1996), sobre todo en términos de los actores que integraban la movilización y los referentes de su pensamiento político, estos no han sido analizados desde una perspectiva que los reconozca como discursos y prácticas articuladoras de una misma identidad populista. Con miras a avanzar en esas posibilidades analíticas, este capítulo hace un seguimiento a la vigencia de una de las demandas propias del populismo gaitanista en el discurso y la práctica política del rojismo, la cual llegó a materializarse institucionalmente durante el Gobierno de Rojas —instalado de facto en 1953— con la creación de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil (Sendas): se trata de la lucha por la justicia económica y social, la cual se constituía en una temática recurrente en el discurso político de Gaitán y de sus seguidores, y con base en la cual se proyectó la identidad gaitanista en su enfoque antioligárquico. En particular, se hace referencia al papel mediador del periódico Jornada en la redefinición, articulación y publicidad del discurso gaitanista, especialmente en los asuntos relacionados con la pobreza, la miseria urbana y la marginalidad; lo

anterior está enmarcado en el respaldo que recibió Rojas —no solo en el desencadenamiento del golpe de Estado que lo puso en la presidencia, sino también en relación con su obra de gobierno y sus iniciativas de organización política en oposición al bipartidismo— de parte de quienes aspiraban a mantener vigente, en el debate público y en la acción política, el legado político e ideológico de Gaitán.

En general, este capítulo se plantea como una oportunidad para observar la experiencia populista en Colombia a la luz de diversas fuentes —teóricas, historiográficas y empíricas—; además, espera poder contribuir a generar propuestas alternativas para abordar su estudio, teniendo en cuenta que las concepciones peyorativas y alusivas al "fracaso" o la "imposibilidad" del populismo colombiano son las que han predominado tanto en la opinión pública como en las indagaciones académicas.[1] En esa medida, aquí se propone que, en este caso en particular, la configuración de una identidad populista durante los años cuarenta y cincuenta tomó como base los planteamientos antioligárquicos del gaitanismo, los cuales se concentraban fundamentalmente en la búsqueda de la instauración de una democracia real, que estuviera cimentada en la justicia económica y social. Sin embargo, la lucha por esa democracia se enfrentaba a dos grandes retos: por un lado, la actitud de la élite, principal responsable de la miseria material y la exclusión política del pueblo; y, por otro, la persistencia de la violencia, también ocasionada por la oligarquía bipartidista, que en su disputa por el poder arrastraba a los colombianos a un constante enfrentamiento fratricida. El magnicidio de Gaitán fue consecuencia de esa violencia y al quedar truncadas las posibilidades de un gobierno gaitanista, sus seguidores encontraron en Rojas Pinilla no solo una salida a la violencia generalizada en que estaba sumido el país durante el Gobierno represor de Laureano Gómez (1950-1953), sino también la posibilidad de transformar el Estado para orientar su accionar en favor de los sectores populares y no en la defensa de los intereses económicos de las camarillas liberales y conservadoras.

La emergencia y evolución de la identidad populista en Colombia tuvo que enfrentarse a dos desafíos considerables: en primer lugar, a la desconfianza y al miedo que invadía a las élites cuando se enfrentaban a la organización y movilización de los sectores populares, actitud que se gestó tempranamente —de hecho, un par de décadas después de haberse consolidado la Independencia—. Desde mediados del siglo xix, ante la acción política y los mecanismos asociativos de los artesanos, la élite desarrolló una visión negativa del pueblo como sujeto político y planteó una asociación entre lo popular y el caos político

y social (Aguilera y Vega 1998). Esto resultó en que, a partir de entonces, y de la misma forma en que ocurrió en otros países de América Latina, las élites colombianas se empeñaron en poner un alto al proceso de ampliación democrática que se había contemplado en el marco de las reformas modernizantes impulsadas por los liberales, para lo cual, por ejemplo, impusieron barreras de acceso a la participación de “las masas” —catalogadas como irracionales— en las elecciones (Gutiérrez Sanín 1995).

En segundo lugar, el arraigo del bipartidismo parecía anular cualquier posibilidad de expresión de identidades políticas alternativas, y sobre todo si se trataba de alguna que tuviera un origen popular o que, al menos, se articulara con demandas propias de los sectores populares. El bipartidismo colombiano no respondía a una división de clases, por lo que la identificación de los diversos sectores sociales con uno de los dos partidos no era resultado de una concordancia entre los intereses particulares de una clase y su marco ideológico o las políticas que implementaban una vez accedían al poder; por esta razón, de los dos partidos —pero especialmente de facciones del liberal— emergieron sensibilidades orientadas a buscar la satisfacción de las necesidades de las bases urbanas y rurales, incluso antes de que irrumpieran en escena movimientos de corte socialista o comunista.

A pesar de la dimensión de esos retos, se debe subrayar que tanto el miedo secular que la élite ha sentido por la acción política del pueblo como el tan afianzado —y muchas veces exacerbado— bipartidismo no se entienden aquí como factores que “obstaculizaron” o “perjudicaron” la consolidación de un populismo colombiano durante el siglo xx —tal y como lo han abordado una porción considerable de las indagaciones académicas sobre la cuestión populista (Dix 1978, Palacios 2001; Pécaut 2000)—, sino que se reconocen como aspectos que contribuyeron a definir los rasgos propios de la experiencia de movilización popular que se expresó en el gaitanismo, y de la cual, por ejemplo, no es posible negar su vínculo histórico con la vertiente popular del liberalismo decimonónico.[2]

El populismo que no fue

Durante la década de los sesenta, los primeros análisis sociológicos sobre el populismo contribuyeron a reafirmar su imagen negativa, al relacionarlo tanto con el subdesarrollo de los países latinoamericanos como con la irrupción de la modernización en las sociedades tradicionales del subcontinente. En ambas perspectivas, el populismo fue asociado a liderazgos autoritarios y carismáticos que lograban convocar el respaldo ferviente e irracional de las crecientes masas urbanas, las que quedaban desprovistas de cualquier tipo de autonomía organizativa ante la hegemonía que ejercía el líder populista. En ese marco de referencia, los Gobiernos de Juan Domingo Perón en Argentina, Getulio Vargas en Brasil y Lázaro Cárdenas en México fueron erigidos por la literatura académica como los tipos ideales del populismo en la región, y a partir de sus obras de gobierno o de la magnitud y perdurabilidad de su proyecto político se mediría el éxito o el fracaso de los otros liderazgos que se podrían inscribir en dicha corriente política. De esta manera, se fueron configurando vínculos de identidad entre las diversas manifestaciones populistas y dichos arquetipos del populismo latinoamericano.

Definitivamente, la obra del sociólogo argentino Torcuato Di Tella (1965) marcó la lectura académica de la movilización populista, definiéndola como una alternativa intermedia —propia de las sociedades menos desarrolladas— entre el movimiento obrero y la coalición liberal, y cuyas características eran susceptibles de clasificación con base en los sectores ajenos a las clases obreras que aquella incluyó. Para el caso colombiano, este autor clasificó el gaitanismo como un movimiento que gozaba de legitimidad entre las clases medias y los intelectuales, acercándolo más a la experiencia de la Alianza Popular Revolucionaria Americana de Víctor Raúl Haya de la Torre en Perú; mientras tanto, el rojismo, que buscó heredar el apoyo de los cuadros del gaitanismo y de los intelectuales socialistas, según Di Tella, acogió a grupos que no gozaban de legitimidad entre los estratos populares —considerada la "clase" o la base del movimiento—, como fue el caso de integrantes de la burguesía, la Iglesia católica o el ejército, manifestando también una "tendencia a utilizar medios violentos", pero sin alejarse de la aceptación de "los valores más básicos del orden social existente" (p. 400).

No obstante, para Di Tella, tanto el populismo apegado a las pautas de la sucesión democrática de Gaitán como el populismo militarista de Rojas fracasaron, lo que elevaría al populismo colombiano a "una especie de anomalía histórica" (p. 415), ya que ni se consolidó una aceptación masiva a estos movimientos ni estos lograron afianzar una posición autónoma frente a las

estructuras tradicionales —por ejemplo, el sólido bipartidismo—.

En ese mismo sentido se expresó Robert H. Dix (1978), quien sostuvo que Gaitán y Rojas tuvieron un éxito efímero en convocar masivamente a parte de los dos partidos políticos y que, de hecho, mantenían los atributos propios de esas estructuras tradicionales. Para Dix, al ser la cualidad principal del populismo el carisma de sus líderes, cuando estos desaparecen, como en el caso de Gaitán, su organización política también lo hace; peor aún, cuando el apoyo popular que se ostenta, como en el caso de Rojas, es más una apariencia que una realidad, se está ante la presencia de una figura autoritaria más que ante la de un líder carismático. De esta manera, en el caso colombiano, el significante "populismo" se alejaba de una matriz democrática y popular, para aludir más al autoritarismo y al poder del carisma.

Hasta la década de los setenta, los intentos de analizar y caracterizar el populismo en Colombia habían sido emprendidos por científicos sociales extranjeros, pero la dimensión del apoyo electoral que obtuvo la Alianza Nacional Popular (Anapo)[3] en los comicios presidenciales de 1970 puso nuevamente la cuestión populista en el panorama de la política colombiana. Fue grande la preocupación que despertó entre las élites la posibilidad del triunfo de Rojas, a quien no lograron neutralizar, a pesar de que tras un juicio político revanchista se le retiraron sus derechos políticos,[4] al punto que representantes de los partidos tradicionales y los analistas comenzaron a presentar sus planteamientos sobre cuáles serían las causas que impulsaron la aceptación y la rápida expansión de la acogida del movimiento rojista.

Figuras del bipartidismo como Álvaro Gómez Hurtado, Alfonso López Michelsen y Belisario Betancur[5] reconocieron las dificultades —que ya eran evidentes en la literatura académica— para definir teóricamente la categoría "populismo" y resaltaron la situación económica de los consumidores de clase media como posible variable explicativa del éxito de la convocatoria populista de la Anapo.

Para Gómez Hurtado, el "estado de indefinición" del populismo no era un obstáculo para reconocer que este tenía una "pretensión legítima de ser el pueblo" (Gómez Hurtado 1970, 17); sin embargo, su posibilidad de crear solidaridades policlasistas era limitada, mientras que ese vínculo entre clases era uno de los rasgos característicos de los dos partidos tradicionales. Desde su punto de vista, la insatisfacción de las clases medias, sectores "reclutados" por la

candidatura de Rojas en 1970, se podía explicar por la falta de renovación y revitalización de las "solidaridades pretéritas" de los partidos Liberal y Conservador (p. 22). Por su parte, mientras López Michelsen resaltó cómo históricamente el liberalismo siempre tuvo "un ingrediente de populismo", toda vez que "el caudillo liberal siempre fue por excelencia el que se mezcló con la chusma" (López Michelsen 1970, 51-52), Betancur fue más contundente en poner de relieve las "urgencias populares" que permanecían invisibilizadas e ignoradas por los gobernantes, los que se mostraban cada vez más dispuestos a servir a los intereses del empresariado opulento; de esta forma, la modalidad del populismo colombiano era la de "la lucha de los consumidores con la disciplina del Estado productor" (Betancur 1970, 101). Pese a la diversidad de enfoques, entre estos personajes de la política nacional primaba la opinión de que el anapismo no llegaría a desafiar el bipartidismo, debido a que carecía de ideología y que desaparecería con el mejoramiento de las condiciones económicas de la población y la reducción del inconformismo.

Desde la academia, también a comienzos de la década de los setenta, Marco Palacios recogió en ese momento la idea del inconformismo como base de la movilización populista, y cuyas dimensiones eran de tipo político-ideológico y derivadas, además, del "dinamismo y dirección de la protesta social" (Palacios 2011 [1971], 58). En el caso colombiano, Palacios subraya que el populismo se encontraba "diluido" en muchos escenarios, unos más tradicionales, como las formas de protesta premodernas o la actividad proselitista del bipartidismo, y otras de origen más moderno, como es el caso de la actividad sindical o de las organizaciones de izquierda. Y a pesar de que durante la década de los cuarenta y la de los cincuenta en el país se configuró, por primera vez, "una verdadera situación populista",[6] los liderazgos carismáticos de Gaitán y de Rojas no lograron ni organizar autónomamente al pueblo con respecto al bipartidismo, ni establecer alianzas con sectores determinantes para la obtención de metas de tipo económico —como la burguesía industrial, con la que los populismos "exitosos" sí lograron orientar políticas de desarrollo—. Por un lado, Gaitán y su comprensión positivista y determinista —biologista— de la sociedad no contribuyeron a su empoderamiento por fuera de los partidos tradicionales; el otro, Rojas Pinilla, no contaba con un proyecto político definido y por momentos imperó en su gobierno el autoritarismo y la demagogia sobre la movilización de masas (Palacios 2011 [1971], 71, 78).

De esta manera, desde la dimensión política e ideológica, el populismo se muestra como una estrategia de manipulación del pueblo, con miras a buscar la

legitimación de los poderes tradicionales por medio de la presencia de las masas en la plaza pública y en las elecciones (Palacios 2011 [1971], 58). Varias décadas después, Palacios afirmó que, pese a sus defectos, el populismo era una experiencia preferible a la violencia, ya que, desde su punto de vista, aquel le hubiera dado al Estado colombiano la oportunidad de fortalecerse y legitimarse mediante procesos de negociación entre los representantes de los intereses económicos diversos y la inclusión social y política de los sectores populares; en síntesis, el que los colombianos se hubieran marginado de la "etapa fatal" del populismo les significó no poder librarse del sino de la violencia (Palacios 2001, 12).

Así, la tesis que planteaba que el populismo en Colombia era un imposible y que la violencia era la única realidad posible para su sociedad se posicionó como la perspectiva dominante en la historiografía y en las interpretaciones sociológicas y politológicas. Daniel Pécaut, por ejemplo, insiste en la carencia de autonomía del gaitanismo y el rojismo en relación con los partidos, y que más que hacer referencia al populismo, en el caso colombiano se debe hablar es de "componentes" o "ingredientes" populistas. Respecto a Rojas Pinilla, dichos ingredientes derivaron en la imitación de las formas políticas del peronismo (Pécaut 2000, 60), aunque sin que estas necesariamente hayan redundado en un avance de la democracia económica, ya que el gasto público se mantuvo en un nivel bajo.[7]

Por una senda distinta transitan los trabajos más recientes de autores como W. John Green, Cristian Acosta Olaya y Ana Lucía Magrini. El primero, en su objetivo de enmarcar su análisis del gaitanismo como movimiento popular-radical, recoge algunos factores que comúnmente se han expuesto por la literatura académica para caracterizar la cuestión populista, como lo son el papel que cumplió la creciente frustración de los sectores populares y las clases medias, la búsqueda de una "verdadera democracia" derivada de la intervención estatal y la fijación de una oposición discursiva entre pueblo y oligarquía. Sin embargo, Green enfatiza en la autonomía y la condición popular de movimientos como el gaitanismo, ya que considera que no es posible achacar la causa de la movilización a la manipulación que ejercían los líderes carismáticos y autoritarios sobre las masas urbanas. Con base en este planteamiento, liderazgos como los de Gaitán y Rojas Pinilla son entendidos como catalizadores de la movilización y no como su causa (Green 1995, 125).

Por su parte, Acosta Olaya se inclina por definir el populismo como "un tipo

específico de gestión identitaria [...] al interior de las identidades populares" (2018, 131-132), tipología que, contrario a lo que comúnmente se afirma, no renuncia al pluralismo y no se vincula necesariamente con la violencia política. Desde esa perspectiva, el gaitanismo se puede entender como un proceso de formación identitario, en el que cumplieron una función muy importante las alteridades y la discursividad disruptiva, aspectos que se manifestaron incluso cuando se registró la yuxtaposición entre el movimiento gaitanista y el liberalismo, al Gaitán asumir la dirección del Partido Liberal en 1947 (p. 134).

Magrini y Acosta Olaya han esbozado la hipótesis —la que sostienen se debe explorar empíricamente— de que el populismo gaitanista no es antecedente ni causa de la violencia, sino que, aunque llegó a "tensionarla (sin desplegarla)", se constituyó más bien en un proyecto que buscó denunciarla y detenerla (Acosta Olaya y Magrini 2017, 296). Sobre este punto, Green también había reflexionado acerca de la proyección del populismo como posible salida a la violencia y al arraigo del bipartidismo (1995, 124-125).

Es así como, paulatinamente, se ha hecho manifiesta una reorientación analítica del gaitanismo. Ese cambio de dirección ha sido posible gracias a los aportes de autores como Ernesto Laclau o Gerardo Aboy Carlés, quienes han reflexionado sobre la polisemia del concepto populismo y, además, han propuesto salidas teóricas para superar las lecturas peyorativas y apologéticas de los movimientos y las identidades populistas.

A continuación se hace una breve alusión a aspectos centrales del planteamiento conceptual de Laclau y Aboy Carlés sobre la identidad política, esto con el fin de destacar su conexión con el seguimiento que en las próximas páginas se hace al desarrollo de la identidad gaitanista —más concretamente, de la que se articulaba alrededor del periódico Jornada— durante el Gobierno de Rojas Pinilla.[8]

La identidad populista

La revisión conceptual que propone Laclau del populismo podría conducir a que el concepto se hiciera más ininteligible, ya que al plantearse como "un modo de

construir lo político” (2005, 11), muchas más experiencias políticas quedan cobijadas con la denominación de “populistas”. Sin embargo, esta no es una apertura arbitraria, sino que se trata más bien de una reconsideración necesaria para lograr que el concepto se libere de los rótulos peyorativos y de su asociación con casos arquetípicos que, aunque invitan a la comparación, normalmente terminan anulando la oportunidad de registrar fenómenos de movilización popular porque no encajan, por ejemplo, con el peronismo o el varguismo. De esta manera, la vaguedad y la indeterminación del concepto pueden terminar convirtiéndose en una fortaleza, al desprenderse de sus obligaciones normativas y optar más bien por entender los vínculos políticos que se forjan en ciertas realidades sociopolíticas, las cuales no se caracterizan precisamente por su determinación y diferenciación. Así, se va trazando el camino para entender el populismo en la dimensión de la configuración de las identidades políticas y, más específicamente, de las populares.

De acuerdo con Aboy Carlés, la identidad política cuenta con tres dimensiones fundamentales: en primer lugar, la dimensión representativa, que no remite solamente a la cuestión del liderazgo —tan visible en el análisis del populismo —, sino sobre todo a la relación entre el representante y lo representado, así como a las prácticas “configuradoras de sentido” para el grupo social, como es el caso de los mitos, las creencias, los hábitos o las expresiones ideológicas; en segundo lugar, la identidad implica que se forje una tradición, lo que supone un vínculo entre pasado y futuro; y, en tercer lugar, la existencia de una alteridad (Aboy Carlés 2001, 50). No obstante, con base en la advertencia planteada por Laclau sobre la contingencia de las identidades políticas —pues estas pueden “vaciarse de contenido” y conservar apenas un carácter nominal—, se debe subrayar que su definición no es estática y, por el contrario, está sujeta al desplazamiento de sus límites, a la inclusión y exclusión tanto de demandas como de sectores que anteriormente se habían erigido como adversarios (p. 50). En este marco analítico, el populismo es “una forma particular de constitución y funcionamiento de una identidad política”, que tiene como rasgo característico un conjunto de prácticas de inclusión social amplias y heterogéneas (Barros 2006, 148, 153).

Ahondando en el desarrollo de esta propuesta conceptual, Aboy Carlés apela nuevamente a Laclau para recoger la distinción entre identidad y acto de identificación. Este último implica el establecimiento de novedades en relación con las significaciones, los sentidos y las nominaciones que articulan la identidad, los cuales pueden pasar a ser asignados a nuevas unidades de

referencia (Aboy Carlés 2001, 51). De este modo, las identidades políticas, al ser contingentes, se transforman debido a las tensiones tanto entre las alteridades como entre, por un lado, el apego a la tradición y, por otro, la tendencia al desplazamiento en los referentes que orientan las concepciones sobre los asuntos públicos y la acción política. Dichas acciones son revestidas de sentido en el presente, con base en un “sistema temporal” (p. 50) que conjuga tanto el espacio de experiencia como el horizonte de expectativa del colectivo. La relación entre las percepciones sobre el pasado y las expectativas sobre el futuro marca no solo la orientación de las acciones colectivas, sino que también las revisten de legitimidad.

Las propuestas conceptuales esbozadas en esta sección se operativizan en el análisis de cómo las demandas por la justicia y el bienestar social se constituyeron en componentes centrales tanto de la configuración como de la continuidad de la identidad popular del gaitanismo. El enaltecimiento que hicieron medios de comunicación como Jornada (principal órgano periodístico del gaitanismo) de las demandas sociales que impulsaron la creación de Sendas, al considerarlo un paso en la democratización del bienestar, se puede interpretar como un acto de identificación que articuló y reforzó referentes propios de la tradición gaitanista —como era el caso de la alteridad pueblo/oligarquía—, pero también posibilitó el desplazamiento de la dimensión representativa de la identidad —de Gaitán a Rojas Pinilla—. Se espera que un acercamiento a la trayectoria de la identidad del gaitanismo tras la violenta desaparición de su líder y a la expresión ideológica de las demandas sociales en Jornada demuestre el hecho de que la institución de Sendas en 1954 fue el resultado de la articulación de una configuración populista, cuya raíz fue precisamente la movilización popular gaitanista de las décadas de los treinta y de los cuarenta.

Antes de avanzar en el análisis puntual de la expresión, en dicho periódico, de la identidad populista alrededor de Sendas y del programa de bienestar social del Gobierno de Rojas, se comenta brevemente su recorrido periodístico y político, además de destacar su papel en la movilización rojista.

Jornada y la identidad gaitanista en el rojismo

Jornada fue el órgano periodístico que fundó Jorge Eliécer Gaitán en 1944 para que sirviera de eje articulador de su campaña para la elección presidencial de 1946. Este no fue solo el periódico de Gaitán, sino que fue el principal medio de aglutinación y expresión de los gaitanistas, quienes franqueaban las barreras del personalismo impuestas por "el jefe" y lograban mantener cierto nivel de influencia en el debate público desde las columnas de opinión y la actividad periodística del órgano.[9]

Ante la ausencia física del líder del movimiento después del 9 de abril 1948, y debido a que ninguno de los gaitanistas era una figura de "primer orden" de la política colombiana, aquellos que se empeñaron en darle continuidad a Jornada vieron con preocupación cómo su medio de expresión corría el riesgo de desaparecer ante los peligros que lo acechaban: la escasez de recursos financieros, la violencia política, la censura y las rivalidades intestinas del grupo de redacción.[10]

Los últimos años de la década de los cuarenta fueron difíciles para los gaitanistas de Jornada, pero tal vez mucho más para los que se hallaban en los municipios y las zonas rurales del país, quienes eran asesinados, torturados u obligados a abandonar sus hogares como consecuencia de la persecución oficial del conservatismo.[11] Las circunstancias no eran las propicias para mantener vigente un medio que había sido vocero del que era calificado como el principal agitador de las masas liberales.

Definitivamente, después del asesinato de Gaitán en abril de 1948, la violencia arreció con más fuerza en las ciudades y en las zonas rurales de Colombia. La represión estatal que se desató para contener las insurrecciones populares que sobrevinieron tras el magnicidio de Gaitán en ciudades como Bogotá, Cali, Medellín o Barrancabermeja, acentuó la confrontación bipartidista —que ya se manifestaba con fuerza desde 1946— y ayudó a que aumentara la persecución de parte de la fuerza pública en contra de los liberales y, especialmente, de los gaitanistas. El triunfo electoral de Laureano Gómez en 1950 —elección en la que los liberales se abstuvieron de presentar candidato como una forma de deslegitimar el resultado— empeoró el panorama sociopolítico del país y llevó la violencia a su paroxismo: se registraron tasas inéditas de homicidios, masacres y desplazamientos,[12] hechos de los que se podía responsabilizar, en muchos casos, a la acción directa o indirecta de la policía y el ejército; mientras tanto, el Gobierno se concentraba en la aplicación de medidas autoritarias para recortar las libertades políticas, en el incremento de la persecución a los sectores de

oposición y en la formulación de una reforma constitucional inspirada en el corporativismo franquista.

No obstante, los gaitanistas se resistían a renunciar a su medio de expresión y a la idea de que el gaitanismo desapareciera del panorama político colombiano. En efecto, aunque algunos integrantes del equipo editorial de Jornada lograron reacomodarse en el Partido Liberal —proceso que se facilitó ante la ausencia de las élites del partido, ya que muchos de sus integrantes habían optado por el exilio ante los ataques personales del que eran objeto en el contexto de la violencia—, otros más se mantuvieron como disidencia y resistieron el embate de la censura y la persecución oficial. Lo cierto es que si bien ninguna figura de la élite liberal podía declararse heredera del legado de Gaitán, era evidente que se esforzaban por imitar algunas de sus formas, “gaitaneando” en la plaza pública, procurando direccionar el vínculo identitario que aquel construyó con su movimiento para enrutarlo nuevamente en el liberalismo, pero sin una efectiva incorporación del proyecto político esbozado por Gaitán al programa del Partido Liberal ni forjando una interlocución directa con la sociedad colombiana.

La situación de orden público en Colombia a comienzos de la década de los cincuenta se hacía insostenible, no únicamente para los campesinos liberales o para los gaitanistas que habían optado por amarse para defenderse del asedio de la fuerza pública, sino también para las facciones conservadoras que eran perseguidas por el Gobierno de Gómez —como la liderada por Gilberto Alzate Avendaño— e incluso para los empresarios, quienes preveían que la continuidad de la violencia podía llegar a afectar sus intereses económicos.

A comienzos de 1953 no se vislumbraba la posibilidad de una salida política a la cruenta confrontación que desangraba al país, por lo que eran cada vez más numerosas las voces que pedía la intervención de las Fuerzas Armadas, específicamente de la figura del general Rojas Pinilla, quien gozaba de reconocimiento entre los militares y en el sector del conservatismo liderado por Alzate y el encabezado por el expresidente Mariano Ospina Pérez. Los liberales compartían ese llamado, e incluso los menguados gaitanistas reclamaban la pronta intervención del general, esto a pesar de las denuncias que ellos habían elevado por la implacable persecución a la que habían sido sometidos los seguidores de Gaitán por parte del Ejército —en cabeza de Rojas— en el marco de los levantamientos populares que tuvieron lugar en el Valle del Cauca durante el 9 de abril. Finalmente, el 13 de junio de 1953 se concretó un golpe de Estado pacífico que sacó a Gómez del poder e instaló en la presidencia de la República

a Rojas Pinilla, acontecimiento que, pese a interrumpir las reglas de la sucesión electoral, recibió el apoyo de la mayoría de la opinión pública que esperaba —como efectivamente ocurrió— que se avanzara prontamente en concretar acuerdos de paz con los grupos guerrilleros liberales y en despolitizar el accionar de la fuerza pública.

Sin embargo, la actividad política de Rojas Pinilla no se limitó a un papel de mediador entre los actores generadores de violencia. Una vez instalado en la presidencia, y para sorpresa de muchos de los integrantes de la élite que apoyaron el golpe de Estado, el general empezó a fijar pautas discursivas y a desarrollar acciones de gobierno que concordaban con aspectos fundamentales del discurso gaitanista, tomando así distancia con respecto al bipartidismo y acercándose más a la configuración de una identidad política populista.

Fundamentalmente, se pueden identificar cuatro elementos en los que se evidencia el vínculo que se fue forjando entre la identidad gaitanista y la rojista: el rechazo a la oligarquía bipartidista; el empeño por cesar la violencia —cuya responsabilidad se atribuía a las camarillas de los dos partidos—; la defensa de la democracia económica y social, así como la urgente necesidad de implementar programas de bienestar social.[13] La construcción de dicha identidad, con base en esos cuatro pilares, marcó el camino para el pronto alejamiento de Rojas del bipartidismo, lo que, sin duda, socavó la estabilidad de su gobierno, teniendo en cuenta que su presencia en el Poder Ejecutivo era resultado de un frágil acuerdo entre facciones de los partidos Liberal y Conservador.

El arribo de Rojas Pinilla a la presidencia y la articulación que se empezó a evidenciar entre su discurso político y sus acciones de gobierno con componentes centrales de la identidad gaitanista les brindó el suficiente oxígeno político a algunos de los seguidores de Gaitán, quienes lograron revivir su principal órgano de expresión. Una vez resurgió Jornada, su equipo editorial, encabezado por Jorge Villaveces,[14] reclamaba ser el legítimo aglutinador de la base popular de la movilización popular liderada por Rojas Pinilla, y esa legitimidad provenía de su papel como guardián del legado político de Gaitán.

La estrategia que empleó el órgano periodístico para ejercer esa función articuladora entre el gaitanismo y el rojismo fue apegarse a la identidad periodística que lo había caracterizado durante sus primeros años de existencia, especialmente en el periodo de 1944 a 1946, momento en el que había demostrado una vocación de confrontación y en la que había primado un

lenguaje directo y contundente al sentar su oposición contra las élites bipartidistas. Jornada, manteniendo ese estilo periodístico, y con el soporte financiero que le brindaba la publicidad oficial —que incluso le permitió volver, después de muchos años, a circular diariamente a partir de septiembre de 1955 —, demostró su apoyo irrestricto a los proyectos políticos que emprendió Rojas entre 1955 y 1956,[15] con miras a la creación de un tercer partido político que recogería tanto el creciente apoyo que le manifestaban pobladores urbanos y la clase media como la adhesión que le expresaba el ejército. La convocatoria del rojismo a la conformación de un binomio entre el pueblo y las Fuerzas Armadas fue una variante de la identidad popular que quiso impulsar Rojas al percatarse de que era necesario desprenderla de su vínculo con los dos partidos tradicionales, cuyos dirigentes ya estaban avanzando en la conformación de un "frente civil" para sacarlo del poder.

De esta manera, la contribución de los gaitanistas a mantener vigente la tradición identitaria popular forjada alrededor de Gaitán desde los años treinta fue muy importante, ya que fueron ellos los encargados de explicitar la consonancia entre el proyecto político de su desaparecido líder y la dirección que estaba tomando el Gobierno militar. Además de Jornada, en periódicos como El Popular y Sábado los redactores se encargaban tanto de dar despliegue a la presencia pública de Rojas, a sus intervenciones públicas y a sus actos de gobierno, como a la forma en que el general estaba logrando materializar las tesis de Gaitán, las cuales ellos se esforzaban por mantener vigentes en el debate público. De hecho, algunos de estos impresos, que no eran ni órganos oficiales de los partidos ni representantes de la gran prensa, pero que sí habían sido objeto de censura y persecución por parte de las oficinas de seguridad de los Gobiernos conservadores de Ospina y Gómez, regresaron a circulación cuando Rojas se instaló en la presidencia. Suerte distinta corrieron los principales medios impresos de la gran prensa bipartidista (El Tiempo, El Espectador y El Siglo), que fueron censurados y hasta clausurados por la Oficina de Información y Propaganda del Estado (Odipe), institución creada durante el Gobierno de Gómez y que tuvo continuidad en el de Rojas, y cuya función principal no se limitó a controlar la imagen del presidente y su obra de gobierno, sino que también se encargaba de vigilar la opinión pública (Acuña Rodríguez 2013, 250).

No obstante los intentos del Gobierno militar por evitar la difusión de opiniones adversas al régimen en los medios de comunicación de las élites bipartidistas, el acuerdo político para sacar a Rojas del poder se hacía cada vez más inminente y

empezaba a consolidarse con el apoyo del sector empresarial y la Iglesia católica, así como el de agremiaciones sindicales y estudiantiles. En efecto, un temor que emergía en estos sectores era el vínculo que se estaba forjando entre el rojismo y el peronismo, y el que se manifestaba no solo con la creación de Sendas o la proyección de una tercera fuerza política rojista, sino también con eventos como la afiliación de la Confederación Nacional de Trabajadores (CNT) —organización sindical respaldada por el Gobierno— a la Agrupación de Trabajadores Latinoamericanos Sindicalizados (Atlas), de filiación peronista.[16] En forma simultánea, el liberalismo popular y los gaitanistas de Jornada igualmente empezaban a manifestar su inconformidad con el hecho de que el Gobierno de Rojas estuviera solo conformado por conservadores, lo que, para ellos, ponía en peligro la realización del legado de Gaitán. Sin embargo, seguía siendo férrea la oposición desde las páginas del órgano gaitanista al "frente civil" que estaban construyendo el bipartidismo, el cual era calificado como una conspiración de las oligarquías para sacar a Rojas del poder, siendo esta suficiente justificación para las acciones que tomó el Gobierno en contra de medios como El Tiempo y El Espectador desde mediados de 1955 (Rodríguez Franco 2017a, 201).

No fue el complot político el único acontecimiento que contribuyó a la desestabilización del Gobierno militar, ya que también se estaba evidenciando un rebrote de la violencia en algunas regiones del país y empezaban a ser notorias las consecuencias, en 1956, del descenso de los precios internacionales del café —cuya exportación era la principal fuente de recursos para el Estado y el principal motor de la economía nacional—. Pese a que se intentaron suavizar las restricciones a la prensa tradicional, la opinión pública hacía cada vez más énfasis en hechos que socavaban la imagen del Gobierno, como el desbordado crecimiento de la riqueza personal de Rojas a raíz de aparentes actos de corrupción cometidos por él y por sus familiares, así como sus tendencias autoritarias frente a los sectores críticos de su administración. Esto último quedó demostrado para muchos con las acciones represivas con las que pretendía contener las manifestaciones estudiantiles o de sectores de la oposición, y con la proscripción que hizo del comunismo a través de un acto legislativo de la Asamblea Nacional Constituyente (Anac), órgano que había sido convocado desde los tiempos de Laureano Gómez y que había sido rediseñado a la medida de Rojas en 1953. Pero fue la decisión de la Anac de mantener al general por un período adicional en la presidencia (1958-1962) el acontecimiento que terminó por consolidar en las élites la resolución de buscar su salida definitiva del poder, lo que finalmente ocurrió el 10 de mayo de 1957.

Pese a las reservas de los gaitanistas respecto a la presencia de los conservadores en el "Gobierno de las Fuerzas Armadas" y el peligro que esto representaba para la configuración identitaria entre gaitanismo y rojismo, aquellos habían apoyado con entusiasmo, desde la Anac y desde Jornada, la extensión del período presidencial, con lo que expresaban su contundente rechazo a las presiones de la oligarquía, que habían desencadenado en una huelga generalizada coordinada por el empresariado. Pero la crisis política y económica ya era evidente desde meses atrás en el periódico gaitanista, y en tanto el régimen se debilitaba, las posibilidades de supervivencia de Jornada no solo disminuyeron, sino que además desaparecieron; fue así como el periódico dejó de circular algunos días antes de que se votara la "reelección" de Rojas en la Anac.

En el siguiente apartado se analiza más detenidamente la articulación entre las identidades gaitanista y rojista con la creación de Sendas y, en particular, se pone de relieve el apoyo que esta institución recibió de los gaitanistas de Jornada tanto por ser la obra que mejor reflejaba dicha articulación identitaria como por su trascendente contribución a la continuidad del proyecto político-periodístico del gaitanismo.

Sendas y el legado del gaitanismo

La Fundación Eva Perón, creada en 1948, fue resultado de una reorganización de la asistencia social en Argentina, que centralizó las actividades que hasta ese momento ejecutaban sociedades de beneficencia administradas por mujeres de la élite, pero que funcionaban con recursos del Estado,[17] y cuya finalidad era atender a "ese ancho mundo de los humildes" (Torre y Pastoriza 2002, 294), a los más pobres y desfavorecidos que no se podían ver beneficiados por los programas redistributivos que favorecían a los trabajadores con empleo formal. El apoyo que brindaba la Fundación Eva Perón a los sectores populares no se derivaba exclusivamente de sus acciones en el terreno alimentario, sanitario o educativo, sino que también se destacó por el fomento de diversas actividades deportivas y lúdicas en los barrios populares.[18] En su conjunto, estas políticas se pueden catalogar como una democratización del bienestar, tomando en consideración el hecho de que la intervención de la Fundación lograba amortiguar las falencias que generaba el no contar con un sistema de protección

social para toda la población (p. 294).

Esta experiencia de la Fundación fue la que conoció directamente María Eugenia Rojas durante su viaje a Argentina en febrero de 1954 y aunque la presidenta de la Fundación ya no estaba al frente de la misma (Eva Perón falleció en 1952), el propio Perón y otros funcionarios se encargaron de mostrarle detalladamente a su invitada la estructura organizativa, los objetivos y las actividades de bienestar social que la institución realizaba con gran éxito. El entusiasmo de Rojas ante lo que conoció en Argentina llevó a que el Ejecutivo colombiano, en pocos meses, por medio del Decreto 2675 de1 9 de septiembre de 1954 (véase figura 7.1), concretara la fundación de Sendas (véase Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil 1956), cuya dirección fue encomendada a la esposa del general; sin embargo, quien estuvo realmente al frente de la institución fue María Eugenia (véase figura 7.2), reconocida ya en ese momento con el sobrenombre de ‘La capitana’.

Decreto número 2675 de 1954

(Septiembre 9)

POR EL CUAL SE CREAN LA SECRETARIA DE ACCION SOCIAL Y PROTECCION A LA INFANCIA Y EL SERVICIO CIVICO SOCIAL FEMENINO.

EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE COLOMBIA,

En uso de la facultad que le confiere el artículo 121 de la Constitución Nacional, y

CONSIDERANDO:

Que por Decreto número 3518 de 1949 se declaró turbado el orden público y en estado de sitio todo el territorio de la República.

Que es función del Estado reclamar a todos los habitantes de la Nación sus servicios para encaminarlos a procurar el progreso, la paz y la grandeza de ella;

Que es indispensable empadronar a todos los colombianos en la obra común de hacer un país mejor, donde el trabajo humano tenga una función cabal de derecho y de deber;

Que la mujer puede y debe desempeñar una misión más amplia en el orden social y educativo;

Que el Servicio Cívico Social tiene el carácter de deber nacional, el que será ejecutado por la mujer colombiana con el más alto sentido de colaboración humana y cristiana,

DECRETA:

I — CREACION

Artículo 1º - Créase la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil, anexa a la Presidencia de la República, como organismo descentralizado con personería jurídica y patrimonio propio.

II — OBJETO

Artículo 2º - La Secretaría deberá:

a) Organizar y dirigir el Servicio Cívico Social Femenino;

b) Fomentar y reglamentar el ejercicio profesional de la Enfermería y de la Asistencia Social, y presentar recomendaciones a las entidades correspondientes para mejorar su enseñanza;

c) Cooperar con las instituciones oficiales y privadas de previsión, seguridad y de asistencia sociales para obtener la mayor eficiencia posible en dichos campos;

d) Organizar instituciones oficiales de bienestar social y de beneficencia;

e) Incorporar a la Secretaría, con aprobación del Presidente de la República y del respectivo Ministro, en cada caso, las obras y entidades oficiales nacionales dedicadas a fines sociales o de beneficencia.

f) Dirigir sus actividades hacia la protección integral de la maternidad, de la niñez, de la juventud y de la ancianidad.

III — DIRECCION

Artículo 3º - La dirección de la Secretaría estará a cargo de la Directora General, la Junta Directiva y el Secretario Ejecutivo.

Artículo 4º - La Directora General será la señora del Presidente de la República o la persona que en su lugar designe el Jefe del Estado. La señora del Presidente de la República prestará sus servicios ad honórem y tendrá un suplente personal.

Artículo 5º - La Directora General presidirá la Junta Directiva y en las sesiones tendrá voz pero no voto. En caso de empate podrá votar para decidir la votación.

Artículo 6º - La Junta Directiva estará compuesta por cinco miembros principales y cinco suplentes, nombrados, cuatro principales y cuatro suplentes directamente por el Presidente de la República, y el principal y suplente restantes serán escogidos y nombrados por el Presidente, de sendas ternas presentadas por el Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Bogotá.

Figura 7.1. Decreto número 2675 de 1954 mediante el cual se crea la Secretaría de Acción Social y Protección a la Infancia

Esta figura del Decreto número 2675 de 1954 (septiembre 9), por el cual se crearon la Secretaría de Acción Social y Protección a la Infancia y el Servicio Cívico Social Femenino, es una evidencia de la conexión que se quiso establecer entre el objetivo principal de Sendas —la atención y el bienestar de la niñez— y la imagen del general Rojas Pinilla.

Fuente: Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil (1956).

SENDAS

Junta Directiva



De manera continua sesiona la Junta Directiva de **SENDAS** para resolver las múltiples cuestiones puestas para su estudio. Esta gráfica registra una de estas sesiones presidida por la Directora de la Institución, doña María Eugenia Rojas de Moreno Díaz.

Figura 7.2. Junta Directiva de Sendas, encabezada por su directora encargada María Eugenia Rojas

Fuente: Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil (1956).

En general, la postura de la historiografía es la de caracterizar a Sendas como una institución asistencialista y paternalista, y diseñada para reforzar el respaldo popular de Rojas,[19] para lo cual el Gobierno militar optaría por imitar la experiencia de la Fundación Eva Perón en Argentina. Desde esta perspectiva, Sendas sería el resultado de la ecléctica influencia que sobre Rojas ejercieron tanto el justicialismo[20] como la doctrina social de la Iglesia, sin dejar de ser esta una institución marcada por el autoritarismo que caracterizaría su gobierno.[21] Definitivamente, el afianzamiento de esta perspectiva historiográfica ha dificultado el acercamiento a Sendas como una institución fundamental en el desarrollo de la asistencia social en Colombia y como una expresión institucional de una o varias identidades populares —por ejemplo, como se propone en este capítulo, de la identidad gaitanista—.

Como lo plantea Beatriz Castro Carvajal, "Sendas como institución fue tanto elogiada como atacada" (2016, 279). Como se verá más adelante en este mismo apartado, la Secretaría fue exaltada por el rojismo y por una parte de la opinión pública como una de las obras más notables del Gobierno militar, alcanzando así un reconocimiento —que se extendió por décadas— entre los beneficiarios de sus acciones en pro del bienestar de los más pobres. Los ataques de los críticos contemporáneos del régimen —y los que efectivamente marcaron el sesgo historiográfico enunciado anteriormente— se concentraban en denunciar el que Sendas fue simplemente una imitación de la Fundación Eva Perón y una evidencia de los vínculos de Rojas Pinilla con el peronismo. Así mismo, se cuestionaba la politización de la Secretaría, el que fomentara la lucha de clases, la excesiva exaltación de la imagen del general y de 'La capitana' en una desbordada ola de publicidad oficial y, además, la rampante corrupción que obstaculizaba sus fines institucionales.

El objetivo de este apartado no es desmentir o verificar estos cues-tionamientos.

Pero es importante resaltar que Rojas Pinilla y su hija intentaron infructuosamente negar las insistentes acusaciones de que con la puesta en marcha de políticas de bienestar social se fomentaban ideologías como el peronismo y la lucha de clases;[22] además, se mostraban reacios a reconocer la gran influencia del modelo argentino de asistencia social en la creación del Sendas.[23] Al afirmar que "jamás los altos círculos económicos han visto con simpatía que la inversión dirigida a los sectores populares pueda tener un carácter prioritario" (Rojas 2000, 187), María Eugenia deja entrever que la existencia de Sendas estaba enmarcada en la lucha que el Gobierno militar libraba contra las oligarquías.

La propuesta que se presenta aquí es que se puede identificar un vínculo ideológico e identitario entre la forma en que se concibió Sendas como una institución populista —más allá de su relación con la Fundación Eva Perón o de otros rasgos propios de su vida institucional— con el proyecto político gaitanista, toda vez que este se planteaba como objetivo central del Estado atender la salud, la higiene y la nutrición de la población, así como combatir las carencias y los vicios que podían afectar el bienestar general de todos los colombianos —y no solamente de los obreros o asalariados—. Para Gaitán, la centralidad de estas materias en su concepción del Estado y la sociedad se evidenciaron tempranamente: por ejemplo, cuando ostentó el cargo de alcalde de Bogotá en los años treinta, expresó que buscaría "la total civilización del pueblo" mediante la higiene, la que enalteció como "la columna vertebral del Estado moderno".[24] Pero esa lectura es resultado de su proceso de formación intelectual y política: por un lado, la formación de Gaitán como abogado penalista en el marco de la escuela positivista italiana del derecho penal le permitió entender la criminalidad como un fenómeno patológico o, dicho de otro modo, equiparar el criminal con un enfermo;[25] por el otro, era claro que la postura de Gaitán respecto a las demandas sociales y su preocupación por que el Estado garantizara la justicia económica y social se enmarcaba en la tradición del liberalismo de izquierda y que encontró en él su principal eje articulador (Green 2013 [2003], 121).

Particularmente, para el caso de Sendas, es común que se destaque la ausencia de una identidad popular construida con base en su desarrollo como institución de asistencia social, lo que aparentemente fue consecuencia de la desarticulación que se evidenciaba entre el pueblo y Rojas, y entre aquel y el Estado: "no había un movimiento popular en alianza con las FF.AA., había un pueblo cristiano que colaboraba con ellas y recibía caridad de ellas y un gobierno apoyado en el

ejército para ciertas tareas” (Luna 2008, 176). En las propias palabras de María Eugenia Rojas se pueden evidenciar también las mutaciones del vínculo identitario: “si Gaitán había sido la voz de un pueblo, Rojas era el caudillo de las multitudes” (Rojas 2000, 11), con lo que expresa el retiro del reconocimiento político a los colombianos al abandonar la referencia al “pueblo” para aludir ahora a la “multitud”. En un sentido similar se podría equiparar el apego que demostraba el discurso rojista por la cuestión religiosa o la importancia concedida a la Iglesia católica en la organización de Sendas, lo que contribuyó a la asignación de los rótulos de “conservador”, “anticomunista” y “autoritario” al populismo de Rojas.[26]

Sin embargo, como se ha insistido anteriormente, el carácter contingente de la identidad populista, así como la amplitud y heterogeneidad de sus prácticas, permitirán esclarecer por qué elementos que se consideran ajenos a las identidades populares —como el contexto en que estas se desarrollan, el tipo de medios en que se expresan y el tipo de demandas que recogen— son en realidad factores que les imprimen un carácter distintivo y no aspectos que las limitan o las anulan. Por consiguiente, eventos como el proceso de conservatización que había experimentado la sociedad colombiana desde la segunda mitad de la década de los cuarenta y la intensificación de la violencia bipartidista podrían ayudar a comprender la mutación de identidades populares como la que se expresó en el gaitanismo y en el rojismo, la cual tomó como referentes, en la década de los cincuenta, las insistentes denuncias de Rojas Pinilla sobre la permanencia de las injusticias sociales en Colombia y sus iniciativas gubernamentales para buscar, por lo menos, atenuarlas (como fue el caso de Sendas).

Pese al componente conservador y católico del discurso rojista, los antiguos seguidores de Gaitán identificaron en dicho discurso matrices de la identidad gaitanista; de esta manera, Rojas no fue visto solamente como la única salida a la violencia fratricida, sino también como el posible realizador del legado de Gaitán. De hecho, la propia identidad gaitanista estaba registrando cambios —así como había ocurrido en vida del propio Gaitán—. En otro lugar se enfatizó en la forma en que Jornada registró las problemáticas asociadas a la miseria urbana en el caso de Bogotá (Rodríguez Franco 2017a, 203-206). Sobre este punto, se pudo evidenciar cómo los gaitanistas manifestaban un contundente rechazo a las consecuencias de la urbanización desbordada que vivía la capital del país por esos años, cuyas capacidades sanitarias y de infraestructura no podían responder al crecimiento desorganizado y precario de las barriadas; la mendicidad, la

enfermedad, la prostitución, la embriaguez, todos estos eran fenómenos que eran objeto de un cuestionamiento moralista.

A simple vista, sería fácil establecer una continuidad entre la preocupación del gaitanismo por asuntos como la salud y la higiene de la población, además de que se podría achacar la insistencia en estos temas a la marcada animadversión del equipo de redacción de Jornada hacia el alcalde conservador de Bogotá, a quien se responsabilizaba de la precaria situación de la ciudad. No obstante, en las expresiones de los gaitanistas durante los años cincuenta es posible registrar una inclinación a reforzar el vínculo identitario con la clase media, considerado como el principal sector afectado por la avaricia de la plutocracia, que ponía en jaque a los consumidores como resultado de la especulación y el aumento desme-dido de los impuestos. En tanto, en el periódico gaitanista eran más que recurrentes las referencias despectivas a la condición inmoral de quienes exhibían sus carencias de forma descarnada en las calles, situaciones que deberían ser atendidas por las instituciones, pero no para buscar su atención a través de mecanismos de bienestar social, sino para evitar fraudes y la exhibición innecesaria de la miseria en el espacio público.[27]

Cosa distinta ocurría con el irrestricto respaldo que brindó Jornada a las acciones sociales realizadas por Sendas, especialmente en el terreno de atención a la niñez, que junto con el apoyo a las mujeres vulnerables, se erigían como los principales objetivos de sus programas. Durante 1955 se registró una permanente publicación de reportajes y columnas sobre las campañas de la Secretaría, las que estaban acompañadas, por supuesto, de elogios constantes a la labor de su directora, María Eugenia Rojas, quien también aparecía en las fotografías que se añadían a las notas periodísticas y que eran suministradas por la Odipe. Sin embargo, Jornada igualmente se esmeraba por hacer ver que su interés en el cubrimiento de Sendas no era producto de una publicidad oficial, ya que esta no era el carácter de “una arquitectura de servicios equilibrada y responsable [Sendas]. Y discreta en la presentación de auxilios, más cuidadosa de la eficacia que del aparato de propaganda, más atenta a ser que a aparecer o figurar”.[28]

Sendas asimismo canalizó las ayudas del Estado cuando se presentaban desastres naturales, como las inundaciones que afectaron varias ciudades en octubre de 1955 y en las que actuó en articulación con la Cruz Roja y el Ministerio de Salud. Jornada destacaba con entusiasmo esta disposición de la Secretaría, a la vez que iba en su defensa cuando se le hacían reclamos por no acudir al llamado de alguna comunidad. Pero, sin duda, se debe subrayar que el accionar de las

políticas de bienestar procuraban especialmente la protección infantil, por lo que en el diario se reseñaban las campañas nutricionales, de vacunación y de entrega de juguetes durante las fiestas navideñas.

El seguimiento que realizaba Jornada a las actividades de Sendas, de la mano con la oficina de prensa del Gobierno, era constante, por lo que quedó registro de la visita de dignatarios extranjeros a sus instalaciones, de los eventos de recaudación de fondos para la niñez, de la construcción de parques infantiles en distintas regiones del país y de la convocatoria para que las compañías nacionales presentaran muestrarios y cotizaciones para la adquisición de juguetes. Igualmente, el periódico sirvió también de vehículo de comunicación entre la dirección y los comités filiales departamentales y municipales para actividades como las campañas nutricionales, la distribución del "aguinaldo del niño pobre", la celebración de "la novena del niño Dios" en la recién inaugurada televisión nacional,[29] entre otras. En ese sentido, se quería reafirmar en los lectores que, como lo expresó el mismo Rojas, "Sendas ha sido un bálsamo para apaciguar las pasiones políticas".[30]

Para finales de 1955, y en tanto las críticas contra Rojas arreciaban en los medios del oficialismo bipartidista, se hizo más evidente la presencia de la publicidad de Sendas en Jornada, órgano que trataba de conjugar su irrestricta defensa del general junto con sus críticas a la mayoritaria presencia de funcionarios conservadores en el Gobierno. A partir de entonces y durante 1956, ya no fueron frecuentes las notas o columnas, pero sí lo eran más lo avisos institucionales que ocupaban un espacio importante de la primera páginas o páginas interiores completas; en efecto, era más que evidente que de la publicidad de esta y otras instituciones oficiales dependía la existencia del periódico gaitanista.

En Jornada, acontecimientos como el lanzamiento de la Tercera Fuerza en marzo de 1956 o la conmemoración del segundo aniversario del "gobierno de las Fuerzas Armadas" en junio de ese mismo año eran acompañados de una campaña publicitaria de Sendas o de un cubrimiento periodístico a una de sus obras. En el primer caso, Jornada destacó la apertura de un pabellón adicional de la Secretaría en el hospital La Samaritana (véase figura 7.3) y, en el segundo, realizó un gran despliegue de publicidad relacionando la inauguración del edificio de Sendas (véase figura 7.4). Pero fue también en este período cuando se evidencia una diversificación en cuanto al cubrimiento de la acción de Sendas, que ya no se concentraría únicamente en la niñez, sino que emprendió proyectos

como un seguro familiar campesino, cuya finalidad era amparar las familias campesinas en caso de que falleciera “el jefe del hogar, a un costo mínimo”, así como el apoyo a las estudiantes y empleadas de oficinas públicas y privadas que requerían de una vivienda económica y segura en la capital del país. Todas las convocatorias para estos proyectos y su respectiva publicidad acompañaban las ediciones de Jornada a lo largo de 1956 y durante los pocos meses que circuló en 1957.[31]

FUNDADOR:
JORGE ELIECER GAITAN
DIRECTORES:
Jorge Villaveces y Jorge Enrique Sánchez
GERENTE:
Francisco Gaitan Pardo.
Apartado Aéreo: 4181

JORNADA

DIARIO MATINAL

El Liberalismo Popular presentó la política de la paz, la concordia y el entendimiento entre todos los colombianos, como la única indicada en las actuales condiciones históricas. A ella están llegando, a la hora de ahora, quienes ayer se presentaban como abanderados de una belicosa oposición.

Oficinas: Carrera 5ª Nº 15-14
Teléfonos: 13-208 y 15-246

Distribuido en todo el País por "Avianca", Ras y "Aida.

6 Pag. — Valor, $ 0 15. — Licencia para Tarifa Reducida No. 310 NUMERO 1,890 BOGOTA, D. E., DOMINGO 4 DE MARZO DE 1.956

EL PRESIDENTE ROJAS PINILLA, DICE:

Tercera Fuerza y no un Tercer Partido



Excmo. Sr. Presidente de la República

Las Masas Liberales y las Conservadoras estan Unidas

No Escalaran Posicion en el Estado los Estimuladores de la subversion, agrego el Mandatario

Ante millares de espectadores que aclamaron ayer delirantemente al señor Presidente de la República General Jefe Supremo Gustavo Rojas Pinilla, pronunció el siguiente brillante discurso que fué calurosamente ovacionado por su contenido y significado histórico. Dijo entre otras cosas que las masas liberales y conservadores están hoy unidas contra la violencia política luego pidió un homenaje a la memoria de las victimas del sectarismo.

EL DISCURSO.

En medio de las aclamaciones de la multitud y sirviendo de marco un mar de banderas, el señor presidente pronunció su discurso cuyo texto integro publicamos ahora:

Señor Gobernador del Departamento, señor Representante de las clases trabajadoras, pueblo de Nariño.

Al Presentarme de nuevo ante vosotros en esta plaza de Nariño de tan marcados perfiles históricos, en donde po rsegunda vez se congregan espontáneamente y multitudinaria comisiones de todos los municipios nariñenses para saludar al presidente de la República y renovarle su valioso e irrestricto apoyo a los postulados de Paz, Justicia y Libertad, con profunda emoción [illegible] en el porvenir venturoso de este Departamento que tiene derecho a ocupar sitio preferencial en los programas Nacionales por la pujanza heroica y virtudes cívicas de sus habitantes, que así sobresalen en el trabajo honrado como saben glorificarse cada vez que la patria les pide el tributo de su sangre o el sacrificio de sus vidas para imponer y garantizar el orden o impedir que sea mancillada [illegible]

La mucha Fe Hirio al Corresponsal Tiempistas en Tolima

Sin lugar a dudas puede decirse que la mucha "Fe": y dignidad, por qué nó, han herido muy gravemente a D'Arthaiur, ej con sagrado y muy abnegado corresponsal de la oligarquía tiempista en la capital del Tolima. No somos nosotros quienes lo afirmamos, es él personalmente quien lo dá a entender muy claramente ahora, al cabo de 19 consecutivos servicios a 'El Tiempo' y a la familia Santos.

El conocido corresponsal en Ibagué se ha resignado para retribuirse de lo que 'El Tiempo' le ha negado por presiciones sociales correspondientes a 19 años a enviar un mensaje que "(...)":

—Con la aparición de "Intermedio" me he convencido que durante diecinueve años y unos meses perdí "El Tiempo".

OTRO PABELLON DE 'SENDAS'





Una de las enfermeras del Hospital de La Samaritana, entrega a doña María Eugenia Rojas de Moreno, Directora de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil, un artístico ramo de flores. El acto tuvo lugar durante la inauguración de dos pabellones de SENDAS en el Hospital de La Samaritana. También aparece en la gráfica el doctor Gabriel Velez Correa, Secretario Ejecutivo de SENDAS. (Foto ODIPE)

Pequenos Comerciantes Piden Revocar Orden de Cierre de sus Negocios

Varios pequeños comerciantes, propietarios de establecimientos ubicados en sectores de esta ciudad que el concepto de las autoridades de policía no resulta [...] los más indicados para ello.

La solicitud

Dicen los firmantes al jefe de la administración distrital como sigue:

"Los suscritos, mayores de-

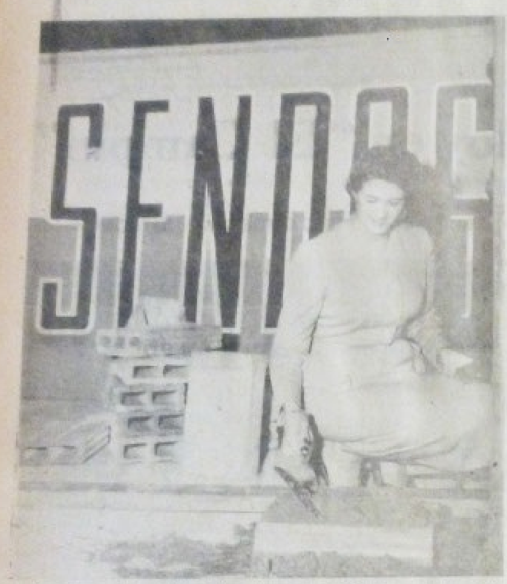
Figura 7.3. Publicidad de Sendas y de Rojas Pinilla en Jornada

En primera página del periódico, discurso sobre la Tercera Fuerza, proyecto político de Rojas Pinilla, acompañado de una nota sobre la inauguración de un pabellón de Sendas en el hospital La Samaritana, en Bogotá

Fuente: Jornada [Bogotá] 4 de marzo de 1956.

Edificio Social que "SENDAS" Inaugura Hoy como su contribucion en el 2o Aniversario del Gobierno de las FF. AA.

650 Señoritas Estudiantes y Empleadas Podran ser Alojadas en la Imponente Construccion



Doña Maria Eugenia Rojas de Moreno Diaz, directora de SENDAS, coloca el primer ladrillo para la construcción del Edificio Social, hoy una verdadera realidad.

El Edificio Social "SENDAS" que está ubicado en el cruce de la carrera séptima, una de las principales arterias de la ciudad capital, con la calle [illegible], fue una adaptación lograda sobre la estructura de concreto que se había iniciado como Palacio de la Policía. La idea inicial de construir [illegible] edificio surgió de la necesidad de defender el Palacio de los Presidentes, tomándose en el ejemplo del 9 de abril de 1948, en que [illegible] de la civilización [illegible] se apoderaron de las torres vecinas y de los edificios más altos para atacar la sede de presidencia. Posteriormente, la sede de los Primeros Magistrados fue trasladada a otro edificio y el antiguo Palacio de Nariño fue cedido a la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil "SENDAS" para instalar en él las principales dependencias de su organización nacional.

Es halagador ver como lo que en un principio tuvo que proyectar el país para defensa del orden, sirva hoy para bienestar del pueblo colombiano.

El Edificio Social "SENDAS" se compone de 15 plantas y tiene un área de 17.000 metros cuadrados. En el sótano del Edificio está ubicado el equipo de [illegible], el equipo de [illegible] las calderas, las plantas de emergencia, plantas generadoras de energía eléctrica, los tanques de vapor y de agua caliente, la lavandería y lavado en seco, los cuartos fríos, los depósitos de víveres y la bodega del Banco Prendario.

Al primer piso se asciende por una escalinata que se desprende del pavimento de la carrera principal. Allí se encuentran los servicios generales de correos y telégrafos y bolsa de empleos. Después de un amplio hall podemos penetrar a la cafetería popular en donde "SENDAS" suministrará la alimentación técnica perfectamente balanceada, a precios ínfimos, a cualquier persona que solicite este servicio. Allí están también el parqueadero de vehículos y las oficinas de administración del Edificio. Igualmente el hall de acceso a la Casa Principal del Banco Prendario Nacional, otra de las realizaciones de "SENDAS"; a una farmacia, a consultorio médico y consultorio odontológico.

En el segundo piso está ubicada otra de las unidades para asistencia general. Allí hay un restaurante de categoría, también para cualquier persona que requiera sus servicios, salón de belleza y peluquería y la entrada a la gerencia principal del Banco Prendario Nacional.

En la tercera planta empieza el sistema funcional del Edificio para señoritas que trabajan y para señoritas que estudian en las facultades. En esta planta se halla el apartamento para religiosas a cuyo cargo estará el control, la dirección y administración de la Sección de Servicio Femenino, la capilla privada, la sala de conferencias, las oficinas de la dirección y administración de la asociación nacional de empleadas y del servicio cívico femenino de "SENDAS"; y por último siete aulas de clase para rehabilitación y capacitación del personal femenino que reside en el edificio. Allí recibirán las señoritas en horas libres, clases de Idiomas, Taquigrafía, Mecanografía, Confecciones, etc.

En la cuarta planta se inicia ya la unidad modelo de apartamentos que disponen en cada piso, además de un amplio hall estadero, alcobas cada una para dos, tres o cuatro personas. Cada residente dispondrá de un [illegible] confortable como moderna mesa de noche, peinador, escritorio, silla y closet individual. Así continúa la casi totalidad de los pisos restantes, que dan un total de cabida de 650 empleadas.

En el piso penúltimo encontramos otra unidad para el personal de empleadas que habita el edificio, consistente en un [illegible] para su uso particular, sala de lectura, biblioteca, discoteca y sala de conferencias; y en la terraza un salón para exposiciones culturales y [illegible] al aire libre, provistos de potentes telescopios. Todos los pisos cuentan con modernos servicios y redes telefónicas.

Finalmente corona el edificio una monumental cruz verde de "SENDAS" de cuatro caras, orientadas hacia los distintos puntos cardinales.

Las señoritas que habiten el edificio gozarán de todos los servicios que en él se presten. El canon de arrendamiento será el mínimo posible, toda vez que la secretaría no pretende obtener beneficio económico con ese aporte, sino colaborar en la solución de uno de los más graves problemas de las grandes ciudades, donde las empleadas de baja remuneración corren infinidad de peligros en el orden moral y en el orden material. Previo estudio de la página de vida de cada una de las aspirantes, y las necesidades con relación a su familia, necesidades de obligación económica, se fijará el canon que será asumido.

Por informaciones que tenemos de todo crédito, esta es la unidad más grande, dedicada a su función social, de que se tenga conocimiento mundial hasta la hoy. Pudimos apreciarlo, en una visita al edificio, que las dotaciones de que dispone son las más modernas que se adquirieron en el mercado internacional. Un bazar [illegible] de los [illegible] completa los amplios servicios de la unidad.

En esta forma la secretaría ha logrado una de sus grandes conquistas, ya que en el lapso [illegible] tiempo de un año ha [illegible] de uno de los más modernos [illegible] de la capital [illegible].

Es oportuno hacer [illegible] especial de la firma de los "Esguerra y Herrera [illegible]" que supo adaptar la estructura [illegible] con una [illegible] se había proyectado. Y [illegible] el decidido dinamismo [illegible] colaboración del brigadier [illegible] del Comando General de las Fuerzas [illegible] su [illegible] para la [illegible] ción social del Edificio [illegible]



Aspecto que desde uno de sus muchos ángulos presenta el Edificio de SENDAS que se inaugura hoy 15 de junio como una de las mejores realizaciones del gobierno de las Fuerzas Armadas.



[illegible] y de SENDAS firman el contrato de construcción del Edificio Social con los arquitectos constructores: "Esguerra y Herrera Ltda."



Este es el aspecto que presenta lo que inicialmente se proyectó como palacio de la policía y que cedido luego para SENDAS y hoy constituye uno de sus más fundamentales [illegible] centros sociales.



Los periodistas visitan detalladamente el Edificio de SENDAS para antes de su inauguración, completamente terminado.

Figura 7.4. Fotorreportaje de la inauguración del edificio de Sendas en el centro de Bogotá

Fuente: Jornada [Bogotá] 13 de junio de 1956.

López de la Roche plantea que “uno de los aspectos importantes a mirar en el funcionamiento político de los populismos tiene que ver con un seguimiento de sus acciones más instrumentales en cuanto al manejo de los medios y la información” (1996, 92). Este planteamiento no se debe considerar como una invitación a reducir la relación entre el Gobierno populista —en este caso el de Rojas Pinilla— y los medios de comunicación a una simple instrumentalización, en la cual primaba el uso de la publicidad oficial para mantener el control sobre el contenido de determinados órganos periodísticos y cuya finalidad última sería la manipulación de una población pasiva receptora del mensaje del Gobierno. La revisión hecha hasta aquí de la publicidad que dio Jornada a la trayectoria de Sendas entre 1955 y 1956 se hace en el marco del seguimiento que se realizó a la identidad gaitanista, la cual se articuló en torno a cuestiones como la justicia económica y el bienestar social de la población, por lo que no se considera ajeno al desarrollo de esa identidad el interés que expresaron los gaitanistas de Jornada por el funcionamiento de Sendas, claro está, sin desconocer el papel definitivo que cumplían los recursos provenientes de la publicidad oficial para la continuidad de dicha empresa periodística.

El 10 de mayo de 1957, Rojas salió del poder: se hizo irreversible el debilitamiento del Gobierno militar, el cual no pudo resistir el embate definitivo de un paro cívico de origen multisectorial, patrocinado por las élites económicas y políticas. De hecho, la crisis ya había hecho también inviable la continuidad del órgano de expresión de la identidad gaitanista, el cual cesó su circulación algunas semanas antes del general salir de la presidencia.

Conclusiones

Este capítulo buscó seguir la trayectoria de una de las manifestaciones identitarias entre gaitanismo y rojismo, particularmente de la que se desarrolló en el marco de la actividad político-periodística de Jornada, el tradicional periódico gaitanista. Dichas identidades se articularon en el contexto del ascenso de Gustavo Rojas Pinilla al poder —cuando contó con el respaldo de amplios sectores políticos de la sociedad colombiana— y durante el período de crisis de su gobierno desde 1955 —momento a partir del cual arreciaron los ataques contra su administración, provenientes especialmente de las élites bipartidistas y empresariales—.

Pese a que los gaitanistas reunidos en el periódico expresaron reservas con respecto a algunas disposiciones del Gobierno militar, en general aquellos mantuvieron su lealtad a Rojas hasta su salida del poder en mayo de 1957, pues estaban convencidos de que la materialización del proyecto político del liberalismo popular —cuya más perfecta encarnación fue Jorge Eliécer Gaitán— había encontrado una enorme posibilidad de éxito con el "Gobierno de las Fuerzas Armadas". Por consiguiente, los gaitanistas y algunos rojistas[32] se esforzaron por evidenciar el vínculo histórico entre el 9 de abril de 1948 y el 13 de julio de 1953, fechas que se entrelazaban en el tiempo, la segunda como consecuencia de la primera, ya que ante la desaparición de los anhelos populares durante aquel trágico abril, posteriormente el pueblo fue testigo de la reencarnación de sus esperanzas con el redentor arribo a la presidencia del general salvador.[33]

Desde el punto de vista de la identidad gaitanista, Rojas, tan enemigo de la pobreza y de las oligarquías como lo era Gaitán, inició un proceso de implantación de instituciones y reformas destinadas a materializar la justicia económica, ingrediente principal de una democracia real. Para los gaitanistas y rojistas, el que Rojas se hubiera decantado por la búsqueda de la real democratización de la sociedad colombiana con base en una lucha antioligárquica, y en la que tenía representación el liberalismo popular-gaitanista, fue, de hecho, lo que le significó al general su salida del poder.[34] Se repetía, entonces, el destino trágico de los liderazgos populares, que son objeto del complot y la persecución por parte de las oligarquías, que no estaban dispuestas a renunciar a sus privilegios. No obstante, en el caso de Rojas Pinilla, no todo estaba perdido: la identidad gaitanista transitará algunos años después —algo diluida y mermada, además de fusionada con otros referentes de identidad

popular— por la senda de la Anapo, la que seguirá articulando importantes expresiones de esas identidades populares y con la que se vislumbró otra oportunidad para el tan “esquivo” populismo colombiano.

La vigencia de la identidad popular gaitanista durante la década de los cincuenta —y, en general, a lo largo de la segunda mitad del siglo xx— fue producto del esfuerzo de gaitanistas, rojistas y anapistas por brindarle actualidad al discurso político antioligárquico, que se sintetizaba en el lema de la campaña presidencial de Gaitán de 1946: “Por la restauración moral y democrática de la República”, toda vez que alcanzar la meta de la justicia social solo vendría tras un proceso restaurativo encaminado tanto a poner fin a la violencia bipartidista como a atacar la corrupción de las oligarquías. Gaitán mismo reclamó ser la personificación de la restauración (Acosta Olaya 2014, 151), y ante su desaparición física, los gaitanistas se la asignaron a Rojas, proceso al que contribuyó el propio general cuando se apartó de las élites bipartidistas y tendió puentes con el gaitanismo.

Así como en tiempos de Gaitán este expresaba el discurso antioligárquico en un nivel abstracto, sin mencionar nombres propios (país político versus país nacional) (Acosta Olaya 2014, 151), durante el Gobierno militar, quienes se encargaron de señalar directamente a los adversarios del proyecto rojista fueron personajes como Jorge Villaveces, Antonio García o Alejandro Vallejo, quienes, desde las páginas de sus medios de comunicación o en sus intervenciones públicas, señalaban puntualmente a los integrantes de la élite liberal como el principal óbice para el triunfo de la democracia plena.

A pesar de dichas alusiones por parte de gaitanistas y rojistas —las que erigían a la oligarquía bipartidista como el principal obstáculo histórico para la realización de la democracia basada en la justicia económica y social—, aquí se ha sostenido el argumento de que no es posible asumir que dichas experiencias de identidad populista (las más importantes del siglo xx) fracasaron, al no poder materializar o consolidar su programa político, si se le compara con otros populismos latinoamericanos. Aunque los ejercicios comparativos son necesarios, estos, en muchas ocasiones, más que arrojar luces, lo que han propiciado es contribuir a opacar la dimensión real de la movilización popular durante este período y cómo esta sorteó y se adaptó a situaciones particulares ante la intensificación de la conflictividad socioeconómica y política. En consecuencia, la negación historiográfica de la experiencia populista en Colombia podría tornarse en un mecanismo peligroso que terminaría contribuyendo a desdibujar la capacidad

histórica de organización y expresión de las identidades populares en nuestra sociedad.

Referencias

Fuentes primarias

Jornada [Bogotá] 1955-1956.

Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil. 1956. Primer año de labores de SENDAS. Del 1º de enero al 31 de diciembre de 1955. Medellín: Bedout.

Fuentes secundarias

Aboy Carlés, Gerardo. 2001. Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem. Rosario: Homo Sapiens.

Acosta Olaya, Cristian. 2014. “Gaitanismo y populismo. Algunos antecedentes historiográficos y posibles contribuciones desde la teoría de la hegemonía”. Colombia Internacional (82): 129-155.

______. 2018. “El dique y las turbulentas aguas del gaitanismo. Violencia política y populismo en Colombia de mediados de siglo xx”. Estudios Políticos (52): 128-148.

Acosta Olaya, Cristian y Ana Lucía Magrini. 2017. “‘Palabras malditas’: gaitanismo, violencia y populismo en Colombia”. Papel Político 22 (2): 279-310.

Acuña Rodríguez, Olga Yanet. 2013. “Censura de prensa en Colombia, 1949-1957”. Historia Caribe, 8 (23): 241-267.

Aguilera Peña, Mario y Renán Vega. 1998. Ideal democrático y revuelta popular. Bosquejo histórico de la mentalidad popular en Colombia. 1781-1948. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Colombia, CEREC.

Atehortúa Cruz, Adolfo León. 2010. “El golpe de Rojas y el poder de los militares”. Folios (31): 33-48.

Ayala Diago, César Augusto. 1992. “El Movimiento de Acción Nacional (MAN). Movilización y confluencia de idearios políticos durante el gobierno de Gustavo Rojas Pinilla”. Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (20): 44-72.

______. 1996. Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional: los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO). Colombia 1953-1964. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colciencias.

Barros, Sebastián. 2006. “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista”. Estudios Sociales año XVI (30): 145-162.

Beltrán Villegas, Miguel Ángel. 2019. “La dictadura de Rojas Pinilla (1953-1957) y la construcción del ‘enemigo interno’ en Colombia: el caso de los estudiantes y campesinos”. Revista Universitaria de Historia Militar 8 (17): 20-47.

Betancur, Belisario. 1970. “Populismo vs establecimiento”. En Populismo, Álvaro Gómez Hurtado et al., 97-115. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.

Braun, Herbert. 2008 [1985]. Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia. 2.a ed. Bogotá: Aguilar.

Castro Carvajal, Beatriz. 2016. “Asistencia social y populismo. El caso de la Secretaría Nacional de Acción Social y Protección Infantil en Colombia, 1954-1957”. Trashumante (8): 276-297. https://doi.org/10.17533/udea.trahs.n8a13

Di Tella, Torcuato. 1965. “Populismo y reforma en América Latina”. Desarrollo Económico 4 (16): 391-425. https://doi.org/10.2307/3465879

Dix, Robert H. 1978. “The Varieties of Populism: The Case of Colombia”. The Western Political Quarterly 31 (3): 334-351.

Gaitán Jaramillo, Gloria. 1998. Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papá un Buick. Bogotá: Colparticipar.

Gómez Hurtado, Álvaro. 1970. “Conservatismo y populismo”. En Populismo, Álvaro Gómez Hurtado et al., 13-38. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.

Green, William John. 1995. “Nuevas interpretaciones del populismo latinoamericano y el caso del gaitanismo en Colombia”. Innovar (5): 119-125.

______. 2013 [2003]. Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular. Medellín: Editorial EAFIT, Banco de la República.

Gutiérrez Sanín, Francisco. 1995. Curso y discurso del movimiento plebeyo (1849-1854). Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, El Áncora Editores.

Laclau, Ernesto. 2005. La razón populista. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

López de la Roche, Fabio. 1996. “Aspectos culturales y comunicacionales del populismo rojista en Colombia (1953-1957)”. Signo y Pensamiento 15 (29): 81-94.

López Michelsen, Alfonso. 1970. “El liberalismo y el populismo”. En Populismo, Álvaro Gómez Hurtado et al., 39-64. Bogotá: Editorial Revista Colombiana.

Luna, Lola G. 2008. “SENDAS en el discurso populista del gobierno de Rojas Pinilla en Colombia, 1954-57”. En Poder local, poder global en América Latina, coordinado por Gabriela Dalla Corte et al., 165-176. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Magrini, Ana Lucía. 2018. Los nombres de lo indecible. Populismo y violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia). Buenos Aires: Prometeo.

Mahecha Jaimes, Sergio L. 2019. “Discrepar en tiempos de autoritarismo:

censura de prensa en el régimen de Gustavo Rojas Pinilla. El caso del semanario La Unidad, 1953-1955”. Trabajo de grado. Universidad del Rosario, Bogotá.

Murgueitio Manrique, Carlos Alberto. 2005. “Los gobiernos militares de Marcos Pérez Jiménez y Gustavo Rojas Pinilla: nacionalismo, anticomunismo y sus relaciones con los Estados Unidos (1953-1957)”. Historia y Espacio 1 (25): 39-97.

Otálora, Sergio. 1989. “Gaitanismo: movimiento social y no disidencia partidista”. En Entre movimientos y caudillos: 50 años de bipartidismo, izquierda y alternativas populares en Colombia, compilado por Gustavo Gallón, 27-45. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.

Palacios, Marco. 2001. De populistas, mandarines y violencias. Luchas por el poder. Bogotá: Planeta.

______. 2011 [1971]. “El populismo en Colombia”. En Populistas: el poder de las palabras. Estudios de política, 55-103. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Parada García, Gilberto Enrique. 2017. “Derecho, positivismo y sociedad. El caso de la Facultad de Derecho (1900-1940)”. En Economía, lenguaje, trabajo y sociedad, Estela Restrepo Zea, Clara Helena Sánchez y Gustavo Silva Carrero, Tomo 4, volumen 1, 56-87. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Pécaut, Daniel. 2000. “Populismo imposible y violencia: el caso colombiano”. Estudios Políticos (16): 45-70.

Ramírez, Lina. 2001. “El gobierno de Rojas y la inauguración de la televisión: imagen política, educación popular y divulgación cultural”. Historia Crítica (22): 131-156. https://doi.org/10.7440/histcrit22.2001.06

Rodríguez Franco, Adriana. 2009. “Gaitanismo y los gaitanistas de Jornada (1944-1948)”. En Mataron a Gaitán: 60 años, editado por César Ayala, Óscar Casallas y Henry Cruz, 107-122. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

______. 2017a. “El periódico Jornada y la tradición gaitanista durante el gobierno militar (1953-1957)”. En Miradas cruzadas. Orden escrito, política y prensa en Colombia, editado por Alfonso Rubio y Cristian Salamanca, 191-217. Cali: Universidad Santiago de Cali.

______. 2017b. “Jornada sin Gaitán. Prensa, política y gaitanismo (1948-1953)”. Historia y Sociedad (33): 313-350. http://dx.doi.org/10.15446/hys.n33.62315

______. 2018. “El diario del pueblo gaitanista: Jornada (1944-1949)”. Boletín Cultural y Bibliográfico 52 (94): 92-115.

Rojas, María Eugenia. 2000. Rojas Pinilla: mi padre. Bogotá: Panamericana.

Rojas Pinilla, Gustavo. 1959. Rojas Pinilla ante el Senado. El gobierno militar ante la historia. Bogotá: Editorial “Excelsior”.

Romero-Prieto, Julio E. y Adolfo Meisel-Roca. 2019. “Análisis demográfico de la Violencia en Colombia”. Cuadernos de Historia Económica (50): 1-38.

Tirado Mejía, Álvaro. 1989. “Rojas Pinilla: del golpe de opinión al exilio”. En Nueva Historia de Colombia. Tomo 2: Historia política 1946-1986, dirigido por Álvaro Tirado Mejía, 105-126. Bogotá: Planeta.

Torre, Juan Carlos y Elisa Pastoriza. 2002. “La democratización del bienestar”. En Nueva Historia Argentina. Tomo 8, Los años peronistas (1943-1955), dirigido por Juan Carlos Torre, 257-312. Buenos Aires: Sudamericana.

Urán, Carlos H. 1983. Rojas y la manipulación del poder. Bogotá: Carlos Valencia Editores.

Valencia Ramírez, Alberto. 2015. La invención de la desmemoria. El juicio político contra el general Gustavo Rojas Pinilla en el Congreso de Colombia (1958-1959). Cali: Universidad del Valle.

Villaveces, Jorge. 1963. La derrota. 25 años de historia. Bogotá: Editorial Jorvi.

[1]Para un análisis sistemático del proceso de construcción que hizo la historiografía argentina del concepto populismo y la colombiana del de violencia, categorías polisémicas con las que se configuraron como objetos históricos el peronismo y el gaitanismo, respectivamente, véase Magrini (2018). La autora demuestra la forma en que diversos historiadores y autores contribuyeron a la configuración del significante “gaitanismo”, y cómo se aludió

con él a un proyecto popular no realizado o a un liderazgo que no llegó a cumplir con los estándares fijados por populismos como el peronismo o el varguismo, con lo cual fue cobrando mayor fuerza el vínculo historiográfico entre gaitanismo y violencia.

[2]El autor que más ha explorado el vínculo entre la movilización popular del gaitanismo y la tradición de izquierda del liberalismo es W. John Green (2013 [2003]).

[3]La Anapo fue el movimiento encabezado por Rojas Pinilla y su hija, María Eugenia Rojas, y que retomó, amplió y repotenció el liderazgo popular que el general se había granjeado durante la década de los cincuenta.

[4]Alberto Valencia Ramírez (2015) plantea que el juicio que realizó el Senado contra Rojas Pinilla entre el 19 de agosto de 1958 y abril de 1959 —quien ya estaba arrestado ante la supuesta existencia de un complot desestabilizador liderado por él— hace parte del proceso de “invención de la desmemoria” que emprendió el Frente Nacional para neutralizar el accionar político del general, lo que se avizoró cuando anunció su regreso al país después de haber permanecido unos meses en el extranjero tras haberle entregado la presidencia a una Junta Militar en mayo de 1957.

[5]Álvaro Gómez Hurtado era hijo de Laureano Gómez y para ese momento senador por el Partido Conservador; Alfonso López Michelsen era hijo del expresidente Alfonso López Pumarejo, quien había reingresado al liberalismo después de haber dirigido un movimiento de oposición al Frente Nacional (Movimiento Revolucionario Liberal) y se desempeñaba por esos años como ministro de Relaciones Exteriores, para luego ser presidente en el período 1974-1978; Belisario Betancur, conservador, senador entre 1970 y 1978, fue elegido presidente, con el apoyo de la Anapo, en 1982.

[6]Palacios caracteriza la situación populista en Colombia durante esas décadas en relación con “el vacío político de los partidos, el ciclo expansionista de la economía, la creciente presencia de masas urbanas y semiurbanas, las necesidades de acumulación industrial y la disponibilidad de divisas [...]” (2011 [1971], 75).

[7]De hecho, desde los años treinta, el Estado colombiano renunció al intervencionismo y dejó el direccionamiento de la economía en manos de los

gremios empresariales (Pécaut 2000, 53).

[8]En el capítulo 1 del libro se puede consultar un análisis sistemático de las propuestas teóricas de estos autores sobre la identidad política.

[9]En otros lugares se ha estudiado la trayectoria de Jornada desde su fundación hasta la muerte de Gaitán; véase Rodríguez Franco (2009; 2018).

[10]Para un análisis de la difícil situación que enfrentó Jornada con la agudización de la violencia tras los sucesos del 9 de abril de 1948, véase Rodríguez Franco (2017b); mientras que para conocer la posición del periódico gaitanista en el marco del Gobierno militar de Rojas Pinilla, véase (2017a).

[11]Algunos autores son explícitos en señalar la intensa persecución a que fueron sometidos los gaitanistas por parte de fuerzas conservadoras y liberales durante la Violencia, lo que derivó en la conformación de bandas armadas de autodefensas campesinas y guerrillas. Véanse Gaitán Jaramillo (1998) y Otálora (1989).

[12]Para un análisis demográfico revisionista de las estadísticas de la violencia bipartidista en Colombia, y particularmente de los homicidios durante la década de los cuarenta y de los cincuenta, véase Romero-Prieto y Meisel-Roca (2019).

[13]Jorge Villaveces expresó, en un discurso en agosto de 1954: “Porque el pueblo sabía que Gustavo Rojas Pinilla tenía los mismos programas que el Caudillo Civil sacrificado el nueve de abril. El voto femenino, el salario familiar, la lucha contra los monopolios son programas y postulados de Gaitán, y son promesas de Gustavo Rojas Pinilla” (Villaveces 1963, 76).

[14]Villaveces había sido gerente de Jornada en los tiempos de Gaitán, pero pese a ser su antiguo compañero de correrías políticas —por ejemplo, había pertenecido a la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria, el primer proyecto político con el que Gaitán buscó consolidar una organización popular apartándose del liberalismo—, no se había consolidado como una de las figuras más importantes a nivel político y periodístico del órgano, como sí había ocurrido con Jorge Uribe Márquez, Darío Samper o Alejandro Vallejo. Cuando estos se retiraron por la crisis que originó la muerte del caudillo, Villaveces asumió el liderazgo del diario, el cual fue especialmente notable durante los años del Gobierno militar. Su trayectoria política en cargos de elección —concejal, diputado, representante a la Cámara— y la vocería que ejercía del gaitanismo en la opinión pública por

medio de Jornada, le permitieron a Villaveces obtener un escaño en la Asamblea Nacional Constituyente convocada por Rojas Pinilla. Véase Rodríguez Franco (2017a, 199).

[15]Las tentativas frustradas de creación de una tercera fuerza política de Rojas fueron el Movimiento de Acción Nacional, Tercera Fuerza y Nuevo Orden. Pese al despliegue dado en los medios de comunicación favorables a Rojas a los actos públicos de lanzamiento de los movimientos y a la convocatoria de funcionarios cercanos al presidente, como el político conservador Lucio Pabón Núñez (ministro de Gobierno), estos proyectos lograron ser "desactivados" por la presión de los partidos tradicionales, la Iglesia y algunos sectores del ejército. Sin embargo, es importante puntualizar que esos tres intentos por articular un movimiento alrededor del general no tuvieron las mismas características ni convocaron a las mismas fuerzas políticas —por ejemplo, en el caso de la Tercera Fuerza tenían mayor relevancia los militares—, en tanto que en los tres casos sí cumplían un papel muy importante tanto la exaltación de la imagen de Rojas como la conmemoración del golpe del 13 de junio de 1953. Para conocer detalladamente la movilización rojista durante el Gobierno militar y la confluencia del gaitanismo en ese proceso, véanse Ayala Diago (1992; 1996) y Rodríguez Franco (2017a).

[16]La historiografía colombiana ha manifestado cierta ansiedad por demostrar evidencias de los vínculos de Rojas Pinilla con Perón. Por ejemplo, Carlos H. Urán señala que el viaje de una comisión encabezada por María Eugenia Rojas a Argentina en 1954 "ha hecho pensar en una inspiración peronista populista de la CNT", lo cual redundó en que el general buscara "hacer de la CNT una central a su gusto", hasta el punto de determinar que esta se convirtió en un "eje" de la Tercera Fuerza (Urán 1983, 81).

[17]En Argentina, se emprendió un proceso redistributivo del bienestar, apalancado por las posibilidades que tenía el Gobierno de Perón de aumentar considerablemente el gasto público, debido a los altos precios de los productos agrícolas y el desarrollo de la industrialización; de allí se desprendió una política de aumento de poder adquisitivo de los salarios y programas de acceso a la vivienda, en medio de una extensión de la urbanización en Argentina, resultado de la migración y el aumento del empleo urbano (Torre y Pastoriza 2002, 278-294).

[18]Este proceso de reorganización del bienestar no estuvo exento de tensiones y

de conflictos, toda vez que la Fundación, aunque efectivamente logró recoger un amplio flujo de recursos provenientes del Estado, de agremiaciones, sindicatos y particulares, también chocó con otras instancias de la salud argentina, que no tenían más remedio que plegarse a los planes y las disposiciones que emitía Evita (Torre y Pastoriza 2002, 294 y 295).

[19]Incluso este esquema se repite en trabajos que se consideran como "revisionistas" de la historiografía sobre el Gobierno de Rojas Pinilla o el populismo colombiano. Se pueden mencionar los trabajos de Atehortúa (2010), López de la Roche (1996) o Luna (2008).

[20]Carlos H. Urán hizo un inventario de las obras de Gobierno de Rojas Pinilla que se enmarcaban en su "línea populista": una reforma tributaria, que favorecía a los asalariados e imponía una carga mayor a las grandes rentas de los individuos y las compañías; la creación del Banco Hipotecario Popular, para fomentar la adquisición de vivienda en las clases medias; la conformación de una policía y del servicio cívico femenino destinados a la protección infantil; la "concesión" del derecho al voto a las mujeres; la puesta en funcionamiento del Instituto Nacional de Abastecimiento, para abaratar los productos de primera necesidad; implementar un impuesto a la cerveza, para trasladar los recursos al sector educativo; y, por supuesto, la creación de Sendas (Urán 1983, 85).

[21]Plantea Urán que el Gobierno de Rojas adaptó autoritariamente las instituciones, pero sin caer en el extremismo de los regímenes dictatoriales, teniendo en cuenta que él expresaba un apego a la institucionalidad republicana (Urán 1983, 32).

[22]Ante los cuestionamientos por la influencia del peronismo en la creación de la Secretaría, Rojas Pinilla acudía a exaltar la vinculación de la institución con el catolicismo: "Sendas por ningún motivo y en ningún momento ha alentado la lucha de clases, sino que con verdadera caridad cristiana ha servido a la doctrina católica en la cooperación entre capital y trabajo, predicada por los sumos pontífices". Este testimonio está registrado en la publicación del Congreso de Colombia sobre el proceso que esta corporación le siguió a Rojas, y que precisamente se tituló El proceso contra Gustavo Rojas Pinilla ante el Congreso de Colombia (1960), citado por Urán (1983, 85).

[23]María Eugenia Rojas insistía en que Sendas, en relación con la experiencia argentina, "debería tener un carácter muy diferente y muy propio. Era

indispensable unificar y organizar los organismos de protección social en un ente que cumpliera con la atención de nuestras manifestaciones especiales: la infancia desamparada; los hogares sin techo; los estudiantes y en particular las mujeres, sin residencias decorosas; los recién incorporados de la guerra intestina casi concluida y, en fin, los apósteles del nuevo orden y el fresco país" (Rojas 2000, 187). Sin embargo, como se mencionó anteriormente, la unificación de los programas de bienestar y su direccionamiento a la protección de la población más vulnerable (niños, mujeres, no asalariados) eran los pilares de la Fundación Eva Perón.

[24]El Tiempo [Bogotá] enero 23 de 1937, 1. Citado por Braun (2008 [1985], 148).

[25]El positivismo penal ya estaba en boga en el ambiente intelectual en el que se formó Gaitán, que fueron principalmente las aulas de la Universidad Nacional, institución en la que obtuvo su título de abogado, para luego viajar a Italia a cursar sus estudios de doctorado en Jurisprudencia, bajo la tutela de Enrico Ferri, uno de los más connotados exponentes de dicha escuela (Parada García 2017, 82).

[26]Luna, como se ha mencionado, pone énfasis en la fuerte presencia del discurso cristiano y conservador en las ideas de Rojas (2000, 176); en relación con las "líneas ideológicas del gobierno militar", Urán encuentra un confuso mesianismo religioso (1983, 85). Atehortúa, recogiendo una observación de un contemporáneo, destaca que el gabinete de Rojas fue "más conservador que militar" (2010, 39). Tirado Mejía señala que los principios generales que guiaron el Gobierno de Rojas se basaban en una "concepción autoritaria y marcadamente conservadora" del bien común (1989, 119-120). Otros trabajos enfatizan en el papel que cumplió el Gobierno de Rojas en la contención del avance del comunismo (Murgueitio Manrique 2005), lo que derivó en persecución a sectores de la izquierda, como estudiantes y campesinos (Beltrán Villegas 2019). El autoritarismo se vio reflejado en la censura no solo a la gran prensa "oligarca", sino también a otro tipo de impresos, como en el caso de órganos conservadores como La Unidad (Mahecha Jaimes 2019).

[27]"[...] qué decir de una ciudad invadida por mendigos que tantas veces simulan piernas ulceradas si se trata de hombres o niños de meses, si se trata de mujeres? [...] Sería muy indicado que realizaran una batida de los mendigos para establecer sobre la investigación de casos concretos, cada necesidad y cada urgencia". "Se impone el saneamiento moral de la ciudad capital de Colombia.

De dos azotes deber ser librada ahora Bogotá", Jornada [Bogotá] 15 de enero de 1956, 4. Citado por Rodríguez Franco (2017a, 204).

[28]Jornada [Bogotá] 28 de noviembre de 1955, 4.

[29]En el marco de la "Fiesta Cívica Nacional" que celebraba el primer año del Gobierno de Rojas, el 13 de junio de 1954, se inauguró la televisión en Colombia. Sin duda, este proyecto fue fruto de los esfuerzos por consolidar los medios de comunicación oficiales y sería destacado como una de las grandes realizaciones de la administración Rojas. Para conocer la manera en que la televisión nacional fue concebida no como un proyecto comercial, sino como un instrumente de divulgación cultural y educativo, véase Ramírez (2001).

[30]Jornada [Bogotá] 23 de febrero de 1956, 1.

[31]Un punto de inflexión considerable, y que sin duda afectó la percepción del Gobierno militar en el conjunto de la opinión pública, fue la explosión de los siete camiones militares cargados de dinamita, en Cali, el 7 de agosto de 1956, la cual dejó, según algunas fuentes, cuatro mil fallecidos, otros miles de heridos y el centro de la ciudad semidestruido. La atención a la tragedia, de la que participó Sendas, reveló tensiones con la Iglesia católica en el proceso de recolección de las donaciones, por lo que periódicos como Jornada se publicaron avisos en los que Sendas exhortaba a sus funcionarios a no recibir donación de "los señores curas párrocos y demás entidades eclesiásticas", ya que lo recolectado por aquellos únicamente debía estar bajo el control de dicha instancia. Véase, por ejemplo, Jornada [Bogotá] 15 de agosto de 1956, 1. Esto de ninguna manera implicó que la Iglesia católica se apartara de Sendas, ya que se mantuvo la celebración rutinaria de las misas y de las celebraciones católicas en las instalaciones de la entidad.

[32]Quienes tomaron la palabra en defensa de Rojas Pinilla en el proceso que se desarrolló contra él en el Senado entre 1958 y 1959 (Daniel Valois Arce y Carlos V. Rey) manifestaron: "Si el programa de Gaitán al morir se había cifrado en su 'Oración a la Paz' nada podía, en efecto, expresar mejor ese anhelo nacional que el programa de los hombres que hicieron posible el 13 de junio" (Rojas Pinilla 1959, 31).

[33]Villaveces expresó en agosto de 1954, en el marco de un homenaje que le rindieron "líderes populares, profesionales y hombres de negocios", lo siguiente:

“Solo una coyuntura le queda al país: las Fuerzas Armadas, al frente de ellas Rojas Pinilla, quien con su espada derribó la dictadura para abrir brechas de paz y de justicia; es el 13 de junio! Y como cosa mágica, los colombianos son de nuevo torrentes de fe y de esperanza [...] para manifestar su adhesión incondicional a este nuevo amanecer, que parecía lejano [...]. Y en este luminoso catorce de junio lleno de esperanzas nuevas, la intuición del pueblo, que sigue caminos de sabiduría, orienta sus multitudinarias manifestaciones, recordando renacer los mejores días de su caudillo” (Villaveces 1963, 74 y 75).

[34]Según los rojistas que participaron de la defensa de Rojas en el Senado, lo que explica el hecho de que “las directivas oligárquicas [liberales] rompieron con el Gobierno [de Rojas]” fue “precisamente porque dentro de los cuadros del liberalismo popular fueron designados algunos para la Asamblea Nacional Constituyente” (Rojas Pinilla ante el Senado 1959, 31). Villaveces rememoraba, en 1963, cómo la oligarquía liberal se había lanzado tempranamente (en 1954) en una campaña de desprestigio en contra del liberalismo gaitanista aliado de Rojas y que estaba representado en la Anac, lamentando eso sí que Rojas no reconociera las “dimensiones históricas” de ese ataque, que en realidad era contra “el nuevo orden gubernamental” (Villaveces 1963, 71 y 72).

8

Gaitán, gaitanismo y nueva izquierda en Colombia (1948-1969)

José Abelardo Díaz Jaramillo

Presentación

Se suele decir que el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán (abril de 1948) partió en dos la historia colombiana del siglo xx (Ayala et al. 2009; Sánchez 1984). Entre los seguidores del líder popular, su muerte dio origen a sentimientos de rabia que, en muchos casos, se tradujeron en deseo de venganza y destrucción. Los hechos del 9 de abril y días siguientes, conocidos como el Bogotazo, e incluso, el Colombianazo, dan cuenta del alto nivel de indignación social que originó la desaparición violenta de Gaitán (Osorio 1998 [1952], 293).[1]

El paso de los años no menguó los anhelos de justicia en sectores de la población. A comienzos de los años sesenta del siglo anterior, distintos movimientos de izquierda rememoraron el suceso trágico de 1948, en un intento por resignificar la experiencia gaitanista, lo que llevó, entre otras cosas, a una reconfiguración de sus identidades políticas. El propósito de este capítulo es, precisamente, pensar las resignificaciones del gaitanismo operadas por organizaciones políticas de la nueva izquierda de Colombia a partir de 1959, en particular, por el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC) 7 de Enero,[2] analizando cómo dichas organizaciones asimilaron y se identificaron, a la vez que construyeron, su propia lectura de la experiencia gaitanista. En ese marco, se argumenta que la condición de objeto de disputa del gaitanismo implicó el surgimiento y la articulación de múltiples formas de identificación, así como de desplazamientos (y redefiniciones) al momento de representarlo.

Al interesarnos por las representaciones del gaitanismo en sectores de la izquierda, nos estamos preguntando por los procesos de constitución de las identidades políticas. Al respecto, la teoría política del discurso de Ernesto

Laclau (2006) invita a pensar las identidades como constructos que se configuran a partir de articulaciones específicas, que no existen previamente a lo político, ni mucho menos son definibles de una vez y para siempre, sino que son contingentes, susceptibles de cambios y transformaciones. En otros términos, que las identidades políticas se constituyen y reconstituyen a partir de procesos de disputa; de ahí su carácter conflictivo, relacional e incompleto.

Si, en vida de Gaitán, el gaitanismo nunca tuvo una identidad única e inmutable, esto acontenció con mayor fuerza después de su desaparición física. Por esa razón, y siguiendo a Magrini (2018), asumimos que el gaitanismo no se reduce a lo que el propio Gaitán definió de sí mismo, sino que fue también lo que hicieron, luego de su asesinato, individuos y organizaciones políticas que, en algún momento, o de manera permanente, se sintieron interpelados (o no) por dicho discurso y llegaron incluso a intervenirlo o transformarlo (pp. 38-46). Como se muestra en el siguiente apartado, desde 1959 hubo en el campo de la izquierda una especie de disputa por establecer el sentido e importancia del gaitanismo, lo que dio origen a procesos de constitución y reconstitución de las identidades de los diferentes movimientos y organizaciones de aquel campo político.

El capítulo se articula de la siguiente manera: en la primera parte se describe la relación que establecieron sectores de la izquierda radical colombiana con el gaitanismo; en la segunda parte se aborda el caso del MOEC 7 de Enero, para precisar el grado de influencia que tuvo el gaitanismo en la identidad política de esa organización y destacar los procesos de relectura y reconfiguración que operó en torno a aquel; en la parte final se establecen algunas conclusiones acerca de lo estudiado.

Disputas por el gaitanismo

Las relaciones entre Gaitán y la izquierda colombiana son un tema que, a pesar de su relevancia —por tratarse de un personaje que dio forma a la más importante corriente popular alternativa del siglo xx—, no ha recibido una atención analítica adecuada. Como objeto de estudio, esas relaciones podrían analizarse en dos momentos: antes y después del fatídico 9 de abril de 1948.

En el primer momento, que corresponde al periodo que va de 1930 a 1948, la izquierda se caracterizó por su debilidad numérica y su limitada capacidad de influencia en la contienda política. El Partido Comunista (PC), fundado en 1930, mantuvo la hegemonía durante todo el periodo, una condición que le fue disputada solo en dos ocasiones: cuando Gaitán, en sus tiempos de “bolchevique radical” (catalogado así por la prensa oficial), creó en 1933 la Unión Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR); y cuando surgió la Liga de Acción Política (LAP) en 1942, de la mano de un grupo de intelectuales y políticos, entre los que figuraban Antonio García, Diego Luis Córdoba e Indalecio Liévano Aguirre (Jaramillo 2007, 226-228; Robinson 1976, 54, 67-79).

Tanto la UNIR como la LAP tuvieron corta vida (en el primer caso, hasta 1935; en el segundo, hasta 1944); en cambio, sorteando dificultades de todo tipo, el PC pudo proyectarse en el tiempo, incluso más allá de la muerte de Gaitán, lo que quiere decir que, durante cerca de dos décadas, los comunistas tuvieron que “convivir” con el líder liberal en un ambiente caracterizado no precisamente por la concordia. Como lo destacó José Antonio Osorio Lizarazo, los comunistas “eran fundamentalmente enemigos de Gaitán” (Osorio 1998, 308).

Medófilo Medina afirma que, pese a que en algunas ocasiones hubo “acciones adelantadas por los comunistas [que] obtuvieron el concurso de Gaitán”, la pugnacidad fue el común denominador entre este y el PC, especialmente durante los tiempos de la UNIR o de la campaña presidencial de 1946 (Medina 1980, 506). Precisamente, en esa campaña electoral, el PC negó su apoyo a Gaitán, al asociar su tesis de la restauración moral de la república con las de la moralización de la sociedad que promovía el líder conservador Laureano Gómez; y, además, por el “menosprecio por la lucha económica de la clase obrera” y el “culto al espontaneísmo de las masas” que, según afirmaba la organización comunista, eran distintivos del gaitanismo (p. 509). Habría que agregar a esas motivaciones, el que el PC se uniera a las “acusaciones de fascismo que la prensa liberal, especialmente El Tiempo, enrostraba a Gaitán” (Sánchez 1984, 14).

En clave de autocrítica, el PC reconoció, pasada la elección presidencial, su equivocación por no valorar la campaña antioligárquica de Gaitán y la magnitud de las fuerzas populares que desencadenó, bajo el influjo de consignas democráticas, y por no haber contemplado la posibilidad de algún acuerdo político entre comunistas y gaitanistas en el periodo 1944-1946. Esa ceguera terminaría afectando al PC, al reforzar su “aislamiento de las masas y [...] la

deserción de sus propias filas en torno al fenómeno Gaitán” (p. 510).[3]

Pasada la elección presidencial, con triunfo para el Partido Conservador,[4] y en vista de los pobres resultados alcanzados, la organización comunista debió reconocer el ascenso político de Gaitán, que se reflejó en el evidente apoyo popular que recibió y que lo había convertido, para ese momento, en el líder popular más importante de Colombia (Green 2013). Fue en el IV Congreso (1946) que el PC elaboró esa lectura crítica, aunque, paradójicamente, seguía justificando como correcto el apoyo brindado a la candidatura de Turbay, veinte días antes de la elección (Medina 1980, 514).[5]

En los años posteriores a la muerte de Gaitán, surgirá una disputa en sectores de la derecha y la izquierda, que se reclamarán —cada uno a su manera— como los legítimos exponentes de los postulados del líder sacrificado. Al respecto, el historiador César Augusto Ayala Diago (1996) resaltó la dificultad de encontrar, en la historia de Colombia, “un cadáver político cuya herencia ideológica fuera reclamada por todo el mundo” (p. 184). El término “gaitanear” se impuso en la jerga política: todo el mundo gaitaneaba en una dinámica que hacía parte de “la rebatiña por las masas gaitanistas”, en nombre de Gaitán (Ayala Diago 2007, 34).[6]

En el campo de la izquierda, Antonio García Nossa, simpatizante y estudioso del gaitanismo como fenómeno político, fundó en 1951 el Movimiento Socialista Colombiano (MSC), con un precario éxito en la arena política. Se trató de una apuesta que se definió como “sustituto del comunismo” (Jaramillo 2007, 229), e intentó dotarse de ideas procedentes del gaitanismo.

El Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), constituido en 1960, también quiso mostrarse como heredero y continuador del gaitanismo. En abril de 1960, en el marco de la conmemoración de un nuevo aniversario del asesinato del líder, el MRL reflexionó sobre el legado gaitanista, destacando su presencia en un “pueblo” que persistía con la “voz alta y su intransigente rebeldía” (La Calle 8 al 22 de abril de 1960, 2). Para el MRL era imprescindible identificar las lecciones del fin trágico de Gaitán y de su proyecto político, en especial, la carencia de una organización de las masas en el movimiento gaitanista, lo que no se compaginó con el “despertar del pueblo” que había logrado el caudillo. Fueron esas masas, precisamente, las que, con el asesinato de Gaitán, se quedaron sin norte político y fueron presas de la violencia. Unificar al “pueblo colombiano” en una sólida organización, además de una necesidad política, era el mejor homenaje que se

podría brindar al caudillo:

La gran tarea liberal, y el mejor homenaje que se le puede tributar a la memoria de Gaitán, es la de entregarle al pueblo colombiano, adquirida ya la conciencia de su destino histórico, las herramientas necesarias e idóneas para conquistarlo victoriosa y democráticamente. De otra manera, el recuerdo de Gaitán no pasaría de ser un episodio romántico de nuestra historia, perdido entre un anecdotario político oscuro y luctuoso. (La Calle 8-22 de abril de 1960, 2)[7]

Otros sectores de la izquierda también invocaron el gaitanismo, como el Movimiento Nacional Popular Gaitanista (MNPG), liderado por su propia hija, Gloria Gaitán, y por Luis Emiro Valencia, un ideólogo del socialismo colombiano. En su pretensión de revivir aquella experiencia, el MNPG divulgó ampliamente la Plataforma del Teatro Colón y editó un semanario que con evidente cálculo denominó Gaitán, el cual debía "expresar auténticamente los intereses, necesidades y aspiraciones de todo el pueblo colombiano, sin discriminaciones, como lo predicó en vida y lo rubricó con su muerte el Mártir del Pueblo" (Semana 4 agosto de 1960, 2).

Una apuesta parecida hizo el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), agrupación que surgió en marzo de 1962, de la confluencia del MNPG, el Movimiento Nacional Revolucionario y sectores independientes del MRL (Proletarización 1975, 107). En el FUAR, el peso del gaitanismo era fuerte, y las referencias al caudillo y, en especial, a su asesinato como quiebre histórico fueron una práctica recurrente. En el programa de la organización se invocó a Gaitán y se le ubicó al lado de destacadas figuras de la historia nacional, como está plasmado en sus líneas:

El Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR), afirma el contenido de sus tareas en lo más profundo de la nación colombiana, con el propósito de continuar las grandes luchas de liberación nacional y social del pueblo y de sus grandes conductores —José Antonio Galán, José María Carbonell, Rafael Uribe, Jorge Eliécer Gaitán— como símbolos de la tradición revolucionaria de nuestro pueblo. (La Nueva Prensa "Programa del FUAR", 18-24 de abril de 1962, 14)

El FUAR desempolvó el universo simbólico que había sido creado en tiempos de Gaitán.[8] Por ejemplo, agitó la consigna "Con el pueblo de todos los partidos contra las oligarquías de todos los partidos", expresión de claro tinte gaitanista, que refería la existencia en Colombia de dos países: el político y el nacional.[9] Sin embargo, a diferencia de lo que había predicado en vida Gaitán, el FUAR planteó la necesidad de un cambio político por fuera de los marcos institucionales, promoviendo el abstencionismo electoral e invocando el recurso de la lucha armada, en un intento por emular la estrategia aplicada por los revolucionarios cubanos.[10]

En algunos líderes de movimientos guerrilleros de filiación liberal o comunista, hubo influencia del gaitanismo, y presencia de una lectura crítica en torno a las implicaciones de la muerte del caudillo, de la cual, por cierto, tomaron elementos para justificar el uso de las armas, al comienzo como forma de proteger la vida, pero luego, como componente estratégico de la revolución social. De acuerdo con una investigación sobre la vida de Pedro Antonio Marín (quien después se convertiría en 'Manuel Marulanda Vélez' o 'Tirofijo'), este, siendo un joven, debió esconderse en la montaña en 1948, huyendo de la policía conservadora por sus ideas gaitanistas. En 1949, contando con 19 años de edad, Marín ya había formado un grupo armado junto a catorce primos, con el que incursionó en Génova, su pueblo natal, en señal de protesta por la elección de Laureano Gómez como presidente de la república. Así había sido el comienzo de lo que sería la larga trayectoria de Marín como guerrillero (Alape 1994, 68).

En el caso del sacerdote Camilo Torres Restrepo, la experiencia gaitanista marcó su corto trasegar político, como se evidencia en sus intervenciones públicas en distintas ciudades, en las que alentaba la conformación del Frente Unido, y en la "Proclama a los colombianos", documento que salió a la luz pública a principios de 1966, al momento de oficializar su incorporación al Ejército de Liberación Nacional (ELN). En aquel documento, el sacerdote rebelde acudió al binomio pueblooligarquía, de clara estirpe gaitanista, para recrear la tensión latente entre los grupos dirigentes y los pobres de Colombia:

Durante muchos años los pobres de nuestra patria han esperado la voz de combate para lanzarse a la lucha final contra la oligarquía. En aquellos

momentos en los que la desesperación del pueblo ha llegado a extremos, la clase dirigente siempre ha encontrado una forma de engañar al pueblo, distraerlo, apaciguarlo con nuevas fórmulas que siempre paran en los mismos; el sufrimiento para el pueblo y el bienestar para las castas privilegiadas. (Torres Restrepo 1986, 571; cursivas mías)

Camilo acudió a la figura de Gaitán para señalar que, con su asesinato, hubo un quiebre histórico con implicaciones decisivas para las fuerzas populares, destacando, en especial, la de demostrar que debía acudirse a medios distintos a los certámenes electorales para poder efectuar las transformaciones sociales. Asimismo, Camilo se refería a las implicaciones del ejercicio político abierto y legal en Colombia, resaltando el peligro al que se exponían los dirigentes populares debido al carácter sangriento que le adjudicaba a la oligarquía. Tesis de ese calibre fueron expuestas por el sacerdote ante nutridos auditorios de obreros, campesinos y estudiantes en 1965. En una intervención pública en Barranquilla, el 6 de agosto de 1965, al referirse al asesinato de Gaitán, Camilo afirmó:

[...] pero ya nosotros no nos vamos a dejar hacer eso ni nos vamos a dejar hacer lo que le pasó a Gaitán que cuando la clase popular se trató de UNIR e ir al poder, por lo que no dependía sino de un caudillo, mataron al caudillo, mataron al pastor y le dispersaron las ovejas es peligroso [sic]. (Torres Restrepo 1986, 506)

En otras palabras, el asesinato del líder popular —siguiendo la lectura de Camilo — fue una enseñanza trágica que el pueblo colombiano no debía pasar por alto.

En la “Proclama” de 1966 hay más rastros de gaitanismo:

Cuando el pueblo pedía un jefe y lo encontró en Jorge Eliécer Gaitán, la oligarquía lo mató. Cuando el pueblo pedía paz, la oligarquía sembró el país de violencia. Cuando el pueblo ya no resistía más violencia y organizó las guerrillas

para tomarse el Poder, la oligarquía inventó el golpe militar para que las guerrillas, engañadas, se entregaran. Cuando el pueblo pedía democracia, se le volvió a engañar con un plebiscito y un Frente Nacional que le imponía la dictadura de la oligarquía. (Torres Restrepo 1986, 571)

Por eso la lección era clara: “Ahora el pueblo ya no creerá más. El pueblo no cree en las elecciones. El pueblo sabe que las vías legales están agotadas. El pueblo sabe que no queda sino la vía armada” (Torres Restrepo 1986, 506).

Evidentemente, distintas expresiones de la izquierda, como el MSC, el FUAR, el MNPG y el Frente Unido, vieron en el gaitanismo un referente político al que no se podía fácilmente desechar, a pesar del paso del tiempo. Gaitán o el gaitanismo, eran fantasmas que se negaban a desaparecer, tal vez por lo que, a ojos de las organizaciones revolucionarias, aquel había representado: una frustración colectiva, o, mejor, un proyecto de redención social inconcluso. De ahí esa condición de permanente presencia adjudicada a Gaitán, lo cual explica, entre otras cosas, que en torno suyo se hubiesen construido y articulado diversos modos de identificación, e incluso, que hubiese dislocaciones al momento de representar la experiencia gaitanista, lo que se observó con la incorporación de tesis como la lucha armada y la no participación en elecciones, recursos ajenos a la estrategia que, en vida, Gaitán había seguido. En el caso del MOEC 7 de Enero, como se muestra a continuación, no ocurrió algo diferente.

Gaitanismo y nueva izquierda en Colombia

El triunfo de los rebeldes cubanos en 1959 sacudió el campo de la izquierda en América Latina, y dio origen a una tendencia política que emprendió una crítica acérrima a la izquierda tradicional, representada por los “viejos” partidos comunistas, además de sus posturas antielectorales y proguerrilleras. Dicha tendencia, a la que se le denominaría con el tiempo “nueva izquierda” (Rodríguez 2002), tuvo manifestaciones en distintos países de la región, particularmente, por medio de organizaciones que promovieron acciones guerrilleras, en un intento por emular la experiencia cubana.

En Colombia, fue el MOEC 7 de Enero la primera organización que, como expresión de la nueva tendencia, alentó la creación de frentes guerrilleros en clave de tomar el poder y ponerlo al servicio de las clases trabajadoras, como lo expuso en un documento interno:[11]

Resolvimos reunirnos el 20 de julio, exactamente a los 150 años del llamado grito de independencia, como un homenaje al pueblo y a los dirigentes que a partir de los Comuneros iniciaron el proceso trunco y sangriento de la revolución democrática. Nuestro movimiento aspira a llevar hasta el fin este proceso ligándolo al nuevo de la liberación social de las clases trabajadoras. (“Resolución política del MOEC 7 de Enero” 1960, 4)

El MOEC 7 de Enero estuvo conformado por una militancia variopinta: por exmilitantes del Partido Comunista, expulsados o marginados por haber formulado críticas a la dirigencia en ciertas coyunturas. Así sucedió con Raúl Alameda Ospina, Antonio Pinzón Sarmiento y su esposa Yolanda Alameda, Luis Enrique Cruz, Bolívar Campo, Pedro J. Abella, Víctor Zamudio o Gilberto Guzmán Celis, entre otros. Además, por jóvenes procedentes de otras militancias políticas (socialista, liberal e incluso conservadora), algunos estudiantes de colegios y universidades públicas y privadas de Bogotá y Cali, quienes habían enfrentado la dictadura militar de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957), o participado en actividades de solidaridad con los revolucionarios cubanos antes y después de la caída de Fulgencio Batista. Estos jóvenes manifestaron un acelerado proceso de radicalización política, estimulado por la victoria de la guerrilla cubana, como Antonio Larrota González (miembro del Comité Ejecutivo de la Unión Nacional de Estudiantes Colombianos), Eduardo Aristizábal Palomino, Jorge Bejarano Mateus, Luis Alfredo Sánchez, Antonio Longan Lozano, Ricardo Otero, William Ospina Ramírez, Jaime Galarza, Orlando Caliz Villanueva, Gustavo Soto, Francisco Mosquera Sánchez, entre otros. Por último, también integraron el MOEC 7 de Enero antiguos combatientes liberales del período de la violencia bipartidista, que, al transitar hacia posturas nacionalistas o revolucionarias, se acercaron a diferentes movimientos. Casos como los de Eduardo Franco Isaza, Roberto González Prieto y Rosendo Colmenares, quienes hicieron parte de la dirección nacional del movimiento, así lo testimonian.

Los tres grupos referidos, con edades diferentes y trayectorias políticas diversas, se identificaron en la crítica al Partido Comunista, en el propósito de buscar un cambio revolucionario de las estructuras políticas del país a través de la violencia revolucionaria, en confrontar el Frente Nacional (al que concibieron como un pacto antidemocrático de las élites de los dos partidos tradicionales)[12] y en defender la Revolución cubana, a la que consideraron el "faro de nuestra liberación" (Urrego 2002, 175).

El MOEC 7 de Enero no se quedó en la provocación de debates acerca de las vías revolucionarias para la toma del poder,[13] sino que promovió operaciones guerrilleras en diversos lugares: Tacueyó, Urabá, Vichada, Puente Tierra, Bolívar, entre otros. Todos los intentos armados terminaron en fracasos y varios militantes murieron, como Antonio Larrota González, uno los fundadores y el más reconocido de sus dirigentes (Díaz Jaramillo 2010, 265-291).

El gaitanismo: ¿fuente política del MOEC 7 de Enero?

Tres fuentes ideológicas nutrieron al MOEC 7 de Enero: el marxismo (con presencia de elementos maoístas), el nacionalismo (ligado a procesos de liberación nacional que acontecían en regiones de Asia y África) y el gaitanismo. Sobre esta última fuente ideológica, objeto de nuestro interés, habría que decir que el movimiento de izquierda leyó y resignificó su experiencia histórica para "ponerla en sintonía" con la nueva realidad política. Si bien formalmente no se definió como gaitanista, es indudable que la figura de Gaitán y su movimiento tuvieron incidencia en la concepción política del MOEC 7 de Enero. No en vano, este se refirió a Gaitán como "el máximo líder democrático de nuestra historia contemporánea" ("Resolución política del MOEC 7 de Enero" 1960, 4).

No debe perderse de vista que el MOEC 7 de Enero se fundó trascurridos apenas doce años del asesinato de Gaitán, proximidad que, sumada a la permanente presencia del gaitanismo en el escenario público, debió haber impactado a sus militantes. Al respecto, la influencia del gaitanismo en el MOEC 7 de Enero podría explorarse de dos maneras: una, indagando en el pasado político de quienes fundaron y militaron en el movimiento, y la otra, identificando las lecturas que la organización efectuó de Gaitán y de su significado histórico, es

decir, en las maneras como lo representó.

Ambas posibilidades nos remiten a pensar la historicidad sedimentada del MOEC 7 de Enero, de la que está forjada su identidad política, que, en todo caso, como se advirtió al comienzo del capítulo, no debe ser entendida como una construcción homogénea y definitiva, sino como resultado de experiencias políticas previas y, a la vez, presentes, que reconfiguraron sus marcos de interpretación y en donde se pueden identificar continuidades y cambios (Barros 2006).

Deuda histórica con Gaitán

Por circunstancias diversas, como el momento histórico vivido, el ambiente político presente en los ámbitos familiares o el capital político heredado o acumulado en distintos escenarios (de nuevo la familia, la universidad, la fábrica, la calle), las personas que confluyeron en el MOEC 7 de Enero asimilaron o leyeron el gaitanismo de distintas maneras. Por ejemplo, la experiencia gaitanista en quienes militaron en el Partido Comunista fue siempre conflictiva, debido a la actitud hostil que este asumió hacia el dirigente liberal en distintos momentos de su discurrir político. Como se anotó líneas arriba, para la coyuntura electoral de 1946, el PC (entonces PSD) negó cualquier apoyo a Gaitán y exigió a sus militantes abstenerse de brindar ayuda a su campaña, determinación que terminó afectando al propio partido.

Raúl Alameda Ospina (dirigente del MOEC 7 de Enero en su primera etapa), quien ingresó al PC en 1945, a los 20 años de edad, fue ubicado en una célula política del barrio Las Nieves, un fortín gaitanista de Bogotá. Su convivencia en ese entorno lo convirtió en un “gaitanista de corazón”, sentimiento que reforzó al escuchar al líder en sus afamadas intervenciones de los “viernes culturales”.[14] Cuando el PC agudizó su posición contra Gaitán, surgieron conflictos entre la militancia y la dirigencia. Alameda cuestionó, junto a otros militantes, la actitud antigaitanista del PC y la decisión de apoyar a Turbay y, en cambio, decidió participar activamente en la campaña de Gaitán (Alameda Ospina 2005, 66; Raúl Alameda Ospina, entrevista realizada por el autor en febrero de 2008); una tensión que, por cierto, también se presentó en las bases conservadoras, las

cuales manifestaban enorme simpatía por el dirigente popular (Robinson 1976, 91).

Los hechos del 9 de abril de 1948 le permitieron a Alameda constatar la dimensión del gaitanismo, pero también la posición equivocada que había asumido el PC. Después de los hechos de abril, Raúl Alameda elaboró un documento contra la dirección del partido, lo que provocó su expulsión en 1949.[15] Situación parecida tuvieron Antonio Pinzón Sarmiento y su esposa Yolanda Alameda (luego figuras destacadas del MOEC 7 de Enero), quienes cuestionaron la postura antigaitanista del PC. Para Pinzón, admirador de Gaitán tras las denuncias que este hiciera en el parlamento por la masacre de los trabajadores de la zona bananera en diciembre de 1928, era inconcebible que el PC le negase el apoyo a quien, desde el liberalismo, "representaba en gran medida los intereses de las masas populares" (Torres 1959, 36).

Entre los antiguos guerrilleros que se acercaron al MOEC 7 de Enero, el caso de Eduardo Franco Isaza ejemplifica lo que aquí se quiere exponer. De filiación liberal y residente en la provincia, Franco Isaza se convirtió en combatiente y luego en dirigente de las guerrillas que surgieron en la región de los llanos orientales después del 9 de abril de 1948, en respuesta a la agresión del Estado y la policía conservadora. Para Franco, Gaitán representaba un cambio en las relaciones de poder, era el conductor de una revolución pacífica a favor del "pueblo", que ponía en riesgo los intereses de las "oligarquías":

Gaitán hacía la revolución sin derramar una sola gota de sangre, porque llegó un momento en que el interés y el empuje del pueblo, al conquistar posiciones, destruía mediocres intereses creados, derribaba mitos y ponía a temblar a las minorías dominantes. Por eso, todas las minorías, las oligarquías de que hablaba Gaitán, hicieron la división del partido sobre cuyos hombres se venía haciendo la revolución y que había situado al país en un puesto de avanzada en América. (Franco Isaza 1976, 123)

El proceso histórico al que se refiere Franco Isaza fue truncado, según él, por el asesinato del caudillo, lo que obligó a centenares de liberales a buscar refugio y a defenderse de las agresiones de los conservadores. Para Franco Isaza, el

asesinato del líder justificó la rebelión armada:

A la cabeza iba Gaitán. Cuando he ahí que asesinan a Gaitán, se derrumba el partido, el país se da un bandazo y Colombia se pierde en los tenebrosos caminos de la dictadura. El pueblo reacciona porque tiene conciencia, porque guarda una tradición civilista, porque ha aprendido a amar su libertad. [...]. Un pueblo desarmado y sin jefes no puede iniciar la guerra, lo conducen sus propios enemigos a ella. (Franco Isaza 1976, 123)[16]

La juventud que militó en el MOEC 7 de Enero también se acercó, a su manera, al gaitanismo. Algunos miembros fueron testigos de las dimensiones del Bogotazo y sus alcances nacionales; además, leyeron la obra escrita de Gaitán y, por vía testimonial, pudieron dimensionar su presencia histórica. Así, elaboraron una lectura propia de lo que significó el gaitanismo en la política nacional (Jaime Galarza, entrevista realizada por el autor en julio de 2008).

En un primer momento de sus vidas públicas, estos jóvenes participaron en la lucha contra la dictadura militar en 1957 y, en los inicios del Frente Nacional, tomaron parte en las protestas contra medidas económicas del Gobierno de Alberto Lleras Camargo. Por ejemplo, los jóvenes que después ingresarían al MOEC 7 de Enero desempeñaron un rol destacado en las manifestaciones contra el alza en las tarifas del transporte en Bogotá, a principios de 1959, y en las huelgas de la Unión de Empleados Bancarios y de Avianca en junio y agosto del mismo año (Díaz Jaramillo 2007). En esas refriegas entablaron contacto con obreros y empleados públicos, de lo cual surgió el Movimiento Obrero Estudiantil (MOE) 7 de Enero,[17] expresión que, de acuerdo con sus bases programáticas, buscaba unificar

[…] las fuerzas campesinas, obreras, estudiantiles juveniles y de clase medias y populares de todos los partidos políticos, y tendencias ideológicas en un frente único de combate para luchar por la auténtica revolución social en Colombia. (“Fines del Movimiento Obrero Estudiantil, MOE 7 de Enero” 1959)

Al respecto, llama la atención que los jóvenes no acudieron a textos del marxismo clásico o del comunismo internacional para nutrir ideológicamente sus aspiraciones, sino a textos de Gaitán, especialmente a la Plataforma del Teatro Colón, considerado como uno de los más importantes manifiestos elaborado por el líder popular. El punto tercero de las bases programáticas del MOE 7 de Enero dejaba ver la importancia de aquel documento:

Obtener la realización práctica de la plataforma del líder demócrata popular Jorge Eliécer Gaitán adoptada en el Teatro Colón en el año de 1948, adaptando alguno de sus puntos en el actual momento histórico. (“Fines del Movimiento Obrero Estudiantil MOE 7 de Enero” 1959)

El interés manifiesto por las tesis de Gaitán ayuda a explicar por qué en las manifestaciones que lideró el MOE 7 de Enero contra el alza en las tarifas del transporte urbano en Bogotá, a comienzos de 1959, uno de los puntos de concentración habitual de los inconformes haya sido el lugar en donde cayó abatido el dirigente popular años atrás; y que en las protestas se escucharan consignas con un claro contenido gaitanista, como: “Pueblo: A las calles. ¡A la carga! Contra las oligarquías. A la carga contra las medidas antipopulares” (La República “Comunicado del MOE 7 de enero”, 5 feb. 1959, 3).

Además de la atracción por las reformas de contenido popular consignadas en la Plataforma del Teatro Colón, los jóvenes se identificaban con el espíritu pragmático que estaba presente en el documento, el cual daba prioridad a los hechos por encima de los discursos y las declaraciones públicas. Tal postura creían verla representada en el llamado de Gaitán a

[…] crear por todos los medios un ambiente de entusiasmo, de fe y de criterio afirmativo a fin de que los hechos primen sobre las palabras, pues lo contrario ha constituido uno de los vicios de la política nacional. (Gaitán 1947, 24)

Acaso sin saberlo, la reivindicación de ese espíritu pragmático —la práctica por

encima de la teoría— llevará prontamente a conflictos irremediables entre la propia militancia del MOEC 7 de Enero, en especial, entre los jóvenes y los antiguos militantes comunistas.

Lecciones de un asesinato

El MOEC 7 de Enero acudió a una visión dialéctica para interpretar la historia colombiana. De acuerdo con esa visión, las luchas entre dominantes y dominados habían sido el común denominador desde los estertores de la sujeción colonial. Como lo afirmaba el movimiento en sus bases programáticas, la lucha entre la burguesía y el proletariado era "el fundamento histórico de nuestro tiempo, la contradicción fundamental de nuestro país, el contenido y la forma de la lucha social contemporánea" ("Bases programáticas del MOEC 7 de Enero" 1959). En esa línea de argumentación, destacaba el MOEC 7 de Enero que si bien el "pueblo" había dado muestras de coraje en distintos momentos, no había logrado alcanzar los objetivos trazados debido a diversas causas, siendo una de las más resaltadas la traición:

Conscientes de las repetidas traiciones de que ha sido víctima nuestro pueblo a través de toda la historia nacional: revoluciones comunera, de independencia, radical, y "en marcha" en las cuales, al igual que en las fechas del 13 de junio y 10 de mayo, se frustraron las más sentidas aspiraciones populares, proclamamos en alto la necesidad de realizar en nuestro país una auténtica revolución libre de las influencias de las clases explotadoras y dominantes. ("Resolución política del MOEC 7 de Enero" 1960, 4)[18]

Cuando el MOEC 7 de Enero hace una interpretación del significado de Gaitán y de las consecuencias políticas de su asesinato, pretende sacar lecciones que sirvan para justificar las líneas de acción que se ha trazado. Por eso, destacar la traición como un comportamiento afín a los sectores dominantes se considera como un recurso afín a ese propósito. La idea de la traición, además de

recurrente, es priorizada por el MOEC 7 de Enero cuando refiere el asesinato de Gaitán (algo que Camilo Torres Restrepo también destacó en su momento): el caudillo ha sido traicionado, que es como decir el pueblo también lo ha sido,

Las oligarquías nacionales y el imperialismo yankee, en su afán de acabar con todos los hombres que se han colocado al frente de la historia para transformarla y darle mejor vivir al pueblo de Colombia, a travez [sic] de toda la historia nacional han cometido crímenes atroces por los cuales habrán de responder un día cuando el pueblo los llame para ajusticiarlos. Las mismas balas acribillaron a: uribe, gaitán, guadalupe salcedo, charro negro, los bautista [sic], y a una gran cantidad de aguerridos hombres que no se han querido arrodillar a este sistema corrompido y decadente que hoy da muestras de agonía en su última etapa. (“Oligarcas: un día pagarán sus crímenes”, comunicado del MOEC 7 de Enero, s. f.)

Hay otro aspecto que merece ser destacado de la interpretación que el MOEC 7 de Enero elaboró de la experiencia del gaitanismo. Nos referimos a la idea de quiebre histórico que aparece asociado a su asesinato, y que, en efecto, desde la perspectiva del movimiento, arrojó lecciones políticas decisivas para el pueblo colombiano. Por ejemplo, el MOEC 7 de Enero consideró que la muerte de Gaitán en 1948 instauró en Colombia una dictadura que se prolongó hasta el Frente Nacional, y de la cual se beneficiaron los sectores dominantes:

En nuestro país la dictadura iniciada en 1948 ha sido el instrumento más eficaz de oligarquización de la gran burguesía nacional. De esta manera la dictadura es un elemento principalísimo de concentración y centralización de la riqueza. (“Bases programáticas del MOEC 7 de Enero” 1959)

El desenlace histórico posterior a 1948 que advirtió el MOEC 7 de Enero le fue de utilidad para reivindicar, ante la opinión pública, el uso de la violencia revolucionaria, toda vez que con el asesinato de Gaitán había quedado demostrado hasta dónde podía ir la oligarquía del país para impedir el

surgimiento de alternativas políticas de corte popular que pusieran en riesgo su dominio. De esa lectura se derivó, además, otra tesis fundamental: la demostración de la invalidez de las elecciones como expresión de democracia y la reivindicación de la revolución popular armada, rasgo que, como se demostró, estuvo presente en el discurso de casi todas las organizaciones de la nueva izquierda del país en los años sesenta del siglo anterior.

“Si me asesinan, vengadme”

En abril de 1961, al conmemorarse los 13 años del asesinato del líder, el MOEC 7 de enero puso nuevamente en circulación su propia interpretación del significado histórico de Gaitán y de las consecuencias que se derivaron de su asesinato. Valiéndose de un volante, el movimiento de izquierda aprovechó la ocasión para promover la tesis de la deuda política que afirmaba tener con el caudillo sacrificado, así como la disposición de pagar dicha deuda. Además de mostrarse como continuador del proyecto de Gaitán, el MOEC 7 de Enero traía al presente la célebre petición del líder, y que está plasmada como una consigna de agitación en el documento (“El pueblo ajusticiará a los asesinos de Gaitán” 1961).[19]

El texto no ocupa una cuartilla completa, está escrito a máquina y tiene una estructura que consta de una introducción (en donde se consigna la idea central), una argumentación y un cierre o final. En la parte superior hay un título en letras mayúsculas (“El pueblo ajusticiará a los asesinos de Gaitán”), y en la parte final hay unas consignas redactadas en mayúscula que pretenden denotar beligerancia. ¿A quiénes se dirige el MOEC 7 de Enero?, ¿de qué manera lo hace?, ¿a qué recursos históricos y sociales recurre? ¿Logra el cometido que se propone? ¿Qué pretende decir o provocar con el volante? Esclarecer estos interrogantes permitirá comprender el modo en que el gaitanismo fue “recepcionado” en el movimiento de izquierda.

¿Qué se quiso decir? El mensaje principal que quiere difundir el movimiento por medio del volante es que el pueblo no había sabido cumplir la petición de Gaitán de ser vengado en caso de ser asesinado. Por eso, después del magnicidio, los “hermanos colombianos” habían sufrido de manera permanente

asesinatos y torturas propinadas por quienes habían sido los verdugos del caudillo. De modo que el MOEC 7 de Enero, además de resaltar la falta o deuda histórica, manifiesta ante la opinión pública que el pueblo —es decir, ese movimiento— ajusticiará a los asesinos de Gaitán.

¿Cómo interpretó a Gaitán? Es diciente la forma como el MOEC 7 de Enero caracteriza a Jorge Eliécer Gaitán: en tres ocasiones lo define como "Líder" (la letra mayúscula se usa en dos ocasiones, lo que ejemplifica el énfasis del mensaje: "él era el Líder"). También acude a los términos "compañero" y "caudillo" (dos veces cada uno), lo cual deja entrever la intención de resaltar la dimensión simbólica del individuo que fue asesinado y el vínculo que entabló con el pueblo: "líder frente a…", "caudillo del…". En otras palabras, busca resaltar la tesis de que el pueblo fue violentado, al despojársele, por la fuerza, de su guía político.

¿A quién va dirigido el mensaje? En el volante hay referencias a un destinatario que en ocasiones es definido como "Pueblo de Colombia" (una vez), "Pueblo colombiano" (tres veces), "Nuestros hermanos" (una vez) y "Pueblo" (tres veces). Quiere esto decir que dos dimensiones ("pueblo" y "hermanos") no precisadas (no se describe si son estudiantes, obreros, campesinos, empleados, intelectuales, o todos a la vez) aparecen como destinatarias. Esa generalidad, precisamente, le otorga mayor alcance al mensaje, a la vez que permite a los autores del volante identificarse, por similitud de origen social e intereses políticos, con los destinatarios del texto. Unos y otros son pueblo; por ende, todos son hermanos.

¿Quiénes fueron los culpables? En el texto no se escatima en señalar a los autores de la muerte de Gaitán. Los responsables del crimen son identificados a partir de definiciones generales como "oligarcas corrompidos y cobardes", "sistema oligárquico oprobioso" y "traidores vendepatrias". Enseguida, de manera directa, se mencionan nombres, aunque sin describir el grado de responsabilidad en el crimen: Alberto Lleras Camargo, Carlos Lleras Restrepo, Darío Echandía, José María Villarreal, Laureano Gómez, Mariano Ospina Pérez y Roberto Urdaneta Arbeláez.

La operación retórica del texto continúa. A cada uno de los políticos mencionados, de filiación liberal o conservadora, y ligados a la alta política nacional en la coyuntura del asesinato de Gaitán, se le adjudica un sobrenombre que pretende dar cuenta de sus "destrezas" o defectos más sobresalientes. Así,

entre otros, a Mariano Ospina Pérez (presidente de la república entre 1946 y 1950) se le define como “El Verdugo”; a Alberto Lleras Camargo (uno de los forjadores del Frente Nacional), “El traidor”; a Darío Echandía, “El sabueso”, y a Carlos Lleras Restrepo, “El Camaleón”.[20]

¿Qué anuncia? El propósito principal del MOEC 7 de Enero, al difundir el volante, es claro: anunciar que ajusticiará a los verdugos de Gaitán y, así, dar cumplimiento a las “aspiraciones del compañero”, quien había pedido a sus seguidores que, en caso de ser asesinado, fuese vengado. Acá de nuevo la estrategia del movimiento para acercarse y hacer suyo al gaitanismo se pone en evidencia: pretende mostrarse como fiel seguidor del líder, porque manifiesta su disposición para hacer valer su voluntad. Además, cumplir con la petición contribuirá a la preservación de la “memoria del caudillo”.

Al respecto, son dicientes en el volante esas intenciones con expresiones como: “[...] vengará su muerte”; “[...] no lo hemos vengado”; “[...] porque la venganza que Gaitán nos pidió […]”; “[...] las aspiraciones del compañero caído siguen en pie”; “[...] prometemos y juramos luchar por la memoria del caudillo”; “[...] vengaremos su muerte, realizaremos sus aspiraciones”; “[...] ajusticiaremos inclementemente a los oligarcas criminales y traidores” (“El pueblo ajusticiara a los asesinos de Gaitán” 1961).

Conclusión

Este capítulo se propuso pensar las identidades políticas de agrupaciones de la nueva izquierda de los años sesenta, a partir del escrutinio del conjunto de representaciones simbólicas que elaboraron sobre el dirigente popular Jorge Eliécer Gaitán. Los casos estudiados permitieron establecer que la relación entre gaitanismo e identidades políticas en organizaciones de izquierda fue más fuerte de lo que se suele creer.

Ciertamente, al despuntar la década, habrá un interesante pulso de esas organizaciones por “rescatar” el gaitanismo, lo que explica la puesta en circulación de símbolos, expresiones y consignas originarias de Gaitán, así como la realización de eventos públicos en lugares que se conectaban con la figura de

líder (por ejemplo, el sitio donde fue baleado o el teatro en donde solía hablar ante sus seguidores). Como hallazgo se tiene que, en torno al gaitanismo, irrumpieron o se nutrieron identidades políticas radicales que, hablando en nombre de Gaitán, lo resignificaron simbólicamente y lo “adecuaron” a las necesidades del momento. En este nivel, la representación del gaitanismo como esperanza frustrada fue dominante en las narrativas políticas construidas.

Al revisar la experiencia del MOEC 7 de Enero se constató que este movimiento evocó con insistencia el asesinato del caudillo y las “lecciones” que de ese hecho se derivaron, ejercicio que sirvió para legitimar la violencia revolucionaria y el menosprecio de los certámenes electorales.[21] A partir de esto último, podría pensarse que el gaitanismo fue convertido por el MOEC 7 de Enero y otros movimientos de la nueva izquierda en una fuente de legitimación de la lucha contra el pacto bipartidista que se institucionalizó en 1958 y se extendió por más de una década.

Por lo anterior, se concluye señalando que el gaitanismo no debe ser reducido a aquello que el propio Gaitán definió sobre sí mismo o sobre sus aspiraciones políticas, ya que este se proyectó más allá de su muerte, y adquirió cuerpo en formas identitarias adscritas a movimientos u organizaciones políticas que, a su vez, lo (y se) resignificaron permanentemente. En esa dirección, se advierte de lo útil que puede ser construir lecturas de largo plazo que den cuenta de los procesos de gestación de las identidades —con sus continuidades y rupturas— de las organizaciones de la izquierda radical, en correspondencia con las contiendas políticas del momento. Además, harían más inteligible el peso de experiencias como el gaitanismo en otros periodos de la historia colombiana, poniendo así en evidencia la permanente presencia de un fantasma político que se niega a desaparecer del escenario público, a pesar del paso del tiempo.

Referencias

Documentos

Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR). 1962. “Programa político del FUAR”. La Nueva Prensa. 18-24 abril.

Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC) 7 de Enero. 1960.

“Resolución política del MOEC 7 de Enero”. s. e. Archivo personal del autor.

______. 1961. “El pueblo ajusticiará a los asesinos de Gaitán”. s. e. Archivo personal del autor.

______. s. f. “Oligarcas: un día pagarán sus crímenes”. s. e. Archivo personal del autor.

Periódicos y revistas

La Calle [Bogotá], 1958, 1960.

La Nueva Prensa [Bogotá], 1962.

Semana [Bogotá], 1960.

Entrevistas realizadas por el autor

Jaime Galarza, militante del MOEC 7 de Enero, Bogotá, jul. 2008.

Raúl Alameda Ospina, militante del MOEC 7 de Enero, Bogotá, feb. 2008.

Bibliografía y fuentes secundarias

Alameda Ospina, Raúl. 2005. “Los movimientos estudiantiles y el movimiento político en Colombia”. En Movimientos universitarios. América Latina, siglo XX, editado por Olmedo Vargas Hernández, 65-75. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Red de Universidades de Colombia.

Alape, Arturo. 1994. Tirofijo: los sueños y las montañas. Bogotá: Planeta.

Archila, Mauricio. 2003. Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958-1990. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, Centro de Investigación y Educación Popular.

Archila, Mauricio et al. 2009. Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia. Bogotá: Centro de Investigación y Educación Popular.

Ayala Diago, César Augusto. 1996. Resistencia y oposición al establecimiento del Frente Nacional: los orígenes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO). Colombia 1953-1964. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Colciencias.

______. 2007. El porvenir del pasado: Gilberto Álzate Avendaño, sensibilidad leoparda y democracia. La derecha colombiana de los años treinta. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Fundación Gilberto Álzate Avendaño, Gobernación de Caldas.

Ayala Diago, César Augusto, Óscar Casallas y Henry Cruz, eds. 2009. Mataron a Gaitán: 60 años. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Barros, Sebastián. 2006. “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista”. Estudios Sociales año XVI (30): 145-162.

Braun, Herbert. 2013 [1987 en español]. Mataron a Gaitán. Vida púbica y violencia urbana en Colombia. Bogotá: Aguilar.

Buenahora, Gonzalo. 1971. La comuna de Barranca. 9 de abril de 1948. Bogotá: Gráficas Leipzig.

Díaz Jaramillo, José A. 2007. “Movilización popular contra el alza en las tarifas del transporte urbano en Bogotá entre enero y abril de 1959”. Viento del Sur, Revista de debate político y social (6-7): 30-48.

______. 2010. “Juventud, nueva izquierda y revolución en Colombia: los avatares políticos de Antonio Larrota González”. Revista Controversia (194): 265-291.

Franco Isaza, Eduardo. 1976. Las guerrillas del Llano. Medellín: Ediciones Hombre Nuevo.

Gaitán, Gloria. 1998. Bolívar tuvo un caballo blanco, mi papa un Buick. Tomo I. Bogotá: Graficsa.

Gaitán, Jorge Eliécer. 1947. Plataforma del Teatro Colón de Bogotá. Bogotá: s. e.

Green, William John. 2013. Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular. Medellín: Editorial EAFIT, Banco de la República.

Jaramillo, Diego. 2007. Satanización del socialismo y del comunismo en Colombia 1930-1953. Popayán: Editorial Universidad del Cauca.

Juventudes del Movimiento Revolucionario Liberal (JMRL). s. f. Plataforma política de las Juventudes del MRL. Bogotá: Ediciones Voces Libres.

Laclau, Ernesto. 2006. La razón populista. México: Fondo de Cultura Económica.

Lleras de la Fuente, Carlos. 2003. Sin engañosa cortesía. Bogotá: Planeta.

Magrini, Ana Lucía. 2018. Los nombres de lo indecible. Populismo y violencia(s) como objetos en disputa. (Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia). Buenos Aires: Prometeo.

Medina, Medófilo. 1980. Historia del Partido Comunista de Colombia. Tomo I. Bogotá: Centro de Estudios e Investigaciones Sociales.

Osorio Lizarazo, José Antonio. 1998 [1952]. Gaitán, vida, muerte y permanente presencia. Bogotá: El Áncora Editores.

Proletarización. 1975. ¿De dónde venimos, hacia dónde vamos, hacia dónde deberíamos ir? Medellín: Editorial 8 de Junio.

Robinson, Joy Cordell. 1976. El movimiento gaitanista en Colombia (1930-1948). Bogotá: Tercer Mundo.

Rodríguez, Octavio. 2002. Izquierdas e izquierdismos. De la Primera Internacional a Porto Alegre. México: Siglo XXI.

Sánchez, Gonzalo. 1984. Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia. Bogotá: Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán.

Torres, Mauricio. 1959. La naturaleza de la revolución colombiana. Bogotá: Editorial Iqueima.

Torres Restrepo, Camilo. 1986. Escritos escogidos. Bogotá: Cimarrón Editores.

Urrego, Miguel Ángel. 2002. Intelectuales, Estado y nación en Colombia. Bogotá: Universidad Central.

Villanueva, Orlando. 2016. Canciones de la guerra. La insurrección llanera cantada y declamada. Bogotá: Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

▪

[1]Las expresiones “Bogotazo” y “Colombianazo” refieren los hechos de violencia que ocurrieron en Bogotá y otras ciudades del país, luego de conocerse la noticia de la muerte de Gaitán. En algunos lugares se produjeron verdaderas insurrecciones que condujeron, en ciertos casos, a la constitución de juntas populares de gobierno, como ocurrió en Barrancabermeja. Acerca de los hechos posteriores a la muerte de Gaitán en Bogotá y otras ciudades del país, véanse: Braun (2013), Buenahora (1971) y Sánchez (1984).

[2]El MOEC 7 de Enero fue la primera organización proguerrillera que surgió en Colombia (1960), bajo la influencia de la experiencia de la Revolución cubana. Durante algún tiempo intentó, de manera infructuosa, implantar grupos armados en distintos lugares del país. Su desaparición se dio por vía de reagrupamiento de sus militantes en otras fuerzas de izquierda que fueron apareciendo en la década de los sesenta.

[3]En el Segundo Congreso, se aprobó el cambio de nombre de Partido Comunista por el de Partido Socialista Democrático (PSD), bajo el argumento de que, para

ese momento, la lucha política en Colombia no tenía como horizonte el comunismo, sino por lograr una “patria libre y prospera” (Medina 1980, 437).

[4]Para las elecciones presidenciales de 1946, dos candidatos se presentaron a nombre del Partido Liberal: Gabriel Turbay, representante del sector oficial, y Jorge Eliécer Gaitán, líder de la corriente popular. El Partido Conservador presentó un solo candidato, el empresario Mariano Ospina Pérez, a la postre el ganador. La votación fue la siguiente: por Ospina, 565 000 votos; por Turbay, 440 591 votos, y por Gaitán, 358 957 votos (Jaramillo 2007, 189).

[5]En el V Congreso (evento en el que, por cierto, se regresó a la denominación de PC), el PSD consideró un error haber apoyado la candidatura de Turbay, “aislándose de las masas proletarias y populares que buscaron una salida en el movimiento que acaudilla el doctor Jorge E. Gaitán”. No obstante, catalogó al gaitanismo como un “movimiento nacional reformista” que expresaba “los intereses de la pequeña burguesía (artesanos, pequeños industriales y comerciantes, trabajadores independientes en general) y la inconformidad de grandes sectores populares en el orden existente” (Medina 1980, 538).

[6]Osorio Lizarazo, quien concluyó la biografía del caudillo en Buenos Aires en 1952, refirió la idea de presencia permanente de Gaitán entre los colombianos, en los siguientes términos: “Por eso Gaitán seguirá dominando desde el sepulcro, y su permanente presencia será guía y será admonición, porque los poderosos esfuerzos de la oligarquía, victoriosa después de su muerte, no podrán apagar jamás la llama fulgurante que encendió en el corazón del pueblo” (Osorio 1998, 313). Recientemente, Ana Lucía Magrini ha propuesto entender el gaitanismo como una forma de fantasma que “retorna siempre, pero para dar cuenta de lo que no pudo ser o de lo que podría haber sido [...] Gaitán reaparece como un fantasma que asedia la representación de un pasado frustrado o fallido” (Magrini 2018, 25).

[7]Las Juventudes del MRL (JMRL) también reivindicaron a Gaitán y evaluaron las implicaciones de su muerte violenta. Al respecto, si bien las JMRL lo consideraron como un líder antiimperialista y antioligárquico, y advirtieron con su asesinato el comienzo de “la desbandada de las fuerzas democráticas y el ascenso de la reacción”, cuestionaron que diera origen a un movimiento caudillista que fue incapaz de continuar en la brega política ante la ausencia del líder (JMRL s. f., 8, 9).

[8]En el acto público en el que la agrupación se dio a conocer, en el Teatro California de Bogotá, el 9 de abril de 1962, los asistentes observaron un documental de la vida de Gaitán y escucharon grabaciones de sus afamados discursos.

[9]Para acercarse y acercar a las bases populares vinculadas a los dos partidos tradicionales (Liberal y Conservador), Gaitán acudió a fórmulas retóricas para que sus planteamientos tuvieran mayor comprensión. Entre esas fórmulas se destacaron las consignas (por ejemplo, "¡Por la restauración moral, a la carga!"), así como el uso de términos ("pueblo", "oligarquía"). El esquema país político / país nacional recreaba la existencia, en Colombia, de una división constituida, por un lado, por la reducida dirigencia de los dos partidos políticos (país político) y, por otro, por las bases o seguidores de ambos partidos (país nacional), es decir, la amplia mayoría de colombianos.

[10]En una entrevista que ofreció Gloria Gaitán en 1958, al interrogársele acerca de la vigencia histórica de Jorge Eliécer Gaitán, respondió que "las banderas políticas de Gaitán" tenían un solo destinatario: "el pueblo", y que los métodos de lucha a seguir debían ser los mismos que había utilizado su padre: "luchar por las vías democráticas y con el pueblo de todos los partidos" (La Calle, "Dice Gloria Gaitán: 'El gaitanismo es un movimiento organizado'", 11 abril de 1958, 8). Como se observa, había una enorme diferencia de postura entre lo dicho en 1958 y lo que predicaba en 1962.

[11]El impacto de la Revolución cubana en Colombia se sintió muy temprano, como lo ejemplifica el caso del MOEC 7 de Enero, aunque hubo otras organizaciones, algunas de existencia fugaz, que estuvieron ligadas al acontecimiento caribeño: por ejemplo, las JMRL (1961), el FUAR (1962) y el ELN (1965) (Archila et al. 2009, 65).

[12]El Frente Nacional fue un pacto político acordado entre el bipartidismo tradicional, con el fin de superar la violencia que se había originado por las disputas entre liberales y conservadores. Dicho pacto se refrendó a través de un plebiscito en 1958 y contempló que tanto el Partido Liberal como el Conservador se repartirían el poder en todos los niveles por un periodo de doce años. El acuerdo, que marginó a fuerzas políticas como el Partido Comunista, fue un factor que estimuló la inconformidad social y sirvió a los grupos guerrilleros para justificar el uso de la violencia (Archila 2003).

[13]Debates que estarán animados por la experiencia cubana (como se ha indicado) y la sistematización teórica de su componente militar con base en textos como el de La guerra de guerrillas de Ernesto 'Che' Guevara (1960).

[14]Los viernes culturales fueron parte de una estrategia que Gaitán, siendo ministro de Educación (1940), promovió para cualificar la formación de la población en temas relacionados con la ciencia y la cultura. Se trató de verdaderos eventos masivos realizados en el Teatro Municipal, ubicado en el centro de Bogotá (luego llamado Teatro Jorge Eliécer Gaitán), que, posteriormente, en épocas electorales, le sirvieron a Gaitán para "reabrirlos" y, desde allí, poder emitir discursos o hacer exposiciones sobre la política nacional (G. Gaitán 1998, 277).

[15]Desde 1945, el PC registraba una caída de su influencia política y el descontento de su militancia era notorio, con el agravante de que "las voces que levantaban desde la base la crítica con respecto a esta situación eran censuradas en unos casos, e ignoradas en otros" (Medina 1980, 529). La crisis se ratificó con la baja votación obtenida (11 547 votos) en las elecciones para cuerpos colegiados de 1946 (Medina 1980, 530).

[16]Gonzalo Sánchez formuló la hipótesis de que las guerrillas liberales posteriores a 1948 (especialmente las "menos sumisas" a la dirección del Partido Liberal) fueron una "prolongación armada del gaitanismo" (Sánchez 1984, 161). Tal hipótesis es, a nuestro juicio, sensata, a la luz de los acontecimientos que se registraron en distintos lugares del país, en donde hubo presencia de grupos armados campesinos que se reclamaban como liberales y, particularmente, se identificaban con la figura de Gaitán. El caso de Eduardo Franco Isaza, al que hemos citado, así lo ilustra, al igual que el movimiento guerrillero liberal de la región de los Llanos Orientales, al que estuvo vinculado Franco Isaza. Valga decir que en los "corridos guadalupanos", expresión musical que sirvió de canal ideológico de ese movimiento guerrillero, las referencias al gaitanismo fueron constantes, como se observa en composiciones como "La muerte de Gaitán", "Corrido del nueve de abril" y "El grito de la llanura" (Villanueva 2016).

[17]El MOE 7 de Enero, antesala del MOEC 7 de Enero, surgió en la segunda semana de enero de 1959, al calor de las movilizaciones contra el alza en las tarifas del transporte público en Bogotá. En un inicio, lo integraron estudiantes, obreros y empleados residentes en la capital del país; posteriormente, se vincularon campesinos de distintas regiones, por lo que se agregó la "C" a la

denominación original. La referencia al 7 de enero se debe a que ese día de 1959 se registró, en Bogotá, una protesta social contra la medida que incrementaba el alza en las tarifas del transporte urbano. Al incorporar la denominación "7 de Enero", los fundadores emulaban al Movimiento 26 de Julio, de Cuba.

[18]Las dos fechas a que hace alusión el documento citado se refieren al golpe militar comandado por el general Gustavo Rojas Pinilla el 13 de junio de 1953, y que puso fin al Gobierno del conservador Laureano Gómez, a quien se responsabilizó del delicado estado de violencia política en que se debatía Colombia. El golpe militar —hecho en nombre de la paz— contó con el apoyo de sectores de los partidos Liberal y Conservador, la gran prensa, empresarios y la alta jerarquía de la Iglesia católica, mismas fuerzas que el 10 de mayo de 1957, luego de un paro patronal, obligaron a Rojas Pinilla a entregar el poder y salir del país. Como se ha destacado líneas arriba, los jóvenes que integraron el MOEC 7 de Enero tomaron parte activa en la jornada que dio fin a la dictadura militar en mayo de 1957.

[19]Nos referimos a la consigna: "¡Pueblo!: Si avanzo seguidme; si retrocedo, empujadme; si os traicionó, matadme; si me asesinan, ¡vengadme!".

[20]Los epítetos dados a Darío Echandía y Carlos Lleras Restrepo se explicarían por el comportamiento de los dos antes, durante y después del 9 de abril de 1948. En el caso de Echandía, luego de conocerse la muerte de Gaitán, se dirigió, en compañía de Carlos Lleras Restrepo, al Palacio de San Carlos (residencia del presidente de la república), cuando aún la ciudad seguía sumida en el caos, a entrevistarse con el presidente Ospina Pérez, para presionar su salida del poder. Al final, tanto Echandía como Lleras aceptaron el ofrecimiento del mandatario de dar la mitad de los ministerios al Partido Liberal, en un intento de aplacar la furia de las bases de esa corriente política. Echandía fue nombrado ministro de Gobierno y ofreció "adhesión incondicional" al Gobierno conservador, lo que alentó la idea de que hubo traición de su parte (Osorio 1998, 300, 302). Lo de "camaleónico" le vino a Lleras Restrepo por ser uno de esos "políticos que agudizaron su ingenio para zaherir en vida al tribuno", para luego acudir "presurosos a enaltecer sus virtudes y a pregonar sus merecimientos, porque ya no había más necesidad de atajarlo" (Osorio 1998, 304). Aquí, sin duda, el biógrafo de Gaitán se refiere, sin mencionarlo explícitamente, a la oración fúnebre que, a nombre del Partido Liberal, dio Lleras Restrepo en el entierro simbólico de Gaitán días después de su asesinato. De "irónica" calificó su hijo, Carlos Lleras de la Fuente, la situación de Lleras padre de tener que

despedir a “su eterno enemigo político, apedreador e insolente” (Lleras de la Fuente 2003, 86).

[21]Para profundizar sobre las tensiones entre gaitanismo y violencia entre 1946 y 1948, véase el capítulo 6 de este libro.

A modo de cierre:

un epílogo metodológico, con comprensiones plausibles y nuevas rutas de indagación

Ana Lucía Magrini

Este libro es, ante todo, una invitación a repensar los populismos en América Latina. ¿Qué balance podemos establecer del ejercicio analítico propuesto y qué aspectos ciertamente se encuentran lejos de nuestra comprensión y abren nuevos interrogantes? Sin reiterar lo ya dicho, nos proponemos reposicionar algunas ideas centrales de orden teórico-metodológico y empírico-analítico que atraviesan los diversos capítulos del libro, al tiempo que permiten subrayar algunos hallazgos y comprensiones plausibles sobre los procesos aquí estudiados.

Un aspecto que interroga transversalmente el conjunto de textos que componen la obra es la invitación a pensar los populismos en contrapunto y desde una mirada cruzada entre experiencias políticas disímiles o no evidentemente homólogas, como la peronista y la gaitanista.[1] Ciertamente, los trabajos aquí reunidos no aspiraron a reproducir la matriz comparativa "clásica" de la ciencia política, ni a establecer paralelismos sistemáticos entre cada proceso histórico, sino que acudieron a dicha lectura cruzada —a veces más o menos explícita—, para conectar a cada experiencia con la otra a partir de la pregunta por las lógicas identitarias que las caracterizan, por sus tensiones y heterogeneidades internas y por el delicado juego de temporalidades que las constituyen como tales.

Desde un punto de vista metodológico, nos propusimos evitar comparaciones vis a vis entre presencia y ausencia de variables asiduamente referenciadas en el ámbito de las ciencias sociales para explicar los procesos políticos nacionales de cada comunidad, como por ejemplo: la marcada presencia vs. la ausencia de migraciones externas e internas, la temprana vs. tardía formación de los partidos políticos, la frecuente o escasa producción de golpes de Estado, entre otros rasgos que evidentemente distinguen a cada país, pero que, en sí mismos, no agotan la productividad de las comparaciones. De hecho, estas características

han sido a menudo señaladas como evidencia de la incomparabilidad y excepcionalidad del caso colombiano respecto de otros países latinoamericanos. A este parangón suele anexarse la ininterrumpida tradición democrática que definiría a Colombia, en contraste con la endeble tradición democrática argentina; argumento que, además, se ha unido con frecuencia al de un populismo peyorativo, efectivo y edificado desde el Estado (el peronismo), frente a un populismo fallido, incompleto o imposible (que explicaría a Colombia y especialmente al gaitanismo).

Creemos que esta ruta de indagación nos hubiese llevado: o bien a resaltar aspectos bastante estudiados por la historiografía latinoamericana y nacional de cada comunidad; o bien a naturalizar dos grandes arquetipos anómalos de populismo en la región: parafraseando el capítulo de Rodríguez Franco que acabamos de leer, los populismos "que fueron" y los "que no fueron", los primeros acotados fundamentalmente al Cono Sur y definidos como desviaciones de la política, tomando como parámetro de comparación —y de "normalidad"— los procesos de integración social de las masas en Europa occidental, y los segundos, implícitamente construidos como un desvío de dichas desviaciones y extendidos como fallas, yerros, versiones incompletas o meras imitaciones de los populismos del sur latinoamericano y que tuvieron lugar en otras latitudes del continente.[2] En ese escenario, Colombia sería apenas un ejemplo y una suerte de "populismo caribeño fallido". Así construida, la condición de excepcionalidad de Colombia,[3] al fin de cuentas no es más que una afirmación —por otra vía— del carácter anómalo de la política latinoamericana.

Contra esa tesis, este libro ha provisto distintos argumentos. Todos ellos abrevan en una conclusión: no hay desviación latinoamericana, porque no hay un lugar en el que resida un verdadero parámetro de trascendencia o de "normalidad" de la política. Como las hemos analizado, las experiencias aquí estudiadas tensionan, cuestionan y deconstruyen la propia idea de centro sobre la que se sostienen gran parte de las definiciones de populismo aún dominantes en el campo de las ciencias sociales.

Por otro lado, el punto de cruce entre procesos en apariencia tan disimiles como el peronista y el gaitanista pone en evidencia que dichas experiencias, en efecto, se encuentran conectadas. Conexiones perceptibles internamente entre ellas y empíricamente observables. Como vimos en varias secciones de este libro, hay dinámicas y tensiones propias de la política compartidas, prácticas políticas concretas, modos de identificación popular, circulación de ideas, conceptos y

actores, figuras mediadoras, entre otras dimensiones que hablan de los cruces y las conexiones realmente existentes entre peronismo y gaitanismo.

De modo que el lugar del líder en tanto presidente y el desarrollo de determinadas políticas económicas a nivel nacional no constituyen un rasgo determinante de los procesos populistas, puesto que los populismos son básicamente una lógica política e identitaria. Como ya hemos señalado de varias formas a lo largo de este libro, se trata de una lógica bastante acotada que no hace equiparable toda identificación popular a una populista, ni toda articulación populista a la política misma.

En términos de método, el abordaje descentrado de los populismos tiene una consecuencia aún más significativa, puesto que leer en contrapunto desde una teoría de la hegemonía que se sostiene en el análisis político del discurso, implica traspasar los contenidos (de los discursos políticos mismos, de la enunciación de los líderes o de otros actores involucrados, entre otras dimensiones) para iluminar ontologías y formas de producción social de sentidos sobre lo político, ilustrar especificidades y contingencias; y, al fin de cuentas, alertar qué muestra cada experiencia histórica sobre, para y respecto de la otra. Todo ello, sin forzar los casos a "calzar" en homologías definidas de antemano.

Bajo estas premisas, hemos evitado (también) una aplicación esquemática de la teoría laclausiana. Los cruces y contrapuntos que se fueron modulando a lo largo del libro pretendieron sortear, por ejemplo, la búsqueda compulsiva de significantes vacíos, equivalencias y diferencias en todas partes o en todo momento, puesto que si bien estas lógicas políticas son condición de posibilidad del peronismo y del gaitanismo, la presencia o ausencia de ellas mismas no agota la complejidad, riqueza y heterogeneidad de las experiencias identitarias aquí estudiadas.

Sistematicemos entonces qué hemos podido alertar sobre cada experiencia política e identitaria a través de la ruta metodológica emprendida. Inicialmente, la mirada cruzada nos permitió cuestionar un supuesto teórico de partida, compartido tanto por los estudios sobre populismo en clave peyorativa como por algunos desarrollados desde la teoría laclausiana: que los populismos tienden a edificar fronteras políticas impermeables entre un "nosotros" y un "ellos", y, por lo tanto, a polarizar al extremo el campo político (luego la violencia sería una prolongación del populismo mismo). Como vimos en algunos argumentos explayados en el capítulo 1 del libro, en el 2, abocado al estudio de las

trayectorias de dos figuras mediadoras del peronismo y del gaitanismo (Cipriano Reyes y Osorio Lizarazo), y en el capítulo 6, dedicado especialmente al gaitanismo, resulta perceptible que la constitución de fronteras políticas se caracterizó, en ambas experiencias, por su constante movilidad y porosidad interna, habilitando no solo desplazamientos de las fronteras en sí, sino también importantes agregaciones de pretéritos enemigos a la solidaridad propia de cada movimiento, con lo que se generaron choques, tensiones y fricciones internas entre los recién llegados y los militantes de vieja guardia. En algunos casos, dichas fricciones supusieron feroces enfrentamientos con Perón y con Gaitán, que derivaron en expulsiones o desplazamientos de sectores críticos. Sin embargo, lejos de catalogar a estas identificaciones como propias de los "enemigos internos" del populismo, de colocarlas en el orden de lo excretado por los líderes o de rastrearlas como el lugar de una identidad popular verdaderamente autónoma y sin contaminaciones (como la sociología y la historiografía clásica sobre el peronismo y el gaitanismo han argumentado con frecuencia), rastreamos algunos trayectos identitarios específicos como un proceso que no tiene por qué ser coherente ni definido de una vez y para siempre. Como versa el prólogo, estas tensiones expresan la característica inestabilidad del demos que acompañó a la emergencia del peronismo y el gaitanismo.

En segundo lugar, la lectura en contrapunto nos llevó a subrayar el carácter constitutivamente heterogéneo de los lazos sociales a partir de los cuales se articularon los movimientos peronista y gaitanista. Quizás convenga señalar que esta línea de indagación cuestiona el insistente análisis de los populismos como fenómenos que se proyectan y tienden a erigir versiones unanimistas del pueblo.[4]

Ciertamente, si bien cada proceso identitario y articulatorio dio lugar a una unidad política específica (permeada de heterogeneidad y de tensiones diversas), dicha unidad tampoco puede entenderse como una de tipo plena, acabada y estable a lo largo del tiempo, ni reductible a aquella pretendida por algunos actores (ya sean las unidades a las que aspiraban los principales dirigentes de los movimientos o las primeras, segundas o terceras líneas de los mismos). Como hemos advertido desde diferentes costados argumentales, en los populismos hay constantes elementos que exceden a las acciones y prácticas emprendidas por los líderes, en este caso por Perón y por Gaitán. En efecto, ellos mismos operaron como soportes de formulación de demandas sociales muy diversas. Demandas que, como muestran las cartas enviadas a Perón desde lejanos rincones de Argentina, exigían ampliar y extender el demos legítimo a ciudadanos que hasta

entonces portaban formalmente credenciales de ciudadanía, pero que estaban lejos de ser reconocidos como “gente” con derechos y con la dignidad propia de cualquier ser humano; o de manera inversa, como muestran las durísimas críticas que formularon figuras difusas, como Cipriano Reyes y Osorio Lizarazo, quienes respectivamente demandaban y exigían a Perón y a Gaitán restringir los márgenes de agregación de solidaridades en los movimientos, esto es, construir unidades políticas homogéneas, “puramente” laboristas, gaitanistas y revolucionarias (como cada uno de estos actores definía el horizonte revolucionario y popular). Las formuladas por Reyes y por Osorio eran básicamente una demanda de intransigencia en pos de conseguir una unidad política sin contaminaciones.

La heterogeneidad de los populismos en diálogo con el estudio de los lazos sociales y el tipo de unidad política que estos promueven es indudablemente un aspecto a seguir explorando y a profundizar en futuras pesquisas. En especial, respecto a las apenas aquí identificadas “micro o subfronteras políticas” que acompañaron a experiencias como la peronista y la gaitanista.

En tercer lugar, en diversos capítulos del libro hemos enfatizado verdaderas instancias de mediación entre los líderes y el sujeto popular. Ya sea desde las trayectorias individuales de figuras mediadoras entre el campo político y el intelectual; a través de órganos de comunicación y de prensa partidista, como Jornada en el caso del gaitanismo; de acciones colectivas y de movilizaciones sociales promovidas por los movimientos; de tradiciones políticas específicas; o bien, desde organizaciones militantes como el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino (MOEC) en Colombia, u organizaciones más recientes como La Cámpora en Argentina, que retomaron, intervinieron y modificaron al peronismo y al gaitanismo en sí, creemos que todas estas son formas de mediación que deben seguir indagándose. Y, para expresarlo en otros términos, entendemos que no se puede seguir hablando de los populismos como fenómenos inmediatos o no mediados.

Y esto nos lleva al cuarto aspecto que quisiéramos resaltar como hallazgo de la lectura en contrapunto, la condición “flotante” del peronismo y del gaitanismo, y la perdurabilidad identitaria de ambas experiencias. Una perdurabilidad que se sostiene gracias a la constante resematización (más o menos enfatizada en cada comunidad) del peronismo y del gaitanismo, en tanto tradiciones políticas e identidades populares disponibles para ser intervenidas por grupos, actores, discursos, prácticas colectivas, entre muchas otras instancias de sedimentación

identitarias posibles.

Por otra parte, el contrapunto entre peronismo y gaitanismo es especialmente iluminador, ya que desnuda los efectos materiales y simbólicos evidentemente distintos que, en cada país, produjeron, por ejemplo, acontecimientos como el 17 de octubre y el 9 de abril, o las trayectorias individuales de los propios líderes. En el caso argentino, el desenlace del 17 de octubre le permitió a Perón presentarse a las elecciones de 1946. En lo concerniente a su trayectoria individual, los resultados de esa jornada y de la contienda electoral fueron una primera condición de posibilidad para construir un liderazgo, mitificado en el Estado primero, derrocado después, que continuó influyendo en la política nacional desde un prolongado exilio; y que, finalmente, con el retorno definitivo de Perón (en 1973), con su fallecimiento a una avanzada edad y en medio del acalorado clima de los años setenta que tiñó al país bajo el signo de la violencia, dejaron abierta una brecha casi insalvable entre el Perón de los primeros años de gobierno y el último. En efecto, el peronismo que vuelve con insistencia y que se resemantiza iterativamente es siempre el primero, el llamado “peronismo histórico” o el de los primeros años peronistas. Al respecto, el capítulo 5 de este libro hace un aporte relevante para comprender cómo es que este primer peronismo vuelve resignificado en el siglo xxi y bajo el prisma de la militancia setentista.

En el caso colombiano, por su parte, el 9 de abril, en tanto acontecimiento de movilización popular inédito, no solo en Colombia sino también en América Latina, es nada menos que la fecha del asesinato del líder. Como mostró Herbert Braun (1986; 2008 [1985]), la movilización de carácter espontáneo se disparó por la conmoción provocada por un rumor que rápidamente pasó de boca en boca: “¡mataron a Gaitán!”. El asesinato de Gaitán fue la condición sine qua non para impedir que el líder llegara a la presidencia en la contienda electoral de 1950. Sin lugar a dudas, este era el objetivo de quienes planearon el magnicidio (aún impune, pues solo se identificó al autor material y la investigación prescribió en 1978). Gaitán, además, muere joven y en el clima signado por la temprana Guerra Fría. Su muerte acompaña el nacimiento de la Organización de Estados Americanos, pues ese viernes de abril del 1948, diplomáticos, políticos, corresponsales de prensa y estudiantes universitarios de diversos rincones del continente se encontraban en Bogotá con motivo de la IX Conferencia Panamericana; el general estadounidense George Marshall y el joven cubano Fidel Castro no fueron la excepción. De hecho, algunos de esos estudiantes afirmaron en entrevistas publicadas en el magistral libro de Arturo Alape (1985),

que la presencia de los cubanos en Bogotá había sido financiada por el peronismo argentino.

Indudablemente, tan solo estos paralelismos podrían llevarnos a otro libro, uno centrado exclusivamente en Perón, Gaitán, el joven Fidel Castro y los tiempos de la temprana Guerra Fría. De toda esta apasionante historia, aquí nos interesó resaltar apenas un aspecto: cómo en la especificidad y la singularidad propia de cada caso, peronismo y gaitanismo son fundamentalmente procesos identitarios latentes. De modo que hablar de estas experiencias es hablar de procesos y de sucesivos modos identificatorios construidos desde estructuras complejas de temporalidad (pasadopresente-futuro), o de triples presentes, según Paul Ricoeur (2004).

Como se sostuvo en el prólogo y en capítulo 4, lo sedimentado de estas experiencias, en cada comunidad, no es otra cosa que los restos flotantes y latentes de los intentos de borraduras y de olvidos instituidos. Olvidos más o menos institucionalizados a través de democracias pactadas, restringidas o de golpes de Estado, y más o menos decretados por procesos como el de “desperonización” argentino o por la acción menos evidente de un “memoricidio”,[5] perpetrado desde el difuso arco del antigaitanismo.

Finalmente, después de este libro, la principal conclusión que podemos extraer es que sabemos mucho menos del peronismo y del gaitanismo de lo que quisiéramos, que muchos de los habituales rasgos con los que se los cataloga tambalean cuando a estas experiencias se las interroga desde una perspectiva crítica y desde un trabajo cuidadoso con las fuentes.

En el balance de lo que pudimos ver y de lo no indagado hasta aquí, ciertamente la historia conectada, la historiografía latinoamericana, la nueva historia intelectual, la historia conceptual, todas ellas —en dialogo con la teoría política posfundacional y la teoría de la hegemonía— sin duda emergen como rutas teórico-metodológicas a explorar a futuro. Creemos que estos itinerarios nos permitirán desplazar los contrapuntos binacionales a unos transnacionales.

Referencias

Aboy Carlés, Gerardo. 2019. “Populismo y polarización política”. En Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xxi, coordinado por Sebastián Giménez y Nicolás Azzolini, 23-52. Buenos Aires: Teseo.

Alape, Arturo. 1985. El Bogotazo: memorias del olvido. Bogotá: Planeta.

Braun, Herbert. 1986. “Los mundos del 9 de abril, o la historia vista desde la culata”. En Pasado y presente de la violencia en Colombia, compilado por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 195-231. Bogotá: CEREC.

______. 2008 [1985]. Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia. 2.a ed. Bogotá: Aguilar.

Córdova, Arnaldo. 2005 [1972]. La formación del poder político en México. México: Era.

Gaitán, Gloria. 2020. “El fenómeno Gaitán”. Revista Cambios y permanencias 11 (1): 39-215.

Magrini, Ana Lucía. 2019. “Populismo y revolución en México: reflexiones en torno a los lenguajes políticos en América Latina durante los años setenta”. Revista Historia Autónoma, (14): 195-212.

Palacios, Marco. 1971. El populismo en Colombia. Bogotá: Siuasinza.

Ricoeur, Paul. 2004. Tiempo y narración I. Configuración del tiempo en el relato histórico. México: Siglo XXI.

Rosanvallon, Pierre. 2020. El siglo del populismo. Historia, teoría y crítica. Buenos Aires: Manantial.

Santos Gómez, David. 2021.“La invención de la excepcionalidad colombiana: los debates por la definición del populismo, neopopulismo y su relación con la violencia (1970-2010)”. Tesis de doctorado, FLACSO-Argentina (actualmente a la espera de su defensa).

▪

[1]Aunque, como explicitamos en la introducción, los contrapuntos son resaltados

en los textos que se ubican en la primera parte del libro, mientras que los dos últimos apartados se orientaron a analizar aspectos específicos de cada experiencia histórica.

[2]Nótese que este proceso se produjo a inicios de la década de los setenta del siglo pasado. Por estos años, el populismo aparecerá como un asunto ineludible en la región, incluyendo en un debate continental a países que inicialmente no habían entrado en la clasificación de los “populismos clásicos” del Cono Sur. Así, por ejemplo, a un año de la aparición en Colombia del ensayo seminal sobre populismo en clave fallida de Marco Palacios (1971), Arnaldo Córdova (1972) publica un libro inaugural del debate sobre el populismo en México. Allí el concepto emerge como heredero de una revolución social “exitosa” (la Revolución mexicana), en contraste a la idea de revolución social “frustrada” que, durante esos mismos años, fue imbricada al populismo “fallido” y al gaitanismo en el país andino. Para profundizar este asunto remitimos a Magrini (2019), otro trabajo elaborado en clave histórico conceptual.

[3]El carácter excepcional de la experiencia colombiana es un aspecto a profundizar desde la historia conceptual e intelectual. En el workshop sobre populismos e identidades políticas realizado en el 2019, David Santos Gómez, miembro del grupo colaborador del proyecto de investigación en el que se enmarca este libro, adelantó avances de su tesis doctoral especialmente abocada a iluminar este asunto (Santos Gómez, 2021).

[4]Un ejemplo reciente de este modo de teorizar el populismo es el libro de Pierre Rosanvallon, titulado El siglo del populismo (2020). Allí, el investigador francés apela a la famosa frase de Gaitán “yo no soy un hombre, soy un pueblo”, y al llamado “laboratorio latinoamericano”, para evidenciar la concepción unanimista del pueblo que caracterizaría al populismo (en singular). Dicha noción homogeneizante del sujeto pueblo procede, para el autor, del modelo político francés y, especialmente, de una filosofía de la representación como encarnación del pueblo en un jefe, emprendida por Luis Napoleón durante el Segundo Imperio (pp. 51-55; 104-108). La cercanía o la distancia de la lógica populista con el modelo revolucionario francés ha suscitado un renovado interés en los estudios sobre populismos. Un trabajo que explicita el valor analítico de la comparación, aunque se focaliza en los contrastes entre la lógica de los populismos clásicos en América Latina y la lógica del jacobinismo en Francia, es el texto de Gerardo Aboy Carlés, “Populismo y polarización política” (2019). En el fondo, lo que el investigador argentino discute es el tipo de polarización

política que distancia a los populismos latinoamericanos del modelo jacobino.

[5]Término formulado por la hija del líder popular, Gloria Gaitán, para quien "el memoricidio es el deliberado y sistemático ocultamiento del legado espiritual o material de un individuo o de un colectivo; lo que implica el colapso de los fundamentos y orígenes de las estructuras imperantes, tanto históricas como culturales, de un grupo social, de una etnia, de una nación o de la humanidad" (G. Gaitán 2020, 44). Desde este punto de vista, el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán no constituye un hecho del pasado, puesto que a él continúan asesinándolo en cada acto de inhibición de la memoria histórica, de negación o, según la autora, tergiversación de su legado y su pensamiento.

Los autores

Aarón Attias Basso (La Paz, 1984). Magíster en Sociología y Ciencia Política por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), sede Argentina. Licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Río Cuarto. Profesor e investigador en la Universidad Nacional de Lanús y la Universidad de Buenos Aires; investigador en FLACSO y becario doctoral por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Su última publicación se titula "Estudio preliminar: lo siniestro, pecaminoso y en descomposición. La sociología de R. Hertz", en Robert Hertz, La preeminencia de la mano derecha & otros escritos, Buenos Aires: Pluriverso-UNLP, 2020.

Adriana Rodríguez Franco (Bogotá, 1983). Candidata a doctora en Historia, Universidad de los Andes (Bogotá, Colombia), magíster en Historia e historiadora de la Universidad Nacional de Colombia. Actualmente se desempeña como docente de la Universidad del Tolima (Ibagué, Colombia). Sus intereses investigativos y publicaciones se concentran en la historia política colombiana del siglo xx, la historia electoral, la historia de la prensa y el gaitanismo. Entre sus publicaciones recientes se encuentran: "Jornada sin Gaitán. Prensa, política y gaitanismo (1948-1953)", Historia y Sociedad 2018; "El diario del pueblo gaitanista: Jornada (1944-1949)", Boletín Cultural y Bibliográfico 2018, y "Reflexiones sobre el concepto cultura política y la investigación histórica de la democracia en América Latina", Historia y Memoria 2017.

Ana Lucía Magrini (Río Cuarto, 1983). Doctora en Ciencias Sociales y Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes, magíster en Comunicación por la Universidad Javeriana de Bogotá y politóloga por la Universidad Católica de Córdoba. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas y miembro del Centro de Historia Intelectual de la Universidad Nacional de Quilmes. Actualmente desarrolla actividades docentes en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Investigadora responsable del Proyecto de Investigación Científica y

Tecnológica "Populismos, identidades políticas y violencia(s) en Argentina y Colombia", financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Autora del libro Los nombres de lo indecible. Populismo y Violencia(s) como objetos en disputa. Un estudio comparado del peronismo en Argentina y el gaitanismo en Colombia. Buenos Aires: Prometeo, 2018, y de numerosos artículos y presentaciones en dossier de revistas científicas y especializadas.

Cristian Acosta Olaya (Bogotá, 1987). Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y politólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Es miembro del Centro de Estudios Sociopolíticos del Instituto de Altos Estudios Sociales, radicado en la Universidad Nacional de San Martín, Argentina. Allí mismo coordina el Círculo de Estudios sobre la Colombia Contemporánea y tiene su lugar de trabajo como becario posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Entre sus publicaciones más recientes están los artículos "El dique y las turbulentas aguas del gaitanismo. Violencia política y populismo en Colombia de mediados de siglo xx", Estudios Políticos 2018, y "'¡A la carga!' y las evocaciones gaitanistas. Populismo, identidades y violencia política en Colombia (1944-1948)", Las Torres de Lucca: Revista Internacional de Filosofía Política 2016.

José Abelardo Díaz Jaramillo (Villavicencio, 1976). Licenciado en Ciencias Sociales por la Universidad Pedagógica Nacional, magíster en Historia y doctor en Historia por la Universidad Nacional de Colombia. Docente de la Corporación Universitaria del Meta, con sede en Villavicencio. Autor de numerosos artículos arbitrados sobre disputas por las memorias, movimientos estudiantiles y agrupaciones guerrilleras en Colombia, entre los que se destacan: "Los trabajos de la memoria: la masacre de las bananeras y los sectores subalternos en Colombia 1929-2008", Trashumante: Revista Americana de Historia Social 2019; "Un arte al servicio del pueblo: la obra de Clemencia Lucena desde la sociología de Pierre Bourdieu", Revista Colombiana de Sociología 2019; "La crítica de las armas: Tulio Bayer Jaramillo y el levantamiento armado del Vichada 1961-1962", Historia y Espacio 2013, y "Juventud, nueva izquierda y revolución en Colombia: los avatares políticos de Antonio Larrota González", Controversia 2010.

Juan Manuel Reynares (San Francisco, 1987). Doctor en Ciencia Política por el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional de Córdoba y licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Villa María (UNVM). Investigador asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas y docente del Instituto de Ciencias Sociales de la UNVM. Entre sus publicaciones se encuentran: "Algunas notas sobre identificación política y discurso populista. Un análisis de cartas a Perón desde el sudeste cordobés", Revista Pilquen-Ciencias Sociales 2018. En coautoría con Gala Aznarez Carini y Mercedes Vargas, "Subjetividades políticas y primer peronismo en entornos rurales", Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos 2018. Y en coautoría con Barros Mercedes, "Tras las huellas del problema. Notas sobre el devenir analítico de la teoría política del discurso"., en AA. VV., Métodos. Aproximaciones a un campo problemático. Buenos Aires: Prometeo Editorial, 2018.

María Virginia Quiroga (Río Cuarto, 1984). Doctora en Estudios Sociales de América Latina por la Universidad Nacional de Córdoba y licenciada en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Río Cuarto. Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Docente en las carreras de Trabajo Social y Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Sus temas de pesquisa están centrados en los procesos políticos y sociales del contexto latinoamericano reciente. Entre las últimas publicaciones destacan: "¿Un populismo plurinacional?". En Entre viejos y nuevos populismos, compilado por Ximena Carreras Doallo y Graciela Mateo. Buenos Aires: Ediciones CICCUS, 2019; "Tradiciones políticas y hegemonía. Hacia lo plurinacional-popular en Bolivia", Latinoamérica 2018; Identidades políticas y movilización social. Un estudio comparado de la CTA en Argentina y del MAS-IPSP en Bolivia en la transición del siglo XX al XXI. Villa María: EDUVIM, 2017.

Mercedes Barros (Comodoro Rivadavia, 1974). Licenciada en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires, MA/PhD in Ideology and Discourse Analysis por la Universidad de Essex. Investigadora adjunta del Consejo

Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina, docente de la Universidad Nacional de Córdoba y de la Universidad Nacional de Río Negro. Autora del libro Human Rights Movement and Discourse. Villa María: EDUVIM, 2012, y de varios artículos académicos, entre ellos, "Derechos que sujetan, sujetos de derecho bajo el primer peronismo", Estudios Sociales 2014; "Los derechos en el primer peronismo, desafíos y rupturas", Identidades 2013, y "Populismo y derechos ciudadanos: anotaciones sobre un vínculo errante", Latinoamérica 2018.

Mercedes Vargas (Santiago del Estero, 1986). Doctora en Ciencia Política y licenciada en Psicología por la Universidad Nacional de Córdoba. Becaria doctoral y posdoctoral en el Instituto de Estudios para el Desarrollo Social de la Facultad de Humanidades, Ciencias Sociales y de la Salud de la Universidad Nacional de Santiago del Estero (período 2011-2020). Entre sus publicaciones recientes se encuentran: "Agua para un pueblo sediento. Santiago del Estero antes y durante el primer peronismo (1937-1952)", Revista Estudios Sociales Contemporáneos 2019; y "Éxodo o permanencia: herida y resignificación política en Santiago del Estero. Un análisis desde abajo y en clave local del primer peronismo", Revista Andes Antropología e Historia 2018.

Nicolás Azzolini (Villa María, 1981). Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, magíster en Ciencia Política por el Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín y licenciado en Ciencia Política por la Universidad Nacional de Villa María. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones, con sede de trabajo en la Universidad Nacional de Villa María, e investigador del Centro de Estudios Sociopolíticos del Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Docente de posgrado en dicho instituto y en la Universidad Nacional de La Rioja. Autor del libro Los tiempos de la democracia. Conceptos, identidades y debates políticos durante el primer peronismo (1943-1955), Villa María: EDUVIM, 2018, y coordinador (con Sebastián Giménez) del libro Identidades políticas y democracia en la Argentina del siglo xx, Buenos Aires: TESEO, 2019.

Sebastián Barros (Comodoro Rivadavia, 1968). PhD in Government, MA in Political Theory por la University of Essex y licenciado en Ciencia Política por la Universidad de Buenos Aires. Investigador independiente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina. Profesor titular de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de la Patagonia San Juan Bosco, Investigador del Instituto de Estudios Sociales y Políticos de la Patagonia y director de la revista IDENTIDADES de la misma casa de estudios. Autor del libro Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991, Córdoba: Alción, 2002, y coautor de Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo. Buenos Aires: UNGS-UNDAV Ediciones, 2013.

Pensar y discutir «la cuestión populista» hoy se asemeja al eterno trabajo de Sísifo: cargar la roca de reflexión del populismo una y otra vez, frente a la pendiente inalcanzable de los lugares comunes. Como la de Sísifo, la nuestra es una labor —a todas luces— interminable. Por ello, este libro no pretende saldar o cerrar el debate, sino alivianar un poco la roca de reflexión; más que descifrar la naturaleza del populismo, nos proponemos pensarlo como una categoría analítica operativa y productiva para el estudio de procesos histórico-políticos particulares tales como el peronismo argentino y el gaitanismo colombiano. Y para estos fines, este libro colectivo recoge y ofrece distintas indagaciones sobre una perspectiva sobre los populismos que llamamos «descentrada». El primer descentramiento que proponemos, pone de relieve a las experiencias políticas concretas a la hora de hablar de los populismos (en plural) y toma distancia de los modelos arquetípicos en clave anómala producidos a propósito de dos de ellas. El segundo, coloca en primer plano la pregunta por el papel que ocupan los procesos de constitución y de redefinición identitarios en los populismos latinoamericanos. El tercero, se relaciona con un particular modo de introducir el enfoque histórico en el estudio de los populismos, pues no se intenta buscar en el pasado un momento originario o esencial de constitución de una identidad popular sino visibilizar, en el transcurso del tiempo, distintos momentos de constitución del peronismo y del gaitanismo; momentos que, ciertamente, fueron resignificados o intervenidos en sus respectivos países desde la emergencia de los populismos hasta nuestros días.





